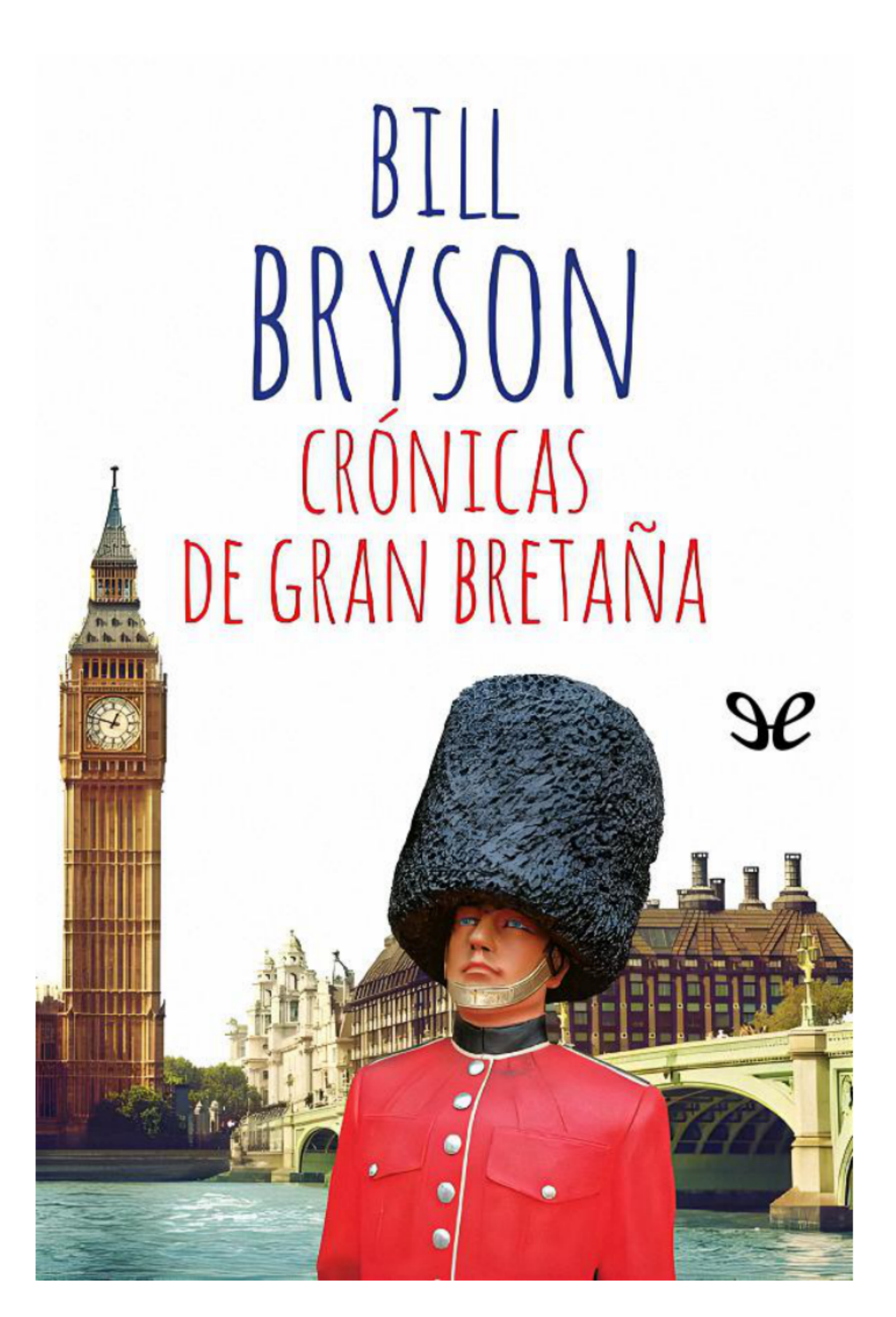

BILL
BRYSON
CRÓNICAS
DE GRAN BRETAÑA

En 1995, antes de dejar su amado hogar en North Yorkshire para regresar con su familia a los Estados Unidos durante unos años, Bill Bryson insistió en hacer un último viaje por Gran Bretaña, una especie de recorrido de despedida por la verde y amable isla que había sido su hogar durante mucho tiempo. Su objetivo era hacer un balance de la cara pública y las partes privadas (por así decirlo) de la nación, y analizar qué era exactamente lo que amaba tanto del Reino Unido a pesar de (o gracias a) sus muchas excentricidades.

Crónicas de Gran Bretaña fue un gran éxito de ventas cuando se publicó por primera vez. Es el libro más querido por los británicos y una guía extraordinaria para todos los que quieran conocer sus peculiaridades de la mano del humor inigualable de Bill Bryson.

Bill Bryson

Crónicas de Gran Bretaña

ePub r1.0

Titivillus 06.10.2024

Título original: *Notes from a Small Island*
Bill Bryson, 1995
Traducción: Manuel Manzano
Ilustraciones: Neil Gower

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Cinthia

Agradecimientos

Me siento profundamente en deuda con las siguientes personas por su ayuda desinteresada durante la preparación de este libro: Peter y Joan Blacklock, Pam y Allen Kingsland, John y Nicky Price, David Cook y Alan Hume. A todas ellas, gracias.

N.G.

NORTH SEA

IRISH SEA

Dunnet Head
John O'Groats
Thurso
Halkirk
Inverness
Aberdeen
Edinburgh
Glasgow
Ashington
Newcastle
Durham
Windermere
Bowness
Settle
Harrogate
Morecambe
Bradford
Blackpool
Wigan
Leeds
Liverpool
Retford
Manchester
Lincoln
Llandudno
Worksop
Porthmadog
Blaenau Ffestiniog
Borth-y-Gest
Ludlow
Cambridge
Woodstock
Milton Keynes
Cirencester
Oxford
LONDON
Weston-super-Mare
Windsor
Barnstaple
Salisbury
Virginia Water
Dover
Weymouth
Exeter
Bournemouth
Lyme Regis
Corfe Castle
Lulworth

Prólogo

Mi primera vista de Inglaterra fue en una noche de niebla de marzo de 1973, cuando llegué en el *ferry* de medianoche desde Calais. Durante veinte minutos, el área de la terminal estuvo repleta de actividad mientras los automóviles y camiones bajaban, los aduaneros cumplían con sus deberes y todos se dirigían hacia la carretera de Londres. Entonces, de repente, todo quedó en silencio, deambulé por calles dormidas, con poca luz e invadidas por la bruma, como en una película de Bulldog Drummond. Fue maravilloso tener una ciudad inglesa entera para mí solo.

Lo único levemente desalentador era que todos los hoteles y casas de huéspedes parecían estar cerrados por la noche. Caminé hasta la estación, pensando que cogería un tren a Londres, pero la estación también estaba oscura y cerrada. Estaba ahí preguntándome qué hacer cuando noté que la luz gris de un televisor iluminaba la ventana del piso superior de una casa de huéspedes al otro lado de la calle. «¡Hurra!», pensé, alguien estaba despierto. Así que me apresuré a cruzar, planeando las humildes disculpas que le daría al amable propietario por mi retraso en la llegada e imaginando una conversación alegre que incluía la frase: «Oh, pero nunca le pediría que me diera de cenar a estas horas. No, sinceramente, si está completamente seguro de que no hay problema, entonces tal vez solo un sándwich de rosbif y un pepinillo con eneldo, tal vez un poco de ensalada de patata y una botella de cerveza». El camino de entrada estaba completamente oscuro y, en mi afán y falta de familiaridad con las puertas británicas, tropecé con un escalón, me estrellé de cara contra la puerta y tiré al suelo media docena de botellas de leche vacías. Casi de inmediato se abrió la ventana de arriba.

—¿Quién es? —preguntó una voz aguda.

Retrocedí mientras me frotaba la nariz, y vi una silueta con rulos.

—Hola, estoy buscando una habitación —le dije.

—Estamos cerrados.

—Oh. Pero ¿dónde podría cenar?

—Pruebe el Churchill. Enfrente.

—¿Enfrente de qué? —pregunté, pero la ventana ya se había cerrado de golpe.

El Churchill era suntuoso, estaba bien iluminado y parecía listo para recibir visitantes. A través de una ventana pude ver personas bien vestidas sentadas a una barra, elegantes y afables, como personajes de una obra de Noël Coward. [1] Vacilé en las sombras, sintiéndome como un pilluelo de la calle. Socialmente y en cuanto a vestuario no me adaptaba a un establecimiento así y, de todos modos, estaba claramente más allá de mi escaso presupuesto. Solo el día anterior, le había entregado un fajo excepcionalmente grande de coloridos francos a un hotelero de ojillos pícaros y maliciosos como pago por una noche en una cama llena de bultos y un plato de misterioso *chasseur* que contenía los huesos de una extensa variedad de animales pequeños, muchos de los cuales había ocultado bajo una gran servilleta para no parecer descortés, y había decidido en adelante ser más cauteloso con los gastos. Así que me alejé de mala gana de la calidez del Churchill y caminé hacia la oscuridad.

Más adelante, en Marine Parade había una pérgola, abierta a los elementos pero techada, y decidí que aquello era lo mejor que podía conseguir. Con mi mochila como almohada, me acosté y me arropé con la chaqueta. El banco estaba hecho de listones, era duro y estaba tachonado con grandes tornillos de cabeza redonda que hacían que reclinarse cómodamente fuera imposible; sin duda, su intención. Estuve acostado durante mucho tiempo, escuchando al mar bañando los guijarros de la orilla, y finalmente caí en una noche larga y fría de pesadillas en las que fui perseguido sobre témpanos de hielo del Ártico por un francés de ojos pequeños y brillantes con una catapulta, una bolsa de pernos y una puntería asombrosa, que me golpeó repetidamente en las nalgas y en las piernas por robar una servilleta de lino llena de comida sucia y dejarla en el fondo de un cajón de la cómoda de mi habitación del hotel. Me desperté con un grito ahogado alrededor de las tres, rígido y temblando de frío. La niebla se había disipado. El aire era ahora tranquilo y claro, y en el cielo brillaban las estrellas. La luz de un faro al otro extremo del rompeolas barría interminablemente la superficie del agua. Todo aquello era muy bonito, pero tenía demasiado frío para apreciarlo. Sin parar de temblar, rebusqué en la

mochila y saqué todos los artículos potencialmente cálidos que pude encontrar: una camisa de franela, dos suéteres, un par de vaqueros extra. Utilicé unos calcetines de lana como guantes y me puse un par de calzoncillos de franela en la cabeza en un intento desesperado de calentarme, luego me tumbé pesadamente en el banco y esperé con paciencia el dulce beso de la muerte. Sin embargo, me quedé dormido.

Me despertó de nuevo el bramido de una sirena de niebla, que casi me hizo caer de aquella estrecha especie de catre, y me incorporé sintiéndome miserable pero un poco menos frío. El mundo estaba bañado por esa luz lechosa del amanecer que parece provenir de la nada. Las gaviotas revoloteaban y chillaban sobre el agua. Más allá de ellas, más allá del rompeolas de rocas, un transbordador, amplio y bien iluminado, se deslizaba con majestuosidad hacia el mar. Me quedé sentado allí durante algún tiempo, un joven completamente absorto en sus pensamientos. Otro gemido atronador de la sirena de niebla del buque se deslizó sobre el agua, excitando de nuevo a las molestas gaviotas. Me quité los calcetines de las manos y miré el reloj. Eran las 5:55. Miré el *ferry* que se alejaba y me pregunté adónde iría nadie a esas horas. Y… ¿adónde iría yo a esas horas? Recogí la mochila y arrastré los pies por el paseo marítimo, para que la circulación de la sangre se pusiera en marcha.

Cerca del Churchill, ahora mismo pacíficamente dormido, me encontré con un anciano que paseaba a un perrito. El can intentaba frenéticamente orinar en todas las superficies verticales y, en consecuencia, más que caminar, su dueño lo arrastraba mientras él se mantenía en precario equilibrio sobre tres de sus patitas.

El hombre asintió con un gesto de buenos días cuando llegué a su altura.

—Con un poco de suerte, hoy hará buen tiempo —anunció, mirando esperanzado un cielo que parecía un montón de toallas mojadas. Le pregunté si había algún restaurante en algún lugar que pudiera estar abierto.

Conocía un lugar no muy lejos de allí y me explicó cómo llegar.

—El mejor café camionero de Kent —dijo.

—¿Café camionero? —repetí con incertidumbre, y retrocedí un par de pasos cuando noté que su perro se esforzaba desesperadamente por humedecerme la pierna.

—Muy popular entre los camioneros. Se dice que conocen los mejores lugares, ¿no? —Sonrió amablemente, luego bajó un poco la voz y se inclinó hacia mí como si fuera a compartir una

confidencia—: Quizá quiera quitarse los calzoncillos de la cabeza antes de entrar.

Me toqué la cabeza. «¡Oh!», y, no sin sonrojarme, me quité los calzoncillos allí olvidados. Traté de pensar en una explicación sucinta, pero el hombre estaba comprobando el cielo de nuevo.

—Definitivamente el tiempo se animará, sí —decidió, y arrastró a su perro en busca de nuevas superficies verticales. Los vi marcharse, luego me di la vuelta y caminé por el paseo marítimo justo empezaba a llover a cántaros.

La cafetería era excepcional: animada, calurosa y deliciosamente acogedora. Me comí un plato de huevos, alubias, pan frito, tocino y salchichas, con una guarnición de pan y margarina, y dos tazas de té, todo por 22 peniques. Después, sintiéndome un hombre nuevo, salí a la calle con un palillo y un eructo, y deambulé felizmente, viendo cómo Dover cobraba vida. Hay que decir que Dover no mejoró mucho con la luz del día, pero, aun así, me gustó. Me gustaba su pequeña escala y su aire acogedor, y la forma en que todos decían «Buenos días», «Hola» y «Hace un tiempo terrible, pero podría arreglarse» a todos los demás, y la sensación de que aquella era solo una más de una serie muy larga de días fundamentalmente alegres, bien ordenados y agradablemente tranquilos. Nadie en todo Dover tendría una razón particular para recordar el 21 de marzo de 1973, excepto yo y un puñado de niños nacidos ese día y posiblemente un anciano con un perro que se había encontrado con un joven con unos calzoncillos en la cabeza.

No sabía a qué hora se podía empezar decentemente a pedir una habitación en Inglaterra, así que pensé en dejarlo hasta media mañana. Con tiempo en mis manos, hice una búsqueda minuciosa de una casa de huéspedes que pareciera atractiva y tranquila, pero agradable y no demasiado cara, y al dar las diez en punto me presenté en el umbral de la que había elegido cuidadosamente, vigilando no tropezar con las botellas de leche. Era un pequeño hotel que en realidad era una casa de huéspedes… De hecho, en realidad, era una pensión.

No recuerdo su nombre, pero sí a la propietaria, una criatura formidable de mediana edad llamada señora Smegma, quien me mostró una habitación, luego me hizo un recorrido por las instalaciones y me explicó las muchas y complicadas reglas para residir allí: cuándo se servía el desayuno, cómo encender el calentador, a qué horas del día tendría que desalojar las instalaciones y durante qué breve período se permitía darse un baño (que, curiosamente, parecían coincidir), con cuánta anticipación

debería comunicar si tenía la intención de recibir una llamada telefónica o llegar después de las diez de la noche, cómo tirar de la cadena del baño y usar la escobilla del váter, qué materiales estaban permitidos en la papelera del dormitorio y cuáles tenían que ser llevados con cuidado al cubo de basura exterior, cómo limpiarme los pies en cada puerta de entrada, cómo encender la estufa de tres quemadores de mi dormitorio y cuándo estaría permitido hacerlo (esencialmente, durante una Edad de Hielo). Todo eso era desconcertantemente nuevo para mí. En el lugar de donde vengo, pagas una habitación en un motel, pasas diez horas montando un lío lujoso y posiblemente irremediable, y a la mañana siguiente te vas temprano. Pero esto era como unirse al ejército.

—La estancia mínima —prosiguió la señora Smegma— es de cinco noches a una libra la noche, incluido el desayuno inglés completo.

—¿Cinco noches? —dije con un pequeño jadeo. Solo tenía la intención de pasar allí una. ¿Qué diablos iba a hacer conmigo mismo en Dover durante cinco días?

La señora Smegma arqueó una ceja.

—¿Esperaba quedarse más tiempo?

—No —dije—. No. De hecho, yo…

—Bien —me cortó—, porque tenemos un grupo de jubilados escoceses que vienen el fin de semana y habría sido incómodo. En realidad, bastante imposible. —Me examinó críticamente, como si fuera una mancha en una alfombra, y consideró si había algo más que pudiera hacer para arruinarme la vida. Lo había.

—Voy a salir en breve, así que ¿puedo pedirle que desaloje su habitación dentro de un cuarto de hora?

Estaba confundido de nuevo.

—Perdón, ¿quiere que me vaya? Pero si acabo de llegar.

—Son las reglas de la casa. Puede volver a las cuatro. —Hizo ademán de irse, pero luego se dio la vuelta—. Ah, y tenga la bondad, por favor, de quitar el cobertor todas las noches. Hemos tenido algunos sucesos desafortunados relacionados con manchas. Si daña el cobertor, tendré que cobrárselo. Lo entiende, ¿verdad?

Asentí como un tonto. Y ella se fue. Me quedé allí, sintiéndome perdido, cansado y lejos de casa. Había pasado una noche histéricamente incómoda al aire libre. Me dolían los músculos, estaba entumecido por haber dormido sobre cabezas de perno y tenía la piel ligeramente pegajosa por la suciedad y la arena de dos naciones. Había aguantado hasta ese punto con la idea de que pronto estaría disfrutando de un baño caliente y relajante, seguido

de unas catorce horas de sueño profundo, tranquilo y hundido en mullidas almohadas bajo un edredón de plumas.

Mientras estaba allí percatándome de que mi pesadilla, lejos de llegar a su fin, apenas comenzaba, la puerta se abrió y la señora Smegma cruzó la habitación a grandes zancadas hacia el fluorescente que había encima del fregadero. Me había mostrado el método correcto para encenderlo: «No hay necesidad de tirar mucho. Un tironcito suave es suficiente»; y, evidentemente, recordó que lo había dejado encendido. Lo apagó ahora con lo que me pareció un tirón bastante brusco, luego nos echó a mí y a la habitación una última mirada sospechosa y se fue de nuevo.

Cuando estuve seguro de que se había ido, cerré la puerta en silencio, cerré las cortinas y oriné en el baño. Saqué un libro de mi mochila y luego me quedé de pie junto a la puerta durante un largo minuto examinando los contenidos ordenados y desconocidos de mi solitaria habitación.

—¿Y qué cojones es un cobertor? —me pregunté en voz baja, y me despedí en silencio.

Qué lugar tan diferente era Gran Bretaña en la primavera de 1973. La libra valía 2,46 dólares. El salario neto semanal medio era de 30,11 libras esterlinas. Un paquete de patatas fritas costaba 5 peniques, un refresco 8 peniques, un pintalabios 45 peniques, un paquete de galletas de chocolate 12 peniques, una plancha 4,50 libras, un hervidor eléctrico 7 libras, un televisor en blanco y negro 60 libras, un televisor en color 300 libras, una radio 16 libras, el menú sale a una libra y media. Un billete de avión regular de Nueva York a Londres cuesta 87,45 libras en invierno, 124,95 libras en verano. Podría pasar ocho días en Tenerife en un Cook's Golden Wings Holiday por 65 libras o quince días desde 93 libras. Sé todo esto porque, antes de empezar el viaje, busqué la edición de *The Times* del 20 de marzo de 1973, el día que llegué a Dover, y contenía un anuncio del gobierno a página completa que describía cuánto costaba la mayoría de estas cosas y cómo se verían afectados los precios por un nuevo impuesto llamado IVA, que se introduciría una semana después. La esencia del anuncio era que mientras algunas cosas subirían de precio con el IVA, otras también bajarían. (¡Ja!) También recuerdo de mis propios recursos cerebrales menguantes que me costó 4 peniques enviar una postal a Estados Unidos por vía aérea, 13 peniques una pinta de cerveza y 30 peniques el primer libro de Penguin que compré (*Billy Liar*). La decimalización acababa de pasar su segundo aniversario, pero la

gente todavía echaba cuentas en sus cabezas, «¡Dios mío, son casi seis chelines!», y tenías que saber que seis peniques valían realmente 21,2 peniques y que una guinea equivalía a 1,05 libras.

Un sorprendente número de titulares de esa semana podrían aparecer fácilmente hoy: «Huelga de controladores aéreos franceses», «El Libro Blanco pide que se comparta el poder en el Ulster», «Se cerrará el laboratorio de investigación nuclear», «Las tormentas interrumpen los servicios ferroviarios» y las habituales reseñas sobre críquet, «Fracaso de Inglaterra» (esta vez sobre Pakistán). Pero lo más llamativo de los titulares de esa semana vagamente recordada de 1973 era el malestar industrial que había: «Amenaza de huelga en British Gas Corporation», «Huelga de 2000 funcionarios públicos», «No hay edición londinense del *Daily Mirror*», «10 000 despedidos después de que los hombres de Chrysler se marcharan», «Los sindicatos planean una acción paralizante para el Primero de Mayo», «12 000 alumnos tienen el día libre mientras los maestros hacen huelga», todo esto en una sola semana. Este sería el año de la crisis de la
OPEP
y el derrocamiento efectivo del Gobierno de Heath (aunque no habría elecciones generales hasta el siguiente febrero). Antes de que terminara el año, habría racionamiento de gasolina y largas colas en las gasolineras de todo el país. La inflación se dispararía hasta el 28 %. Habría una grave escasez de papel higiénico, azúcar, electricidad y carbón, entre muchas otras cosas. La mitad de la nación estaría en huelga y el resto tendría semanas de tres días. La gente compraría los regalos de Navidad en grandes almacenes iluminados por velas y miraría consternada cómo sus pantallas de televisión se quedaban en blanco después de *News at Ten* por orden del Gobierno. Sería el año del Acuerdo de Sunningdale, del desastre de Summerland en la Isla de Man, de la polémica sobre los sijs y los cascos de moto, del debut de Martina Navratilova en Wimbledon. Fue el año en que Gran Bretaña ingresó en el Mercado Común y ahora apenas parecería creíble que entrara en guerra con Islandia por el bacalao (aunque de una manera misericordiosamente débil, dudando entre menospreciar a esos peces blancos o simplemente dispararles).

Sería, en definitiva, uno de los años más extraordinarios de la historia británica moderna. Por supuesto, yo no lo sabía aquella lluviosa mañana de marzo en Dover. En realidad, no sabía nada, lo cual es una posición extrañamente maravillosa en la que estar. Todo lo que tenía ante mí era nuevo, misterioso y emocionante de una

manera que no puedes imaginarte. Inglaterra estaba llena de cosas que nunca había visto antes: tocino veteado, cortes de pelo rapados y escalonados, balizas Belishas, *serviettes*, cucuruchos. No sabía cómo pronunciar *scone* o *pasty* o *Towcester* o *slough*. Nunca había oído hablar de
Tesco's,
Perthshire o Denbighshire, de las viviendas sociales, de Morecambe y Wise, de los cortes en los ferrocarriles, de los *crackers* de Navidad, los días festivos, los dulces de los balnearios, los carros lecheros, las conferencias telefónicas nacionales, los huevos a la escocesa, los Morris Minors y el Día del Recuerdo o Poppy Day. Por lo que yo sabía, cuando un automóvil tenía una placa con una L en la parte trasera, indicaba que lo conducía un leproso. No tenía la menor idea de qué significaba GPO, LBW, GLC u OAP. Estaba radiante de ignorancia. Las transacciones más simples eran un misterio para mí. Vi a un hombre en un quiosco pedir «veinte del número seis» y recibir cigarrillos, y supuse durante mucho tiempo que todo en los quioscos estaba ordenado por números, como la comida china para llevar. Me senté durante media hora en un *pub* antes de darme cuenta de que tenías que ir a la barra a pedir y llevarte a la mesa tu propio pedido; luego intenté lo mismo en un salón de té y me dijeron que me sentara.

La señora del salón de té me llamó «amor». Todas las señoras de la tienda me llamaban «amor» y la mayoría de los hombres me llamaban «colega». Todavía no llevaba allí doce horas y ya me amaban. Y todos comían como yo. Eso fue realmente emocionante. Durante años, había sido la desesperación de mi madre porque, como zurdo, me negaba cortésmente a comer al estilo estadounidense. Agarraba el tenedor con la mano izquierda para sostener la comida mientras cortaba y luego lo pasaba a la mano derecha para llevarme la comida a la boca. Todo parecía ridículamente engorroso, y aquí de repente había todo un país que comía como yo. ¡Y conducían por la izquierda! Era el paraíso. Antes de que llegara el mediodía, supe que ahí era donde quería estar.

Pasé un largo día deambulando alegremente y sin rumbo por calles residenciales y calles comerciales, escuchando conversaciones en paradas de autobús y esquinas, mirando con interés los escaparates de fruterías, carnicerías y pescaderías, leyendo carteles publicitarios y licencias de urbanismo, absorbiendo en silencio. Subí al castillo para admirar la vista y ver los transbordadores en movimiento, eché una mirada respetuosa a los acantilados blancos y a la cárcel de Old Town, y al final de la tarde, en un impulso, fui a

ver una película, atraído por la perspectiva de la calidez del cine y por un cartel que mostraba a una serie de jóvenes escasamente vestidas en actitud seductora.

—¿Palco o platea? —dijo la señora de los tiques.

—No, *Intercambio de esposas en los suburbios* —contesté con voz confusa y furtiva.

Dentro, otro mundo nuevo se abrió para mí. Vi mis primeros anuncios de cine, mis primeros tráilers presentados con acento británico, mi primer certificado de la Junta Británica de Censores de Cine («Esta película ha sido aprobada como apta para adultos por Lord Harlech, quien la disfrutó mucho»), y descubrí, para mi pequeño deleite, que se permitía fumar en los cines británicos y al diablo con los riesgos de incendio. La película en sí proporcionaba un rico fondo de información social y léxica, así como la oportunidad de descansar mis cansados pies y ver a un montón de atractivas jovencitas divirtiéndose al aire libre. Entre los muchos términos nuevos para mí estaban «fin de semana guarro», «julepe», «gilipollas», «*au pair*», «casa adosada», «dar por saco» y «polvo rápido contra la pared de la cocina», cuya utilidad ha quedado demostrada desde entonces. Durante el descanso —otra emocionante novedad— descubrí mi primer refresco
Kia-Ora,
comprado a una joven monumentalmente aburrida que tenía la notable habilidad de sacar artículos seleccionados de su bandeja iluminada y dar cambio sin apartar la mirada de un lugar imaginario a media distancia del fondo. Después cené en un pequeño restaurante italiano recomendado por Pearl & Dean y regresé satisfecho a la casa de huéspedes mientras la noche caía sobre Dover. En conjunto, fue un día muy satisfactorio e instructivo.

Tenía la intención de acostarme temprano, pero de camino a la habitación me fijé en el cartel de una puerta que decía SALA DE RESIDENTES y asomé la cabeza. Era un salón grande, con sillones y un sofá, todos con antimacasares almidonados, una librería con una modesta selección de rompecabezas y libros de bolsillo, una mesita con algunas revistas bien manoseadas, y una gran televisión a color. Encendí el televisor y ojeé las revistas mientras esperaba a que se calentara. Eran todas revistas para mujeres, pero no eran como las que leían mi madre y mi hermana. Los artículos en las revistas de mi madre y mi hermana siempre trataban sobre sexo y gratificación personal. Tenían títulos como «Recorre tu camino hacia los orgasmos múltiples», «Sexo en la oficina: cómo conseguirlo», «Tahití: el nuevo lugar de moda para el sexo» y «Esas selvas

tropicales que se están extinguiendo, ¿son buenas para el sexo?». Las revistas británicas abordaban aspiraciones más modestas. Tenían títulos como «Teje tu propio conjunto de entretiempo», «Oferta de botones que te harán ahorrar dinero», «Haz este superjabonero de punto de cruz», «Llegó el verano, ¡es hora de preparar la mayonesa!».

El programa que emitían en la televisión se llamaba *Jason King*. Si tienes cierta edad y no tenías vida social los viernes por la noche a principios de los años setenta, tal vez recuerdes que se trataba de un libertino ridículo con un caftán acolchado que, inexplicablemente, las mujeres parecían encontrar atractivo. No podía decidir si sentirme esperanzado o deprimido. Lo más sorprendente del programa era que, aunque lo había visto solo una vez hace más de veinte años, nunca he perdido las ganas de darle una paliza con un bate de béisbol lleno de clavos.

Hacia el final del programa entró otro residente con un cuenco de agua hirviendo y una toalla, que exclamó un «¡Ay!» de sorpresa cuando me vio y se sentó junto a la ventana. Era delgado y tenía la cara roja y llenó la habitación de olor a linimento. Parecía alguien con avideces sexuales malsanas, el tipo de persona en la que tu profesor de educación física te advertía que te convertirías si te masturbabas demasiado extravagantemente (alguien, en resumen, como tu profesor de educación física). No podía estar seguro, pero casi hubiera jurado que lo había visto comprando un paquete de gominolas de frutas en Suburban Wife-Swap esa misma tarde. Me miró furtivamente, posiblemente pensando algo similar, luego se cubrió la cabeza con la toalla y bajó la cara hacia el cuenco, donde permaneció gran parte del resto de la noche.

Unos minutos más tarde, un tipo calvo de mediana edad, un vendedor de zapatos, que entró, me dijo «¡Hola!» y añadió «Buenas noches, Richard», en dirección a la cabeza con la toalla y se sentó a mi lado. Poco después se nos unió un hombre mayor con un bastón, una pierna torcida y modales bruscos. Nos miró a todos sombríamente, asintió con el más pequeño y preciso de los reconocimientos y se dejó caer pesadamente en su asiento, donde pasó los siguientes veinte minutos moviendo su pierna de un lado a otro, como si recolocara un mueble pesado. Deduje que aquellas personas eran todas residentes a largo plazo.

Empezó una comedia de situación llamada «Mi vecino es un negrata». Supongo que ese no era su título real, pero esa era la esencia, es decir, que había algo ricamente cómico en la noción de

tener personas negras viviendo al lado. Abundaban frases como «¡Dios mío, abuela, hay un chico de color en tu armario!» y «Bueno, no podía verlo en la oscuridad, ¿verdad?». Era algo irremediablemente idiota. El calvo que estaba a mi lado se reía hasta las lágrimas, y de debajo de la toalla emergían ocasionales resoplidos de diversión, pero el coronel de la pierna torcida, me di cuenta, nunca se reía. Simplemente me miraba fijamente, como si tratara de recordar a qué evento oscuro de su pasado estaba asociado. Cada vez que yo volvía la cabeza, aquel hombre tenía los ojos fijos en mí. Era desconcertante. Una ráfaga de estrellas llenó brevemente la pantalla, indicando un intervalo de anuncios, que el hombre calvo aprovechó para interrogarme, de una manera amistosa pero confusamente inconexa, sobre quién era yo y cómo había caído en sus vidas. Estaba encantado de saber que yo era estadounidense.

—Siempre he querido ver Estados Unidos —dijo—. Y dígame —añadió—, ¿allí tienen Woolworth's?

—Bueno, en realidad, Woolworth's es americano.

—¡No me diga! —exclamó—. ¿Ha oído eso, coronel? Woolworth's es americano. —El coronel se mostró impasible ante aquella información—. ¿Y qué hay de los copos de maíz?

—¿Disculpe?

—¿Tienen copos de maíz en América?

—Bueno, en realidad, también son americanos.

—¡Imposible!

Sonreí débilmente y le rogué a mis piernas que me levantaran y me sacaran de allí, pero la parte inferior de mi cuerpo parecía extrañamente inerte.

—¡Mira qué bien! Entonces, ¿qué le trae a Gran Bretaña si allí ya tienen copos de maíz?

Lo miré para ver si me lo estaba preguntando en serio, luego me embarqué, vacilante y de mala gana, en un breve resumen de mi vida hasta ese momento, pero después de unos minutos me di cuenta de que los anuncios se habían terminado y el programa se había reiniciado y aquel hombre ni siquiera fingía que me escuchaba, así que me callé, y en su lugar pasé la totalidad de la segunda parte absorbiendo el calor de la mirada del coronel.

Cuando terminó el programa, estaba a punto de levantarme de

la silla y despedirme calurosamente de aquel feliz trío cuando se abrió la puerta y entró la señora Smegma con una bandeja con una tetera y tazas y un plato de galletas del tipo que creo que se llaman «variedad de la hora del té, —y todos se animaron juguetonamente, frotándose las manos con intensidad y diciendo—: Oh, encantador». A día de hoy, sigo impresionado por la capacidad de los británicos de todas las edades y estratos sociales para emocionarse de verdad ante la perspectiva de una bebida caliente.

—¿Y qué tal *El mundo de los pájaros* de esta noche, coronel? —preguntó la señora Smegma mientras le entregaba al coronel una taza de té y una galleta.

—No sabría decirle —dijo el coronel maliciosamente—. La televisión —me dedicó una mirada significativa— estaba sintonizada en otro canal. —La señora Smegma también me dirigió una mirada aguda, empatizando con el coronel. Creo que se acostaban juntos.

—*El mundo de los pájaros* es el programa favorito del coronel —me dijo en un tono que iba más allá del odio, y me entregó una taza de té con una galleta blanquecina y dura.

Maullé una lamentable disculpa.

—Esta noche iba de frailecillos —soltó el tipo de cara roja, que parecía muy complacido consigo mismo.

La señora Smegma lo miró fijamente durante un instante, como si estuviera sorprendida de descubrir que tenía el poder del habla.

—¡Frailecillos! —dijo, y me mostró una expresión aún más fulminante que preguntaba cómo alguien podía estar tan falto de la fundamental decencia humana—. El coronel adora a los frailecillos. ¿No es así, Arthur? —Definitivamente se acostaba con él.

—Son mis preferidos —dijo el coronel, mordiendo tristemente un bombón de chocolate relleno de licor.

Avergonzado, tomé un sorbo de té y mordisqueé mi galleta. Nunca antes había tomado un té con leche ni una galleta tan dura como una roca. Sabía a algo que le darías a un periquito para fortalecerse el pico. Un minuto después, el tipo calvo se inclinó hacia mí y me susurró confiado:

—No debes preocuparte por el coronel. No ha sido el mismo desde que perdió la pierna.

—Bueno, espero por su bien que la encuentre pronto —contesté, arriesgando un poco de sarcasmo.

El tipo calvo soltó una risotada y por un momento aterrador pensé que iba a compartir mi pequeña broma con el coronel y la señora Smegma, pero en lugar de eso me tendió una mano carnosa

y se presentó. No recuerdo su nombre ahora, pero era uno de esos nombres que solo los ingleses tienen: Colin Crapspray o Bertram Pantyshield o algo así de improbable. Le mostré una sonrisa torcida, pensando que estaba tomándome el pelo.

—¿Bromea? —le pregunté.

—No, en absoluto —respondió con frialdad—. ¿Por qué? ¿Encuentra divertido mi nombre?

—Es solo que me parece… inusual.

—Bueno, puede pensar que sí —dijo, y volvió su atención hacia el coronel y la señora Smegma, y me di cuenta de que ahora estaba, y sin duda sería así para siempre, sin amigos en Dover.

Durante los dos días siguientes, la señora Smegma me persiguió sin piedad, mientras que los demás, sospeché, buscaban pruebas para ella. Me reprochó que no apagara la luz de mi habitación cuando salía, que no bajara la tapa del retrete cuando terminaba, que le quitara el agua caliente al coronel —yo no sabía que tenía hasta que ella empezó a golpear la puerta y a hacer ruiditos de agravio en el pasillo—, que hubiera pedido el desayuno inglés completo dos días seguidos y me hubiera dejado el tomate frito en ambas ocasiones.

—Veo que se ha vuelto a dejar el tomate frito —dijo en la segunda ocasión.

No supe muy bien qué contestarle, ya que era indiscutiblemente cierto, así que simplemente fruncí el ceño y me uní a ella para mirar fijamente el plato en cuestión. De hecho, me había estado preguntando durante dos días qué era.

—¿Puedo solicitarle —dijo con una voz cargada de dolor y años de irritación— que en el futuro, si no necesita el tomate frito en su desayuno, tenga la amabilidad de decírmelo?

Avergonzado, la observé marcharse. «¡Pensé que era un coágulo de sangre!», quise gritarle, pero, por supuesto, no dije nada y simplemente me escabullí de la habitación hacia las miradas triunfantes de mis compañeros residentes.

Después de eso, permanecí fuera de la casa tanto como pude. Fui a la biblioteca y busqué «cobertor» en un diccionario para que al menos pudiera escapar a la censura sobre ese punto. (Me quedé asombrado al descubrir qué era; llevaba tres días trasteando con la contraventana). Dentro de la casa, trataba de permanecer en silencio y pasar desapercibido. Incluso me di la vuelta sin hacer ruido en mi chirriante cama. Pero no importaba lo mucho que lo intentara, parecía destinado a molestar. La tercera tarde, cuando entré sigilosamente, la señora Smegma se me encaró en el pasillo con un paquete de cigarrillos vacío y me preguntó si había sido yo

quien lo había arrojado al seto de ligustro. Empecé a entender por qué personas inocentes firman confesiones extravagantes en las comisarías. Esa noche, olvidé apagar el calentador de agua después de un baño rápido y silencioso y agravé el error al dejar mechones de cabello en el desagüe. A la mañana siguiente llegó la humillación final. La señora Smegma me acompañó sin decir palabra al retrete y me mostró una pequeña porción de excremento que no se había ido por el desagüe. Acordamos que debería irme después del desayuno.

Me subí a un tren rápido en dirección a Londres y no he vuelto a Dover desde entonces.

1

Hay ciertas nociones idiosincrásicas que aceptas tranquilamente cuando vives mucho tiempo en Gran Bretaña. Una de ellas es que los veranos británicos solían ser más largos y soleados. Otra es que la selección de fútbol de Inglaterra no debería tener ningún problema con Noruega. Una tercera es la idea de que Gran Bretaña es un lugar grande. Esta última es fácilmente la más intratable.

Si mencionas en el *pub* que tienes la intención de conducir desde, digamos, Surrey hasta Cornualles, una distancia que la mayoría de los estadounidenses recorrerían sin problemas solo para comprar unos tacos, tus amigos inflarán las mejillas, se mirarán con complicidad y soltarán el aire como si dijeran «Bueno, ahora eso es un poco difícil», y luego se lanzarán a una animada y prolongada discusión sobre si es mejor tomar la A30 a Stockbridge y luego la A303 a Ilchester o la A361 a Glastonbury a través de Shepton Mallet. En cuestión de minutos, la conversación se sumergirá en un nivel de detalle que hará que tú, como extranjero, gires la cabeza en un silencioso asombro.

—¿Conoces esa área de estacionamiento fuera de Warminster, la que tiene la caja de arena con la manija rota? —dirá uno de ellos—. Ya sabes, justo después del desvío a Little Puking pero antes de la minirotonda B6029. La del sicómoro muerto.

En este punto, descubrirás que eres la única persona del grupo que no asiente vigorosamente.

—Bueno, aproximadamente medio kilómetro más allá, no en el primer giro a la izquierda, sino en el segundo, hay un camino entre dos setos que son en su mayoría espinos pero con unos pocos avellanos por ahí mezclados. Bien, si sigues ese camino más allá del embalse y debajo del puente del ferrocarril, y giras a la derecha en Buggered Ploughman…

—Agradable *pub* —suele intercalar alguien, por alguna razón, un tipo con una chaqueta de punto voluminosa—. Sirven una pinta

decente de Old Toejam.

—… y sigues el camino de tierra a través del campo de tiro del ejército y rodeas la parte trasera de la fábrica de cemento y desciendes hasta el desvío B3689 de
Ram's
Dropping, te ahorras unos buenos tres o cuatro minutos y eliminas el cruce ferroviario de Great Shagging.

—A menos, por supuesto, que vengas de Crewkerne —agregará alguien más con entusiasmo—. Porque si vienes de Crewkerne…

Dales a dos o más hombres en un *pub* los nombres de dos lugares cualesquiera de Gran Bretaña y muy probablemente generarás horas de conversación. Dondequiera que quieras ir, el consenso general es que es casi posible siempre que evites escrupulosamente Okehampton, el sistema giratorio Hanger Lane, el centro de Oxford y el Severn Bridge en dirección oeste entre las 15:00 h del viernes y las 10:00 h del lunes, excepto si es festivo, entonces no deberías ir a ningún lado. «Yo, ni siquiera voy a la tienda de la esquina en los días festivos», dirá orgullosamente algún tipo menudo en un rincón, como si al quedarse en su casa de Staines hubiera evitado astutamente durante años el famoso embotellamiento de Scotch Corner.

Con el tiempo, cuando ya se haya hablado a fondo de los entresijos de las carreteras B secundarias, los puntos negros de contraflujo y los buenos lugares para conseguir un sándwich de tocino, un miembro del grupo se volverá hacia ti y distraídamente te preguntará tras darle un sorbo a su cerveza cuándo estabas pensando en partir. Cuando esto suceda, nunca debes responder con la verdad y decir, de esa manera un poco tonta que tienes: «Oh, no sé, alrededor de las diez, supongo», porque todo el proceso comenzará de nuevo.

—¿A las diez? —exclamará uno de ellos mientras estira tanto el cuello que casi se sacará la cabeza de los hombros—. ¿A las diez de la mañana? —Hará una mueca como alguien que ha recibido una pelota de críquet en el escroto pero no quiere parecer cobarde porque su novia está mirando—. Bueno, tú decides, por supuesto, pero personalmente, si yo planeara estar en Cornualles mañana a las tres en punto, habría salido ayer.

—¿Ayer? —dirá alguien más, riéndose ligeramente ante ese optimismo fuera de lugar—. Creo que te olvidas, Colin, de que esta semana es medio trimestre en North Wiltshire y West Somerset. Será un horror entre Swindon y Warminster. No, querrías haber salido el martes de la semana pasada.

—Y celebran el Great West Steam Rally en Little Dribbling este fin de semana —agregará alguien desde el otro lado de la sala, y se acercará para unirse a ti porque siempre es agradable traer malas noticias automovilísticas—. Habrá 375 000 coches, todos convergiendo en la rotonda de Little Chef en Upton Dupton. Una vez pasamos once días en un atasco allí, y eso fue solo para salir del estacionamiento. No, querrías haber salido cuando todavía estabas en el vientre de tu madre, o preferiblemente cuando eras un espermatozoide, y aun así no encontrarías un lugar para estacionar más allá de Bodmin.

Una vez, cuando era más joven, me tomé en serio todas esas advertencias alarmantes. Me fui a casa, puse en hora el despertador, desperté a la familia a las cuatro, con protestas y consternación general, y a las cinco hice que todos subieran al coche y nos pusimos en camino. Como resultado, llegamos a Newquay a tiempo para el desayuno y tuvimos que esperar siete horas antes de que el centro de vacaciones nos permitiera entrar en uno de sus miserables chalets. Y lo peor de todo fue que solo había accedido a ir allí porque pensé que el pueblo se llamaba Nookie y quería abastecerme de postales.

El hecho es que los británicos tienen un sentido de la distancia totalmente privado. Esto es más evidente en la pretensión compartida de que Gran Bretaña es una isla solitaria en medio de un mar verde y vacío. Oh, sí, sé que todos saben, de una manera abstracta, que hay una masa de tierra importante llamada Europa cerca y que de vez en cuando es necesario ir allí para darle una paliza al viejo Jerry o pasar unas vacaciones en el Mediterráneo, pero no está cerca en ningún sentido significativo en la forma en que, digamos, lo está Disney World. Si tu concepto de la geografía mundial estuviera moldeado completamente por lo que lees en los periódicos y ves en la televisión, no tendrías más remedio que concluir que Estados Unidos debe ser más o menos donde está Irlanda, que Francia y Alemania se encuentran aproximadamente junto a las Azores, que Australia ocupa una zona caliente en algún lugar de la región de Oriente Medio, y que casi todos los demás estados soberanos son míticos (a saber, Burundi, El Salvador, Mongolia y Bután) o solo se puede llegar a ellos mediante un vuelo espacial. Considera cuánto espacio de noticias en Gran Bretaña se dedica a figuras estadounidenses marginales como Oliver North, Lorena Bobbitt y

O.

J.
Simpson, un hombre que practicó un deporte que la mayoría de los británicos no entienden y luego hizo anuncios publicitarios para alquiler de coches y eso fue todo, y compara eso con todas las noticias reportadas en cualquier año desde Escandinavia, Austria, Suiza, Grecia, Portugal y España. Es una verdadera locura. Si hay una crisis política en Italia o una fuga nuclear en Karlsruhe, ocupa unos veinte centímetros en una página interior. Pero si una mujer en Shitkicker, West Virginia, le corta el pene a su esposo y lo arroja por la ventana en un ataque de resentimiento, es la segunda entrada de las *9 News*
O'Clock
y *The Sunday Times* ya está movilizando a su equipo de emergencias. Sé que puedes imaginártelo perfectamente.

Puedo recordar que, después de haber vivido alrededor de un año en Bournemouth y comprar mi primer automóvil, trasteando con la radio del coche me quedé asombrado de cuántas de las emisoras que captaba estaban en francés, y luego miré un mapa y me asombré aún más al darme cuenta de que estaba más cerca de Cherburgo que de Londres. Lo mencioné en el trabajo al día siguiente y la mayoría de mis colegas se negaron a creerlo. Incluso cuando se lo mostré en un mapa, fruncieron el ceño dubitativos y dijeron cosas como «Bueno, sí, quizá esté más cerca en un sentido estrictamente físico», puntillosos y seguros de que realmente se requiriera un concepto completamente nuevo de distancia una vez te metías en el Canal de la Mancha… y, por supuesto, en eso tenían razón. Incluso ahora, con frecuencia me quedo estupefacto al darme cuenta de que puedes subirte a un avión en Londres y en menos tiempo del que se tarda en quitar la tapa de aluminio del pequeño recipiente de leche
UHT
y que su contenido se distribuya encima de ti y del hombre que está a tu lado (y es increíble, verdad, cuánta leche cabe en una de esas tinas pequeñas), estás en París o Bruselas y todo el mundo se parece a Yves Montand o Jeanne Moreau.

Lo digo porque también experimenté el mismo tipo de sensación de asombro en una de esas playas sucias de Calais, una tarde de otoño inusualmente resplandeciente y despejada, al mirar un saliente en el horizonte que clara y soleadamente eran los Acantilados Blancos de Dover. Sabía, de una manera teórica, que Inglaterra estaba a solo unos treinta kilómetros de distancia, pero no podía creer que pudiera acercarme a la orilla de una playa

extranjera y verlos realmente. Estaba tan asombrado, de hecho, que busqué la confirmación de un hombre que pasaba por allí en actitud reflexiva.

—*Excusez-moi, monsieur* —le pregunté en mi mejor francés—. ¿ *Angleterre* *C'est* eso de allí?

Levantó la vista de sus pensamientos hacia donde yo estaba señalando, asintió profundamente sombrío como si dijera «Ay, sí», y siguió caminando.

—Vaya, imagínate —murmuré y fui a ver la ciudad.

Calais es un lugar interesante que existe únicamente con el propósito de brindar a los ingleses vestidos con chándales impermeables un lugar para pasar el día. Debido a que fue fuertemente bombardeado durante la guerra, cayó en manos de los urbanistas de la posguerra y, en consecuencia, parece un remanente de una *Exposition du Cément* de 1957. Un número alarmante de estructuras en el centro, particularmente alrededor de la triste Place d'Armes, parecen haber sido modeladas a partir del diseño de los paquetes de los supermercados, sobre todo paquetes de Jacob's Cream Crackers. Incluso se construyeron algunas estructuras a lo largo de las carreteras, siempre una señal de que los planificadores de la década de 1950 estaban enamorados de las nuevas posibilidades del hormigón. Uno de los edificios principales del centro, casi se sobreentiende, es un Holiday Inn/caja de copos de maíz.

Pero no me importó. El sol brillaba como en un amable verano indio y aquello era Francia y yo estaba en ese estado de ánimo feliz que siempre viene con el comienzo de un largo viaje y la vertiginosa perspectiva de pasar semanas y semanas sin hacer gran cosa y llamarlo «trabajo». Mi esposa y yo habíamos tomado recientemente la decisión de regresar a Estados Unidos durante un tiempo, para darles a los niños la oportunidad de experimentar la vida en otro país y a mi esposa la oportunidad de comprar hasta las diez de la noche, siete noches a la semana. Recientemente había leído que 3,7 millones de estadounidenses, según una encuesta de Gallup, creían que habían sido abducidos por extraterrestres en algún momento de sus vidas, por lo que estaba claro que mi gente me necesitaba. Pero yo había insistido en echar un último vistazo a Gran Bretaña, una especie de recorrido de despedida por la verde y

amable isla que durante tanto tiempo había sido mi hogar. Había venido a Calais porque quería volver a entrar en Inglaterra como la había visto por primera vez, desde el mar. Mañana tomaría un *ferry* temprano y comenzaría la seria tarea de investigar Gran Bretaña, examinando la cara pública y las partes privadas de la nación, por así decirlo, pero hoy estaba despreocupado y me sentía desapegado. No tenía nada que hacer más que complacerme a mí mismo.

Me decepcionó notar que nadie en las calles de Calais se parecía a Yves Montand o Jeanne Moreau, ni siquiera al encantador Philippe Noiret. Esto se debía a que todos eran británicos vestidos con ropa deportiva. Todos parecían tener silbatos alrededor del cuello y llevar balones de fútbol. Pero, en su lugar, cargaban pesadas bolsas de plástico con botellas tintineantes y quesos repugnantes y se preguntaban por qué habían comprado el queso y qué iban a hacer con ellos mismos hasta que llegara la hora de tomar el *ferry* de las cuatro a casa. Podías oírlos discutiendo en voz baja a medida que pasaban. ¿Sesenta francos por un paquete de maldito queso de cabra? Bueno, ella no te lo agradecerá. Todos parecían anhelar una buena taza de té y algo de comida de verdad. Se me ocurrió que allí podrías hacer una pequeña fortuna con un puesto de hamburguesas. Podrías llamarlo Hamburguesas de Calais.

Hay que decir que, aparte de ir de compras y discutir tranquilamente, no hay mucho que hacer en Calais. Está la famosa estatua de Rodin fuera del Hotel de Ville y un solo museo, el Musée des Beaux-Arts et de la Dentelle («El Museo de Bellas Artes y de los Dientes», si mi francés no me ha abandonado), pero el museo estaba cerrado e ir hasta el Hotel de Ville era demasiado esfuerzo y, de todos modos, la estatua de Rodin está en todas las postales. Acabé, como todo el mundo, husmeando en las tiendas de recuerdos, de las que Calais tiene cierta abundancia.

Por razones que nunca he entendido, los franceses tienen un genio particular cuando se trata de recuerdos religiosos de mal gusto, y en una tienda lúgubre en una esquina de la Place d’Armes encontré uno que me gustó: un modelo plástico de la Virgen María de pie y con los brazos abiertos en una especie de gruta construida con conchas marinas, estrellas de mar en miniatura, ramitas de algas secas encajadas y una pinza de langosta pulida. Pegado a la parte posterior de la cabeza de la Virgen había un halo hecho con un aro de cortina de plástico, y en la pinza de la langosta el

talentoso creador del modelo había pintado «¡Calais!» con una extraña y festiva caligrafía. Dudé porque costaba mucho dinero, pero cuando la señora de la tienda me mostró que también se enchufaba y se iluminaba como una atracción de feria de Margate, la única pregunta en mi mente era si una sería suficiente.

«*C'est tres jolie*», dijo en una especie de silencio atónito cuando se dio cuenta de que estaba dispuesto a pagar dinero de verdad por eso, y se apresuró a envolverlo y cobrármelo antes de que volviera en mí y gritara: «Dígame, ¿dónde estoy? ¿Y qué es, por favor, esta vulgar pieza de *merde* que tengo frente a mí?». « *tres jolie*
C'est
», repetía con dulzura, como si tuviera miedo de perturbar mi sueño despierto. Creo que hacía tiempo que no vendía una lámpara de la Virgen María con conchas marinas. En cualquier caso, cuando la puerta de la tienda se cerró detrás de mí, escuché claramente un grito de alegría.

Después, para celebrarlo, pedí un café en una cafetería popular de la rue de Gaston Papin et Autres Dignitaires Obscures. En el interior, Calais parecía mucho más agradablemente gala. La gente se saludaba con besos en las dos mejillas y se enroscaba en el humo azul de Gauloises y Gitanes. Una elegante mujer vestida de negro al otro lado de la sala se parecía extrañamente a Jeanne Moreau fumando un cigarrillo y dándole sorbos a un Pernod antes de interpretar una escena funeraria en una película titulada *La Vie Dearieuse*. Escribí una postal a casa y disfruté de mi café, luego pasé las horas antes del anochecer saludando con la mano de manera amistosa pero inútil al bullicioso camarero con la esperanza de convencerlo de que volviera a mi mesa a saldar mi modesta cuenta.

Cené barato y sorprendentemente bien en un pequeño lugar al otro lado de la calle. Hay algo que decir de los franceses: saben hacer patatas fritas. Me bebí dos botellas de Stella Artois en un café donde me sirvió un hombre parecido a Philippe Noiret con delantal de matadero, y me retiré temprano a mi modesta habitación de hotel, donde jugué un rato con mi Madonna de las Conchas Marinas, luego me metí en la cama y pasé la noche escuchando el ruido de los coches abajo en la calle.

Por la mañana, desayuné temprano, le pagué mi cuenta a Gérard Depardieu —eso sí era una sorpresa— y salí a otro día prometedor. Con el pequeño mapa que venía con el billete de *ferry* en la mano, salí en busca de la terminal. En el mapa parecía estar bastante cerca, prácticamente en el centro de la ciudad, pero en realidad

estaba a unos buenos tres kilómetros de distancia en el otro extremo de un desconcertante páramo de lleno de refinerías de petróleo, fábricas abandonadas y hectáreas de terreno baldío sembradas de vigas viejas y montones irregulares de hormigón. Tuve que colarme a través de los agujeros que había en las cercas de tela metálica y abrirme paso entre vagones de tren oxidados con las ventanillas rotas. No sé cómo las demás personas llegan al *ferry* en Calais, pero yo tuve la clara sensación de que nadie antes lo había hecho de esa manera. Y, durante todo el trayecto, fui incómodamente consciente —en realidad en medio de un pánico quejumbroso— de que la hora de salida se acercaba y que la terminal del *ferry*, aunque siempre visible, en realidad nunca parecía estar más cerca.

Al final, después de cruzar una carretera de dos carriles y trepar por un terraplén, llegué tarde y sin aliento y con el aspecto de alguien que acababa de sobrevivir a un desastre minero, y una mujer entrometida con un caso grave de dismenorrea me empujó a bordo de una lanzadera. En el camino, hice un inventario de mis posesiones y descubrí con tranquila consternación que mi amada y costosa Madonna había perdido su halo y se le estaban cayendo conchas marinas. Abordé el barco sudando copiosamente y con cierta inquietud. No soy un buen marinero, lo admito libremente. Me pongo enfermo en un simple patín de playa. Tampoco me ayudó el hecho de que aquel fuera uno de esos transbordadores de cargamento rodado y de que confiara mi vida a una compañía que tenía un historial significativamente menos que impecable cuando se trataba de recordar cerrar las puertas de proa, el equivalente náutico de olvidarse de quitarse los zapatos antes de meterse en la bañera.

El barco estaba repleto de personas, todas ellas inglesas. Pasé el primer cuarto de hora deambulando y preguntándome cómo habían llegado allí sin ensuciarse. Me metí brevemente en el caos de chándales impermeables que era la tienda libre de impuestos y rápidamente encontré la salida. Paseé por la cafetería con una bandeja mirando la comida y luego volví a colocar la bandeja en su sitio (había una cola para eso). Busqué un asiento entre hordas de moviditos niños dementes y por fin encontré el camino hacia la cubierta ventosa donde 274 personas con labios azules y cabello revuelto trataban de convencerse a sí mismas de que, como el sol brillaba, no era posible que tuvieran frío. El viento azotaba nuestros anoraks con un sonido como de disparos, arrastraba a los niños pequeños por la cubierta y, para satisfacción privada de todos, volcó una taza de té de espuma de polietileno en el regazo de una

señora gorda.

En poco tiempo, los Acantilados Blancos de Dover surgieron del mar y comenzaron a acercarse hacia nosotros y, al parecer, en un abrir y cerrar de ojos, navegábamos hacia el puerto de Dover y atracamos con evidente torpeza en el muelle. Mientras una voz incorpórea instruía a los pasajeros a pie para que se reunieran en el punto de salida de estribor en la cubierta

ZX

-2 junto al Sunshine Lounge, como si eso significara algo para alguien, todos nos embarcamos en largas, aturdidas y muy individuales exploraciones del barco: subimos y bajamos escaleras, cruzamos la cafetería y el salón de clase club, entramos y salimos de las tiendas, atravesamos una cocina llena de trabajadores lascares, volvimos a la cafetería por otra entrada y, finalmente, sin saber muy bien cómo, emergimos al acogedor y acuoso sol de Inglaterra.

Estaba ansioso por volver a ver Dover después de tantos años. Caminé hacia el centro a lo largo de Marine Parade y con un pequeño grito de placer divisé el refugio en el que había dormido hace tanto tiempo. Estaba cubierto con unas once capas más de pintura verde bilis, pero, por lo demás, no había cambiado. La vista hacia el mar también era la misma, aunque el agua era más azul y brillante que la última vez que la había visto. Sin embargo, todo lo demás parecía diferente. Donde recordaba que había una hilera de elegantes terrazas georgianas, ahora había un enorme e impropio bloque de apartamentos de ladrillo. Townwall Street, la calle principal hacia el oeste, era más ancha y con un tráfico mucho más amenazante de lo que recordaba, y ahora había un metro que comunicaba el centro de la ciudad, que en sí mismo era irreconocible.

La principal calle comercial se había convertido en peatonal y la plaza del mercado era ahora una especie de espacio abierto con un pavimento ostentoso y la habitual variedad de adornos de hierro fundido. Todo el centro de la ciudad parecía estar incómodamente apretado por calles anchas y concurridas que no recordaba, y ahora había un gran edificio turístico llamado «La experiencia de la tiza blanca», donde, deduzco por el nombre, puedes descubrir lo que se siente al ser una tiza de 800 millones de años. No reconocía nada. El problema con las ciudades inglesas es que son tan indistinguibles unas de otras… Todos tienen Boots y

W.

H.

Smith y Marks & Spencer. Realmente podrías estar en cualquier parte.

Caminé distraídamente por las calles, infeliz de que un lugar tan importante para mis recuerdos me resultara tan desconocido. Luego, en mi tercera vuelta por el centro de la ciudad sin dejar de refunfuñar, en un carril por el que juraría que nunca había caminado antes, me encontré con el cine, todavía reconocible como el hogar de Suburban

Wife-Swap

a pesar de una pesada pátina de renovación artística, y todo se aclaró de repente. Ahora que tenía un punto de referencia fijo, sabía exactamente dónde estaba. Caminé resueltamente 500 metros hacia el norte y luego al oeste —ahora casi podría haberlo hecho con los ojos vendados— y me encontré frente al establecimiento de la señora Smegma. Todavía era un hotel y parecía no haber sufrido sustancialmente cambio alguno, por lo que podía recordar, excepto por la adición de algunos aparcamientos en el jardín delantero y un letrero de plástico que anunciaba televisores en color y baños en *suite*.

Pensé en llamar a la puerta, pero no parecía tener mucho sentido. La bruja de la señora Smegma debía de estar ya jubilada o habría muerto hace mucho tiempo o quizá residía en uno de los muchos hogares de ancianos que abarrotan la costa sur. Era más que probable que no hubiera podido hacer frente a la era moderna de las casas de huéspedes británicas, con sus baños en *suite* y sus instalaciones para preparar café y la gente a la que le entregaban *pizzas* en sus habitaciones.

Si estaba en un asilo de ancianos, que sin duda sería mi primera opción, esperé que el personal tuviera la compasión y el buen sentido de regañarla con frecuencia por babear en el asiento del inodoro, dejarse el desayuno sin terminar y, en general, sentirse indefensa y cansada. Eso haría que se sintiera como en casa.

Alegre por aquel pensamiento, di un paseo por Folkestone Road hasta la estación y compré un billete para el siguiente tren a Londres.

2

Dios mío, ¿Londres no es demasiado grande? Parece comenzar unos veinte minutos después de salir de Dover y sigue y sigue, kilómetro tras kilómetro de infinitos suburbios grises con sus filas errantes de casas adosadas y patios traseros que siempre parecen más o menos idénticos desde un tren, como si hubieran sido sacadas a presión de una versión muy grande de una de esas máquinas que utilizan para hacer salchichas. ¿Cómo, me pregunto siempre, todos esos millones de ocupantes encuentran el camino de regreso a los cubículos correctos cada noche en una expansión tan compleja y anónima?

Estoy seguro de que yo no podría. Londres sigue siendo un misterio enorme y estimulante para mí. Viví y trabajé allí o en sus alrededores durante ocho años, vi las noticias en la televisión, leí los periódicos vespertinos, caminé mucho por sus calles para asistir a bodas y fiestas de jubilación o ir en descabellada búsqueda de gangas en desguaces remotos, y todavía encuentro que hay grandes zonas que no solo he visitado nunca, sino de las que nunca he oído hablar. Me asombra constantemente leer el *Evening Standard* o charlar con un conocido y encontrarme con alguna referencia a un distrito que se las ha arreglado para eludir mi conocimiento durante veintiún años. «Acabamos de comprar una pequeña parcela en Fag End, cerca de Tungsten Heath», dirá alguien, y yo pensaré «Nunca he oído hablar de ese sitio». ¿Cómo puede ser posible?

Había metido un mapa Londres
A-Z
en mi mochila y lo encontré mientras buscaba sin éxito la mitad de una barrita de Mars que habría jurado que estaba allí. Lo saqué y hojeé distraídamente sus abigarradas páginas, como siempre asombrado y silenciosamente emocionado de encontrarlo salpicado de distritos, pueblos, a veces pequeñas ciudades tragadas cuyos nombres, diría, no estaban allí la última vez que busqué: Dudden Hill, Plashet, Snaresbrook, Fulwell Cross, Elthorne Heights, Higham

Hill, Lessness Heath, Beacontree Heath, Bell Green o Vale of Health. Y es que sé que la próxima vez que mire habrá otros nombres diferentes. Es un misterio tan profundo para mí como las tablillas perdidas de Titianca o el perpetuo atractivo que despierta en millones de personas Noel Edmonds.

Tengo la mayor admiración por el mapa Londres A-Z y la manera en que fija e identifica escrupulosamente cada campo de críquet y alcantarillado, cada cementerio olvidado y errante desvío suburbano, y agrupa los nombres más densos en los espacios más pequeños y oscuros. Pasé al índice y, a falta de algo mejor que hacer, me sumergí en él. Calculé que hay 45 687 nombres de calles en Londres (más o menos), incluyendo 21 Gloucester Roads (así como una generosa cantidad de Gloucester Crescents, Squares, Avenues y Closes), 32 Mayfields, 35 Cavendishes, 66 Orchards, 74 Victorias, 111 Station Roads o similar, 159 Churches, 25 Avenue Roads, 35 The Avenues, e innumerables variaciones. Hay, sin embargo, sorprendentemente pocos lugares que suenen interesantes de verdad. Hay algunas calles que suenan a diagnosis médicas (Glyceina Avenue, Shingles Lane, Burnfoot Avenue), algunas que suenan a nombres de un tratado anatómico (Thyrapia y Pendula Roads), algunas que suenan vagamente desagradables (Cold Blow Lane, Droop Street, Gutter Lane, Dicey Avenue), y algunas que son gratamente ridículas (Coldbath Square, Glimpsing Green, Hamshades Close, Cactus Walk, Nutter Lane, The Butts), pero hay muy pocos nombres que puedan considerarse realmente llamativos. Una vez leí que en la época isabelina había un Gropecunt Lane en algún lugar de la ciudad, pero evidentemente ya no. Pasé media hora divirtiéndome de esa manera, complacido de entrar en una metrópoli de una complejidad tan deslumbrante e incognoscible, y tuve el placer adicional, cuando devolví el libro a la bolsa, de encontrar la barrita de Mars a medio comer, cuyo principal borde estaba cubierto de un pequeño festival de pelusa, que no contribuía mucho al sabor pero que agregaba algo de volumen útil.

La estación Victoria estaba repleta de la dotación habitual de turistas de aspecto perdido, vendedores ambulantes al acecho y borrachos desmayados. No puedo recordar la última vez que vi a alguien en Victoria que parecía que estaba allí para subirse a un tren. Al salir, tres personas diferentes me preguntaron si me sobraba cambio. «No, ¡pero gracias por preguntar!», algo que no habría ocurrido hace veinte años. Entonces, los mendigos no solo eran algo novedoso, sino que siempre te contaban una buena historia acerca

de la pérdida de su billetera y de la necesidad desesperada de conseguir dos libras para llegar a Maidstone para donar médula ósea a su hermana pequeña, o algo así, pero ahora simplemente te piden dinero, que es más rápido pero menos interesante. Cogí un taxi hasta el Hotel Hazlitt en Frith Street. Me gusta el Hazlitt porque es intencionadamente oscuro, ni siquiera tiene un letrero en la fachada que te coloque en una rara posición de fuerza con el taxista. Permíteme decir ahora mismo que los taxistas de Londres son, sin duda, los mejores del mundo. Son fiables, seguros, generalmente amigables, siempre educados. Mantienen sus vehículos impecables por dentro y por fuera, y se tomarán las molestias más extraordinarias para dejarte en la entrada principal de tu destino. En realidad, solo hay dos cosas extrañas en ellos. Una es que no pueden conducir más de 50 metros en línea recta. Nunca lo he entendido, pero —no importa dónde estés o cuáles sean las condiciones de conducción— cada 50 metros suena una pequeña campana en sus cabezas y abruptamente se lanzan por una calle lateral. Y cuando llegas a tu hotel o estación de tren o donde sea que vayas, les gusta darte una vuelta completa al menos una vez para que puedas verlo desde todos los ángulos antes de apearte.

La otra característica distintiva del taxista medio, y la razón por la que me gusta ir a Hazlitt, es que no soporta admitir que no conoce la ubicación de algo que siente que debería saber, como un hotel. Preferiría confiarles sus hijas adolescentes a Alan Clark durante un fin de semana antes que reconocer una mínima ignorancia de *The Knowledge*, cosa que me resulta incluso tierna. Entonces, lo que hace en cambio es sondearte. Conduce un rato, luego te mira por el espejo retrovisor y con una voz demasiado informal dice:

—Hazlitt, el de Curzon Street, ¿no, jefe? ¿Frente al León Azul? —Pero en el mismo instante en que ve una sonrisa de complicidad formándose en tus labios, se apresura a corregirse—: No, espere un segundo, estaba pensando en el Hazelbury. Sí, el Hazelbury. Y usted quiere ir al Hazlitt, ¿verdad? —Conducirá un poco en una dirección bastante aleatoria—. Eso está a este lado de Shepherd's Bush, ¿no? —sugerirá especulativamente.

Cuando le digas que está en Frith Street, te responderá:

—Sí, ese es. Por supuesto que lo es. Sé que es un lugar moderno, con mucho vidrio.

—En realidad, es un edificio de ladrillo del siglo XVIII.

—Oh, claro, por supuesto que lo es. Lo sé. —E inmediatamente

ejecutará un escandaloso giro en U, lo que hará que un ciclista que pasaba por allí se dirija directo hacia un poste del alumbrado (pero eso está bien porque suelen llevar un clip para bicicleta en la pernera del pantalón y uno de esos cascos ñoños de colorines fosforescentes que casi invitan a atropellarlos)—. Sí, primero pensé en el Hazelbury —añadirá el conductor, riéndose entre dientes como si dijera que es una suerte que haya resuelto el enigma para ti, y luego se abalanzará por una pequeña calle lateral de Strand llamada Running Sore Lane o Sphinctre Passage que, como tantas otras cosas en Londres, nunca antes te habías fijado que estaba allí.
Hazlitt es un buen hotel, pero lo que más me gusta es que no actúa como un hotel. Ha estado allí durante años, y el personal es amable, siempre una novedad en un gran hotel de ciudad, pero se las arreglan para dar la ligera impresión de que no han hecho eso durante mucho tiempo. Diles que tienes una reserva y quieres registrarte y ellos te muestran una repentina mirada de pánico y comienzan a buscar con perplejidad tarjetas de registro y llaves de habitación en los cajones. Es algo realmente encantador. Y las chicas agradables que limpian las habitaciones que, déjame decirlo, siempre están impecables y son extremadamente cómodas, rara vez parecen tener lo que podría llamarse un dominio total del inglés, de modo que cuando les pides una pastilla de jabón o algo, ves que te miran los labios de cerca y luego, por lo general, regresan después de un rato con una mirada esperanzada y una maceta en las manos o un orinal o algo que manifiestamente no es jabón. Es un lugar maravilloso. No iría a ningún otro lado.

Se llama Hazlitt porque era la casa del ensayista, y todos los dormitorios llevan el nombre de sus compinches o de mujeres con las que había compartido fluidos corporales o algo así. Confieso que mi registro de notas mental para el bueno de Hazlitt está un poco incompleto. Se lee:

> Hazlitt, William (?), ensayista inglés (¿posiblemente escocés?). Vivió: antes de 1900. Obra más famosa: no lo sé. Ocurrencias, epigramas, *bons mots*: no sé. Otros datoiz útiles: su casa ahora es un hotel.

Como siempre, decidí leer sobre Hazlitt en algún momento para corregir ese vacío en mi conocimiento y, como siempre, lo olvidé de inmediato. En cambio, dejé caer mi mochila sobre la cama, saqué un pequeño cuaderno y un bolígrafo, y salí a la calle con un espíritu inquisitivo y un entusiasmo casi juvenil.

Londres me parece emocionante. Por mucho que deteste estar de

acuerdo con ese viejo y tedioso idiota de Samuel Johnson, y a pesar de la pomposa imbecilidad de su famoso comentario acerca de que cuando un hombre está cansado de Londres está cansado de la vida (una observación superada en fatuidad solo por «Que una sonrisa sea tu paraguas»), no puedo discutirlo. Después de siete años de vivir en el campo en el tipo de lugar donde una vaca muerta atrae a una multitud, Londres puede parecer un poco deslumbrante.

Nunca podré entender por qué los londinenses no se dan cuenta de que viven en la ciudad más maravillosa del mundo. Es mucho más hermosa e interesante que París, si me preguntas, y más animada que cualquier otro lugar excepto Nueva York, e incluso Nueva York no puede igualarla en muchas cosas importantes. Tiene más historia, mejores parques, una prensa más animada y variada, mejores teatros, más orquestas y museos, plazas más frondosas, calles más seguras y habitantes más amables que cualquier otra gran ciudad del mundo.

Y tiene más cosas pequeñas agradables, cortesías fortuitas, podrías llamarlas, que cualquier otra ciudad que conozca: alegres buzones rojos, conductores que realmente se detienen para ti en los cruces de peatones, hermosas iglesias olvidadas con nombres maravillosos como Saint Andrew by the Wardrobe [2] y Saint Giles Cripplegate, [3] repentinos focos de tranquilidad como Lincoln's Inn y Red Lion Square, estatuas interesantes de oscuros victorianos con togas, *pubs*, taxis negros, autobuses de dos pisos, policías útiles, avisos educados, personas que se detendrán para ayudarte cuando te caigas o se te caiga la compra, bancos por todas partes. ¿Qué otra gran ciudad se molestaría en poner placas azules en las casas para hacerte saber qué persona famosa vivió allí o advertirte de que mires a la izquierda o a la derecha antes de bajarte de la acera? Yo te lo digo. Ninguna.

Si exceptuamos el aeropuerto de Heathrow, el clima y cualquier edificio al que Richard Seifert haya puesto encima uno de sus dedos huesudos, sería casi perfecta. Ah, y ya que estamos, también podríamos evitar que el personal del Museo Británico abarrote la explanada con sus coches y en su lugar convertirlo en una especie de jardín, y también deshacernos de esas horribles barreras de control en los accesos al Palacio de Buckingham, porque están tan deslucidas y parecen tan baratas que no están en absoluto en consonancia con la dignidad de su pobre majestad sitiada en su interior. Y, por supuesto, volver a dejar el Museo de Historia Natural como era antes de que empezaran a jugar con él (en

particular, deben restaurar la vitrina que muestra los insectos que infestan los productos domésticos de la década de 1950), y eliminar el pago por la entrada en todos los museos inmediatamente, y hacer que Lord Palumbo reconstruya el edificio Mappin y Webb, y traer de vuelta las Lyons Corner Houses,[4] pero esta vez con la comida que te gustaría comer, y tal vez el extraño café Kardomah, por los viejos tiempos y, finalmente, pero lo más crucial, que los miembros de la junta directiva de British Telecom salgan y rastreen personalmente hasta la última cabina telefónica roja que vendieron para usarlas como cabinas de ducha y cobertizos de jardín en rincones remotos del mundo, y que las devuelvan a su sitio y luego despedirlos, no, matarlos. Entonces Londres volverá a ser verdaderamente gloriosa.

Era la primera vez en años que estaba en Londres sin tener nada en particular que hacer y sentía una pequeña emoción al encontrarme en el extranjero en un organismo urbano tan grande y repleto sin que nadie requiriese de mi presencia. Paseé por Soho y Leicester Square, me entretuve un rato en las librerías de Charing Cross Road recolocando los libros para mi beneficio, deambulé sin rumbo fijo por Bloomsbury y finalmente llegué a Gray's Inn Road hasta el antiguo edificio del *Times*, ahora las oficinas de una empresa de la que nunca había oído hablar, y sentí una punzada de nostalgia que solo pueden conocer aquellos que recuerdan los días de las rotativas y las ruidosas salas de composición y la tranquila alegría de recibir un muy buen salario por una semana de veinticinco horas.

Cuando comencé en *The Times* en 1981, justo después del famoso cierre de un año, el exceso de personal y la producción ociosa eran prodigiosos, cuando menos. En el despacho de noticias de la compañía donde yo trabajaba como subeditor, el equipo de cinco hombres entrábamos alrededor de las dos y media y pasábamos la mayor parte de la tarde leyendo los periódicos vespertinos y tomando té mientras esperábamos que los reporteros superaran el desafío diario de encontrar su camino de regreso a sus escritorios después de un almuerzo de tres horas que implicaba varias botellas de Chateauneuf du Pape muy decente; componer sus gastos; hacer llamadas telefónicas encorvados y susurrando a sus corredores con respecto a un pequeño consejo que habían recogido sobre la *crème brûlée*; y finalmente producir una página más o menos antes de retirarse sedientos al Blue Lion, al otro lado de la calle. Aproximadamente a las cinco y media, nos tomábamos un

ligero refrigerio durante una hora más o menos, luego metíamos los brazos en nuestros abrigos y nos íbamos a casa. Parecía muy agradable, a diferencia del trabajo. Al final del primer mes, uno de mis colegas me mostró cómo registrar gastos imaginarios en una hoja de cuenta de gastos y llevarla al tercer piso, donde se podía cambiar en una pequeña ventanilla por unas cien libras esterlinas en efectivo, más dinero, literalmente, del que jamás había tenido en la mano antes. Teníamos seis semanas de vacaciones, tres semanas de permiso por paternidad y un mes sabático cada cuatro años. Qué mundo tan maravilloso era Fleet Street entonces y qué emocionado estaba de formar parte de él.

Por desgracia, nada tan bueno puede durar. Unos meses más tarde, Rupert Murdoch se hizo cargo de *The Times* y en cuestión de días el edificio estaba lleno de misteriosos australianos bronceados vestidos con camisas blancas de manga corta, que acechaban desde el fondo anotando cosas en portafolios y que parecían medir a las personas para encargar sus ataúdes. Hay una historia, que sospecho que puede ser cierta, de que uno de esos oficinistas entró en una habitación en el cuarto piso llena de personas que no habían hecho nada en años y, cuando resultaron incapaces de explicarse de manera convincente, los despidió de un plumazo, a excepción de un tipo afortunado que había salido a ver a su corredor de apuestas. Cuando regresó, entró en una habitación vacía y pasó los siguientes dos años sentado allí solo, preguntándose qué habría sido de sus colegas.

En nuestro departamento, el impulso por la eficiencia fue menos traumático. El despacho en el que trabajaba acabó formando parte de un departamento más grande, el de «Noticias de negocios», lo que significaba que tenía que trabajar de noche y algo más cercano a las ocho horas diarias, y nuestros gastos también fueron recortados de forma cruel. Pero lo peor fue que me pusieron en contacto regular con Vince, el de la sala de teletipos.

Vince era muy conocido. Fácilmente podría haber sido el ser humano más aterrador del mundo, si hubiera sido humano. No sé muy bien qué era, aparte de un metro setenta y cinco de malevolencia enjuta con una camiseta mugrienta. Corría un rumor fidedigno de que no había nacido, sino que había brotado completamente formado del vientre de su madre y luego se había escapado a las alcantarillas. Entre las pocas tareas simples y generalmente descuidadas de Vince estaba la entrega nocturna del informe de Wall Street. Cada noche yo tendría que ir a verlo y tratar de persuadirlo. Por lo general, se le podía encontrar en el

caos zumbante y desatendido de la sala de teletipos, recostado en una silla de cuero liberada de una oficina ejecutiva en el piso de arriba, con sus Doc Martens con la punta ensangrentada sobre el escritorio, frente a una gran caja abierta de *pizza*.

Todas las noches llamaba vacilante a la puerta abierta y le preguntaba cortésmente si había visto el informe de Wall Street, señalando que ahora eran las once y cuarto y deberíamos haberlo tenido a las diez y media. ¿Quizá podría buscarlo entre las resmas de papel sin vigilar que caían de sus muchas máquinas?

—No sé si te has dado cuenta —decía Vince—, pero me estoy comiendo una *pizza*.

Todos tenían un enfoque diferente con Vince. Algunos trataban de ponerse amenazadores. Otros probaban con el soborno. Algunos intentaban establecer una cálida amistad. Yo le rogaba.

—Por favor, Vince, ¿no puedes buscarlo, por favor? No tardarás ni un segundo y me haría la vida mucho más fácil.

—Vete a la mierda.

—Por favor, Vince. Tengo esposa y familia, y amenazan con despedirme porque el informe de Wall Street siempre llega tarde.

—Que te den.

—Bueno, entonces, ¿qué tal si me dices dónde está y lo busco yo mismo?

—No puedes tocar nada, ya lo sabes.

La sala de teletipos era el dominio de un sindicato misteriosamente llamado NATSOPA. Una de las formas en que NATSOPA mantenía su control sobre los escalones más bajos de la industria de los periódicos era guardándose secretos tecnológicos, como, por ejemplo, cómo rasgar el papel de una máquina de teletipos. Vince, según recuerdo, había ido a un curso de seis semanas a Eastbourne que lo dejó exhausto. A los periodistas ni siquiera se les permitía cruzar el umbral.

Al final, cuando mis súplicas ya se habían convertido en una especie de balido impotente, Vince suspiraba profundamente, se metía un trozo de *pizza* en la boca y se acercaba a la puerta. Pegaba su cara a la mía durante medio minuto exacto. Esta era siempre la parte más desconcertante. Su aliento olía a algo primitivo. Sus ojos eran brillantes y parecidos a los de una rata.

—Me estás jodiendo de lo lindo —decía con un gruñido, salpicándome la cara con pedacitos de *pizza* húmeda, y luego obtenía el informe de Wall Street o se retiraba a su escritorio con un humor sombrío. Nunca podías saber cuál de las dos cosas haría.

Una vez, en una noche particularmente difícil, informé de la insubordinación de Vince a David Hopkinson, el editor nocturno, quien era una figura formidable cuando decidía serlo. Refunfuñando, se fue a arreglar las cosas y, de hecho, entró en la sala de teletipos con un desacato impresionante a las reglas de demarcación. Cuando salió unos minutos más tarde, sonrojado y limpiándose pedazos de *pizza* de la barbilla, parecía un hombre completamente diferente. En voz baja me informó que Vince traería el informe de Wall Street en breve, pero que tal vez era mejor no molestarlo más por el momento. Después descubrí que lo más simple era obtener los precios de cierre de la primera edición del *Financial Times*.

Decir que Fleet Street a principios de la década de 1980 estaba fuera de control apenas sugiere la dimensión de las cosas. La Asociación Nacional de Gráficos, el sindicato de impresores, decidió cuántas personas se necesitaban en cada periódico (cientos y cientos) y cuántas serían despedidas durante una recesión (ninguna), y facturó a la gerencia en consecuencia. Las gerencias no tenían el poder de contratar y despedir a sus propios operarios de imprenta; de hecho, en general, ni siquiera sabían a cuántos operarios de imprenta empleaban. Tengo ante mí un titular de diciembre de 1985 que dice: «Los auditores encuentran trescientos empleados de imprenta adicionales en *The Telegraph*». Es decir, *The Telegraph* estaba pagando salarios a trescientas personas que en realidad no trabajaban allí. A los impresores se les pagaba según un sistema de tarifas a destajo tan bizantino que todas las salas de composición de Fleet Street tenían un libro de tarifas a destajo del tamaño de una guía telefónica. Además de los salarios elevados, los impresores recibían pagos de bonificación especiales, a veces calculados hasta el octavo punto decimal de un centavo, por manejar tipos de tamaños irregulares, por manejar copias muy editadas, por poner palabras en un idioma que no fuera el inglés, por el espacio en blanco en los extremos de las líneas. Si el trabajo se hacía fuera de la empresa, por ejemplo la copia publicitaria que se colocaba en la fachada del edificio, eran compensados por no hacerlo ellos. Al final de cada semana, un sénior de la

NGA

sumaba todos estos extras, agregaba algo en una utilísima categoría llamada «problemas adicionales ocasionados» y pasaba la factura a la gerencia. En consecuencia, muchos operarios de imprenta de alto nivel, con habilidades no más avanzadas de lo que cabría esperar en cualquier impresor de barrio, disfrutaban de ingresos en el 2 %

superior de la tabla de ganancias británicas. Era una locura.

Bueno, no necesito decirte cómo acabó. El 24 de enero de 1986, *The Times* despidió abruptamente a 5250 miembros de los sindicatos más truculentos o consideró que se habían despedido a sí mismos. Esa noche, el personal editorial fue llamado a una sala de conferencias en el piso superior donde Charlie Wilson, el editor, se subió a un escritorio y anunció los cambios. Wilson era un escocés aterrador y un hombre de Murdoch de principio a fin. Nos dijo: «A ver, muñequitas inglesas, os vamos a enviar a Wapping, y si allí os deslomáis de verdad y no os subís a mi chepa, entonces tal vez no os corte los dedos y los meta en mi budín de Navidad. ¿Tenéis algún problema con eso?». O algo por el estilo.

Mientras cuatrocientos asustadizos periodistas salían de la sala, parloteando conmocionados y tratando de aceptar que estaban a punto de sumergirse en el drama más grande de sus vidas laborales, me quedé solo y disfrutando del resplandor de un solo pensamiento alegre: nunca tendría que volver a trabajar con Vince.

3

No había vuelto a Wapping desde que me fui de allí en el verano de 1986 y estaba ansioso por volver a verlo. Había quedado con un viejo amigo y colega, así que fui a Chancery Lane y cogí el metro. Me gusta el metro. Hay algo surrealista en sumergirse en las entrañas de la tierra para tomar un tren. Lo de allá abajo es un pequeño mundo particular, con sus propios vientos y sistemas meteorológicos extraños, sus propios ruidos espeluznantes y olores aceitosos. Incluso cuando has descendido tanto en las profundidades de la tierra que te has desorientado por completo y no te sorprendería en lo más mínimo cruzarte con una tropa de mineros ennegrecidos que salen de su turno, siempre se escucha el estruendo y el temblor de un tren que pasa por alguna parte, por una línea desconocida aún más abajo. Y todo sucede en un silencio ordenado: todos esos miles de personas que pasan por escaleras y escaleras mecánicas, y que suben y bajan de trenes abarrotados, se deslizan en la oscuridad medio tambaleantes y nunca hablan, como personajes de *La noche de los muertos vivientes*.

Mientras, estaba en el andén debajo de otra cortesía londinense bastante reciente, a saber: un tablero electrónico que anunciaba que el próximo tren a Hainault llegaría en cuatro minutos.

Dirigí mi atención a la más grande representación de todas las civilizaciones: el mapa del metro de Londres. ¡Qué ejemplo de perfección! Fue creado en 1931 por un héroe olvidado llamado Harry Beck, un dibujante sin trabajo que se dio cuenta de que cuando estás bajo tierra no importa dónde estés. Beck vio que era un efecto intuitivo que mientras las estaciones se presentaran en su secuencia correcta con sus intercambios claramente delineados, podía distorsionar libremente la escala; de hecho, abandonarla por completo. Le dio a su mapa la precisión ordenada de un sistema de cableado eléctrico y, al hacerlo, creó un Londres imaginario completamente nuevo que tiene muy poco que ver con la geografía

desordenada de la ciudad que hay más arriba.

He aquí una broma divertida que puedes hacerle a personas de Terranova o Lincolnshire. Llévalas a Bank Station y diles que se dirijan a Mansion House. Usando el mapa de Beck, que incluso la gente de Terranova puede entender en un momento, se subirán a un tren de la Línea Central hasta Liverpool Street, cambiarán a un tren de la línea Circle hacia el este y viajarán cinco paradas más. Cuando finalmente lleguen a Mansion House, emergerán y descubrirán que han llegado a un punto 600 metros más abajo en la misma calle, y que tú has desayunado bien y has hecho algunas compras desde la última vez que os visteis. Ahora llévalas a Great Portland Street y diles que se reúnan contigo en Regent's Park (¡así es, lo mismo otra vez!), y luego a Temple Station con instrucciones para reuniros en Aldwych. ¡Te lo pasarás bomba! Y cuando te canses de ellas, diles que se reúnan contigo en Brompton Road Station. Cerró en 1947, por lo que nunca tendrás que volver a verlas.

La mejor parte de los viajes subterráneos es que en realidad nunca ves los lugares que hay encima de ti. Tienes que imaginártelos. En otras ciudades, los nombres de las estaciones son poco imaginativos y mundanos: Lexington Avenue, Potsdammerplatz, Third Street South. Pero en Londres los nombres suenan selváticos y atractivos: Stamford Brook, Turnham Green, Bromley-by-Bow, Maida Vale, Drayton Park. Eso no es una ciudad, es una novela de Jane Austen. Es fácil imaginar que estás deambulando bajo una ciudad semimítica de una época dorada preindustrial. Swiss Cottage deja de ser un cruce de carreteras muy transitado y se convierte en una vivienda de pan de jengibre en medio del gran bosque de robles conocido como Saint John's Wood. Chalk[5] Farm es un espacio abierto en pleno campo donde alegres campesinos con batas marrones cortan y recolectan cultivos de tiza. Blackfriars[6] está lleno de monjes encapuchados que cantan, Oxford Circus tiene una gran carpa, Barking es un lugar peligroso invadido por manadas de perros salvajes, Theydon[7] Bois es una comunidad de laboriosos tejedores hugonotes, White City es un elíseo amurallado y con torres construido con el mejor y más deslumbrante marfil, y Holland Park[8] está lleno de molinos de viento.

El problema de perderse en estos pequeños ensueños es que,

cuando sales a la superficie, las cosas tienden a ser decepcionantes. Llegué a Tower Hill y no había una torre ni tampoco una colina. Ya ni siquiera existe un Royal Mint (que siempre preferí imaginar como un chocolate muy grande envuelto en papel de aluminio verde), ya que se trasladó a otro lugar y se reemplazó por un edificio con mucho vidrio ahumado. Gran parte de lo que una vez estuvo en este ruidoso rincón de Londres ha sido barrido y reemplazado por grandes edificios con mucho vidrio ahumado. Solo habían pasado ocho años desde la última vez que estuve aquí, pero si no fuera por los puntos de referencia fijos del Puente de Londres y la Torre, apenas habría reconocido el vecindario.

Caminé por la calle dolorosamente ruidosa llamada The Highway, emocionado por todo el nuevo desarrollo. Era como estar en medio de una competición a la construcción más fea. Durante la mayor parte de una década entera, los arquitectos habían llegado al área y dicho: «¿Crees que eso es malo? Pues espera a ver qué puedo hacer yo». Y allí, elevándose con orgullo por encima de todas las toscas oficinas nuevas, estaba el bulto más grotesco de Londres, el complejo News International, que parecía la unidad central de aire acondicionado del planeta.

La última vez que lo vi, en 1986, se encontraba desolado en medio de hectáreas de almacenes vacíos y terrenos baldíos llenos de charcos. La autopista, tal como la recordaba, era un camino relativamente tranquilo. Ahora pesados camiones pasaban a toda velocidad por allí, haciendo temblar las aceras y dando al aire un matiz azulado insalubre. El recinto de News International todavía estaba rodeado de vallas siniestras y puertas electrónicas, pero había un nuevo centro de recepción de máxima seguridad que parecía algo que uno esperaría encontrar en un depósito de plutonio en Sellafield.[9] Dios sabe qué contingencias terroristas combaten, pero debe ser una lucha realmente ambiciosa. Nunca había visto un complejo con un aspecto más inexpugnable.

Me presenté en la ventanilla de seguridad y esperé fuera mientras llamaban a mi colega. Lo más espeluznante de la escena ahora era lo sereno que estaba todo. El recuerdo grabado a fuego en mi mente era de multitudes de manifestantes y policías a caballo y piquetes enojados que en un momento te gritaban con ojos desorbitados y dientes grandes y al siguiente decían: «Oh, hola, Bill, no te había reconocido», y luego intercambiabais cigarrillos y hablabais sobre lo terrible que era todo aquello. Y era un asunto espantoso, pues entre los cinco mil trabajadores despedidos había cientos y cientos de bibliotecarios, oficinistas, secretarios y

mensajeros decentes y de buenos modales, cuyo único pecado era haberse afiliado a un sindicato. Para su eterno mérito, la mayoría de los que todavía estamos en este trabajo no guardamos rencor personal, aunque confieso que la idea de Vince saliendo de la multitud con un machete apresuró mis pasos a través de la puerta.

A lo largo de unos 500 metros en el lado norte del recinto, colindante con Pennington Street, se encuentra un edificio de ladrillo bajo, sin ventanas, un antiguo almacén que quedó de los días en que el East End era un puerto bullicioso y un punto de distribución para la ciudad. Destripado y equipado con adornos de alta tecnología, este edificio bastante improbable se convirtió, y sigue siendo, en las oficinas de *The Times* y de *The Sunday Times*. Adentro, durante aquel largo invierno de 1986, mientras buscábamos torpemente nuestro camino a través de una nueva tecnología computarizada, podíamos escuchar cánticos y alboroto, los golpes apagados de los cascos de los caballos de la policía que pasaban, el rugido y los chillidos de una carga a bastonazos, pero, como el edificio no tenía ventanas, no podíamos ver nada. Era muy extraño. Lo veríamos en las noticias de las nueve en punto, luego saldríamos y allí estaría, en tres dimensiones, la disputa industrial más amarga y violenta que se haya visto en las calles de Londres, ocurriendo justo en la puerta principal. Fue una experiencia profundamente extraña.

Para mantener alta la moral, la compañía traía cada noche cajas redondas de sándwiches y cerveza, lo que parecía un gesto alegre y amable hasta que uno se daba cuenta de que la generosidad estaba cuidadosamente calculada para proporcionar a cada miembro del personal un sándwich húmedo de jamón y una lata caliente de cerveza Heineken. También nos obsequiaban con folletos brillantes que mostraban los planes de la compañía una vez terminara la disputa. No hay dos personas que recuerden las mismas cosas de ese folleto. Yo recuerdo claramente los diseños arquitectónicos de una gran piscina cubierta, con periodistas inusualmente elegantes y de aspecto saludable saltando desde un trampolín bajo o descansando con los pies metidos en el agua. Otros recuerdan canchas de *squash* y salas de ejercicios. Un tipo que conozco recuerda una bolera de diez pistas. Casi todo el mundo recuerda un gran bar moderno como el que se puede encontrar en la sala de primera clase de un aeropuerto bien equipado.

Incluso desde más allá del perímetro de seguridad, pude ver varios edificios nuevos en el interior, y no podía esperar para averiguar exactamente con qué instalaciones había sido bendecido

el personal. Fue la primera pregunta que le hice a mi antiguo colega, cuyo nombre no me atrevo a confiar aquí para que no se vea transferido abruptamente a la televenta de anuncios clasificados cuando venga a la puerta a recogerme.

—Oh, recuerdo la piscina —dijo—. Una vez terminó el conflicto, nunca más supimos de ella. Pero dales lo que les corresponde, nos han ampliado el horario. Ahora nos dejan trabajar un día extra cada quince días sin pago adicional.

—¿Es su manera de demostrar que os tienen en un alto concepto?

—No nos pedirían que hiciéramos más trabajo si no les gustara la manera en que lo hacemos, ¿verdad?

—Exacto.

Paseamos por la vía principal de la planta entre el antiguo almacén de ladrillos y la monumental imprenta. La gente pasaba como extras en una película de Hollywood: un obrero con una larga tabla de madera, dos mujeres con elegantes trajes de negocios, un tipo con un casco y un portapapeles, un repartidor sosteniendo una maceta con una gran planta… Atravesamos una puerta que daba a la redacción de *The Times* y jadeé en silencio. Siempre es un pequeño *shock* volver a un lugar donde has trabajado hace años y ver las mismas caras en los mismos escritorios: una combinación de familiaridad repentina, como si nunca te hubieras ido, y una gratitud profunda y sincera porque sí te fuiste. Vi a mi viejo amigo Mickey Clark, ahora una estrella de los medios, y encontré a Graham Searjeant en su pequeña cueva hecha de periódicos y comunicados de prensa, algunos de los cuales se remontan a los días en que el señor Morris todavía fabricaba automóviles, y encontré a muchos otros amigos y excolegas. Hicimos todas las cosas habituales, comparamos estómagos y calvas e hicimos listas de desaparecidos y muertos. Fue bastante espléndido en realidad. Después, me llevaron a almorzar a la cantina. En el viejo edificio del *Times* en Gray's Inn Road, la cantina estaba en un sótano que tenía el encanto y el ambiente de un submarino y la comida te la servían unos zánganos sin sentido del humor que parecían topos con delantales, pero aquel lugar ahora era brillante y agradable, espacioso, con una amplia variedad de tentadores platos servidos por alegres chicas *cockney*[10] con uniformes limpios y relucientes. El comedor en sí no se había modificado excepto por las vistas. Donde antes se había extendido un pantano fangoso atravesado por canales de agua

abandonados llenos de catres y carritos de la compra, ahora había hileras e hileras de casas de diseño y alegres bloques de pisos del tipo que siempre encuentras en los frentes costeros remodelados de Gran Bretaña, el tipo de edificios donde todos los balcones y molduras exteriores están realizados con tramos de tubos de metal pintados de rojo.

Se me ocurrió que, aunque había trabajado en aquel sitio durante siete meses, nunca había visto Wapping y, de repente, tenía muchas ganas de echarle un vistazo. Cuando terminé mi budín y me despedí cariñosamente de mis excolegas, me apresuré a cruzar las puertas de seguridad, omitiendo intencionadamente entregar mi pase de seguridad con la esperanza de que sonaran las sirenas de ataque nuclear y los hombres con trajes de guerra química me persiguieran a la carrera por el recinto; luego, con nerviosas miradas hacia atrás, redoblé el paso por Pennington Street cuando se me ocurrió que en News International esto no estaba realmente fuera de los límites de lo posible.

Nunca había paseado por Wapping porque durante el conflicto no era seguro hacerlo. Los *pubs* y cafés del distrito estaban repletos de operarios de imprenta descontentos y delegaciones visitantes de simpatizantes —por alguna razón, los mineros escoceses eran especialmente temidos— que habrían arrancado las extremidades a un periodista debilucho para utilizarlas como antorchas para la procesión de esa noche. A un periodista que se encontró con antiguos impresores en un *pub* lejos de Wapping le rompieron un vaso en la cara y, según recuerdo, estuvo a punto de morir, o al menos no pudo disfrutar el resto de la velada.

Era tan inseguro, especialmente después del atardecer, que la policía a menudo no nos dejaba salir hasta la madrugada, especialmente en las noches de grandes manifestaciones. Como nunca sabíamos cuándo seríamos liberados, teníamos que colocar nuestros coches en fila y permanecer sentados durante horas en medio de un frío glacial. En algún momento entre las once de la noche y la una, cuando una parte significativa de la multitud que rebuznaba ya había sido golpeada o arrastrada al calabozo o acababa de regresar a casa, las puertas se abrían de par en par y una gran flota de camiones de News International bajaba rugiendo por una rampa y salía a The Highway, donde se encontraría con un aluvión de ladrillos y aplastaría las barreras de lo que quedara de la multitud. Mientras tanto, al resto de nosotros se nos ordenaba que nos apresuráramos en un convoy a través de los carriles secundarios de Wapping y que nos dispersáramos cuando estuviéramos a una

distancia segura de la planta. Esto funcionó lo suficientemente bien durante varias noches, pero una noche nos permitieron marcharnos justo cuando los *pubs* estaban cerrando. Mientras avanzábamos por una calle estrecha y oscura, de repente la gente salió de las sombras y empezó a patear puertas y a lanzarnos todo lo que tenía a mano.

Delante de mí hubo sorprendentes estallidos de cristales y gritos desmedidos. Para mi asombro profundo y duradero, alguien unos seis coches por delante de mí —un hombrecito quisquilloso del departamento de relaciones exteriores, a quien incluso ahora felizmente arrastraría por terreno accidentado atado al guardabarros de un Land-Rover— salió para ver los daños en su coche, como si pensara que podría haber atropellado a una ardilla, deteniéndonos a los que veníamos detrás. Recuerdo haber visto con un estremecimiento de consternación que aquel tipejo intentaba volver a colocar en su lugar un trozo de adorno que aleteaba, y entonces volví la cabeza para encontrar en mi ventana una cara enfurecida, la de un tipo blanco con rastas que bailaban y una chaqueta excedente del ejército, y todo adquirió una extraña apariencia de ensueño. Qué extraño, pensé, que un completo extraño estuviera a punto de sacarme del coche y golpearme hasta dejarme blando en beneficio de operarios de imprenta a los que nunca había conocido, quienes en su mayoría lo despreciarían como a un *hippie* desaliñado, y que ciertamente nunca lo dejarían entrar en su sindicato, y que habían disfrutado de décadas de ganancias obscenamente infladas sin mostrar ni una sola vez apoyo colectivo a ningún otro sindicato, incluidas, en ocasiones, las sucursales provinciales de su propia NGA. Simultáneamente se me ocurrió que estaba a punto de desperdiciar mi pequeña vida en beneficio de un hombre que, sin vacilación aparente, había renunciado a su propia nacionalidad por interés económico, que no sabía quién era yo, y que me habría descartado a la ligera si pudiera encontrar una máquina para hacer mi trabajo, y cuya idea de máxima magnanimidad era repartir una lata de cerveza y un sándwich pocho. Me imagino a la empresa escribiendo a mi esposa: «Estimada señora Bryson: En agradecimiento por la reciente y trágica muerte de su esposo a manos de una turba aterradora, nos gustaría que se comiera este sándwich y se bebiera una lata de cerveza. PD: ¿Podría devolvernos su pase del aparcamiento?».

Y mientras esto sucedía, mientras un hombre corpulento y salvaje con rastas trataba de abrir mi puerta de un tirón con el fin

de agarrarme y arrastrarme hacia la oscuridad, un imbécil del departamento de asuntos exteriores, 50 metros más adelante, caminaba lentamente alrededor de su Peugeot, evaluándolo con deliberación, como quien está a punto de comprar un coche de segunda mano, y deteniéndose de vez en cuando para mirar con perplejidad los ladrillos y los golpes que llovían sobre los coches que tenía detrás, como si se tratara de algún fenómeno meteorológico. Por fin, regresó a su automóvil, revisó el espejo retrovisor, se aseguró de que su periódico todavía estuviera en el asiento a su lado, revisó el espejo nuevamente, puso el intermitente y arrancó, y eso me salvó la vida.

Cuatro días después, la compañía dejó de traernos bocadillos y cerveza gratis.

Así que fue muy refrescante caminar sin temer por mi vida por las adormecidas calles de Wapping. Nunca he creído esa pintoresca presunción de que Londres es esencialmente un grupo de pueblos, ¿dónde más has visto pueblos con pasos elevados, gasómetros, ruinas tambaleantes y una vista de la Torre de la Oficina de Correos? Pero, para mi deleite y sorpresa, Wapping, de hecho, parecía uno. Sus tiendas eran pequeñas y variadas y las calles tenían nombres acogedores: Cinnamon Street, Waterman Way, Vinegar Street, Milk Yard. Las viviendas de protección oficial tenían un aspecto acogedor y alegre, y casi todos los almacenes habían sido elegantemente renovados como apartamentos. Instintivamente me estremecí ante la vista de un ribete rojo aún más brillante y de la idea de esos lugares de trabajo, que alguna vez fueron orgullosos, llenos de idiotas rebuznantes llamados Selena y Jasper, pero hay que decir que estaba claro que habían traído algo de prosperidad al vecindario y que sin duda habían salvado a los viejos almacenes de destinos mucho más tristes.

Cerca de las Wapping Old Stairs, eché un vistazo al río y traté de imaginar, sin el menor éxito, cómo debían de haber sido esos viejos barrios en los siglos XVIII y XIX cuando rebosaban de trabajadores y los muelles estaban repletos de barriles de especias y condimentos que dieron nombre a las calles aledañas. Recientemente, en 1960, más de cien mil personas trabajaban en los muelles o se ganaban la vida en ellos, y Docklands seguía siendo uno de los puertos más activos del mundo. En 1981, todos los muelles de Londres estaban cerrados. La vista del río desde Wapping ahora era tan tranquila e imperturbable como un paisaje de Constable. Observé el río durante unos treinta minutos y solo vi pasar un barco. Luego di media vuelta y comencé el largo camino de vuelta a Hazlitt.

4

Pasé un par de días más en Londres sin hacer gran cosa. Investigué un poco en una hemeroteca, pasé la mayor parte de una tarde tratando de encontrar el camino a través de la compleja red de subterráneos para peatones en Marble Arch, hice algunas compras, vi a algunos amigos.

Todos los que vi me dijeron: «¡Dios mío, qué valiente!» cuando revelé que planeaba viajar por Gran Bretaña en transporte público, pero nunca se me habría ocurrido hacerlo de otra manera. En este país tienes la suerte de tener un sistema de transporte público relativamente bueno (es decir, en relación con lo que será cuando los *tories* terminen con él) y creo que todos deberíamos esforzarnos más para disfrutarlo mientras todavía está ahí. Además, conducir en Gran Bretaña es una experiencia muy aburrida en estos días. Hay demasiados coches en las carreteras, casi el doble de los que había cuando vine aquí por primera vez, y en esos días la gente en realidad no conducía sus coches, simplemente los aparcaban en el camino de entrada y los lavaban una vez a la semana más o menos. Unas dos veces al año «sacaban el coche», esas eran las palabras que utilizaban, como si eso en sí mismo fuera una gran operación, y se iban a visitar a parientes en East Grinstead o hacían un viaje a algún lugar como Hayling Island o Eastbourne, y se trataba de eso, aparte de lo de limpiar el coche.

Ahora todo el mundo conduce a todas partes para todo, lo cual no entiendo porque no hay nada en el hecho de conducir por Gran Bretaña que tenga la más mínima medida de disfrute. Piensa en el aparcamiento promedio de varias plantas. Conduces durante mucho tiempo y luego pasas una pequeña eternidad haciendo maniobras en un espacio que es exactamente cinco centímetros más ancho que el automóvil promedio. Luego, como has aparcado al lado de una columna, tienes que trepar por encima de los asientos y terminar apretando el trasero por la puerta del pasajero, durante el proceso

pasas toda la suciedad del lateral de tu coche a la parte trasera de tu chaqueta nueva de Marks & Spencer. Luego vas a buscar la máquina, siempre lejana, de pago, que no da cambio ni acepta ninguna moneda introducida desde 1976, y haces cola detrás de un anciano al que le gusta leer todas las instrucciones de la máquina antes de comprometerse y luego intenta insertar su dinero a través de la ranura del *ticket* y el ojo de la cerradura de mantenimiento.

Cuando finalmente adquieres un *ticket*, caminas de regreso a tu coche donde tu esposa te saluda con un «¿Dónde has estado?». Ignorándola, pasas por la columna y recoges un conjunto de polvo a juego para la parte delantera de tu chaqueta, descubres que no puedes alcanzar el parabrisas ya que la puerta solo se abre ocho centímetros, por lo que lanzas el *ticket* hacia el salpicadero (revolotea hasta el suelo, pero tu esposa no se da cuenta, así que dices: «A la mierda» y cierras la puerta), y vuelves a salir corriendo y es entonces cuando tu esposa ve en qué desastre te has convertido después de pasar todo ese tiempo vistiéndote y te sacude el polvo con las manos mientras te dice: «Sinceramente, no puedo llevarte a ninguna parte».

Y eso es solo el comienzo. Discutiendo en voz baja, tienes que encontrar la manera de salir de este infierno húmedo a través de una puerta sin marcar que conduce a una cámara curiosa que parece ser una combinación de mazmorra y urinario, o bien esperar dos horas el ascensor de aspecto más maltratado y poco fiable del mundo, para solo dos personas y que ya tiene a dos personas dentro, un hombre cuya esposa está sacudiendo el polvo de su chaqueta nueva de Marks & Spencer y regañándolo con tonos cacareantes.

Y lo notable es que todo acerca de este proceso está intencionadamente marcado, intencionadamente diseñado para inundar tu vida con infelicidad. Desde los diminutos espacios del aparcamiento a los que solo se puede acceder maniobrando el automóvil en un giro de cuarenta y seis puntos (¿por qué no se pueden inclinar los espacios, por Dios?) hasta la colocación cuidadosa de columnas donde causarán el máximo de obstrucciones, a las rampas que son tan oscuras y estrechas y mal inclinadas que siempre chocas contra la acera, a las máquinas expendedoras de *tickets* remotas y deliberadamente inútiles (no puedes decirme que una máquina que puede reconocer y rechazar cualquier moneda extranjera jamás producida no podría darte cambio si quisiera)… todo esto está diseñado para hacer de esta la experiencia más desalentadora de tu vida adulta. ¿Sabías que es un

hecho poco conocido —pero una verdad absoluta— que, cuando inauguran un nuevo aparcamiento de varias plantas, el alcalde y su esposa hacen un pis ceremonial en el hueco de la escalera? Es cierto.

Y eso es solo una pequeña parte de la experiencia de conducción.

Están todas las demás molestias múltiples del automovilismo, como los conductores de National Express que te adelantan en las autopistas, los sistemas de contraflujo de doce kilómetros de largo erigidos para que unos tipos en una grúa puedan cambiar una bombilla; los semáforos en rotondas concurridas que nunca dejan que avances más de veinte metros cada vez; áreas de servicio de la autopista donde tienes que pagar 4,20 libras por una mini taza de café y una patata asada con un estornudo de queso cheddar y no tiene sentido ir a la tienda porque las revistas para hombres están todas selladas con plástico y no necesitas ninguna cinta de grandes éxitos de Waylon Jennings Highway;[11] imbéciles con caravanas que salen de las carreteras secundarias justo cuando te acercas; un tipo en un Morris Minor que va a 17 km/h por Lake District y formando una cola de cinco kilómetros porque, aparentemente, siempre ha querido encabezar un desfile, y otros desafíos a tu paciencia y cordura casi más allá de lo soportable. Los vehículos motorizados son feos y sucios y sacan lo peor de las personas. Abarrotan todas las aceras, convierten antiguas plazas de mercado en revoltijos desordenados de metal, generan estaciones de servicio, tiendas de coches de segunda mano, centros Kwik-Fit [12] y otras plagas desalentadoras. Son horribles y espantosos y no quería tener nada que ver con ellos durante este viaje. Y, además, mi mujer no me dejaba tener coche.

Así fue como me encontré a última hora de una tarde gris de sábado en un tren excepcionalmente largo y vacío con destino a Windsor. Me senté en un asiento de un vagón vacío y, a la luz del día que se desvanecía, observé cómo el tren se deslizaba más allá de los edificios de oficinas y se adentraba en los bosques de viviendas sociales y casas adosadas serpenteantes de Vauxhall y Clapham. En Twickenham, descubrí por qué el tren era tan largo y estaba tan vacío. El andén estaba repleto de hombres y niños con ropa de abrigo y bufandas que llevaban programas brillantes y bolsitas de las que asomaban petacas de té: obviamente, una multitud de aficionados al *rugby* de la periferia de Twickenham. Subieron con paciencia y sin empujar, y pidieron perdón cuando tropezaron o

invadieron inadvertidamente el espacio de otra persona. Admiré esa consideración instintiva por los demás, y me sorprendió lo habitual que es en Gran Bretaña y lo poco que se nota. Casi todos viajaron hasta Windsor —supongo que debe de haber algún tipo de arreglo con el aparcamiento de allí; Windsor no puede proporcionar tantos aficionados al *rugby*— y formaron una cola paciente ante el encargado de recoger los *tickets*. Un hombre asiático los recogió a toda velocidad y dio las gracias a cada persona que pasó. No tuvo tiempo de examinar los *tickets*, podrían haberle dado perfectamente la tapa de una caja de cereales, pero logró dedicar un saludo vigoroso para todos, y ellos a su vez le agradecieron que los liberase de sus *tickets* y los dejara pasar. Fue un pequeño milagro de orden y buena voluntad. En cualquier otro lugar habría habido alguien ladrándole a la gente para que formara una fila y no empujara.

Las calles de Windsor estaban relucientes por la lluvia y extrañamente oscuras e invernales, pero aún llenas de turistas. Conseguí una habitación en el Castle Hotel en High Street, uno de esos hoteles peculiarmente desordenados en los que tienes que embarcarte en un viaje épico a través de una sucesión de pasillos errantes y puertas de incendios. Tuve que subir un tramo de escaleras y, un poco más adelante, bajar otro para llegar al ala lejana de la que mi habitación era la última. Pero era una habitación bonita y —supuse— útil para irme rápidamente si decidía salir por la ventana.

Dejé mi mochila y me apresuré a volver por donde había venido, ansioso por ver un poco de Windsor antes de que cerraran las tiendas. Conocía bien Windsor porque solíamos ir de compras allí cuando vivíamos en Virginia Water, al final de la calle, y caminaba con aire de propietario, fijándome en qué tiendas habían cambiado de manos a lo largo de los años; es decir, la mayoría. Junto al hermoso ayuntamiento se encontraba el Market Cross House, un edificio tan peligrosamente inclinado que uno no puede evitar preguntarse si se construyó de esa manera para atraer a los visitantes japoneses con sus cámaras. Ahora era un bar de sándwiches, pero, como la mayoría de tiendas del bonito revoltijo de calles adoquinadas que lo rodean, había sido alrededor de un millón de cosas, generalmente relacionadas con los turistas. La última vez que estuve aquí, la mayoría vendía hueveras con patas; ahora parecían especializarse en casitas y castillos cursis. Solo Woods of Windsor, una empresa que logra obtener más beneficios comerciales de la lavanda de lo que nunca hubiera creído posible, sigue vendiendo jabones y agua de tocador. En Peascod Street,

Marks & Spencer se había expandido,
Hammick's
y Laura Ashley se habían mudado de ubicación, y el Golden Egg y el Wimpy, como era de esperar, habían desaparecido hacía mucho tiempo (aunque confieso cierta afición por los Wimpys de estilo antiguo con su extraño sentido de lo que era la comida estadounidense, como si hubieran recopilado sus recetas de un télex confuso). Pero me complació ver que
Daniel's,
los grandes almacenes más interesantes de Gran Bretaña, todavía estaban allí.

Daniel's es el lugar más extraordinario que puedas encontrarte. Tiene todas las características que esperarías de unos grandes almacenes provinciales: techos bajos, departamentos diminutos y oscuros, alfombras deshilachadas sujetas con tiras de cinta aislante, la sensación de que este espacio alguna vez estuvo ocupado por unas once tiendas y viviendas diferentes, todas con elevaciones ligeramente distintas, pero tiene la más extraña variedad de cosas a la venta: elásticos para bragas y broches para el cuello, botones y tijeras dentadas, juegos de seis piezas de porcelana de Portmeirion, percheros con ropa para gente muy mayor, unos cuantos rollos modestos de alfombra con el tipo de estampados que se obtienen cuando te frotas los ojos con demasiada fuerza, cómodas a las que les falta un tirador, armarios en los que una de las puertas se abre silenciosamente quince segundos después de haberla cerrado.
Daniel's
siempre me recuerda cómo podría haber sido Gran Bretaña bajo el comunismo.

Durante mucho tiempo me ha parecido algo muy desafortunado que un experimento tan importante sobre la organización social se dejara en manos de los rusos cuando los británicos lo habrían manejado mucho mejor. Todas esas cosas que son necesarias para la implementación exitosa de un sistema socialista riguroso son, después de todo, una segunda naturaleza para los británicos. Para empezar, les gusta ir sin nada. Son geniales para unirse, particularmente frente a la adversidad, por un bien común percibido. Harán cola pacientemente durante períodos indefinidos y aceptarán con rara entereza la imposición de racionamientos, dietas blandas, y repentinos e inconvenientes desabastecimientos de productos de primera necesidad, como sabrá cualquiera que haya buscado pan en un supermercado un sábado por la tarde. Se sienten cómodos con las burocracias sin rostro y, como demostró la señora

Thatcher, toleran las dictaduras. Esperarán durante años una operación sin quejarse o la entrega de un electrodoméstico. Tienen un don natural para hacer excelentes chistes sobre la autoridad sin desafiarla seriamente, y obtienen una satisfacción universal al ver humillados a los ricos y poderosos. La mayoría de los jóvenes de más de veinticinco años ya se visten como alemanes orientales. Las condiciones, en una palabra, son correctas.

Por favor, entiende que no estoy diciendo que Gran Bretaña habría sido un lugar mejor y más feliz bajo el comunismo, simplemente que los británicos lo habrían hecho correctamente. Se lo habrían tomado con calma, con buen corazón y sin excesivas trampas. De hecho, hasta alrededor de 1970 no habría supuesto la más mínima diferencia perceptible en la vida de la mayoría de las personas, y al menos podría habernos ahorrado a Robert Maxwell.

Al día siguiente me levanté temprano y atendí mi higiene matinal en un estado de pequeña excitación porque tenía un gran día por delante. Iba a caminar por el Windsor Great Park. Es el parque más espléndido que conozco. Se extiende a lo largo de sesenta kilómetros cuadrados encantadores e incorpora a su antiguo entramado todo tipo de encanto selvático: profundos bosques primitivos, frondosos valles, senderos errantes y caminos de herradura, jardines formales e informales y un largo y cautivador lago. Dispersas pintorescamente hay granjas, cabañas de bosque, estatuas olvidadas, un pueblo entero ocupado por trabajadores de los terrenos y cosas que la reina ha traído de sus viajes al extranjero y no pudo pensar en ningún otro lugar donde colocarlas, como obeliscos y tótems y otras curiosas expresiones de gratitud de lejanos confines de la Commonwealth.

Todavía no había llegado la noticia de que había petróleo debajo del parque y de que pronto podría convertirse en un nuevo Sullom Voe (pero no te alarmes, la autoridad local hará que protejan las torres de perforación con arbustos), así que no me di cuenta de que debía empaparme de las vistas con dedicación por si la próxima vez que pasara por aquí pareciera un yacimiento petrolífero de Oklahoma. En ese momento, Windsor Great Park continuaba disfrutando de una misericordiosa oscuridad, lo que me resulta desconcertante en un espacio abierto tan glorioso en las afueras de Londres. Solo una vez pude recordar alguna referencia al parque en los periódicos, un par de años antes, cuando el príncipe Felipe tomó una curiosa aversión a una avenida de árboles antiguos y ordenó a los cortadores de árboles de Su Majestad que los eliminaran del paisaje.

Supongo que sus ramas habrían puesto en peligro el avance a través del parque de sus caballos y su *plus-four*, [13] o como se llamen esos artilugios chirriantes en los que tanto le gusta montarse. A menudo lo ves a él y a otros miembros de la familia real en el parque, pasando a toda velocidad en distintos vehículos de camino a los partidos de polo o a los servicios religiosos en el complejo privado de la Reina Madre, el Royal Lodge. De hecho, como al público no se le permite conducir por los caminos del parque, una parte significativa del poco tráfico que pasa es generado por miembros de la realeza. Una vez, en el Boxing Day, cuando paseaba de manera paternal junto a uno de mis retoños en un triciclo nuevo y reluciente, me di cuenta con una especie de sexto sentido de que estábamos deteniendo el avance de un automóvil y me volví para ver que lo conducía la princesa Diana. Cuando me apresuré a salir del camino con mi hijo, ella me ofreció una sonrisa que me derritió el corazón, y desde entonces nunca he dicho una palabra en contra de la querida y dulce joven, aunque me presionen aquellos que piensan que ella está un poco loca porque se gasta 28 000 libras al año en leotardos y que hace llamadas telefónicas raras a militares macizos. («¿Y quién de nosotros no lo ha hecho?» es mi respuesta incontestable).

Caminé por el acertadamente llamado Long Walk desde la base del Castillo de Windsor hasta la estatua ecuestre de Jorge III, conocida por los lugareños como el Caballo de Cobre, en la cima de Snow Hill, donde descansé en la base y me empapé de una de las vistas más bonitas de Inglaterra: la majestuosa expansión del castillo de Windsor a cinco kilómetros de distancia al final de Long Walk, con la ciudad a sus pies y, más allá, Eton, el brumoso valle del Támesis y las bajas colinas de Chiltern. Los ciervos pastaban en manadas pintorescas en un claro de abajo y los paseantes de la mañana comenzaron a salpicar la larga avenida enmarcada por mis pies separados. Observé los aviones que despegaban de Heathrow y encontré en el horizonte las formas tenues pero reconocibles de la central eléctrica de Battersea y de la Post Office Tower. Recuerdo que me emocioné mucho al descubrir que podía ver Londres desde allí. Es, creo, el único lugar que se puede ver desde tan lejos. Enrique VIII cabalgó hasta esta cima para escuchar cómo los cañonazos anunciaban la ejecución de Ana Bolena, aunque ahora todo lo que podría escuchar eran los zumbidos de los aviones que se inclinaban para aterrizar y el ladrido alarmante de un enorme perro peludo, que apareció de repente a mi lado mientras sus dueños

subían por una ladera, y que me ofreció una gran muestra de saliva, que rechacé.

Atravesé el parque, pasé los terrenos del Royal Lodge, la casa georgiana rosa donde la reina y la princesa Margarita pasaron su infancia, y atravesé los bosques y campos de los alrededores hasta llegar a mi rincón favorito del parque, Smith's Lawn. Debe de ser la mejor superficie de césped de toda la Gran Bretaña, llana e impecablemente verde y diseñada a escala heroica. Casi nunca hay un alma, excepto cuando hay un partido de polo. Tardé casi una hora en cruzarlo, aunque me desvié un poco de mi camino para investigar una estatua abandonada en la periferia, que resultó ser del príncipe Alberto, y otra hora para encontrar el camino de vuelta a través de los Valley Gardens y luego hasta el Virginia Water Lake, humeando suavemente en el aire fresco de la mañana. Es una obra preciosa este lago, creado por el duque de Cumberland como una forma un tanto extraña de recordar a todos aquellos escoceses que había dejado inertes o retorciéndose en el campo de batalla de Culloden; y es intensamente pintoresco y romántico en ese sentido que solo pueden serlo los paisajes creados, con vistas repentinas perfectamente enmarcadas por árboles y un largo puente de piedra decorativa. En el otro extremo hay incluso un grupo de falsas ruinas romanas, frente a Fort Belvedere, la casa de campo donde Eduardo VIII hizo su famosa transmisión de abdicación para poder ir a pescar con Goebbels y casarse con esa mujer Simpson de rostro agrio que —con la mejor voluntad del mundo y teniendo en cuenta mis obligaciones patrióticas con una compatriota estadounidense— siempre me ha parecido una elección sexual francamente improbable.

Solo menciono esto porque la nación parecía estar embarcada en una crisis monárquica similar en ese momento. Debo decir que no puedo ni empezar a entender las actitudes de la nación británica hacia la familia real. Durante años —¿puedo ser sincero por un momento?— pensé que eran insoportablemente aburridos y solo un poco más atractivos que Wallis Simpson, pero todos en Inglaterra los adoraban. Luego, cuando, por un pequeño milagro, finalmente comenzaron a hacer cosas sorprendentes y erráticas y a salir en *News of the World* por méritos propios, cuando, en una palabra, finalmente se volvieron interesantes, toda la nación de repente dijo: «Impactante. Deshagámonos de ellos». Solo esa semana, había leído asombrado una edición de *Question Time* en la que una de las preguntas seriamente discutidas había sido si la nación debería

prescindir del príncipe Carlos y saltar directamente al pequeño príncipe William. Dejando a un lado por el momento la cuestión de la sensatez de invertir mucha fe en la producción genética inmadura de Carlos y Diana, que caritativamente describiría como conmovedora, me pareció que se perdía la cuestión primordial. Si vas a tener un sistema de privilegios hereditarios, entonces seguramente tienes que aceptar lo que se te presente, sin importar cuán pesado pueda ser el pobre hombre o cuán curioso sea su gusto por las amantes.

Mis propios puntos de vista sobre el asunto están perfectamente resumidos en una canción de mi propia composición llamada «Soy el hijo mayor del hijo mayor del hijo mayor del hijo mayor del tipo que se tiró a Nell Gwynne»,[14] que me encantaría enviarte por separado después de recibir 3,50 libras + 50 peniques de correo y embalaje.

Mientras tanto, tendrás que imaginarme tarareando esta alegre cancioncilla mientras atravesaba con paso elegante el ruido del tráfico a lo largo de la A30 y bajaba por Christchurch Road hasta el tranquilo y frondoso pueblo de Virginia Water.

5

Mi primera visita a Virginia Water fue una tarde inusualmente bochornosa a finales de agosto de 1973, unos cinco meses después de mi llegada a Dover. Pasé el verano viajando en compañía de un tal Stephen Katz, que se reunió conmigo en París en abril y del que me había despedido con gratitud en Estambul unos diez días antes. Estaba cansado y aburrido de la carretera, pero muy contento de estar de vuelta en Inglaterra. Salí de un tren procedente de Londres y me cautivó al instante. El pueblo de Virginia Water parecía ordenado y atractivo. Las calles estaban bajo esas sombras perezosas de la tarde y llenas de un verdor imposible como el que solo puede apreciar alguien recién llegado de un clima árido. Más allá de la estación se elevaba la torre gótica del Holloway Sanatorium, un monumental montón de ladrillos y gabletes en un terreno parecido a un parque justo al otro lado de la estación.

Dos chicas que conocía de mi ciudad natal trabajaban haciendo prácticas de enfermería en el sanatorio y me habían ofrecido espacio para dormir en su piso y la oportunidad de limpiar su baño con cinco meses de suciedad acumulada. Mi intención era tomar un vuelo a casa desde Heathrow al día siguiente porque debía reanudar mis apáticos estudios universitarios en dos semanas. Pero, mientras tomaba muchas cervezas en un *pub* alegre llamado Rose and Crown, me dieron a entender que el hospital siempre estaba buscando personal de baja categoría y que yo, como hablante nativo de inglés, era una apuesta segura. Al día siguiente, con la cabeza aturdida y sin el beneficio de la reflexión, me encontré llenando formularios y me dijeron que me presentara a la enfermera a cargo en Tuke Ward a las siete de la mañana siguiente. Llamaron a un amable hombrecito con la inteligencia de un niño para que me llevara a recoger a los almacenes un pesado juego de llaves y una tambaleante montaña de ropa de hospital cuidadosamente doblada, dos trajes grises, camisas, una corbata, varias batas blancas de

laboratorio (¿qué tenían en mente para mí?) y para llevarme al Male Hostel B al otro lado de la calle, donde una bruja de cabello blanco me mostró una habitación espartana y, recordándome a mi vieja amiga la señora Smegma, emitió una andanada de instrucciones sobre el cambio semanal de sábanas sucias por limpias, las horas de agua caliente, el funcionamiento del radiador y otros asuntos demasiado numerosos y presentados con rapidez como para asimilarlos, aunque me enorgulleció bastante captar una referencia de pasada a las colchas. He estado aquí antes, pensé.

Escribí una carta a mis padres diciéndoles que no me esperaran para la cena; pasé unas horas felices probándome ropa nueva y posando frente al espejo; arreglé mi modesta selección de libros de bolsillo en el alféizar de la ventana; fui a la oficina de correos y eché un vistazo alrededor del pueblo; cené en un pequeño lugar llamado Tudor Rose; luego pasé por un *pub* llamado Trottesworth, donde encontré el ambiente tan agradable y las formas alternativas de diversión tan inexistentes que bebí, lo confieso, una cantidad excesiva de cerveza, y regresé a mis nuevos aposentos a través de varios arbustos y una farola memorablemente inflexible.

Por la mañana me desperté con quince minutos de retraso y me dirigí al hospital con sueño. En medio del tumulto de un cambio de turno, pregunté el camino a Tuke Ward y llegué, con el cabello revuelto y zigzagueando levemente, diez minutos tarde. La enfermera a cargo, una amable compañera de mediana edad, me dio una cálida bienvenida, me dijo dónde encontraría té y galletas y se fue. Prácticamente nunca más la vi después de eso. Tuke Ward estaba habitado por pacientes varones de larga estancia en un estado de locura detenida que, afortunadamente, parecían cuidar de sí mismos por completo. Ese día cogieron sus propios desayunos de un carrito, se afeitaron, se hicieron la cama y, mientras yo estaba momentáneamente ocupado en una búsqueda inútil de antiácidos en el baño del personal, se fueron en silencio. Salí para darme cuenta de que, para mi confusión y alarma, yo era la única persona que quedaba en la sala. Deambulé desconcertado por la sala de estar, la cocina y los dormitorios, y abrí la puerta de la sala para encontrar un pasillo vacío con una puerta al mundo abierta en su extremo más alejado. En ese momento sonó el teléfono de la secretaría.

—¿Quién eres? —ladró una voz.

Reuní suficiente poder del habla para identificarme y miré por la ventana de la oficina, esperando ver a los treinta y tres pacientes de Tuke Ward corriendo de árbol en árbol en un intento desesperado

por la libertad.

—Aquí Smithson —dijo la voz. Smithson era el jefe de enfermería, una figura intimidante cuyo abdomen era semejante a una pieza de chuletas de cordero y que tenía el pecho con forma y tamaño de barril. Me lo habían señalado el día anterior—. Eres el chico nuevo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Alegre ahí?

Parpadeé, confundido, y pensé en los extraños giros de lenguaje que tenían los ingleses.

—Bueno, en realidad parece todo muy tranquilo.

—No, John Alegre, el enfermero a cargo, ¿está ahí?

—Oh. Se ha ido.

—¿Dijo cuándo volvería?

—No, señor.

—¿Todo bajo control?

—Bueno, en realidad —me aclaré la garganta—, parece que los pacientes se han escapado, señor.

—¿Que qué?

—Escapado, señor. He ido al baño y cuando he salido…

—Se supone que deben estar fuera de la sala, hijo. Estarán en clase de jardinería o en terapia ocupacional. Salen todas las mañanas.

—Oh, gracias a Dios.

—¿Disculpa?

—Gracias a Dios, señor.

—Ah, bueno, sí, bastante —y colgó.

Pasé el resto de la mañana deambulando solo por la sala, mirando en los cajones y armarios y debajo de las camas, explorando los estantes del almacén, tratando de averiguar cómo hacer té con hojas sueltas y un colador y, cuando mi constitución demostró estar a la altura, monté un campeonato mundial privado de patinaje a lo largo del pasillo bien pulido que daba a las habitaciones de los pacientes, sazonado de comentarios susurrados y respetuosos. Cuando llegó la una y media —y nadie me había dicho que fuera a almorzar—, me despedí y fui a la cantina, donde me senté solo con un plato de judías, patatas fritas y algo misterioso que luego identifiqué como un «buñuelo no deseado», y me fijé en que el señor Smithson y algunos de sus colegas, en una mesa al otro lado de la sala, estaban teniendo una discusión bastante divertida y, por alguna razón, lanzando miradas alegres en mi dirección.

Cuando regresé a la sala, descubrí que varios de los pacientes

habían regresado en mi ausencia. La mayoría de ellos se habían desplomado en las sillas en la sala de estar, dormidos tras los esfuerzos de una mañana pasada apoyados en un rastrillo o contando las estacas que había en las cajas, a excepción de un tipo con un traje de *tweed* muy elegante y bien hablado que estaba viendo un partido de críquet en la televisión. Me invitó a unirme a él y, al descubrir que yo era estadounidense, me explicó con entusiasmo este deporte tan desconcertante. Supuse que era un miembro del personal, posiblemente el reemplazo vespertino del misterioso señor Alegre, posiblemente un psiquiatra visitante, hasta que se volvió hacia mí, en medio de una explicación detallada de las complejidades de las bolas con efecto, y dijo repentinamente:

—Tengo las bolas atómicas, ya sabes.

—¿Disculpe? —respondí con mi mente todavía en el otro tipo de bolas.

—Porton Down. 1947. [15] Experimentos gubernamentales. Todo muy secreto. No debes decírselo a nadie.

—Ah… no, por supuesto.

—Los rusos me buscan.

—Oh… ¿eh?

—Por eso estoy aquí. De incógnito. —Se dio significativos golpecitos con el dedo en la nariz y lanzó una mirada evaluadora a las figuras adormiladas que nos rodeaban—. No es un mal lugar. Está lleno de locos, por supuesto. Repleto de locos, pobres almas. Pero los miércoles sirven una mermelada deliciosa. Ahora viene el toque encantador de Geoff Boycott. No tendrá problemas con la entrega de Benson, ya ves.

La mayoría de los pacientes de Tuke Ward eran así cuando los conocías, superficialmente lúcidos, pero, en el fondo, locos como un perro con parásitos intestinales. Es una experiencia interesante familiarizarse con un país a través de los ojos de los locos y, si se me permite decirlo, algo particularmente útil para la vida en Gran Bretaña.

Y así pasaron mis primeros días como residente en Gran Bretaña. Por la noche iba al *pub* y durante el día presidía una sala casi vacía. Cada tarde, alrededor de las cuatro, aparecía una señora española con un mono rosa con un ruidoso carrito de té y los pacientes se animaban a tomar una taza de té y un trozo de pastel amarillo, y de vez en cuando el escurridizo señor Alegre pasaba para dispensar medicamentos o volver a pedir galletas, pero, por lo demás, las cosas estaban muy tranquilas. Desarrollé una comprensión aceptable del críquet y mis derrapes por el pasillo eran una delicia.

El hospital, llegué a descubrir, era como un pequeño universo, virtualmente completo en sí mismo. Contaba con carpintería propia y electricistas, fontaneros y pintores, autocar y conductor de autocar propios. Contaba con sala de billar, cancha de bádminton y piscina, tienda de golosinas y capilla, cancha de críquet y club social, podólogo y peluquera, cocinas, sala de costura y lavandería. Una vez a la semana pasaban películas en una especie de salón de baile. Incluso tenía su propio tanatorio. Los pacientes se encargaban de todas las tareas de jardinería que no implicaban herramientas afiladas y mantenían el recinto inmaculado. Era un poco como un club de campo para locos. Me gustaba mucho.

Un día, durante una de las visitas periódicas del señor Alegre —nunca descubrí lo que hacía durante sus ausencias—, me enviaron a un hospital vecino llamado Florence Nightingale para pedir prestada una botella de Torazina para mantener dóciles a los pacientes. Flo, como era conocido por el personal, era un lugar extraño y lúgubre, lleno de pacientes mucho más graves que deambulaban o se mecían sin cesar en sillas de respaldo alto. Mientras la monja se iba con el tintineo de las llaves para buscar la Torazina, yo miraba las masas parlanchinas y daba gracias por haber dejado las drogas duras. En el otro extremo de la habitación, se movía una bella y joven enfermera de bondad clara y radiante, cuidando a aquellos seres indefensos con ilimitadas reservas de energía y compasión, llevándolos hasta una silla, alegrándoles el día con charlas, limpiándoles las babas de la barbilla, y pensé: «Ese es justo el tipo de persona que necesito».

Nos casamos dieciséis meses después en la iglesia local, por la que pasé mientras bajaba por Christchurch Road, arrastrando los pies entre las hojas, bajo un túnel de ramas altas, tarareando los últimos ocho compases de Nell Gwynne. Las grandes casas a lo largo de Christchurch Road permanecían sin cambios, excepto por la adición en cada una de ellas de un buzón de seguridad y focos de luz de esos que se encienden sin motivo a altas horas de la noche.

Virginia Water es un lugar interesante. Fue construido principalmente en los años veinte y treinta, con dos pequeñas filas de tiendas y, rodeándolas, una densa red de caminos privados que serpentean a través y alrededor del famoso Campo de golf de Wentworth. Esparcidas entre los árboles, las casas, a menudo ocupadas por famosos, están construidas en un estilo que podría llamarse «Vernáculo inglés ostentoso» o tal vez «Puñalada a Lutyens»,[16] con tejados abarrotados de aguilones y chimeneas recargadas, porches amplios y múltiples, ventanales de extrañas

formas y tamaños, al menos una llamativa pérgola y hectáreas de rosas colgantes sobre pequeños porches recortados. Cuando lo vi por primera vez, me sentí como si entrara en las páginas de un *House and Garden* de 1937.

Pero lo que le daba a Virginia Water un encanto particular en aquel entonces, y lo digo muy en serio, era que estaba lleno de lunáticos errantes. Porque la mayoría de los pacientes habían residido en el sanatorio durante años, y a menudo décadas, por muy confusos que fueran sus pensamientos o vacilantes sus andares, por mucho que murmuraran una y otra vez, que adoptaran repentinas posturas de sumisión o demostraran cualquiera de los otros cien indicios de alguien que sale a almorzar, se podía confiar en que la mayoría de ellos vagaría hasta el pueblo y encontraría el camino de regreso. Cada día podías contar con encontrarte con una amplia avanzadilla de lunáticos comprando cigarrillos o dulces, tomando una taza de té o simplemente discutiendo en silencio contra el aire. El resultado era una de las comunidades más extraordinarias de Inglaterra, en la que los ricos y los lunáticos se mezclaban en igualdad de condiciones. Los tenderos y los lugareños se lo tomaban de maravilla, y no actuaban como si fuera extraño que un hombre con el pelo revuelto y vestido con una chaqueta de pijama estuviera en una esquina de la panadería declamando a un punto en la pared o sentado en una esquina de la mesa del Tudor Rose con los ojos en blanco y un gesto parecido a una sonrisa, dejando caer terrones de azúcar en su minestrone. Era, y sigo hablando en serio, un panorama completamente conmovedor.

Entre los quinientos o más pacientes del sanatorio había un notable idiota sabio llamado Harry. Harry tenía la mente de un niño pequeño y preocupado, pero podías nombrar cualquier fecha, presente o futura, e instantáneamente te decía qué día de la semana era. Solíamos probarlo con un calendario perpetuo y nunca se equivocaba. Podías preguntarle la fecha del tercer sábado de diciembre de 1935 o del segundo miércoles de julio de 2017 y te lo diría más rápido que cualquier ordenador. Aún más extraordinario, aunque simplemente parecía aburrido en ese momento, era que varias veces al día se acercaba a los miembros del personal y les preguntaba con una voz extraña y quejumbrosa si el hospital cerraría en 1980. De acuerdo con su abundante historial médico, había estado obsesionado con esta pregunta desde su llegada cuando era joven, alrededor de 1950. La cuestión es que Holloway era una institución grande e importante y nunca hubo planes para cerrarla. De hecho, no hubo ninguno hasta la noche tormentosa de

principios de 1980, cuando acostaron a Harry en un estado de agitación poco característico. Había repetido su pregunta con creciente persistencia durante varias semanas y un relámpago cayó sobre un frontón trasero, provocando un incendio devastador que arrasó los áticos y varios de los pabellones, y volvió repentinamente inhabitable toda la estructura.

Sería una historia aún mejor si el pobre Harry hubiera estado atado a su cama y perecido en el incendio. Desafortunadamente, para los propósitos de una narración emocionante, todos los pacientes fueron evacuados de manera segura y reunidos bajo la noche tormentosa, aunque me gusta imaginar a Harry con los labios contraídos en una sonrisa entusiasta mientras estaba de pie en el césped, con una manta sobre los hombros y el rostro iluminado por llamas danzantes, viendo la conflagración que había esperado con tanta paciencia durante treinta años.

Los reclusos fueron trasladados a un ala especial de un hospital general en Chertsey, donde pronto fueron privados de su libertad debido a su desafortunada inclinación a causar estragos en las salas y alarmar a los cuerdos. Mientras tanto, el sanatorio se había ido desmoronando en silencio, con las ventanas tapiadas o rotas, y la gran entrada de Stroude Road bloqueada por una puerta de metal resistente rematada con alambre de púas. Viví en Virginia Water durante cinco años a principios de los años ochenta cuando trabajaba en Londres, y ocasionalmente me detenía para mirar por encima del muro los terrenos abandonados y la desolación general. Una serie de empresas en desarrollo se habían apoderado del lugar con planes ambiciosos para convertirlo en un centro de oficinas, un centro de conferencias o un complejo de viviendas para ejecutivos. Habían instalado unos barracones y carteles advirtiendo que el sitio estaba patrullado por perros guardianes, los cuales, si había que creer en la ilustración, apenas estaban bajo control, pero nunca se hizo nada más allá que eso. Durante más de una década, aquel hermoso y antiguo hospital, probablemente una de las doce mejores estructuras victorianas que aún se mantenían en pie, se había desmoronado y abandonado, y yo había esperado que estuviera más o menos igual. De hecho, había ensayado una solicitud obsequiosa al vigilante para que me permitiera subir por el camino para echar un vistazo rápido, ya que el edificio en sí no se podía ver bien desde la carretera.

Así que imagina mi sorpresa cuando llegué a la cima de la suave pendiente y encontré una nueva entrada en la pared del perímetro, un gran letrero que me daba la bienvenida a Virginia Park y,

flanqueando una vista previamente desconocida del edificio del sanatorio, un generoso puñado de nuevas e inteligentes casas para ejecutivos detrás. Con la boca abierta, subí a trompicones por un camino recién asfaltado bordeado de casas tan nuevas que todavía había precintos en las ventanas y los patios eran mares de lodo. Una de las casas había sido remodelada como casa piloto y, como era domingo, estaba llena de gente que le echaba un vistazo. Dentro, encontré un folleto brillante lleno de dibujos de gente feliz y esbelta paseando entre hermosas casas, escuchando una orquesta de cámara en la habitación donde yo antes veía películas en compañía de locos nerviosos, o nadando en una piscina cubierta en el suelo del gran salón gótico donde una vez había jugado al bádminton y vacilantemente le pedí una cita a la joven enfermera de Florence Nightingale, con la perspectiva lejana, si podía dedicarle tiempo, de casarse conmigo. Según la prosa más bien suntuosa que lo acompañaba, los residentes de Virginia Park podían elegir entre varias docenas de viviendas unifamiliares para ejecutivos, una dispersión de casas adosadas y pisos, o uno de los veintitrés grandes apartamentos excavados en el edificio restaurado, ahora misteriosamente rebautizado como Crosland House. El mapa del sitio estaba salpicado de extraños nombres —Connolly Mews, Chapel Square, The Piazza— que poco debían a su existencia anterior. Cuánto más apropiado, pensé, si les hubieran puesto nombres como Lobotomy Square y Electroconvulsive Court. Los precios comenzaban en 350 000 libras.

Volví a salir para ver qué podía conseguir por 350 000 libras esterlinas. La respuesta era una casa pequeña pero ornamentada en una parcela modesta con una vista interesante de un hospital psiquiátrico del siglo XIX. No puedo decir que era lo que siempre había soñado. Todas las casas estaban construidas con ladrillo rojo, con chimeneas antiguas, adornos de pan de jengibre y otros pequeños guiños a la época victoriana. Un modelo, conocido mundanamente como Casa Tipo D, incluso tenía una torre decorativa. El resultado es que parecían haber sido creadas en el sanatorio. Casi podías imaginarlas, con el tiempo suficiente, convirtiéndose ellas mismas en sanatorios. En la medida en que tal cosa puede funcionar, funcionó sorprendentemente bien. Las nuevas casas no habían invadido el telón de fondo del antiguo sanatorio y, al menos algo que seguramente no habría sucedido hace una docena de años, ese gran edificio viejo, con todos sus recuerdos felices para mí y generaciones de locos interesantes, se había salvado. Me quité el sombrero ante los promotores y me despedí.

Tenía la intención de caminar hasta mi antigua casa, pero estaba a un kilómetro y medio de distancia y me dolían los pies. En lugar de eso, me dirigí por Stroude Road, pasé por el lugar del antiguo club social del hospital, ahora reemplazado por una vivienda de considerable fealdad, y los edificios dispersos que alguna vez habían albergado a las enfermeras y al personal doméstico, y me aposté cien libras a que la próxima vez que pasara por allí habrían desaparecido y habrían sido reemplazadas por casas grandes con garajes dobles.

Caminé los tres kilómetros hasta Egham y pasé por la casa de una dama encantadora llamada señora Billen que es, entre sus muchas otras bondades desinteresadas, mi suegra. Mientras ella se dirigía a la cocina con ese aleteo encantador con el que todas las damas inglesas de cierta edad reciben a invitados inesperados, yo me calentaba los dedos de los pies frente a la chimenea y reflexionaba (pues tal era mi estado de ánimo en esos días) que aquella era la primera casa de una dama inglesa en la que había estado alguna vez, aparte de como invitado de pago. Mi esposa me había traído aquí como su joven enamorado un domingo por la tarde, muchos años antes, y nos sentamos, ella, yo y su familia, apretujados en ese cómodo y bien calefaccionado salón viendo *Bullseye*[17] y *The Generation Game*[18] y otras ofertas televisivas que a mí me parecieron, curiosamente, carentes de entretenimiento alguno. Fue una experiencia nueva para mí. No había visto a mi propia familia en lo que podría llamarse un entorno social desde alrededor de 1988, aparte de algunas horas incómodas en Navidad, por lo que había una cierta novedad acogedora al encontrarme entre tanto calor familiar. Es algo que todavía admiro mucho de los británicos, aunque confieso cierto júbilo pasajero cuando me enteré de que nunca más emitirían Bullseye.

Mi suegra —Mamá— apareció con una bandeja de comida que me hizo preguntarme por un momento si me había confundido con una fiesta de leñadores. Mientras comía con avidez un guiso delicioso y humeante que me recordaba a los Cairngorms recreados en forma comestible, y luego me desplomaba en el sillón frente a un café y con el estómago felizmente distendido, charlamos sobre esto y lo otro, los niños, nuestro inminente traslado a los Estados Unidos, mi trabajo y su viudez reciente. A última hora de la tarde, es decir, tarde para un par de veteranos como nosotros, se puso de nuevo en modo bullicioso y, después de hacer una gran cantidad de ruidos de naturaleza laboriosa por todos los rincones de la casa, anunció que la habitación de invitados estaba lista. Me encontré

una cama primorosamente hecha con una bolsa de agua caliente y, después de la más superficial de las abluciones, me metí en ella agradecido, preguntándome por qué las camas en las casas de los abuelos y los suegros son siempre tan deliciosamente cómodas. Me dormí en segundos.

6

Y después a Bournemouth. Llegué a las cinco y media de la tarde bajo una lluvia torrencial. La noche había caído pesadamente y las calles estaban llenas de coches silbantes, sus faros barrían balas de lluvia brillante. Había vivido en Bournemouth durante dos años y creía que la conocía razonablemente bien, pero el área alrededor de la estación había sido reconstruida ampliamente, con nuevas calles y bloques de oficinas y una de esas desconcertantes redes de subterráneos para peatones que te obligan a salir a la superficie cada pocos minutos, como una ardilla, para ver dónde estás.

Cuando llegué a East Cliff, un barrio de hoteles de tamaño mediano situado en lo alto de un risco frente a un mar negro, estaba empapado y gruñendo. Lo único que se puede decir de Bournemouth es que, ciertamente, tiene muchos hoteles entre los que elegir. Entre los numerosos palacios resplandecientes de comodidad que se alineaban en cada calle en manzanas a la redonda, seleccioné un establecimiento en una calle lateral sin más razón que un letrero atractivo: pulcros capiteles en neón rosa brillando tentadoramente a través de la lluvia cortante. Entré, derramando agua, y pude darme cuenta a primera vista de que era una buena elección: limpio, bien pasado de moda, con un precio atractivo de 26 libras noche y desayuno según un aviso en la pared, y con el tipo de calor sofocante que hace que se te empañen las gafas y te provoque ataques de estornudos. Me sacudí varios litros de agua de mis mangas y pedí una habitación individual para dos noches.

—¿Está lloviendo? —preguntó alegremente la chica de recepción mientras yo llenaba la tarjeta de registro entre estornudos y pausas para limpiarme el agua de la cara con el dorso del brazo.

—No, mi barco se ha hundido y he tenido que nadar las últimas siete millas.

—Oh, ¿de verdad? —continuó de una manera que me hizo

sospechar que no estaba prestando mucha atención a mis palabras—. ¿Y cenará con nosotros esta noche, señor…? —Miró mi tarjeta salpicada de agua—. Señor ¿Brylcreem?

Consideré la alternativa —un largo camino a través de las escaleras bajo la lluvia— y me sentí inclinado a quedarme. Además, entre su alegre cerebro del tamaño de un garbanzo y mi garabato manchado, había muchas posibilidades de que cargaran la comida a otra habitación. Dije que comería allí, acepté una llave y me dirigí goteando a mi habitación.

Entre los muchos cientos de cosas que han evolucionado mucho en Gran Bretaña desde 1973, y si uno se para a pensarlo un momento verá que la lista es impresionantemente larga, pocas han llegado más lejos que la hostelería inglesa media. Hoy en día, tienes un televisor a color, una bandeja para preparar café con un pequeño paquete de galletas modestamente sabrosas, un baño privado con toallas mullidas, una pequeña canasta de bolas de algodón en los colores del arco iris y una variedad de bolsitas o pequeñas botellas de plástico de champú, gel de baño y loción hidratante. Mi habitación incluso tenía una luz de noche adecuada y dos almohadas suaves. Me sentí muy feliz. Me preparé un buen baño, vacié en él todos los geles y cremas hidratantes (no se alarmen, lo he estudiado de cerca y les puedo asegurar que están todos hechos de la misma sustancia), y, cuando una fiesta de burbujas de aire comenzó su lento ascenso hacia una posición a un metro por encima de la bañera, regresé a la habitación y me sumergí con facilidad en los hábitos ensimismados del viajero solitario: deshice la mochila con deliberado cuidado, coloqué la ropa mojada sobre el radiador, puse la limpia en el banquito a los pies de la cama con tanta meticulosidad como si estuviera a punto de ir a mi primer baile de graduación, coloqué un reloj de viaje y material de lectura con precisión exacta en la mesita de noche, ajusté la iluminación a un nivel considerado acogedor, y finalmente me retiré, con el espíritu alegre y un buen libro, para revolcarme durante un buen rato en el tipo de espuma exuberante que rara vez se ve fuera de las películas de Joan Collins.

Después, recién vestido y con un hechizante olor a esencia de rosas, me presenté en el espacioso y vacío salón comedor y me condujeron a una mesa donde se encontraba la colección de accesorios: una copa de vino que contenía una servilleta de papel rojo en forma de flor, un juego de salero y pimentero de acero inoxidable descansando en un pequeño bote de acero inoxidable, un plato que contenía rizos de mantequilla cuidadosamente formados y

un pequeño jarrón de cuello estrecho con una ramita de lirios artificiales me informaron instantáneamente que la comida sería mediocre pero presentada con cierta floritura bien practicada. Me tapé los ojos, conté hasta cuatro y extendí la mano derecha sabiendo que se posaría sobre una cesta de panecillos que me ofrecía un camarero que rondaba por allí, un dominio del tiempo que le impresionó considerablemente, si se me permite decirlo, y no le dejó ninguna duda de que estaba tratando con un viajero que conocía las sopas verdes cremosas, las verduras servidas con cucharones de porcelana y los discos de cuero crudo endurecido que desfilaban bajo el nombre de medallones de cerdo.

Llegaron otros tres comensales: una madre y un padre muy corpulentos y un hijo adolescente aún más grande a quienes el camarero sentó cuidadosamente en un lugar donde podía verlos sin tener que estirar el cuello o reposicionar mi silla. Siempre es interesante ver comer a la gente, pero nada proporciona más interés que ver una mesa llena de gente gorda comiendo. Es algo curioso, pero incluso los gordos más codiciosos y rapaces —y el trío que tenía delante podría haber ganado un campeonato de voracidad— nunca parece que se lo estén pasando bien. Es como si simplemente estuvieran cumpliendo algún tipo de obligación para mantener su volumen. Cuando tienen comida delante, bajan la cabeza y la aspiran, y entre una cosa y otra se sientan con los brazos cruzados mirando con inquietud la sala y actuando como si nunca les hubieran presentado a las personas sentadas con ellos. Pero si se acerca un carrito de dulces, todo cambia. Comienzan a hacer arrullos entusiastas y, de repente, su pequeño rincón del comedor está lleno de conversaciones felices. Así fue esa noche. Tal fue la velocidad con la que mis compañeros de cena consumieron las viandas que se les presentaron que me ganaron por medio plato y, para mi franco horror, consumieron entre ellos los últimos profiteroles y el pastel Selva Negra del carrito de los dulces. El chico, me di cuenta, tenía un montón en varios platos, el muy cerdo, gordo y glotón.

Me dejaron elegir entre un chorrito acuoso de *trifle* —un dulce de merengue que sabía que explotaría como un lanzador de confeti para fiestas tan pronto como tocara una cuchara— o cualquiera de una docena de modestos platillos de budín de caramelo, cada uno con un desganado nódulo de crujiente crema amarilla encima. Deprimido, elegí un budín de caramelo y, mientras el trío de gordos pasaba junto a mi mesa con sendas barbillas relucientes de chocolate, respondí a sus educadas y bien alimentadas sonrisas con

una mirada dura como el pedernal que les decía que no intentaran nada parecido conmigo nunca más. Creo que entendieron el mensaje. A la mañana siguiente, en el desayuno, ocuparon una mesa fuera de mi línea de visión y dieron un gran rodeo para llegar al carrito de los zumos.

Bournemouth es un lugar excelente en muchos sentidos. Por un lado, tiene mar, que será útil si el calentamiento global alguna vez alcanza su máximo potencial, aunque no veo mucho uso para él en este momento, y están los parques sinuosos, conocidos colectivamente como los Jardines del Placer, que dividen perfectamente las dos mitades del centro de la ciudad y brindan a los compradores un lugar tranquilo y verde para descansar en su largo viaje de un lado del centro al otro; aunque, por supuesto, si no fuera por los parques, no habría tal largo viaje. Así es la vida.

Los parques solían describirse en los mapas como los Jardines del Placer de Arriba y los Jardines del Placer de Abajo, pero algún concejal u otra fuerza del bien se dio cuenta de las implicaciones profundas e insalubres de colocar Abajo y Placer en una proximidad tan inmediata y presionó con éxito para que Abajo se retirara del título del parque, así que ahora tienes Los Jardines del Placer de Arriba y los simplemente Jardines del Placer, y los pervertidos del léxico han sido desterrados a las playas donde deben encontrar tanta gratificación como puedan frotándose en los espigones. De todos modos, así es Bournemouth: una ciudad muy refinada y orgullosa de ello.

Conociendo ya la reputación de gentileza cuidadosamente cultivada de la ciudad, me mudé allí en 1977 con la idea de que iba a ser una especie de respuesta inglesa a los bien cuidados parques de Bad Ems o de
Baden-Baden,
explanadas de palmeras con orquestas, hoteles ostentosos donde hombres con guantes blancos mantenían el bronce reluciente, ancianas pechugonas con abrigos de visón paseando a esos perritos a los que te mueres por patear (no por crueldad, entiéndelo, sino por un simple y honesto deseo de ver hasta dónde puedes hacerlos volar). Lamentablemente, tengo que informar que casi nada de eso me esperaba allí. Los parques estaban muy bien, pero en lugar de opulentos casinos y hermosos kursaals, ofrecían un pequeño quiosco de música ocasionalmente ocupado los domingos por bandas de música de talentos mixtos cuyos miembros iban vestidos como conductores de autobús, y pequeñas erecciones de madera —si se me permite el término en el contexto de los Jardines del Placer de

Abajo— adornadas con macetas de vidrio de colores con una vela dentro, que me aseguraron que a veces se encendían en las tranquilas tardes de verano y, por lo tanto, se transformaban en representaciones resplandecientes de mariposas, hadas y otras visiones mágicas que garantizaban horas de saludable disfrute nocturno. No sabría decirlo porque nunca las vi encendidas y, en cualquier caso, la escasez de fondos y la tendencia desmesurada de los jóvenes a quitar las macetas de sus lugares y romperlas a los pies de los demás para entretenerse hizo que las estructuras fueran pronto desmanteladas y retiradas.

Paseé por los Jardines del Placer (de Abajo) y me dirigí al centro de información turística en Westover Road para ver qué entretenimientos alternativos se ofrecían, y no pude averiguarlo porque se supone que tenía que pagar por cada artículo de información impresa que no estuviera clavado en la pared. Me reí en sus caras, por supuesto.

A primera vista, el centro de la ciudad parecía no haber cambiado, pero de hecho el progreso y el ayuntamiento habían estado trabajando en todas partes. Christchurch Road, la calle principal del centro, había sido ampliamente peatonalizada y decorada con un curioso edificio de acero tubular y vidrio que parecía una parada de autobús para gigantes. Dos de las galerías comerciales estaban excesivamente ornamentadas y ahora había un McDonald's, un Waterstone's y un Dillons, así como uno o dos establecimientos menos relacionados con mis necesidades personales. En su mayoría, sin embargo, las cosas habían desaparecido. Los grandes almacenes Beale's habían cerrado su excelente departamento de libros, Dingle's se había deshecho desmedidamente de su salón de comidas, y Bealeson's —otra galería comercial— había desaparecido por completo. La International Store también se había desvanecido, al igual que, lo que es más inquietante, una pequeña y elegante panadería, llevándose consigo los mejores dónuts de azúcar del mundo, ay, ay. Por el lado positivo, no se veía ni un solo rastro de basura, mientras que en mi época Christchurch Road era un vertedero al aire libre.

A la vuelta de la esquina de la vieja panadería desaparecida en Richmond Hill estaban las espléndidas oficinas, vagamente *art*

déco, del *Bournemouth Evening Echo*, donde trabajé durante dos años como subeditor en una habitación sacada de una novela de Dickens: montones de papeles desordenados, sombría iluminación, dos filas de figuras encorvadas sentadas ante pupitres, y todo ello bañado en un portentoso y agotador silencio. Los únicos ruidos eran los inquietos rasguños de los lápices y un suave pero resonante ¡*tunk*! cada vez que el minutero del reloj de pared adelantaba un paso. Desde el otro lado de la calle, miré hacia las ventanas de mi antigua oficina y sentí un ligero escalofrío.

Después de nuestra boda, mi esposa y yo regresamos a los Estados Unidos durante dos años mientras yo terminaba la universidad, por lo que mi trabajo en el *Echo* no solo fue mi primer trabajo real en Gran Bretaña, sino mi primer trabajo real de adulto; durante los dos años que trabajé allí, nunca dejé de sentirme como un chico de catorce años disfrazado de adulto, sin duda porque casi todos mis compañeros subeditores tenían la edad suficiente para ser mi padre, excepto un par de figuras cadavéricas en el otro extremo que tenían la edad suficiente para ser sus padres.

Me sentaba junto a un par de hombres amables y eruditos llamados Jack Straight y Austin Brooks, quienes pasaron dos años explicándome pacientemente el significado de *sub judice* y la importante distinción en la ley inglesa entre coger un automóvil y robar un automóvil. Por mi propia seguridad, se me encomendó principalmente el trabajo de editar los informes del Townswomen's Guild y del Women's Institute. Recibíamos montones y montones de ellos a diario, todos aparentemente escritos con la misma letra florida y todos diciendo las mismas cosas insensibles: «El señor Arthur Smoat de Pokesdown hizo una demostración fascinante sobre el arte de hacer sombras de animales», «La señora Evelyn Stubbs honró a los invitados reunidos con una divertida y encantadora charla sobre su reciente histerectomía», «La señora Throop no pudo dar su conferencia planeada sobre adiestramiento de perros debido a su reciente y trágica mutilación por parte de su mastín, Prince, pero la señora Smethwick intervino valientemente en el incumplimiento con un relato hilarante de sus experiencias como organista funeraria independiente». Cada una de aquellas publicaciones seguía y seguía página tras página repleta de votos de agradecimiento, solicitudes de fondos, relatos prolijos de exitosos mercadillos, y mañanas de café con listas detalladas de quién había proporcionado qué

refrigerios y cuán deliciosos eran todos. Nunca he experimentado días más largos.

Las ventanas, recuerdo, solo podían abrirse con un palo largo. Aproximadamente diez minutos después de que llegáramos cada mañana, un subeditor tan viejo que apenas podía sostener un lápiz comenzaba a mover su silla en un esfuerzo por obtener algo de espacio libre en su escritorio. Tardaba alrededor de una hora en levantarse de su silla y otra hora para arrastrar los pies hasta la ventana y abrirla con la pértiga y otra hora para apoyar la pértiga contra la pared y volver, de nuevo, arrastrando los pies a su escritorio. En el instante en que volvía a sentarse, el hombre que estaba sentado frente a él se levantaba, se acercaba, cerraba la ventana con la pértiga y volvía a su asiento con una mirada desafiante en su rostro, momento en el que el anciano comenzaba silenciosa y estoicamente el proceso de arrastre de la silla otra vez. Y la situación continuó así todos los días durante dos años, a través de todas las estaciones.

Nunca vi a ninguno de ellos hacer un trabajo. El tipo mayor no podía, por supuesto, porque pasaba todos los días, excepto unos pocos momentos, viajando hacia o desde la ventana. El otro tipo permanecía sentado casi siempre chupando una pipa apagada y mirándome con una especie de sonrisa satisfecha. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, él me hacía alguna pregunta desconcertante relacionada con Estados Unidos. «Dígame, —decía —, ¿es cierto que Mickey Rooney nunca consumó su matrimonio con Ava Gardner, según he leído?», o «A menudo me he preguntado, y tal vez usted pueda decírmelo, por qué el ave *nua-nua* de Hawái subsiste solo con moluscos de concha rosada cuando los moluscos de concha blanca son más numerosos y de igual valor nutritivo, o eso es lo que he leído».

Yo le miraba, con la mente nublada por los informes del Townswomen's Guild y el Women's Institute, y contestaba:

—¿Qué?

—Supongo que ha oído hablar del pájaro *nua-nua*.

—Eh, no.

Él ladearía la cabeza.

—¿De verdad? ¡Qué extraordinario!

Y luego se ponía a chupar su pipa.

Era un lugar completamente extraño. El editor era un recluso al que su secretario le llevaba la comida a su despacho y rara vez se aventuraba a salir. Solo lo vi dos veces en todo el tiempo que estuve allí, una vez cuando me entrevistó —un encuentro que duró tres minutos y pareció causarle bastante incomodidad— y otra cuando abrió la puerta que comunicaba su despacho con nuestra sala, evento tan inusual que todos levantamos la mirada. Incluso el anciano hizo una pausa en su interminable arrastrar de pies hacia la ventana. El editor nos miró con una especie de asombro helado, claramente estupefacto al encontrar una sala llena de subeditores al otro lado de una de las puertas de su despacho, pareció por un momento como si fuera a hablar, luego se retiró sin decir palabra y cerró la puerta tras de él. Fue la última vez que lo vi. Seis semanas después, conseguí un trabajo en Londres.

Otra cosa que había cambiado en Bournemouth era que todas las pequeñas cafeterías habían desaparecido. Solía haber una cada tres o cuatro puertas, con sus máquinas de expreso jadeantes y sus mesas pegajosas. No sé dónde van a tomar café los veraneantes hoy en día. Bueno, sí, lo sé, a la Costa del Sol. Tuve que caminar todo el recorrido hasta el Triangle, un punto distante donde los autobuses locales van a descansar entre compromisos, antes de poder tomarme una modesta y revigorizante taza.

Después, con ganas de salir un poco, tomé un autobús a Christchurch con vistas a caminar de regreso. Conseguí un asiento en la parte delantera superior de un dos pisos amarillo. Hay algo terriblemente estimulante en viajar en la parte superior de un autobús de dos pisos. Puedes ver a través de las ventanas y mirar las coronillas de las personas en las paradas de autobús (y cuando suben las escaleras un momento después puedes lanzarles una mirada de complicidad que dice: «Acabo de verte la coronilla»), y está ese escalofrío de emoción que llega al dar la vuelta a una esquina o una rotonda al borde de la catástrofe. Obtienes una perspectiva completamente nueva del mundo. Las ciudades generalmente parecen más hermosas desde el piso superior de un autobús, pero en ningún otro lugar se ven más que en Bournemouth. A nivel de calle, es esencialmente como cualquier otra ciudad inglesa, muchas oficinas de sociedades de construcción y cadenas de tiendas, todas con grandes ventanales, pero, arriba, de repente te das cuenta de que estás en una de las mejores comunidades victorianas de Gran Bretaña. Bournemouth ni siquiera existía antes de 1850, era solo un par de granjas entre Christchurch

y Poole y luego tuvo un auge positivo que generó muelles y paseos y kilómetros de oficinas de ladrillo ornamentado y casas señoriales, la mayoría de ellas con elaboradas torres en las esquinas, y otros elaborados adornos que generalmente ahora solo son evidentes para los pasajeros de autobús y los limpiadores de ventanas.

Es una vergüenza que tan poco de esta gloria victoriana llegue al suelo. Pero luego, por supuesto, si quitas todo ese cristal plano y haces que parezca que las plantas bajas de los edificios pertenecen a los pisos superiores, es posible que no podamos ver nunca más todas esas Sociedades de Construcción Permanente de Sketchley, Boots y Leeds, y qué triste pérdida sería esa también. Imagínate pasar por un Sketchley y no poder ver percheros de ropa en bolsas de plástico y una variedad de champús para alfombras estropeadas y una señora en el mostrador limpiándose los dientes con un clip, y piensa en lo aburrida que sería la vida. Es impensable.

Cogí el autobús hasta el final de la línea, el aparcamiento de un nuevo y gran Sainsbury's en el extremo de New Forest de Christchurch, y me abrí camino a través de una red de pasos elevados para peatones hasta la carretera de Highcliffe. Aproximadamente un kilómetro más adelante, bajando por una pequeña calle lateral, estaba Highcliffe Castle, antiguamente la casa de Gordon Selfridge, el magnate de los grandes almacenes, y ahora una ruina.

Selfridge fue un tipo interesante que nos brinda una saludable lección moral a todos nosotros. Americano, dedicó sus años productivos a hacer de Selfridges el mejor emporio de compras de Europa, y en el proceso convirtió Oxford Street en el principal lugar de compras de Londres. Llevó una vida de severa rectitud, de acostarse temprano y de trabajo incansable. Bebía mucha leche y nunca jugaba. Pero en 1918 murió su esposa y la súbita liberación de los lazos conyugales se le subió a la cabeza. Se juntó con un par de bellezas húngaro-estadounidenses conocidas en los círculos del *music-hall* como las Dolly Sisters, y cayó en el libertinaje. Con una Dolly en cada brazo, se dedicó a vagar por los casinos de Europa, apostando y perdiendo generosamente. Salía a cenar todas las noches, invertía sumas absurdas en carreras de caballos y automóviles, compró el castillo de Highcliffe y trazó planes para construir una propiedad de 250 habitaciones en las cercanías de Hengistbury Head. En diez

años gastó ocho millones de dólares, perdió el control de Selfridges, perdió su castillo y su hogar en Londres, sus caballos de carrera y su Rolls-Royce, y finalmente terminó viviendo solo en un pequeño apartamento en Putney y viajando en autobús. Murió sin un centavo y prácticamente olvidado el 8 de mayo de 1947. Pero, por supuesto, había tenido el inestimable placer de tirarse a unas hermanas gemelas, que es lo principal.

Hoy, el majestuoso caparazón gótico de Highcliffe está atestado de bungalós, una vista incongruente, excepto en la parte trasera, donde los terrenos llegan al mar a través de un aparcamiento público. Me habría gustado saber cómo había llegado la casa a un estado tan lamentable y descuidado, pero no había nadie alrededor de su inquietante eminencia y no había coches en el aparcamiento. Seguí unos desvencijados escalones de madera hasta la playa. La lluvia había cesado durante la noche, pero el cielo amenazaba y la fuerte brisa me hacía revolotear el cabello y la ropa y llenaba el mar de espuma. No podía oír nada más que las olas rompiendo. Inclinándome fuertemente contra el viento, caminé por la playa en la postura de alguien que empuja un coche cuesta arriba, pasando frente a una larga media luna de cabañas de playa, todas de diseño idéntico pero pintadas en diferentes tonos brillantes. La mayoría estaban cerradas durante el invierno, pero, a unas tres cuartas partes del camino, encontré una que estaba abierta, más bien a la manera de la caja de un mago, con un pequeño porche en el que estaban sentados un hombre y una mujer en sillas de jardín, acurrucados en prendas polares y con mantas en el regazo, azotados por el viento que parecía amenazar constantemente con volcarlos hacia atrás. El hombre trataba de leer un periódico, pero el viento se lo enredaba en la cara.

Ambos parecían muy felices o, si no exactamente felices, al menos muy contentos, como si estuvieran en las Seychelles bebiéndose un *gin-fizz* bajo palmeras en lugar de estar sentados medio muertos bajo un fuerte vendaval inglés. Estaban contentos porque poseían una pequeña propiedad muy preciada frente a la playa para la que sin duda hubo una larga lista de espera, y —ahí estaba el verdadero secreto de su felicidad— en cualquier momento que quisieran podían retirarse a la cabaña y pasar un poco menos de frío. Podían prepararse una taza de té y, si se sentían particularmente desenfadados, comerse una galleta digestiva de chocolate. Después,

podían pasar media hora feliz haciendo las maletas y cerrando las trampillas. Y eso era todo lo que necesitaban en el mundo para llegar a un estado cercano al éxtasis.

Uno de los encantos de los británicos es que tienen muy poca idea de sus propias virtudes, y nunca es más cierto si hablamos de su felicidad. Te reirás al oírme decirlo, pero son las personas más felices del mundo. Sinceramente. Mira a dos británicos en una conversación y verás cuánto tiempo pasa antes de que sonrían o se rían de alguna broma. No pasarán más de unos pocos segundos. Una vez compartí un compartimiento de tren entre Dunkerque y Bruselas con dos hombres de negocios de habla francesa que obviamente eran viejos amigos o colegas. Hablaron cordialmente durante todo el viaje, pero ni una sola vez en dos horas vi a ninguno de ellos generar un atisbo de sonrisa. Podrías imaginar lo mismo con alemanes o suizos o españoles o incluso italianos, pero con británicos nunca.

Y los británicos son tan fáciles de complacer… Es lo más extraordinario. En realidad, les gustan los placeres pequeños. Por eso, supongo, muchas de sus delicias —pastas de té, bollos, tartas, pasteles, ricas galletas de té, las Shrewsburys de frutas— son tan cautelosamente sabrosas. Son las únicas personas en el mundo que piensan en la mermelada y las grosellas como componentes emocionantes de un budín o de un pastel. Ofréceles algo genuinamente tentador —un trozo de pastel o una caja de bombones— y casi siempre dudarán y se preocuparán por si es un gesto injustificado y excesivo, como si cualquier placer más allá de un umbral muy modesto fuera vagamente indecoroso.

—Oh, en realidad no debería —dicen.

—Oh, vamos, coja uno —le dices alentadoramente.

—Bueno, entonces solo uno pequeño —dicen, y rápidamente cogen uno pequeño, y luego te miran como si acabaran de hacer algo terriblemente diabólico. Todo esto es completamente ajeno a la mente estadounidense. Para un estadounidense, todo el propósito de vivir, la única confirmación constante de la existencia continua, es meterse tanto placer sensual como sea posible en la boca, más o menos continuamente. La gratificación, instantánea y abundante, es un derecho de nacimiento. También podrías decir «Oh, en realidad no debería» si alguien te dice que respires profundamente.

Solía desconcertarme la curiosa actitud británica hacia el placer, y ese incansable y tenaz optimismo suyo que les permitía agregar una frase optimista a las peores insuficiencias «bueno, es un cambio», «no puedo quejarme», «podría ser peor», «no es mucho,

pero es barato y divertido», «realmente fue bastante agradable», pero poco a poco fui adoptando su manera de pensar y mi vida nunca ha sido más feliz. Recuerdo que me encontré sentado con la ropa mojada en un café frío en un triste paseo marítimo y me ofrecieron una taza de té y unas pastas y dije «¡Oh, encantador!», y entonces supe que el proceso había comenzado. En poco tiempo llegué a considerar todo tipo de actividades —pedir más tostadas en un hotel, comprar calcetines ricos en lana en Marks & Spencer, comprar dos pares de pantalones cuando realmente solo necesitaba uno— como algo atrevido, casi ilícito. Mi vida se volvió inmensamente más rica.

Intercambié una sonrisa con la feliz pareja de la cabaña, y caminé por la playa hasta Mudeford, una aldea situada en una lengua de tierra arenosa entre el mar y la extensión de juncos del puerto de Christchurch, con una hermosa vista del Priory. Mudeford fue una vez un refugio de contrabandistas, pero hoy en día es poco más que un paseo pequeño y bastante cutre de tiendas y un concesionario Volvo rodeado de casas, todas con alegres nombres náuticos: Saltings, Hove To, Sick Over the Side.

La atravesé y entré en Christchurch por una calle larga y desordenada bordeada de garajes, tiendas de aspecto polvoriento y *pubs* medio vacíos, y de allí a Bournemouth a través de Tuckton, Southbourne y Boscombe. El tiempo no había hecho muchos favores a la mayoría de estos lugares.

Los distritos comerciales de Christchurch y Southbourne parecían estar atrapados en una lenta y desordenada espiral de declive, y en Tuckton Bridge, un *pub* que alguna vez fue encantador a orillas del río Stour, había sacrificado su césped para dejar espacio a un gran aparcamiento. Ahora era algo llamado Brewers Fayre, una rama de la organización Whitbread. Era horrible, pero clara y deprimentemente popular. Solo Boscombe parecía haberse recuperado un poco. En otro tiempo, la carretera principal que lo atravesaba era lo suficientemente fea como para dejarte boquiabierto, llena de basura arrastrada por el viento, tiendas de mal gusto y supermercados y grandes almacenes cruelmente antipáticos hacinados en fachadas victorianas. Ahora la calle había sido peatonalizada inteligentemente a lo largo de una buena parte de su longitud, el Royal Arcade estaba siendo remodelado con estilo y cuidado, y el conjunto estaba generosamente salpicado de tiendas de antigüedades, que eran considerablemente más interesantes de ver que la gama anterior de salones de bronceado y tiendas de ropa de cama. En el otro extremo, una tienda llamada Boscombe Antique

Market tenía un gran letrero en la ventana que decía «¡Compramos cualquier cosa!», lo que parecía una oferta inusualmente generosa, así que entré, me acerqué al mostrador, tragué saliva y ladré: «¿Cuánto me da por mí?». No, no lo hice, por supuesto —estaba cerrado—, pero me habría gustado.

El viaje desde Highcliffe a Bournemouth fue largo, unos dieciséis kilómetros, y ya era bien entrada mi hora feliz cuando llegué a East Overcliff Drive, el último tramo hasta la ciudad. Hice una pausa para apoyarme en la baranda blanca de una cerca y contemplar las vistas. El viento había amainado y, en la pálida luz del atardecer, la bahía de Poole, como se llama la costa de Bournemouth, era fascinante: una curva larga y majestuosa de acantilados desmoronados y amplias playas doradas que se extendían desde debajo de la isla de Wight hasta las colinas purpúreas de Purbeck. Ante mí, las luces de Bournemouth y Poole titilaban tentadoramente en la creciente oscuridad. Muy abajo, los dos muelles de la ciudad se veían alegres y elegantes, y, en el mar, las luces de los barcos que pasaban se balanceaban y parpadeaban en la penumbra. El mundo, o al menos este pequeño rincón del mismo, parecía un lugar bueno y pacífico, y yo estaba inmensamente feliz de estar allí.

A lo largo de este viaje, tuve momentos de pánico ante la idea de dejar alguna vez esta pequeña isla acogedora y hogareña. Realmente el viaje fue un asunto melancólico, un poco como deambular por una casa muy querida por última vez. El hecho es que me gustó. Me gustó mucho. Bastaba un gesto amistoso de un tendero, o un asiento junto a la chimenea en un *pub* rural, o una vista como esta para hacerme pensar que estaba cometiendo un error grave, que estaba profundamente equivocado.

Por eso, si tú hubieras sido uno de aquellos paseantes en lo alto de un acantilado en Bournemouth esa tarde templada, es posible que hubieras visto a un estadounidense de mediana edad deambulando de manera ensimismada y murmurando en tono de mantra: «Piensa en el cabello de Cecil Parkinson. Piensa en el IVA al 17,5 %. Piensa en cargar el coche hasta rebosar de basura un sábado y conducir hasta el vertedero solo para descubrir que está cerrado. Piensa en las prohibiciones del uso de mangueras después de diez meses de lluvia. Piensa en el extraño e inquebrantable cariño de la BBC1 por *Cagney y Lacey*. Piensa en…».

7

Fui a Salisbury en un gran autobús rojo de dos pisos que se balanceaba por sinuosas carreteras rurales y que golpeaba contra las ramas colgantes de la manera más emocionante. Me gusta mucho Salisbury. Tiene el tamaño adecuado para una ciudad: lo suficientemente grande para cines y librerías, y lo suficientemente pequeña para ser agradable y habitable.

Me abrí paso a través de un concurrido mercado en la plaza y traté de imaginar lo que ven los británicos en estas cosas. Siempre tienen un aspecto tan deprimentemente vulgar, con sus cajas volcadas, sus hojas de lechuga pisoteadas y sus mugrientos toldos de plástico sujetos con pinzas… En los mercados franceses, eliges entre cestas de mimbre con brillantes aceitunas y cerezas y pequeños quesos de cabra, todo cuidadosamente dispuesto. En Gran Bretaña se compran paños de cocina y fundas para tablas de planchar metidos en cajas de cerveza de plástico. Los mercados británicos nunca dejan de ponerme en un estado de ánimo sombrío y crítico.

Mientras caminaba por las concurridas calles comerciales, descubrí que eran las cosas poco atractivas las que saltaban a la vista: Burger Kings, Prontaprints, Superdrugs y todos los demás enemigos de High Street, todos ellos con ventanas llenas de anuncios de ofertas especiales y todos metidos con calzador en edificios sin siquiera el más fugaz guiño a su carácter o edad. En el centro de la ciudad, en una esquina que debería haber sido un placer visual, había un pequeño edificio ocupado por una agencia de viajes Lunn Poly. Arriba, la estructura tenía entramado de madera y era serenamente gloriosa; abajo, entre enormes láminas de vidrio cubiertas con carteles escritos a mano de vuelos baratos a Tenerife y Málaga, la fachada había sido alicatada —alicatada— con un mosaico de cuadraditos multicolores que parecían rescatados de un retrete de

King’s
Cross. Era horrible. Me paré frente a aquello y traté de imaginar qué combinación de arquitectos, diseñadores corporativos y urbanistas podría haber permitido que se hiciera eso en un hermoso edificio del siglo XVII con entramado de madera, y no pude. Y es que en realidad no era mucho peor que muchas otras fachadas de la calle.

A veces pienso que los británicos tienen más herencia de la que les conviene. En un país donde hay tanto de todo, es fácil verlo como una especie de recurso inagotable. Considera los números: 445 000 edificios catalogados, 12 000 iglesias medievales, 610 000 hectáreas de tierras comunales, 193 000 kilómetros de senderos y pasos públicos, 600 000 sitios conocidos de interés arqueológico (98 % de ellos sin protección legal). ¿Sabes que solo en mi pueblo de Yorkshire hay más edificios del siglo XVII que en toda Norteamérica? Y es solo una aldea oscura de menos de cien habitantes. Multiplícalo por los demás pueblos y aldeas de Gran Bretaña y verás que la reserva de viviendas antiguas, graneros, iglesias, muros, puentes y otras estructuras es inmensa, casi incontable. Hay tanto por todas partes que es fácil creer que se pueden quitar pedazos de una fachada de entramado de madera aquí, algunas ventanas georgianas allá, unos cientos de metros de un seto antiguo o un muro de piedra seca y que aún quedará mucho. De hecho, el país está siendo mordisqueado hasta la muerte.

Me asombra lo informales que son las normas urbanísticas en un entorno tan sensible. ¿Sabías que, incluso en las áreas protegidas, un propietario puede quitar todas las puertas y ventanas originales, cubrir el techo con tejas estilo hacienda y la fachada con revestimiento de piedra artificial, derribar el muro del jardín, pavimentar el césped y agregar un porche de madera contrachapada y todavía se considerará, a los ojos de la ley, que mantiene el tono cuidadosamente conservado del vecindario? Casi lo único que no puede hacer, de hecho, es derribar la casa, pero incluso eso es una sutileza legal en gran medida hipotética. En 1992, una empresa de desarrollo en Reading, en el condado de Berkshire, derribó cinco edificios catalogados en un área protegida, fue llevada a los tribunales y multada con 675 libras. A pesar de un cierto movimiento de conciencia en los últimos años, los dueños de casas de todo el país aún pueden hacer prácticamente cualquier cosa que quieran con sus hogares, los agricultores aún pueden construir gigantescos cobertizos de hojalata y arrancar setos, British Telecom puede quitar las cabinas telefónicas rojas y reemplazarlas por

cabinas de ducha, las compañías petroleras pueden erigir enormes marquesinas planas en cada patio delantero, y los minoristas pueden imponer sus estilos corporativos de plástico en las estructuras arquitectónicamente más delicadas, y no hay nada que puedas hacer al respecto. En realidad, solo hay una pequeña cosa que puedes hacer: retener tu costumbre. Me enorgullece decirles que no he ido a un Boots en años y no lo haré hasta que restauren las fachadas de sus principales puntos de venta en Cambridge, Cheltenham, York y otros lugares que me gustaría agregar a la lista de vez en cuando, y me quedaría empapado hasta los huesos de buena gana si pudiera encontrar una sola estación de servicio dentro de los treinta kilómetros a la redonda de mi casa que no tuviera un dosel en voladizo.

Salisbury, debo señalar para ser justos, en realidad se cuida mucho mejor que la mayoría de las otras ciudades. De hecho, es la hermosura del lugar en general lo que hace que las extrañas profanaciones sean tan difíciles de soportar. Además, parece que, poco a poco, va mejorando. Las autoridades locales insistieron recientemente en que el propietario de un cine conservara la fachada de entramado de madera de un edificio del siglo XVI en el centro de la ciudad y me fijé en dos lugares donde los promotores parecían estar desmantelando edificios que habían sido expoliados durante la oscura época de los años sesenta y setenta para restaurarlos con diligencia y cuidado. Una de las promotoras se jactó de que hacía este tipo de cosas más o menos siempre. Ojalá prosperen.

Probablemente le perdonaría cualquier cosa a Salisbury siempre y cuando nunca se metan con la zona que rodea a la catedral. No tengo ninguna duda de que la Catedral de Salisbury es la estructura más hermosa de Inglaterra y el espacio que la rodea es el más sublime. Cada piedra, cada pared, cada arbusto es perfecto. Es como si cada persona que la ha tocado durante setecientos años solo la hubiera mejorado. Podría vivir en cualquier banco de los terrenos adyacentes. Me senté en uno y contemplé felizmente durante media hora aquella exquisita composición de catedral, jardines y casas solemnes. Me habría quedado más tiempo si no fuera porque empezó a lloviznar, así que me levanté para echar un vistazo por los alrededores. Primero fui al Museo de Salisbury con la esperanza de que hubiera una persona amable detrás del mostrador que me dejara guardar mi mochila mientras miraba el museo y la catedral. (La hubo, bendita sea). El Museo de Salisbury es excepcional y te animo a visitarlo. No tenía la intención de demorarme, pero estaba

repleto de divertidos objetos romanos y cuadros antiguos y pequeños modelos a escala de Old Sarum y similares, frente a los cuales siempre me quedo embobado.

Me interesó especialmente la galería de Stonehenge porque iba a visitar el lugar al día siguiente, así que leí con atención todas las etiquetas instructivas. Sé que es evidente, pero realmente fue el logro más increíble. Se necesitaron quinientos hombres para tirar de cada sarsen, más otros cien para colocar los troncos como rodillos. Piénsalo por un momento. ¿Te imaginas convencer a seiscientas personas para que te ayuden a arrastrar una piedra de cincuenta toneladas a lo largo de treinta kilómetros de campo, ponerla en posición vertical y luego decir: «¡Bien, muchachos! ¡Otras veinte como esta, más algunos dinteles y tal vez un par de docenas de agradables piedras azules de Gales, y será muy divertido!». Quienquiera que fuese la persona que estuvo detrás de Stonehenge, era un gran motivador, te lo aseguro.

Desde el museo, atravesé el amplio césped hasta la catedral. En el trágico caso de que nunca hayas estado allí, te advierto ahora que Salisbury ha sido durante mucho tiempo la catedral inglesa más interesada en el dinero. En general, solía ser poco comprensivo con las estructuras eclesiásticas que intimidaban a los visitantes para obtener fondos, pero luego conocí al vicario de la Iglesia de la Universidad de Santa María la Virgen en Oxford, la iglesia parroquial más visitada de Inglaterra, y me enteré de que sus trescientos mil visitantes anuales depositan unas míseras ocho mil libras esterlinas en los cepillos, momento en el que me suavicé considerablemente. Quiero decir que son estructuras gloriosas y merecen nuestro agradecido apoyo. Pero Salisbury, debo decirlo, lleva las cosas un buen paso más allá de lo que yo llamaría una solicitud discreta.

Primero, tienes que pasar por una taquilla estilo cine donde se te anima a pagar una entrada *voluntaria* de 2,50 libras; luego, una vez dentro, te asaltan repetidamente con más llamadas a tu bolsillo. Se te pide que pagues por escuchar un mensaje grabado o hacer un calco de una pieza de latón, por mostrar tu apoyo a las Coristas de la Catedral de Salisbury y a los Amigos de la Catedral de Salisbury, y por ayudar a restaurar algo llamado la bandera de Eisenhower, un trapo con las barras y estrellas seriamente descoloridas y hecho jirones, que una vez colgaron en el puesto de mando de Eisenhower en Wilton House, o por allí cerca. (Dejé diez peniques y una nota que decía: «¿Pero por qué han permitido que se degradara hasta quedar en semejante estado?»). En total, conté nueve tipos

separados de caja de contribuciones entre la entrada y la tienda de regalos, diez si incluyes el de las velas votivas. Además de eso, difícilmente podías moverte por la nave sin toparte con un expositor vertical que presentaba al personal de la catedral (había fotografías sonrientes de cada uno de ellos, como si fuera un Burger King) o que hablaba sobre el voluntariado de la Iglesia en el extranjero, o vitrinas con modelos recortados que muestran cómo se construyó la catedral. Suena divertido, te lo concedo, pero seguramente es algo más apropiado para el museo que hay al otro lado de la catedral. Aquello era un desastre. ¿Cuánto tiempo falta, me pregunto, hasta que te subas a un coche eléctrico y seas llevado a disfrutar de la «Experiencia de la Catedral de Salisbury» completa con albañiles animatrónicos y monjes como Fray Tuck? Le doy cinco años.

Después, le pedí mi mochila al amable hombre del Museo de Salisbury y me dirigí a la oficina central de turismo, donde le presenté al joven de detrás del mostrador un complicado itinerario prospectivo a través de Wiltshire y Dorset, de Stonehenge a Avebury y luego a Lacock, Stourhead Gardens y, posiblemente, Sherborne, y le pregunté si podía decirme qué autobuses necesitaba tomar para poder verlo todo en tres días. Me miró como si fuera un excéntrico salvaje y dijo: «¿Por casualidad ha viajado en autobús por Gran Bretaña antes?. —Le aseguré que sí, en 1973—. Bueno, creo que encontrará que las cosas han cambiado un poco».

Me trajo un pequeño folleto con los horarios de los autobuses entre Salisbury y puntos al oeste y me ayudó a localizar la modesta sección que trata sobre los viajes a Stonehenge. Tenía la esperanza de subirme a un autobús por la mañana temprano a Stonehenge con miras a continuar a Avebury por la tarde, pero eso —me di cuenta al instante— era imposible. El primer autobús a Stonehenge no salía hasta casi las once de la mañana. Di un resoplido de incredulidad.

«Los servicios de taxi locales pueden llevarlo a Stonehenge, esperarlo allí y traerlo de regreso por unas veinte libras. Muchos de nuestros visitantes estadounidenses lo encuentran muy satisfactorio».

Le expliqué que, aunque técnicamente era estadounidense, había vivido en Gran Bretaña el tiempo suficiente como para tener cuidado con mi dinero y, aunque todavía no había llegado al punto en que extraía monedas una por una de una bolsita de plástico, no me desprendería voluntariamente de veinte libras esterlinas por ningún bien o servicio que no pudiera llevarme a casa y obtener años de fiel uso después. Me retiré a una cafetería cercana con un

fajo de horarios de autobuses y, tras extraer de mi mochila un pesado horario de pasajeros de trenes de Gran Bretaña comprado especialmente para el viaje, comencé un largo estudio cruzado de los diversos modos de transporte público disponibles a través de Wessex.

Me sorprendió un poco descubrir que muchas comunidades importantes no tenían servicios ferroviarios: Marlborough, Devizes y Amesbury, por nombrar solo tres. Ninguno de los horarios de los autobuses parecía interconectarse de manera significativa. Los autobuses a lugares como Lacock eran lamentablemente poco frecuentes y por lo general hacían el viaje de regreso más o menos inmediatamente, dejándote la opción de quedarte catorce minutos o siete horas. Todo era muy desalentador.

Con el ceño fruncido, me dirigí a las oficinas del periódico local para buscar a un tal Peter Blacklock, un viejo amigo de *The Times* que ahora trabaja en Salisbury, quien una vez mencionó descuidadamente que él y su esposa Joan estarían encantados de ayudarme en lo que fuera si alguna vez estaba de paso por Salisbury. Lo había avisado unos días antes diciéndole que pasaría por su oficina a las 16:30 un día de estos, pero no debió de recibir la nota porque cuando llegué a las 16:29 estaba saliendo por una ventana de la fachada trasera. ¡Estoy bromeando, por supuesto! Me estaba esperando con ojos brillantes y daba la impresión de que él y la buena de Joan no podían esperar a que me comiera su comida, me bebiera su licor, desordenara la cama de invitados y los ayudara a pasar la noche con una robusta versión de siete horas de mi famosa Sinfonía Nasal. Eran la bondad misma.

Por la mañana, caminé con Peter hasta la ciudad mientras me señalaba los puntos de referencia locales, el lugar donde se representó por primera vez *Como gustéis*, un puente utilizado por Trollope en Barchester Chronicles que estaba frente a las oficinas del periódico. Con dos horas muertas por delante, anduve sin rumbo fijo, mirando en las tiendas y bebiendo tazas de café, antes de parar finalmente en la estación de autobuses, donde una multitud de personas ya estaba esperando el autobús de las 10:55 a Stonehenge. El autobús no llegó hasta pasadas las once y luego el conductor tardó casi veinte minutos en dispensar los billetes, ya que había muchos turistas de tierras extranjeras y pocos parecían capaces, pobres almas, de hacerse a la idea de que tenían que entregar dinero y adquirir una pequeña hoja de papel antes de que pudieran tomar asiento. Pagué 3,95 libras esterlinas por un billete de ida y vuelta en el autobús, luego otras 2,80 libras esterlinas por

la entrada en Stonehenge. «¿Le interesa una guía por 2,65 libras?», me preguntó la mujer que vendía los *tickets*, y recibió como respuesta una risa hueca.

Las cosas habían cambiado en Stonehenge desde la última vez que estuve allí a principios de los setenta. Han construido una nueva y elegante tienda de regalos y una cafetería, aunque todavía no hay un centro de interpretación, lo cual es totalmente comprensible. Después de todo, es simplemente el monumento prehistórico más importante de Europa y una de las docenas de atracciones turísticas más visitadas de Inglaterra, por lo que claramente no tiene sentido gastar sumas tontas para hacerlo interesante e instructivo.

El gran cambio es que ya no puedes acercarte a las piedras y escribir «AMO A DENISE» o lo que sea en ellas, como antes. Ahora estás retenido por una cuerda discreta a una distancia considerable del poderoso círculo de piedras. De hecho, eso había producido una mejora considerable. Significa que las melancólicas piedras no se pierden entre las multitudes de excursionistas, sino que permanecen en una gloria singular e imperturbable.

Por impresionante que sea Stonehenge, llega un momento, unos once minutos después de tu llegada, en que te das cuenta de que ya has visto bastante bien todo lo que querías ver, y pasas otros cuarenta minutos caminando alrededor de la cuerda del perímetro mirándola con una combinación de cortesía y vergüenza por ser el primero de tu autobús en salir y un gran deseo de justificar las 2,80 libras que te ha costado la experiencia.

Finalmente volví a la tienda de regalos y miré los libros y los suvenires, me tomé un café en un vaso de espuma de polietileno, luego volví a la parada para esperar el autobús de las 13:10 a Salisbury, y dividí mi tiempo entre preguntarme por qué nadie había pensado en poner allí bancos y dónde diablos podría ir después.

8

Entre las miles de cosas que nunca he podido entender, destaca una en particular. Es la pregunta de quién fue la primera persona que se paró junto a un montón de arena y dijo: «¿Sabes? Apuesto a que si tomamos un poco de esto y lo mezclamos con un poco de potasa y lo calentamos, podríamos hacer un material que sería sólido y, sin embargo, transparente. Podríamos llamarlo vidrio». Llámame obtuso, pero podrías dejarme en una playa hasta el final de los tiempos y nunca se me ocurriría intentar convertirlo en una ventana.

Por mucho que admire la capacidad milagrosa de la arena para transformarse en objetos útiles como el vidrio y el hormigón, no soy un gran admirador suyo en su estado natural. Para mí, es ante todo una barrera hostil que se interpone entre un aparcamiento y el agua. El viento te la lanza contra la cara, se mete en tus sándwiches, se traga objetos vitales como llaves de coches y monedas. En países cálidos, te quema los pies y te hace decir «¡Oh! ¡Ah!» y saltar al agua de una manera que las personas con mejores cuerpos encuentran divertidas. Cuando estás mojado, se adhiere a ti como el estuco y no se puede quitar ni con una manguera de bombero. Pero aquí está lo extraño: en el momento en que pisas una toalla de playa, te subes a un coche o caminas sobre una alfombra recién aspirada, cae toda.

Durante los días siguientes, dejas caer al suelo montones asombrosos cada vez que te quitas los zapatos, y rocías el entorno con más cantidad cuando te quitas los calcetines. La arena se queda contigo durante más tiempo que muchas enfermedades contagiosas. Y los perros la utilizan como lavabo. No, puedes quedarte con la arena en lo que a mí respecta.

Pero estoy dispuesto a hacer una excepción con Studland Beach, donde me encontraba en ese momento, después de haber tenido una ingeniosa lluvia de ideas el día anterior en el autobús de Salisbury.

Había dragado mis bancos de memoria y recordado una pequeña promesa que me había hecho a mí mismo muchos años antes: que un día caminaría por el sendero de la costa de Dorset, y aquí estaba yo en esta mañana soleada de otoño, recién bajado del *ferry* de Sandbanks, agarrando un bastón nudoso que me había autorregalado en un momento de impetuosidad en Poole, y me abría paso por la majestuosa extensión de esa playa tan atractiva.

Era un día glorioso para estar en el extranjero. El mar era azul y estaba cubierto de lentejuelas danzantes, el cielo estaba lleno de nubes blancas como sábanas, y los hoteles y las casas de Sandbanks detrás de mí parecían radiantes, casi mediterráneas, en el aire limpio. Me volví con el corazón alegre y me abrí paso a lo largo de la arena húmeda y apelmazada de la orilla hacia el pueblo de Studland y las verdes colinas que me invitaban más allá.

La península de Studland es bien conocida como el único lugar donde se pueden ver los siete reptiles británicos: la culebra de hierba, la culebra lisa, la víbora, el gusano lento, el lagarto común, el lagarto de arena y Michael Portillo. En gran parte de su extensión, la playa está reservada para los naturistas, lo que siempre añade cierto interés a cualquier paseo por ella, aunque ese día, de hecho, no se veía un alma a lo largo de sus cinco atractivos kilómetros, nada más que arena virgen delante de mí y mis huellas detrás.

El pueblo de Studland es un lugar pequeño y bonito salpicado de árboles, con una iglesia normanda y unas hermosas vistas de la bahía. Seguí el camino que bordeaba el pueblo y subí la colina hacia Handfast Point. A medio camino, me encontré con una pareja que paseaba a dos grandes perros negros de antecedentes genéticos inciertos. Los perros retozaban juguetonamente en la hierba alta, pero, como siempre sucede, en cuanto me vieron, sus músculos se tensaron, sus ojos se pusieron de un rojo brillante, sus incisivos crecieron varios centímetros repentinamente y se transformaron en bestias de presa. En un santiamén se me echaron encima, ladrando salvajemente, peleándose por mis tendones y mordisqueando mis tobillos bailarines con sus horribles dientes amarillentos.

—¡Podrías quitarme a tus putos animales de encima! —grité con una voz que sonaba misteriosamente como la de Minnie Mouse.

El dueño corrió y les puso las correas. Llevaba una gorra plana estúpidamente alegre como la que Abbott y Costello usarían en un *sketch* de golf.

—Es tu bastón —dijo acusadoramente—. No les gustan los palos.

—¿Qué? ¿Solo atacan a los lisiados?

—Simplemente no les gustan los palos.

—Bueno, entonces tal vez tu estúpida esposa debería caminar un poco adelantada con un letrero que diga: «¡Cuidado! Vienen los perros locos por los palos». —Estaba, puedes deducirlo, un poco molesto.

—Mira, cielo, no hay necesidad de tomárselo como algo personal.

—Tus perros me han atacado sin razón. No deberías tener perros si no puedes controlarlos. Y no me llames cielo, amigo.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Por un momento, parecía como si realmente pudiéramos forcejear y terminar rodando en el barro de una manera indecorosa. Contuve un impulso salvaje de estirar la mano y quitarle la gorra de la cabeza.

Pero entonces uno de los perros volvió a atacarme los tobillos y retrocedí unos pasos colina arriba. Me quedé en la ladera, agitando mi bastón como un lunático de pelo alborotado. «¡Y tu gorra también es estúpida!», grité mientras se alejaban resoplando colina abajo. Hecho esto, me alisé la chaqueta, me recompuse y continué mi camino. ¡Pero bueno, por favor!

Handfast Point es un acantilado cubierto de hierba que termina en una caída repentina de quizá 60 metros hacia un mar muy espumoso. Se necesita una combinación especial de valor y estupidez para arrastrarte hasta el borde y echar un vistazo. Más allá se encuentran dos pináculos de piedra caliza varados conocidos como Old Harry y Old Harry’s Wife, todo lo que queda de un puente terrestre que alguna vez conectó Dorset con la Isla de Wight, a treinta kilómetros de distancia al otro lado de la bahía y apenas visible a través de una capa de niebla salina.

Más allá del promontorio, el camino subía empinado hasta Ballard Down, un duro trabajo para un viejo inflado como yo, pero valía la pena por la vista, que era tan sensacional como estar en la cima del mundo. En kilómetros a la redonda, las colinas de Dorset se ondulaban y ondulaban, como una manta sacudida sobre una cama. Los caminos rurales vagaban entre setos esponjosos y las laderas estaban bellamente salpicadas de bosques, granjas y mantos cremosos de ovejas. A lo lejos, el mar, brillante, vasto y de un azul plateado, se extendía hasta una montaña de cúmulos que se deshacían. A mis pies, muy abajo, Swanage se acurrucaba contra un promontorio rocoso en el borde de una bahía en forma de herradura, y detrás de mí se extendía Studland, las planicies

pantanosas de Poole Harbor y la isla de Brownsea, y, más allá, una nebulosa infinidad de tierras de cultivo meticulosamente trabajadas. Era hermoso más allá de las palabras, uno de esos raros momentos en los que la vida parece perfecta. Mientras estaba allí, hechizado y completamente solo, un banco de nubes se deslizó frente al sol, y a través de ella se derramaron magníficas lanzas de luz reluciente, como escaleras mecánicas hacia el cielo. Una de ellas cayó a mis pies y por un momento casi juraría que escuché música celestial, un arpegio de arpas y una voz que me hablaba: «Acabo de enviar a esos perros a un nido de víboras. Que tengas un bello día».

Me acerqué a un banco de piedra que había sido transportado cuidadosamente a la elevada cumbre para el beneficio de tipos cansados como yo —es extraordinaria la frecuencia con la que te encuentras con un pequeño gesto amable como este en Gran Bretaña—, así que saqué mi mapa de Purbeck, un Ordnance Survey 1:25 000. Por regla general, no me siento muy cómodo con ningún mapa que no tenga en alguna parte una flecha que diga «usted está aquí», pero los mapas de Ordnance Survey juegan en una liga propia. Viniendo de un país donde los cartógrafos tienden a excluir cualquier característica del paisaje más pequeña que, digamos, Pike's Peak, estoy constantemente impresionado por la riqueza de detalles en la serie OS 1:25 000. Incluyen cada arruga y hoyo en el paisaje, cada granero, hito, molino de viento y túmulo. Distinguen entre pozos de arena y pozos de grava y entre líneas eléctricas colgadas de pilones y líneas eléctricas colgadas de postes. Este incluso incluía el banco de piedra en el que me acababa de sentar. Me asombra poder mirar un mapa y saber hasta el metro cuadrado donde están colocadas mis nalgas.

En mi lectura ociosa, me fijé en que aproximadamente a un kilómetro y medio al oeste había un obelisco histórico. Tras preguntarme por qué alguien levantaría un monumento en un lugar tan remoto y desafiante, me dirigí por la cima de la colina para echar un vistazo. Fue el kilómetro y medio más largo que recuerdo haber caminado. Pasé a través de campos de hierba, de rebaños de ovejas asustadizas, pasé por encima de obstáculos y atravesé verjas, sin ninguna señal de que me acercaba a mi objetivo, pero seguí adelante tenazmente porque… bueno, porque si eres estúpido, lo eres. Finalmente, llegué a un obelisco de granito modesto y completamente anodino. La inscripción desgastada reveló que en 1887 la Junta de Aguas de Dorset había pasado una tubería por este

punto. Bueno, yuju, pensé. Frunciendo los labios y consultando una vez más el mapa, me fijé en que un poco más adelante había algo llamado la Tumba del Gigante, y pensé: «Bueno, eso suena interesante». Así que me acerqué a verlo. Ese es el problema, ya ves.

Siempre hay algún hito intrigante justo después de la siguiente línea de contorno del mapa. Podrías pasarte la vida moviéndote de un círculo de piedra a un asentamiento romano (o a sus restos) y a una abadía en ruinas y nunca ver más que una fracción de ellos, incluso en un área pequeña, especialmente si, como yo, rara vez los encuentras. Nunca encontré la Tumba del Gigante. Creo que estuve cerca, pero no puedo estar seguro. El único inconveniente notable de estos mapas de

OS

es que, a veces, tal vez te brinden demasiados detalles. Con tantas características posibles del paisaje para elegir, es fácil convencerte de que estás prácticamente donde quieres estar. Ves una arboleda y te acaricias la barbilla y piensas: «Bueno, ahora, veamos, eso debe de ser el bosque de los Mocos Colgantes, lo que significa que ese montículo de aspecto extraño es casi con certeza el Túmulo del Enano Saltarín, en cuyo caso ese lugar en la colina lejana debe de ser la Granja de la Desesperación». Y así, avanzas con confianza hasta que te encuentras con alguna característica del paisaje obviamente inesperada, como Portsmouth, y te das cuenta de que te has desviado un poco.

Así fue como pasé la tarde: tranquilo, sudoroso y perplejo, recorriendo un rincón grande y olvidado, pero muy verde y bonito, de Dorset, en busca de una ruta interior hacia Swanage. Cuanto más me sumergía en la zona, menos definidos se volvían los senderos. A media tarde, me encontré arrastrándome cada vez más por debajo de alambres de púas, vadeando arroyos con mi mochila en la cabeza, arrancándome la pierna de las trampas para osos, cayéndome y deseando estar en otro lugar. De vez en cuando, me detenía a descansar y trataba de identificar algún pequeño punto de congruencia entre mi mapa y el paisaje circundante. Al final me levantaba, me quitaba una plasta de vaca de las posaderas, fruncía los labios y tomaba una dirección completamente nueva. Por tales medios me encontré, a última hora de la tarde y para mi sorpresa, llegando con los pies doloridos, manchado por el viaje y con mis extremidades decoradas con interesantes riachuelos de sangre seca, en Corfe Castle.

Para celebrar mi buena fortuna de encontrarme en cualquier lugar, fui al mejor hotel de la ciudad, una mansión isabelina en la

calle principal llamada Mortons House. Parecía un lugar muy agradable y mi ánimo se hizo eco. Además, podían acomodarme.

—¿Llega desde lejos? —preguntó la chica del mostrador mientras llenaba la tarjeta de registro. La primera regla del excursionista es, por supuesto, mentir entre dientes.

—Brockenhurst —dije, asintiendo gravemente.

—¡Dios mío, eso es un largo camino!

Olía de una manera francamente varonil.

—Sí, bueno, tengo un buen mapa.

—¿Y adónde va mañana?

—A Cardiff.

—¡Dios mío! ¿A pie?

—Nunca vayas de otra manera.

Agarré la mochila, recogí la llave de mi habitación y le hice un guiño de hombre de mundo que, supongo, la habría hecho desmayarse si yo hubiera sido veinte años más joven, mucho más guapo y no hubiera tenido una gran mancha de excremento de vaca en la punta de la nariz.

Pasé unos minutos volviendo negra una gran toalla blanca y luego me apresuré a ver el pueblo antes de que todo cerrara. Corfe es un lugar popular y hermoso, un grupo de cabañas de piedra dominadas por los altos y dentados muros de su famoso y muy fotografiado castillo, la ruina favorita de todo el mundo después de la princesa Margarita. Me di el gusto con una taza de té y un pastel en el concurrido y alegre salón de té del National Trust, luego me apresuré a entrar por la puerta de al lado, por la entrada del castillo. La entrada costaba 2,90 libras esterlinas, lo que me pareció un poco caro para un montón de escombros y porque, además, el lugar cerraría en diez minutos, pero compré una entrada de todos modos porque no sabía cuándo podría volver a pasar por allí. El castillo fue desmantelado por completo por los antimonárquicos durante la Guerra Civil y luego la gente del pueblo se llevó la mayor parte de lo que quedaba, por lo que no hay mucho que ver, excepto algunos fragmentos irregulares del muro principal, pero las vistas del valle circundante eran extremadamente espléndidas, con la luz del sol que se desvanecía arrojando largas sombras sobre las laderas y un indicio de niebla vespertina deslizándose entre las hondonadas.

Me di un largo baño caliente en el hotel y luego, sintiéndome felizmente hecho polvo, decidí contentarme con los placeres que podía brindar Mortons House. Tomé un par de tragos en el bar y luego me llamaron al comedor. Había otros ocho comensales, todos

canosos, bien vestidos y casi en silencio. ¿Por qué los ingleses están tan callados en los comedores de los hoteles? No se oía ningún sonido en la sala salvo el leve roce de los cubiertos y el murmullo de conversaciones de dos segundos como:

—Se supone que mañana hará buen tiempo de nuevo.

—Ah, ¿sí? Eso es bueno.

—Mmm.

Y luego silencio.

O:

—La sopa está buena.

—Sí.

Y luego silencio.

Dada la naturaleza del hotel, esperaba que el menú incluyera elementos como sopa marrón Windsor de la Reina Victoria, rosbif y pudín de Yorkshire, pero, por supuesto, las cosas han cambiado en el comercio hotelero. El menú ahora estaba profusamente dotado de palabras elegantes que no habrías visto en un menú de hace diez años *—noisettes, tartare, duxelle, coulis, timbale—* y escrito en un curioso lenguaje inflado con mayúsculas excéntricas. Había, y cito, «Melón de la Galia avivado y jamón de Cumbria secado al aire servido con una ensalada de hojas mixtas» seguido de un «Solomillo servido con salsa de granos de pimienta negra triturada flambeada en *brandy* y terminada con crema», que todo junto era casi tan placentero de leer como de comer.

Me cautivó mucho esta nueva forma de hablar y obtuve un placer considerable utilizándola con el camarero. Le pedí un chorro de agua recién sacada del grifo de la casa y presentada *au nature* en un cilindro de vidrio, y cuando volvió con los panecillos le supliqué que me ofreciera un bollo amasado de trigo blanqueado al horno y enmascarado en una capa de semillas de amapola. Me estaba calentando y estaba a punto de pedir una colcha de regazo en abanico, recién lavada y perfumada con un delicado toque de Omo, para reemplazar la que se había deslizado de mi regazo y ahora yacía recostada sobre la superficie horizontal para caminar anterior a mis pies cuando me entregó una tarjeta que decía «Menú de dulces» y me di cuenta de que estábamos de regreso al sensato mundo del inglés.

Hay una cosa divertida acerca de los comensales ingleses. Te dejarán que los deslumbres con pequeñas *duxelles* de esto y delicadas *noisettes* de aquello, pero no los jodas con sus postres, que es exactamente lo que pienso yo también. Todas las entradas de postres eran de platos empalagosos con sus buenos nombres en

inglés. Me pedí un budín de caramelo pegajoso y era espléndido. Cuando terminé, el camarero me invitó a retirarme al salón, donde me esperaba un buen café recién tostado, complementado con la selección de barquillos de menta del propio chef. Dejé en la superficie de la mesa un pequeño círculo de cobre elaborado en la Royal Mint y, reprimiendo una leve erupción de aire gastrointestinal, efectué mi salida.

Como me había desviado del camino de la costa, mi primera tarea a la mañana siguiente fue encontrar el camino de regreso. Salí de Corfe y subí con aire cansino por una colina ferozmente empinada hasta el pueblo cercano de Kingston. Era otro día glorioso y las vistas desde Kingston sobre Corfe y su castillo repentinamente distantes y en miniatura fueron memorables.

Tomé un sendero misericordiosamente llano y lo seguí durante tres kilómetros a través de bosques y campos a lo largo de la cresta de un valle profundo para volver a unirme al sendero de la costa en un promontorio solitario llamado
Houns-tout
Cliff. La vista una vez más era deslumbrante: lomas volcánicas y acantilados blancos y radiantes, salpicados de pequeñas calas y playas escondidas bañadas por un mar azul e infinito. Pude ver todo el camino a Lulworth, mi destino del día, unos dieciséis kilómetros y muchas colinas sobrecogedoras hacia el oeste.

Seguí el camino por cerros empinados hacia abajo. Eran solo las diez de la mañana, pero ya hacía un calor inusual para la estación. La mayoría de las colinas de la costa de Dorset no tienen más que unos pocos cientos de metros de altura, pero son empinadas y numerosas y pronto estaba sudoroso, exhausto y sediento. Me quité la mochila y descubrí con un gemido que me había dejado en el hotel mi botella de agua nueva y elegante, que compré en Poole y llené diligentemente esa mañana. No hay nada como no tener nada que beber para provocarte una sed imponente. Seguí adelante, con la esperanza de que hubiera un *pub* o un café en Kimmeridge, pero cuando me acerqué desde un sendero alto sobre su hermosa bahía, pude ver que era demasiado pequeño para ofrecer algo. Saqué mis binoculares, inspeccioné el pueblo desde lejos y descubrí que había algo parecido a un barracón de algún tipo junto al estacionamiento. Un pequeño salón de té sobre ruedas, tal vez. Me apresuré por el camino, pasé junto a la tristemente abandonada Clavel Tower y bajé por un camino empinado hasta la playa. La distancia era tal que tardé casi una hora. Cruzando los dedos, seguí mi camino por la playa y subí hasta el barracón. Era un punto de reclutamiento del

National Trust y estaba cerrado.

Me invadió la angustia. Tenía la garganta como el papel de lija. Estaba a kilómetros de cualquier lugar y no había nadie alrededor. En ese momento, por una especie de milagro, una furgoneta de helados bajó rodando por la colina tocando una melodía tintineante y se detuvo al borde del aparcamiento. Esperé impacientemente diez minutos mientras el joven a cargo abría sin prisa varias escotillas y disponía las cosas. En el instante en que la ventana se abrió, le pregunté qué tenía para beber. Rebuscó y anunció que tenía seis botellas pequeñas de Panda Cola. Las compré todas y me retiré al lado sombreado de la furgoneta, donde quité febrilmente la tapa de plástico de una y vertí su contenido vital en mi garganta.

No quiero que pienses ni por un momento que la Panda Cola es de alguna manera inferior a la Coca-Cola, la Pepsi, el Dr. Pepper, el Seven-Up, el Sprite o cualquiera de las otras muchas bebidas carbonatadas que inexplicablemente disfrutan de un mayor patrocinio, ni que servir un refresco caliente me parece remotamente excéntrico, pero había algo curiosamente insatisfactorio en las bebidas que acababa de adquirir. Me bebí una tras otra hasta que mi estómago estuvo tenso y chapoteante, pero no podía decir que realmente me sintiera renovado. Tras un sonoro suspiro, metí las dos botellas restantes en mi mochila, por si tenía una crisis de azúcar más tarde, y continué mi camino.

Unos tres kilómetros más allá de Kimmeridge, al otro lado de una colina monumentalmente empinada, se encuentra el pequeño pueblo perdido de Tyneham, o lo que queda de él. En 1943, el ejército ordenó a los habitantes de Tyneham que se fueran un rato porque querían practicar el lanzamiento de proyectiles en las laderas circundantes. A los aldeanos se les prometió solemnemente que una vez que Hitler fuera vencido, todos podrían regresar. Cincuenta y un años después seguían esperando. Perdonen mi tono irrespetuoso, pero me parece vergonzoso, no solo porque es un terrible inconveniente para los habitantes (especialmente para aquellos que se hayan olvidado de cancelar el reparto de leche a domicilio), sino también para los pobres diablos como yo que tenemos que esperar a que el sendero a través del campo de tiro esté abierto, lo cual solo ocurre ocasionalmente. De hecho, ese día

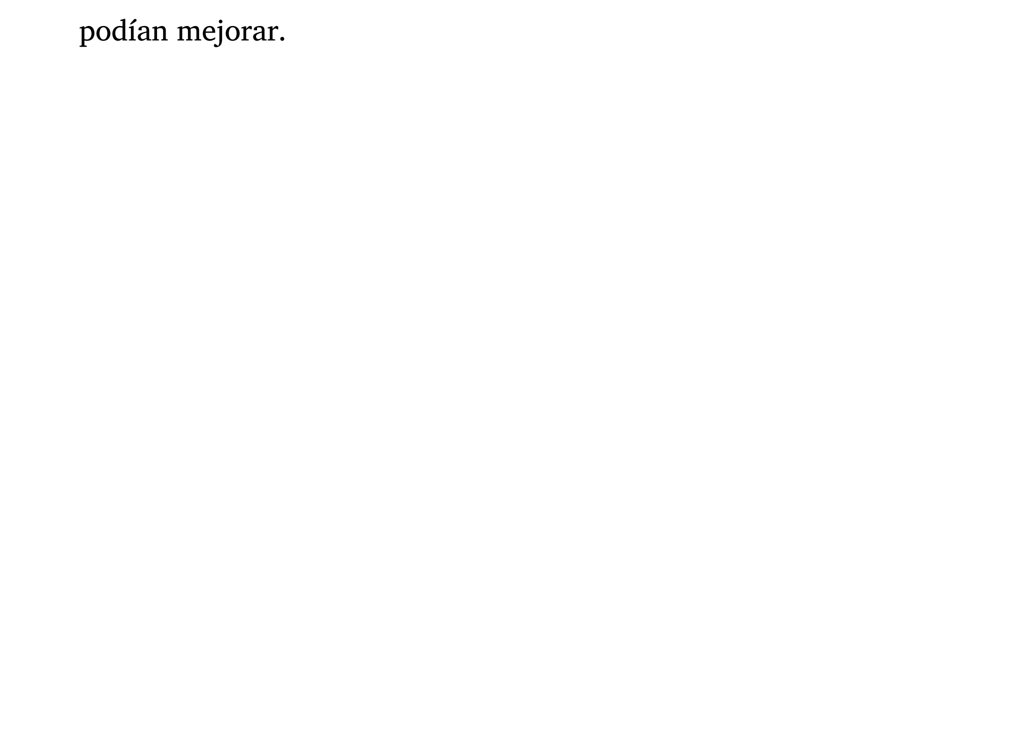
estaba abierto. Lo había comprobado con mucha prudencia antes de partir, así que pude subir y bajar por la empinada colina que sale de Kimmeridge y echar un vistazo al grupo de casas sin techo que es todo lo que queda de Tyneham. La última vez que estuve allí a finales de la década de 1970, Tyneham estaba abandonado, cubierto de maleza y era prácticamente desconocido. Ahora se ha convertido en una especie de atracción turística. El consejo del condado ha instalado un gran aparcamiento y la escuela y la iglesia han sido restauradas como pequeños museos, con fotografías que muestran cómo era Tyneham en los viejos tiempos, lo que parece un poco vergonzoso. Me gustaba mucho más cuando era un verdadero pueblo fantasma.

Sé que el ejército necesita un lugar para practicar con su artillería, pero seguramente podría encontrar un lugar nuevo y menos visualmente sensible, y volar Keighley, por ejemplo. Lo extraño fue que no pude ver ningún signo de devastación en las laderas. Grandes carteles rojos numerados se habían repartido de manera estratégica, pero estaban uniformemente impecables, al igual que el paisaje que los rodeaba. Quizá el ejército dispara balas Nerf[19] o algo así. ¿Quién puede decirlo? Desde luego, yo no, porque mis recursos físicos, cada vez más escasos, se consumían por completo en el desafío de subir por una cuesta mortal que conducía a la cima de Rings Hill, muy por encima de Worbarrow Bay. La vista era sensacional. Pude ver todo el camino de regreso a Poole Harbour, pero lo que captó mi atención fue el cruel descubrimiento de que el camino inmediatamente descendía al nivel del mar antes de comenzar a subir una colina aún más formidable. Me fortalecí con una Panda Cola y me lancé.

El promontorio vecino, llamado Bindon Hill, era una maravilla. No solo se elevaba en línea recta hasta los tramos inferiores de la troposfera, sino que luego presentaba una elevada cresta que subía y bajaba y que se prolongaba más o menos eternamente. Para cuando el desordenado pueblo de West Lulworth apareció a la vista y comencé un descenso largo y tambaleante, mis piernas parecían capaces de doblarse en varias direcciones y podía sentir ampollas burbujeando bajo los dedos de mis pies. Llegué a Lulworth con el delirante bamboleo de alguien que vaga por el desierto en una película de aventuras, manchado de sudor, gruñendo y echando espuma de Panda Cola por las fosas nasales.

Pero, al menos, había superado la parte más desafiante de la caminata y ahora estaba de vuelta en la civilización, en uno de los pequeños balnearios más encantadores de Inglaterra. Las cosas solo

podían mejorar.



9

Una vez, hace muchos años, anticipándonos a los hijos que algún día tendríamos, un familiar de mi esposa nos regaló una caja de *Ladybird Books* de los años 1950 y 1960. Todos tenían títulos como *Out in the Sun* y *Sunny Days at the Seaside*, y contenían ilustraciones muy coloreadas y meticulosamente redactadas de una Gran Bretaña próspera, satisfecha y libre de basura en la que el sol siempre brillaba, los comerciantes sonreían y los niños con la ropa recién planchada obtenían la felicidad y el placer de pasatiempos inocentes, yendo en autobús a las tiendas, haciendo flotar un barco de aeromodelismo en un estanque del parque, charlando con un amable policía…

Mi favorito era un libro titulado *Adventure on the Island*. De hecho, en el libro ocurría una aventura preciosa. El punto culminante, recuerdo, fue encontrar una estrella de mar atrapada en una roca, pero me encantó por las ilustraciones (del talentoso y añorado
J.

H.
Wingfield), que retrataban una isla de calas rocosas y largas vistas que era reconociblemente británica, pero con un clima mediterráneo y una ordenada ausencia de aparcamientos de pago, bingos y recreativos de mal gusto. Aquí la actividad comercial se limitaba a alguna que otra pastelería y algún salón de té.

Fui extrañamente influenciado por ese libro y, durante algunos años, acepté pasar nuestras vacaciones familiares en la costa británica con la suposición de que algún día encontraríamos ese lugar mágico donde los días de verano eran siempre soleados, el agua tan cálida como un baño de asiento y la plaga comercial desconocida.

Cuando por fin empezamos a acumular niños, resultó que

aquellos libros no les gustaban porque los personajes nunca hacían nada más animado que visitar una tienda de animales o contemplar a un pescador mientras pintaba su barca. Traté de explicarles que eso era una buena preparación para la vida en Gran Bretaña, pero no lo aceptaron y, en cambio, para mi consternación, se encariñaron de un par de bobos muy molestos llamados Topsy y Tim.

Menciono esto porque, de todos los pequeños lugares junto al mar a los que fuimos a lo largo de los años, Lulworth parecía el más cercano a esa imagen idealizada que tenía en mi cabeza. Era un lugar pequeño y alegre y tenía un agradable aire antiguo. Sus tiendas diminutas vendían cosas típicas de la playa que se remontaban a una época más inocente: veleros de madera, redecillas de juguete, coloridas pelotas de playa en bolsas de cuerda, y sus pocos restaurantes siempre estaban llenos de felices excursionistas que disfrutaban de un té con leche. La cala casi circular, intensamente hermosa, a los pies del pueblo, estaba cubierta de rocas y cantos rodados para que los niños treparan y salpicada de estanques poco profundos en los que buscar cangrejos. En conjunto, era un lugar encantador.

Así que imagina mi sorpresa, cuando recién duchado salí de mi hotel en busca de una bebida y una cena abundante y bien merecida, para descubrir que Lulworth no se parecía en nada a lo que recordaba. Su característica principal era un amplio y antiestético aparcamiento, que había olvidado por completo, y las tiendas, los *pubs* y las casas de huéspedes a lo largo de la calle que conducía a la cala estaban polvorientas y parecían en ruinas. Entré en un *pub* grande y casi inmediatamente me arrepentí. Tenía ese olor rancio y enfermizo de cerveza derramada y estaba lleno de máquinas tragaperras de frutas. Yo era casi el único cliente del lugar, pero la mayoría de las mesas estaban cubiertas con vasos de cerveza vacíos y ceniceros llenos de colillas, bolsas vacías de patatas fritas y otros desechos. Mi vaso estaba pegajoso y la cerveza estaba tibia. Me la bebí y probé en otro *pub* cercano, que era marginalmente menos sucio pero apenas más agradable, con una decoración destartalada y música a todo volumen de la escuela de entretenimiento musical Kylie Minogue chilla fuerte y mueve las tetitas. No es de extrañar (y hablo como un entusiasta) que tantos *pubs* estén perdiendo el oficio.

Desanimado, me dirigí a un restaurante cercano, un lugar donde mi esposa y yo solíamos comer ensaladas de cangrejo y presumir de elegancia. Las cosas también habían cambiado allí. El menú se

había hundido hasta el nivel de langostinos, patatas fritas y guisantes, y la comida era bastante mediocre. Pero lo verdaderamente memorable fue el servicio. Nunca había visto una ineptitud tan resplandeciente en un restaurante. El lugar estaba repleto y pronto se hizo evidente que nadie estaba contento. Casi todos los platos que aparecían en la cocina tenían algo que no se había pedido o le faltaba algo que sí. Algunas personas estuvieron esperando sus platos un siglo, mientras que a otras les presentaron los suyos todos más o menos a la vez. Pedí un cóctel de gambas, esperé treinta minutos y luego descubrí que varias de las gambas todavía estaban congeladas. Lo devolví y nunca lo volví a ver. Cuarenta minutos más tarde apareció una camarera con un plato de lenguado, patatas fritas y guisantes y no pudo encontrar quien lo aceptara, así que me lo quedé yo, aunque había pedido abadejo. Cuando terminé, calculé mi cuenta a partir de los precios de la carta, dejé el dinero correcto, menos un pequeño cálculo por las gambas congeladas, y me fui.

Luego regresé a mi hotel, un lugar profundamente triste y deprimente, con sábanas de nailon y radiadores fríos, me acosté y leí a la luz de una bombilla de siete vatios e hice una pequeña y sincera promesa de no volver nunca más a Lulworth mientras viviera.

Por la mañana me desperté y vi por la ventana grandes cortinas de lluvia cayendo sobre las colinas. Desayuné, pagué la cuenta y pasé un largo rato luchando para ponerme el impermeable en el vestíbulo principal. Es gracioso. La mayoría de los días me visto sin incidentes, pero me dan un par de pantalones impermeables y es como si nunca hubiera estado de pie sin ayuda. Pasé veinte minutos chocando contra paredes y muebles, cayendo sobre macetas y, en un arrebato particularmente notable, saltando sobre una pierna unos cinco metros antes de enredarme el cuello alrededor de uno de los postes de la escalera.

Cuando por fin estuve completamente equipado, me miré en un espejo de pared de cuerpo entero y me di cuenta de que me parecía misteriosamente a un gran condón azul. Así ataviado, y acompañando a cada paso por un irritante crujido de nailon, recogí mi mochila y mi bastón y me dirigí a las colinas. Seguí por Hambury Tout, pasé por Durdle Door y el valle empinado llamado Scratchy Bottom, y subí por un camino empinado, fangoso y zigzagueante hasta un promontorio solitario y envuelto en la niebla llamado Swyre Head. El clima era espantoso y la lluvia enloquecedora. Consiénteme un momento, si quieres. Tamborilea en

tu coronilla con los dedos de ambas manos y a ver cuánto tiempo pasa antes de que te pongas seriamente nervioso o que todos los que están cerca te miren fijamente. En cualquier caso, te sentirás feliz cuando dejes de hacerlo. Ahora imagina que esos dedos que tamborilean son gotas de lluvia que golpean sin cesar tu cabeza y que no hay nada que puedas hacer al respecto, y además que tus gafas son dos círculos de vaporosa inutilidad, que te deslizas por un camino resbaladizo por la lluvia a un solo paso en falso de una larga caída hasta una playa rocosa, una caída que te reduciría a poco más que una mancha en un trozo de roca, como una gota de mermelada en el pan. Me imaginé el titular: «Escritor estadounidense muere en otoño: “Me iba del país de todos modos”», y seguí adelante, entrecerrando los ojos como Míster Magoo, con una profunda sensación de aprensión.

Hay veinte kilómetros desde Lulworth hasta Weymouth. En *Kingdom by the Sea*, Paul Theroux dio la impresión de que puedes caminar a paso ligero y aún tener tiempo para tomar un té con leche y despistar a los lugareños, pero supongo que tuvo mejor clima que yo. Tardé una eternidad. La caminata más allá de Swyre Head fue casi siempre a lo largo de acantilados afortunadamente planos, aunque elevados, muy por encima de un mar gris cadavérico, pero el paso era traicionero y el avance lento. En Ringstead Bay, las colinas terminaron abruptamente en un último descenso empinado hacia la playa. Me monté en una lengua de lodo que fluía por la colina hasta la bahía, deteniéndome solo lo suficiente para hundirme en las rocas y llevar a cabo algunas pruebas de resistencia contra los árboles. Al llegar abajo, saqué el mapa y, haciendo calibradores con los dedos, calculé que solo había recorrido unos ocho kilómetros. Me había ocupado la mayor parte de la mañana. Con el ceño fruncido por mi falta de progreso, me metí el mapa en el bolsillo y seguí caminando de mala gana.

El resto del día fue una caminata lúgubre y húmeda a lo largo de colinas bajas sobre un oleaje fuerte. La lluvia amainó y se convirtió en una llovizna insidiosa, ese tipo especial de llovizna inglesa que flota en el aire y socava el espíritu. Alrededor de la una, Weymouth se materializó entre la niebla, a lo lejos, al otro lado de una larga curva de la bahía, y di un pequeño grito de alegría. Pero su aparente cercanía fue un engaño cruel. Tardé casi dos horas en llegar a las afueras del pueblo, y otra hora de camino hasta el centro, momento en el que estaba cansado y cojeaba. Conseguí una habitación en un pequeño hotel y pasé mucho tiempo acostado en la cama, calzado con las botas y aún con el «condón» puesto, antes

de que pudiera reunir las fuerzas para cambiarme a algo menos obviamente divertido, lavarme un poco y salir a la ciudad.

Weymouth me gustó mucho más de lo que esperaba. Es famosa por dos cosas. En 1348 fue el lugar por donde se introdujo la peste negra en Inglaterra y en 1789 se convirtió en el primer balneario del mundo cuando el tedioso lunático Jorge III puso de moda bañarse allí. Hoy en día, la ciudad trata de mantener un aire de elegancia georgiana —y, en general, casi lo logra—, aunque, como la mayoría de los balnearios, tenía un aire de declive terminal, al menos en lo que respecta al turismo. El hotel Gloucester, donde se alojaban George y su séquito (entonces era una casa privada), había cerrado recientemente y ahora Weymouth no tenía ni un solo hotel grande decente, una triste omisión en una antigua ciudad costera. Pero estoy contento de informar que tiene muy buenos *pubs* y un excelente restaurante, Perry's, todos ellos en el distrito del puerto, un barrio arrasado con pescados flotando en el agua y un aire náutico alegre que te hace medio esperar ver a Popeye y a Brutus doblando la esquina. Perry's estaba lleno de gente alegre y era un verdadero júbilo para el espíritu después de Lulworth. Comí mejillones locales de Poole —y después de tres días de ardua caminata me sorprendió darme cuenta de que Poole todavía podía responder a la idea de «local»—, y una lubina muy respetable, y luego me retiré al tipo de *pub* oscuro y de techo bajo donde uno se siente como si debiera llevar un suéter voluminoso de lana y una gorra de capitán. Disfruté mucho y bebí tanto que dejaron de dolerme los pies.

Al oeste de Weymouth se encuentra el arco de ochenta kilómetros de largo de Lyme Bay. Dado que el paisaje al oeste de Weymouth no es particularmente memorable, ni siquiera en parte, tomé un taxi a Abbotsbury y comencé mi caminata a mitad de recorrido de Chesil Beach. No sé cómo es Chesil Beach hacia el final de Weymouth, pero a lo largo de este tramo consistía en grandes montones de pequeños guijarros en forma de riñón desgastados hasta alcanzar una suavidad uniforme por la acción de las olas durante eones. Es casi imposible caminar sobre ellos, ya que te hundes hasta los tobillos a cada paso. El camino de la costa se encuentra en un terreno más firme inmediatamente detrás de la playa, pero las dunas pedregosas tapan las vistas. En cambio, solo escuchas el mar chocando contra la orilla al otro lado y enviando interminables sucesiones de guijarros a lo largo de la arena. Fue el paseo más

aburrido que he hecho. Mis ampollas pronto comenzaron a palpitar. Puedo soportar la mayoría de las variedades de dolor, incluso ver a Jeremy Beadle, pero las ampollas me resultan particularmente desagradables. Cuando llegué a West Bay, a primera hora de la tarde, estaba listo para sentarme y comer algo.

West Bay era un lugar pequeño y extraño, disperso de forma desordenada a lo largo de un paisaje de dunas. Tenía un poco el aspecto de una ciudad de la fiebre del oro, como si hubiera surgido apresuradamente, y parecía pobre, gris y maltratada por la lluvia. Busqué un lugar para comer y pasé por un establecimiento de aspecto anodino llamado Riverside Cafe. Abrí la puerta y me encontré con un ambiente extraordinario. El local estaba a reventar. El aire estaba lleno de estridentes conversaciones al estilo londinense y todos los clientes parecían recién salidos de un anuncio de Ralph Lauren. Todos llevaban suéteres colgados casualmente alrededor de sus hombros y gafas de sol colocadas en sus cabezas. Era como si un pedacito de Fulham o Chelsea hubiera llegado mágicamente a este rincón olvidado de Dios en la costa de Dorset.

Ciertamente, nunca había visto este tipo de ritmo fuera de un restaurante en Londres. Camareros y camareras corrían por todas partes tratando de cumplir lo que parecía ser una demanda inagotable para mantener a los clientes alimentados y, sobre todo, abastecidos de vino. Era extraordinario. Mientras estaba allí, tratando de mantener la orientación, Keith Floyd, el encargado de la comida, pasó tambaleándose. Estaba impresionado.

Todo se me subió a la cabeza. Por lo general, no soy mucho de almuerzos, pero la comida olía tan bien y el ambiente era tan extraordinario que me encontré pidiendo como un tragón. Me comí de entrante una terrina de vieiras y langosta, a la que siguió un exquisito filete de lubina con judías verdes y una montaña de patatas fritas, dos copas de vino, y lo rematé con café y una generosa porción de tarta de queso. El propietario, un hombre alegre y agradable llamado Arthur Watson, deambulaba entre las mesas e incluso se detuvo en la mía. Me dijo que, hasta diez años antes, el lugar había sido una cafetería normal que ofrecía almuerzos asados y hamburguesas y patatas fritas, y poco a poco habían comenzado a introducir pescado fresco y comidas más sofisticadas y descubrieron que se había generado un clamor al respecto. Ahora estaba repleto en cada turno de las comidas y las cenas y acababa de ser nombrado el restaurante del año en Dorset por la *Good Food Guide*, aunque todavía hacían hamburguesas y le

ponían patatas fritas a todo, y pensé que era simplemente maravilloso.

Eran más de las tres cuando salí de Riverside con la cabeza ligera y todo lo demás pesado. Me senté en un banco, saqué el mapa y me di cuenta con un resoplido de consternación de que todavía estaba a más de quince kilómetros de Lyme Regis, con los 190 metros de la Golden Cap, la colina más alta de la costa sur, interponiéndose entre mí y mi siguiente destino. Las ampollas de mis pies palpitaban, me dolían las piernas, mi estómago estaba grotescamente distendido y una ligera lluvia comenzaba a caer.

Mientras estaba sentado allí, se detuvo un autobús. Me levanté y asomé la cabeza por la puerta abierta. «¿Va hacia el oeste?», le pregunté al conductor. Él asintió. Impulsivamente, subí a bordo, compré un billete y me senté en la parte de atrás. El truco para caminar con éxito, siempre lo digo, es saber cuándo parar.

10

Pasé la noche en Lyme Regis y dediqué la mañana siguiente hurgando en la ciudad antes de subirme a un autobús a Axminster y luego a un tren a Exeter, un proceso que consumió mucho más tiempo del que esperaba. La luz del día se estaba desvaneciendo cuando salí de St. David de Exeter bajo una lluvia ligera, pero molesta.

Deambulé por la ciudad examinando los hoteles desde la calle, pero todos me parecieron un poco pomposos y al final terminé en la oficina central de turismo, sintiéndome un poco perdido y lejos de casa. No estaba muy seguro de lo que estaba haciendo allí. Revisé varios estantes repletos de folletos de centros de equitación, zoológicos interactivos, centros de cetrería, centros de ponis, maquetas de ferrocarriles, granjas de mariposas y un par de sitios llamados —y no bromeo— la Granja y Hospital de Erizos de Twiggy Winkie, ninguno de los cuales parecía satisfacer mis necesidades de ocio. Casi todos los folletos estaban deprimentemente mal escritos, en particular con respecto a la puntuación. A veces pienso que, si veo un folleto turístico más que diga «El mejor de Inglaterra» o «El más grande de Gran Bretaña», iré a incendiar el lugar, porque esos sitios siempre acaban siendo tan patéticamente modestos en lo que tienen para ofrecer que me enerva. Casi todos completaban sus listas de atracciones destacadas con cosas como «Aparcamiento gratuito», «Tienda de regalos y salón de té» y el inevitable «Patio de juegos y aventuras» (y luego eran lo suficientemente lerdos como para mostrarte en la fotografía solo un columpio y un par de animales de plástico sobre resortes). ¿Quién va a esos lugares? No podría decirlo, estoy seguro. Había un anuncio en el mostrador que decía que la oficina reservaba habitaciones, así que le pedí a la amable señora que me asegurara alojamiento. Me entrevistó con franqueza sobre cuánto estaba dispuesto a pagar, lo que siempre encuentro vergonzoso y francamente poco inglés, y mediante un

proceso de desgaste establecimos que yo caía en una categoría que podría llamarse barata pero exigente. Sucedió que el Royal Clarence ofrecía una oferta especial con habitaciones a veinticinco libras por noche si prometías no robar las toallas, y ante aquello di un salto, porque había pasado por delante antes y tenía muy buen aspecto, un gran lugar blanco de estilo georgiano y situado en la plaza de la catedral. Y así resultó ser. La habitación estaba recién decorada y era lo suficientemente grande como para participar en los típicos juegos olímpicos de hotel: jugar al baloncesto con la papelera, hacer carreras de muebles, saltar en la cama desde la puerta del baño en el momento oportuno, y otros eternos favoritos del viajero solitario. Hice un entrenamiento corto pero vigoroso, me duché, me cambié y salí a la calle hambriento. Exeter no es un lugar que se haga querer con facilidad. Fue extensamente bombardeada durante la guerra, lo que brindó a los padres de la ciudad una maravillosa oportunidad, aprovechada con entusiasmo, para reconstruir la mayor parte en hormigón. Eran poco más de las seis de la tarde, pero el centro de la ciudad estaba prácticamente muerto. Paseé bajo las lúgubres farolas de la calle, mirando las fachadas de las tiendas y leyendo esos extraños carteles de escaparate, como se les conoce en el oficio, que siempre cuelgan los periódicos de provincia. Siento una extraña fascinación por ellos porque siempre son completamente insondables para los no locales («El violador del buzón ataca de nuevo», «Beulah vuela a casa») o tan aburridos que no puedes imaginar cómo alguien podría haber pensado que harían aumentar las ventas («La junta delibera sobre el contrato de los contenedores», «Los vándalos de las cabinas telefónicas golpean de nuevo»). Mi favorito —este es real, lo vi hace muchos años en Hemel Hempstead— fue «Mujer, 81, muere».

Tal vez elegí las calles equivocadas, pero no parecía haber restaurantes en ningún lugar del centro de Exeter. Solo estaba buscando algo modesto que no tuviera las palabras «Menú», «Vegano» o «Tetera de cobre» en su nombre, pero todo lo que sucedió fue que seguí deambulando por calles sin restaurantes y encontrándome con rotondas monstruosas y complejos cruces de peatones que claramente no fueron diseñados para ser atravesados a pie por nadie a quien le sobraran menos de seis horas. Finalmente, pasé por una calle empinada con algunos restaurantes modestos y me sumergí al azar en un restaurante chino. No puedo decir por qué exactamente, pero los restaurantes chinos me producen una extraña inquietud, sobre todo cuando ceno solo. Siempre me da la impresión de que la camarera dice cosas como: «Un satay de ternera

y arroz frito para el perro imperialista de la mesa cinco». Y encuentro los palillos francamente angustiosos. ¿Soy el único que piensa que es extraño que un pueblo lo suficientemente ingenioso como para inventar el papel, la pólvora, las cometas y muchos otros objetos útiles, y que tiene una noble historia que se remonta tres mil años atrás, aún no se haya dado cuenta de que con un par de agujas de tejer no hay manera de capturar la comida? Pasé una hora perplejo, apuñalando arroz, derramando salsa sobre el mantel y llevándome a la boca trozos de carne finamente equilibrados solo para descubrir que habían desaparecido misteriosamente por el camino hacia mi boca y no se encontraban en ninguna parte. Cuando terminé, la mesa parecía haber sido el centro de una violenta discusión. Pagué mi cuenta avergonzado, me escabullí por la puerta y regresé al hotel donde miré un poco la televisión y comí las copiosas sobras que encontré en los pliegues de mi suéter y en los dobladillos de los pantalones.

Por la mañana, me levanté temprano y salí a dar una vuelta por el pueblo. Exeter estaba envuelto en una penumbra neblinosa que no contribuía a cambiar su apariencia, aunque la plaza de la catedral era muy hermosa y la catedral, según me impresionó descubrir, estaba abierta incluso a las ocho de la mañana. Me senté durante un buen rato en el último banco y escuché la práctica del coro de la mañana, que fue maravillosa. Luego me acerqué a la zona del antiguo muelle para ver qué podía encontrar allí. Había sido renovado artísticamente con tiendas y museos, pero todos ellos estaban cerrados a esa hora del día o quizá en esa época del año y no había ni un alma por ahí.

Cuando regresé a High Street, las tiendas estaban abriendo. No había desayunado porque no estaba incluido en la tarifa especial de mi habitación, así que me sentía excesivamente hambriento y comencé a buscar un café, pero de nuevo Exeter parecía extrañamente desabastecido. Al final, fui a un Marks & Spencer a comprar un sándwich.

Aunque la tienda acababa de abrir, el espacio gastronómico estaba lleno y había largas colas en las cajas. Me puse en una fila detrás de ocho compradoras. Todas eran mujeres y todas hicieron lo mismo, algo desconcertante: actuaron con sorpresa cuando llegó el momento de pagar. Esto es algo que me ha intrigado durante años. Las mujeres se paran allí, viendo cómo cobran sus artículos, y luego, cuando la cajera dice: «Cielo, son cuatro libras y media», o lo que sea, de repente parece como si nunca antes hubieran hecho ese tipo de cosas. Exclaman «¡Oh!» y entonces se ponen a rebuscar

nerviosas en el bolso de mano o en la cartera, como si nadie les hubiera dicho que eso podría suceder.

Los hombres, con todas sus muchas carencias —como lavar grandes piezas de maquinaria engrasada en el fregadero de la cocina u olvidarse de que la pintura de una puerta recién pintada permanece fresca durante más de treinta segundos—, por lo general son bastante buenos cuando se trata de pagar. Pasan el tiempo en la fila haciendo un inventario de los billetes y clasificando las monedas. Cuando la persona de la caja anuncia el importe, de inmediato entregan una cantidad de dinero aproximadamente correcta, mantienen la mano extendida para recibir el cambio sin importar el tiempo que tarde, o pueden mirar tontamente si hay, digamos, un problema con la caja registradora, y luego se meten el cambio en el bolsillo mientras se alejan, en lugar de decidir que ahora es el momento de buscar las llaves del coche y reorganizar los recibos de los últimos seis meses.

Y mientras estamos en este interludio sexista bastante atrevido, ¿por qué las mujeres nunca empujan los tubos de pasta de dientes desde el fondo y siempre intentan que otra persona cambie una bombilla? ¿Cómo pueden oler y oír cosas que están tan claramente más allá del alcance de la agudeza humana, y cómo saben desde otra habitación que estás a punto de sumergir un dedo en el glaseado de un pastel recién hecho? ¿Por qué, sobre todo, les resulta tan inquietante que pases más de cuatro minutos al día en el baño? Esto último constituye otro profundo misterio para mí. Una mujer a la que conozco muy de cerca y yo mantenemos regularmente conversaciones surrealistas que van más o menos así:

—¿Qué estás haciendo? —(Dicho en un tono nervioso).

—Estoy descalcificando la tetera. ¿Tú qué crees que estoy haciendo?

—Llevas ahí dentro media hora. ¿Estás leyendo?

—No.

—Estás leyendo, ¿verdad? Puedo oír cómo pasas las páginas.

—Sinceramente, no estoy leyendo. Es decir, estaba leyendo hasta hace un minuto pero ahora, claro, te hablo a ti, querida.

—¿Has tapado el ojo de la cerradura? No puedo ver nada.

—Por favor, dime que no estás de rodillas tratando de mirar a través del ojo de la cerradura a tu marido defecando en su propio baño. Por favor.

—Sal de ahí ahora mismo. Has estado ahí durante casi tres cuartos de hora solo leyendo.

Mientras ella se marcha, estás ahí sentado pensando: «¿Todo

esto ha sucedido realmente o me he metido en una exposición dadaísta?». Y luego, sacudiendo la cabeza, vuelves a tu revista.

Aun así, hay que decir que las mujeres son geniales con los niños, el vómito y las puertas pintadas —porque, tres meses después de que se haya secado, seguirán tocándola como si sospecharan que podría volverse contra ellas, lo que compensa mucho—, así que sonreí benignamente ante el desfile de damas nerviosas delante de mí hasta que llegó mi turno de demostrar a las siguientes cómo hacer este tipo de cosas de manera correcta, aunque, francamente, no creo que lo entendieran.

Me comí el sándwich en la calle, luego regresé al hotel, recogí mis cosas, pagué la cuenta, volví a la calle y pensé: «¿Y ahora qué?». Regresé a la estación de tren y eché un vistazo a las pantallas de televisión parpadeantes. Pensé en tomar un tren a Plymouth o a Penzance, pero el siguiente no salía hasta un par de horas después. Sin embargo, pronto saldría un tren a Barnstaple. Se me ocurrió que podía ir allí y luego tomar un autobús a lo largo de la costa norte de Devon hasta Taunton o Minehead. Podría parar por el camino en Lynton y Lynmouth, y posiblemente en Porlock y Dunster. Parecía una buena idea.

Le pedí al hombre de la ventanilla un billete sencillo a Barnstaple. Me dijo que uno sencillo costaba 8 libras con 80, pero que podía devolverme 4 con 40.

—No le importaría explicarme la lógica de eso, ¿verdad? —le pregunté.

—Lo haría si pudiera, señor —respondió con una franqueza encomiable.

Llevé mi mochila y mi billete hasta el andén requerido, donde me senté en un banco y pasé el tiempo mirando las palomas de la estación. Realmente son las criaturas más asombrosamente aterrorizadas y tontas. No podía imaginar una vida más vacía y menos satisfactoria. Aquí te ofrezco instrucciones para ser una paloma:

1. Camina sin rumbo durante un rato, picoteando colillas y otros objetos inapropiados.
2. Asústate por alguien que camina por el andén y vuela hacia una viga.
3. Caga.
4. Repite.

Los televisores del andén no funcionaban y no podía entender los anuncios —tardé años en darme cuenta de que Eczema era en

realidad Exmouth—, así que, cada vez que llegaba un tren, tenía que levantarme y preguntar. Por razones que escapan a una explicación racional, la British Rail siempre pone los destinos en la parte delantera del tren, lo que sería muy útil si los pasajeros estuvieran esperando en las vías, pero tal vez no sea ideal para aquellos que lo abordan desde el lateral. Evidentemente, la mayoría de los demás pasajeros no podían escuchar los anuncios porque cuando finalmente llegó el tren de Barnstaple, media docena formamos una cola paciente junto a un empleado de British Rail y le preguntamos si aquel era el tren de Barnstaple.

Para beneficio de los lectores extranjeros, debo explicar que hay un cierto ritual en esto. Aunque hayas escuchado al conductor decirle a la persona que está delante de ti que ese es el tren a Barnstaple, tú todavía tienes que decirle: «Disculpe, ¿es este el tren a Barnstaple?». Cuando reconozcas que el gran objeto lineal a medio metro a tu derecha es de hecho el tren a Barnstaple, tienes que señalarlo y decir: «¿Este?. —Luego, cuando te subas al tren, debe preguntar adicionalmente al vagón en general—: Disculpen, ¿es este el tren a Barnstaple?», a lo que la mayoría de la gente dirá que cree que sí, a excepción de un hombre con muchos paquetes que revelará una mirada de pánico y apresuradamente recogerá sus cosas y se bajará. Siempre debes sentarte en su asiento, ya que generalmente encontrarás que ha dejado un periódico doblado y una barra de chocolate sin comer, y posiblemente un buen par de guantes de piel de oveja.

Así fue como me encontré saliendo de la estación de St. David de Exeter mientras un hombre cargado de paquetes trotaba junto a mi ventanilla mascullando sentimientos que no podía descifrar a través del grueso cristal y haciendo un balance de mis nuevas posesiones, un *Daily Mirror* y un Kit-Kat, pero lamentablemente no había guantes. Recorrimos los suburbios de Exeter y nos adentramos en la exuberante campiña de Devon. Iba en lo que se llamaba la Tarka Line, algo que tiene que ver con esa historia sobre una nutria, que evidentemente fue escrita en algún lugar de los alrededores. El campo era hermoso y estaba extravagantemente verde. Podrías pensar perfectamente que la principal industria de Gran Bretaña es la fabricación de clorofila. Avanzábamos entre colinas boscosas, granjas dispersas, e iglesias con torres cuadradas que las hacían parecer piezas sobrantes de un juego de ajedrez muy grande. Pronto me instalé en ese delirio feliz que siempre me provoca el movimiento de un tren, y solo me fijé a

medias en los nombres de los pueblecitos por los que pasábamos: Pinhead, West Stuttering, Bakelite, Ham Hocks, Sheepshanks.

Tardamos más de una hora y media en cubrir los sesenta kilómetros hasta Barnstaple, donde bajé y me dirigí a la ciudad por un largo puente sobre el caudaloso río Taw. Deambulé durante media hora por estrechas calles comerciales y un mercado cubierto grande y triste y escasamente nutrido, con personas que vendían artículos de artesanía, y me sentí satisfecho de que no hubiera necesidad de demorarme allí. Barnstaple solía ser un importante intercambio ferroviario, con tres estaciones, pero ahora solo queda una con sus servicios de transporte de agua poco frecuentes a Exeter, y una estación de autobuses con vistas al río. Entré en la estación de autobuses y encontré a dos mujeres sentadas en una oficina más allá de una puerta abierta, hablando con ese deje pintoresco de esta parte del mundo: «Qué, ¿vamos a *zumbarrrnos* unas *sidrrras*?».

Les pregunté acerca de los autobuses a Minehead, a unos cincuenta kilómetros al este a lo largo de la costa. Me miraron como si hubiera pedido una conexión con la Tierra del Fuego.

—Oh, no irá a Moinhead en esta época del año, no *crrreo* que lo haga —dijo una.

—No hay autobuses a Moinhead hasta *porrr* lo menos el *prrrimero* de *octubrrre* —intervino la segunda.

—¿Qué pasa con Lynton y Lynmouth?

Resoplaron ante mi ingenuidad. Esto era Inglaterra. Era 1994.

—¿Porlock?

Bufido.

—¿Dunster?

Bufido.

Lo mejor que pudieron sugerirme fue que cogiera un autobús a Bideford y así vería si podía subirme a otro autobús desde allí.

—Quizá ya va por *Scarrrrlet* Loin, fuera de *Bideforrrrrd*, puede que sí, o puede que aún no haya *arrrrancado*.

«¿Habrá más gente como tú allí?», quise decir, pero no lo hice. ¡La única otra opción que podían sugerirme era un autobús a Westward Ho! pero no parecía tener mucho sentido, ya que no podía ir a ningún otro lugar desde allí y, de todos modos, no podía enfrentarme a pasar la noche en una exclamación, por así decirlo. Les di las gracias y me fui.

Me quedé allí fuera, lleno de incertidumbre, y traté de pensar qué hacer a continuación. Todos mis planes cuidadosamente trazados se estaban desmoronando. Me retiré al curiosamente

llamado Royal and Fortescue Hotel, donde pedí un sándwich de atún y una taza de café a una camarera muda y sin encanto, y busqué en mi mochila mi tabla de horarios, donde descubrí que tenía veintitrés minutos para comerme el sándwich, beberme el café y caminar el kilómetro y medio de regreso a la estación para subirme a un tren a Exeter, donde podría comenzar de nuevo.

Me tragué el sándwich casi entero cuando llegó, bebí dos sorbos de café, dejé algo de dinero sobre la mesa y corrí a la estación, aterrorizado por perder el tren y tener que pasar la noche en Barnstaple. Lo conseguí. Cuando llegué a Exeter, me dirigí directamente a las pantallas de televisión, decidido a tomar el primer tren a cualquier parte.

Así fue como me encontré en manos del destino, y con destino a Weston-super-Mare.

11

A mi modo de ver, hay tres razones para no ser infeliz nunca.

Primero, naciste. Esto en sí mismo es un logro notable. ¿Sabías que cada vez que tu padre eyaculaba (y, francamente, lo hacía bastante) producía unos veinticinco millones de espermatozoides suficientes para repoblar Gran Bretaña cada dos días más o menos? Para que nacieras, no solo tenías que estar entre los pocos lotes de espermatozoides que tenían incluso una posibilidad teórica de prosperar por sí solos, sino que también tenías que ganar una carrera contra 24 999 999 o más contendientes retorcidos, todos apresurándose a nadar el Canal de la Mancha de la vagina de tu madre para ser los primeros en desembarcar en el fértil huevo de Boulogne, por así decirlo. Nacer fue seguramente el logro más notable de toda tu vida. Y piensa: podrías haber sido fácilmente un platelminto.

Segundo, estás vivo. Por el más mínimo momento en el lapso de la eternidad tienes el milagroso privilegio de existir. Durante interminables eones no lo tuviste. Y pronto dejarás de tenerlo una vez más. Que puedas sentarte aquí ahora mismo, en este momento que nunca se repetirá, leyendo este libro, comiendo bombones, soñando con tener sexo con esa deliciosa persona que te hace tilín, oliendo especulativamente tus axilas, haciendo lo que sea que estés haciendo —simplemente existiendo—, es realmente maravilloso más allá de lo creíble.

En tercer lugar, tienes mucho para comer, vives en una época de paz y, además, *Tie a Yellow Ribbon Round the Ole Oak Tree* [20] nunca volverá a ser el número uno en las listas.

Si tienes esas cosas en mente, nunca serás realmente infeliz; aunque, para ser justos, debo señalar que si te encuentras solo en Weston-super-Mare un martes lluvioso por la noche, es posible que este argumento falle.

Era solo un poco después de las seis cuando bajé del tren de Exeter y me aventuré a recorrer la ciudad, pero todo Weston parecía estar ya cerrado más allá de las cortinas corridas. Las calles estaban vacías, oscuras y azotadas por la lluvia torrencial. Caminé desde la estación por el interior de un recinto comercial de hormigón y salí donde un mar negro e invisible hacía ruidos inquietos y susurrantes. La mayoría de los hoteles a lo largo de la línea de la costa estaban oscuros y vacíos, y los pocos que quedaban abiertos no parecían particularmente atractivos. Caminé aproximadamente un kilómetro y medio hasta un grupo de tres establecimientos brillantemente iluminados en el otro extremo del paseo marítimo y seleccioné al azar un lugar llamado Birchfield. Era bastante básico, pero limpio y a un precio razonable. Podrías ser mucho peor, y te aseguro que a mí ya me ha pasado antes.

Me aseé superficialmente y volví a la ciudad en busca de cena y diversión. Tuve la extraña sensación de que había estado allí antes, cosa que evidentemente no era así. Lo único que conocía de Weston era que John Cleese me había dicho una vez (no estoy soltando nombres al azar, lo estaba entrevistando para un artículo del periódico; un tipo muy agradable, por cierto) que él y sus padres vivían en un apartamento en Weston, y que, cuando se mudaron, Jeffrey Archer y sus padres también se mudaron, y me pareció bastante notable la idea de esos dos niños en pantalones cortos saludándose por el barrio y luego que uno de ellos pasara a formar parte de la grandeza. Lo que hizo que Weston me pareciera familiar fue, por supuesto, que era como cualquier otro lugar. Tenía Boots y Marks & Spencer y Dixons y
W.

H.
Smith y todo lo demás. Me di cuenta con una especie de dolor sordo de que no había nada aquí que no hubiera visto ya un millón de veces. Entré en un *pub* llamado Britannia Inn, que era antipático sin ser realmente hostil, y me tomé un par de pintas solitarias, luego comí en un restaurante chino, no porque tuviera antojo de comida china sino porque era el único lugar que pude encontrar abierto. Yo era el único cliente. Mientras esparcía silenciosamente arroz y salsa agridulce sobre el mantel, se oyeron algunos truenos y, un momento después, los cielos se abrieron, y quiero decir que se abrieron. Pocas veces he visto llover tan fuerte en Inglaterra. La lluvia golpeaba contra la calle como una lluvia de bolas de cojinetes y en cuestión de minutos la ventana del restaurante estaba completamente

oscurecida por el agua, como si alguien estuviera apuntando hacia ella una manguera a presión. Como tenía una larga caminata hasta el hotel, alargué la cena, esperando que el clima mejorara, pero no fue así, y al final no tuve más remedio que salir a la noche lluviosa.

Me paré debajo del toldo de la tienda de al lado y me pregunté qué hacer. La lluvia azotaba locamente el toldo y se precipitaba torrencialmente por los canalones. A lo largo de la calle se derramaba por los costados de los canalones sobredimensionados y caía al pavimento con un estrépito interminable. Si cerrabas los ojos, sonaba como si estuvieras en medio de un desquiciado concurso de claqué. Me puse la chaqueta por encima de la cabeza y salí bajo el diluvio, luego crucé la calle a toda velocidad e, impulsivamente, me refugié en la primera cosa brillante y abierta que vi, una sala de juegos. Me limpié las gafas con un pañuelo y me orienté. La sala de juegos era un gran espacio lleno de máquinas vibrantes y brillantes, algunas de las cuales emitían melodías electrónicas o hacían ruidos tipo *bum bum cling cling*, pero, aparte de un vigilante sentado en un mostrador con un cigarrillo mustio colgado del labio y una revista en el regazo, no había nadie en el lugar, y era inquietante lo mucho que parecía que las máquinas estuvieran jugando solas.

Con la excepción de Penny Falls y esas cosas de la grúa que te dan tres microsegundos para tratar de atrapar un animal de peluche —y en los que los controles en realidad no se corresponden con los movimientos de la pinza de agarre—, no entiendo las maquinitas de juegos en absoluto. Por lo general, ni siquiera sé dónde insertar las monedas o, una vez insertadas, cómo hacer que comience el juego. Si por algún milagro logro superar esos dos obstáculos, invariablemente no me doy cuenta de que el juego ya ha cobrado vida y que estoy perdiendo preciosos segundos tanteando en las ranuras remotas de devolución de monedas y buscando un botón que diga «Comenzar». Luego paso treinta segundos verdaderamente confusos, inmerso en un caos frenético sin tener la menor idea de lo que está pasando, mientras mis hijos gritan: «¡Acabas de volar por los aires a la princesa Leila, tonto del culo!» y luego aparece «Game Over».

Esto es más o menos lo que me pasó en ese momento. Sin ninguna razón a la que pueda adjuntar una explicación racional, metí 50 peniques en un juego llamado «El boxeador asesino» o «Ábrele la cabeza a hostias» o algo así, y pasé aproximadamente un minuto presionando un botón rojo y moviendo un *joystick* mientras mi personaje, un tipo rubio y musculoso, pateaba a diestro y

siniestro y lanzaba discos mágicos al aire mientras una serie de orientales igualmente musculosos pero sin escrúpulos lo asaltaban dándole puñaladas en los riñones y lo arrojaban a la lona.

Pasé una hora extraña en la que deambulé en una especie de trance metiendo dinero en máquinas y jugando juegos que no podía comprender. Conduje coches de carrera contra fardos de heno y eliminé tropas amigas con láseres y, sin saberlo, ayudé a zombis mutantes a hacerle cosas indescriptibles a un niño. Al final me quedé sin dinero y salí a la noche. Solo tuve un segundo para ver que la lluvia había amainado un poco y que la calle estaba inundada, evidentemente por un desagüe obstruido, cuando un Ford Fiesta rojo atravesó el charco a gran velocidad e inusualmente cerca de la acera, transfiriendo casi toda el agua del charco hacia la superficie de mi cuerpo.

Decir que me mojé apenas insinúa mi condición. Estaba tan empapado como si me hubiera caído al mar. Mientras estaba allí, farfullando y jadeando, el coche redujo la velocidad, tres cabezas muy rapadas asomaron por las ventanillas y gritaron un alegre saludo del estilo de

«¡Ña-ña-ñaaa!»

y aceleró. Triste, caminé de regreso por el paseo, chapoteando a cada paso y temblando de frío. No quiero reducir esta alegre crónica al patetismo, pero hacía poco que me había recuperado de una neumonía bastante grave. No diré que casi me muero, pero estuve lo suficientemente enfermo como para ver *This Morning with Richard and Judy*, y ciertamente no quería volver a estar en ese estado. Para colmo de mi indignidad, el Ford Fiesta pasó dando una vuelta de la victoria y sus ocupantes hambrientos de placer redujeron la velocidad para ofrecerme otro

«Na-ña-ñaaa»

triunfal antes de alejarse a toda velocidad en la noche con un chirrido y un derrape breve e incontrolado que desafortunadamente no los estampó contra una farola.

Cuando llegué a mi hotel, más lejos de lo que pensaba, me sentía completamente helado y miserable. Así que imagina mi consternación, por así decirlo, cuando descubrí que el área de recepción estaba en penumbra y la puerta cerrada. Miré mi reloj. Solo eran las nueve, por el amor de Dios. ¿Qué clase de pueblo era ese? Había dos timbres, probé ambos, pero no obtuve respuesta. Probé la llave de mi habitación en la puerta y, por supuesto, no funcionó. Probé los timbres de nuevo, los presioné ambos durante muchos minutos y me enfadé cada vez más. Cuando aquello ya no

me produjo satisfacción, golpeé la puerta con la palma de la mano, luego con el puño y finalmente con una bota fuerte y un toque de frenesí. Creo que también pude haber llenado de gritos las tranquilas calles.

Finalmente, el propietario apareció en lo alto de unas escaleras del sótano, con cara de sorpresa. «Lo siento mucho, señor, —dijo suavemente mientras abría la puerta y me dejaba entrar—. ¿Lleva aquí mucho rato?».

Bueno, me sonrojo al pensar en cómo despotriqué contra el pobre hombre. Utilicé un lenguaje desmesurado. Soné como Graham Taylor antes de que le quitaran la equipación de calentamiento y saliera al campo. Lo acusé a él y a sus conciudadanos de una terrible escasez de inteligencia y encanto. Le dije que acababa de pasar la noche más aburrida de mi vida en ese lugar infernal dejado de la mano de Dios, que me había empapado hasta los huesos un coche lleno de jóvenes que entre todos ellos tenían diez puntos de coeficiente intelectual por debajo de un imbécil, que había caminado kilómetro y medio con la ropa mojada, y ahora había pasado casi media hora temblando de frío porque me habían dejado fuera de mi hotel a las nueve en punto de la maldita noche.

—Permítame recordarle —continué con voz chillona— que hace dos horas se despidió de mí, me vio salir por la puerta y desaparecer calle abajo. ¿Pensó que no iba a volver? ¿Que dormiría en un parque y regresaría a por mis cosas por la mañana? ¿O es simplemente que es usted un imbécil total? Dígamelo, por favor, porque me gustaría mucho saberlo.

El propietario absorbió mi desmesura con estremecimiento y respondió con manos agitadas y una avalancha de disculpas. Me ofreció un té y pastas, secar y planchar mi ropa mojada, acompañarme a mi habitación y encender el radiador personalmente. Hizo de todo menos caer a mis pies y rogarme que lo atravesara con un sable. Me imploró positivamente que le permitiera traerme algo caliente en una bandeja.

—¡No quiero nada más que irme a mi habitación y contar los minutos hasta que salga de este maldito basurero! —grité, tal vez un poco teatralmente pero con buenos resultados, y subí las escaleras hasta la primera planta, donde caminé acaloradamente por el pasillo durante unos minutos y me di cuenta de que no tenía la menor idea de cuál era mi habitación. No había ningún número en la llave.

Regresé a la zona de recepción, ahora de nuevo en penumbra, y

asomé la cabeza por la puerta del sótano.

—Disculpe —dije en voz baja—, ¿podría decirme en qué habitación estoy?

—En la número 27, señor —dijo una voz desde la oscuridad.

Me quedé un rato sin moverme.

—Gracias —dije.

—A usted, señor —dijo la voz—. Que tenga buena noche.

Fruncí el ceño y me aclaré la garganta.

—Gracias —dije de nuevo y me retiré a mi habitación, donde transcurrió la noche sin más incidentes.

Por la mañana me presenté en el comedor soleado y, como temía, el propietario me esperaba para recibirme. Ahora que estaba seco, caliente y bien descansado, me sentí muy mal por mi arrebato de la noche anterior.

—¡Buenos días, señor! —dijo alegremente como si nada hubiera pasado, y me mostró una mesa junto a la ventana con unas bellas vistas al mar—. ¿Ha dormido bien?

Me sorprendió su amabilidad.

—Eh, sí. Sí, muy bien, de hecho.

—¡Bien! ¡Espléndido! Hay zumos y cereales en el carrito. Por favor, sírvase usted mismo. ¿Puedo ofrecerle el desayuno inglés completo, señor?

Encontré esa bonhomía inmerecida e insoportable. Clavé la barbilla en el pecho y con un gruñido furtivo dije:

—Mire, lamento mucho lo que le dije anoche. Estaba un poco de mal humor.

—No pasa nada, señor.

—No, realmente, hum, lo siento mucho. Estoy un poco avergonzado, de hecho.

—Considérelo olvidado, señor. Así que desayuno inglés completo, ¿verdad?

—Sí, por favor.

—¡Muy bien, señor!

Nunca he tenido un servicio tan bueno o amable en ningún lado, ni me he sentido tan gusano. Me trajo mi comida puntualmente, parloteó sobre el clima y el día glorioso que prometía ser. No podía entender por qué era tan indulgente. Poco a poco me di cuenta de la extraña visión que debía ser para él: un hombre de mediana edad con una mochila, visitando un lugar como Weston fuera de temporada sin razón aparente, llegando a su hotel y gritando y pisoteando al personal por una insignificante inconveniencia. Debió pensar que estaba loco, que quizá era un lunático fugitivo, y que esa

era la manera más segura de acercarse a mí. O eso, o simplemente era una persona extremadamente agradable. En cualquier caso, lo saludo ahora desde aquí.

Weston estaba sorprendentemente hermoso bajo el sol de la mañana. En la bahía, una isla llamada Flat Holm disfrutaba del aire claro y limpio y, más allá, se elevaban las verdes colinas de Gales, a unas doce mil millas marítimas. Ni siquiera los hoteles que había desdeñado la noche anterior no me parecían tan feos.

Caminé hasta la estación y tomé un tren a Chepstow y un autobús a Monmouth. El valle de Wye era tan hermoso como lo recordaba de años atrás —bosques oscuros, ríos serpenteantes, granjas blancas y solitarias en lo alto de empinadas laderas—, pero los pueblos carecían de encanto y parecían estar formados principalmente por gasolineras, *pubs* con grandes aparcamientos y tiendas de regalos. Estuve atento a Tintern Abbey, que se hizo famosa, por supuesto, por el conocido poema de Wordsworth, «Yo también puedo ser aburrido fuera del Distrito de los Lagos», y me decepcionó descubrir que no se erguía en el campo como yo recordaba, sino en el borde de un pueblo poco memorable.

Monmouth, sin embargo, parecía ser una ciudad hermosa, con una calle principal en pendiente y un ayuntamiento imponente. Frente a él se erigía una estatua de Charles Stewart Rolls, hijo de Lord y *Lady* Llangattock, «pionero de los vuelos en globo, el automovilismo y la aviación, que murió en un accidente en Bournemouth en julio de 1910», según la inscripción. Se le mostraba sosteniendo una maqueta de uno de los primeros biplanos, lo que lo hacía parecerse a King Kong aplastando los aviones atacantes. No había indicios de cuál podría ser su conexión local. La librería Monmouth en Church Street tenía un libro mío en el escaparate, por lo que, por supuesto, recibe aquí una mención especial.

Tenía en mente dar otro pequeño paseo mientras hacía buen tiempo, así que no me entretuve. Compré una empanada en una panadería y me la comí mientras me dirigía al Wye. Cogí un camino junto al río cerca del hermoso puente de piedra de la ciudad y lo seguí hacia el norte a lo largo de la orilla galesa. Durante los primeros cuarenta minutos, me acompañó el incesante rugido del tráfico en la A40, pero en un lugar llamado
Goldsmith's
Wood, el río se apartaba bruscamente de la carretera y de repente me encontré en otro mundo infinitamente más tranquilo. Los pájaros se agitaban y piaban en las ramas y pequeñas criaturas

invisibles se lanzaron al agua cuando me acerqué. El río, brillante y lánguido y enmarcado por colinas de árboles de colores otoñales, era muy hermoso y era todo para mí. Dos o tres kilómetros más adelante, me detuve para estudiar el mapa y me fijé en un lugar en una colina cercana llamado «La cueva del rey Arturo». No podía dejar pasar aquello, así que subí la colina y curioseé entre los lugares más probables. Después de aproximadamente una hora de trepar por rocas y árboles caídos, lo encontré, para mi leve asombro. No era mucho más que una cámara poco profunda tallada por la naturaleza en la cara de un acantilado de piedra caliza, pero tuve la agradable sensación de ser su primer visitante en años. En cualquier caso, no había ninguno de los signos habituales de grafitis de visitas y latas de cerveza abandonadas, lo que puede hacerlo único en Gran Bretaña, si no en el mundo.

Como pasaba el tiempo, decidí tomar un atajo a través de las colinas, pero olvidé que estaba en la parte superior de una banda muy estrecha de curvas. En consecuencia, un momento después me encontré descendiendo una colina más o menos perpendicular de una manera completamente involuntaria, bajando por el bosque con grandes saltos y los brazos extendidos de una manera que recordaba extrañamente a George Chakiris en *West Side Story*, excepto, por supuesto, que esto era Gales y George Chakiris no se cagó de terror. Finalmente, después de varios saltos mortales y un deslizamiento épico de ochenta metros sobre mi estómago, terminé en el borde mismo de un precipicio vertiginoso, con una vista clara y reluciente del Wye treinta metros más abajo. Miré hacia atrás, con el cuerpo repentinamente inmóvil, y me di cuenta de que mi pie izquierdo se había enganchado fortuitamente en un árbol joven. Si ese retoño no hubiera estado allí, yo no estaría aquí.

Murmurando «Gracias, Señor, te debo una» me puse de pie, me sacudí las ramitas y la hojarasca de la ropa y el musgo de la frente y, no sin bastante esfuerzo, trepé de regreso a la colina hasta el camino que tan destempladamente había abandonado. Cuando llegué a la orilla del río había pasado otra hora. Tardé aproximadamente otra más en llegar hasta Symonds Yat, un espacioso y boscoso risco en la cima de una colina formidable, con amplias vistas en muchas direcciones. La vista de un ala delta sobre el serpenteante río y un paisaje arcádico de campos y bosques que se extendía hasta las lejanas Montañas Negras era sumamente atractiva.

«No está mal, —me dije—, nada mal», y me pregunté si habría algún lugar cercano donde pudiera tomar una taza de té y tal vez


cambiarme los pantalones.

12

Para apreciar ciertas cosas tienes que ser británico o al menos mayor que yo, o posiblemente ambas cosas. Me refiero a Sooty, Tony Hancock, *Bill and Ben the Flowerpot Men*, la Marmite, la música *skiffle*, ese pasaje de *Morecambe y Wise* en el que Angela Rippon baila enseñando las piernas, Gracie Fields cantando *Sally*, George Formby haciendo cualquier cosa, *Dixon of Dock Green*, la salsa HP, los saleros con un solo gran agujero, las ferias itinerantes, hacer sándwiches con pan que tú mismo has cortado, el té con leche, los huertos, la creencia de que el cableado doméstico es un tema interesante de conversación, los trenes a vapor, las tostadas hechas en una parrilla de gas, pensar que ir a elegir papel pintado con tu pareja constituye un día razonablemente bueno, el vino hecho con algo más que uvas, los dormitorios y los baños sin calefacción, las rocas junto al mar, erigir cortavientos en una playa (¿por qué, Dios mío, vas a la playa si necesitas un cortavientos para estar en ella?) y tener interés en las elecciones municipales. Puede haber una o dos cosas más que no se me ocurran en este momento.

No digo que esas cosas sean malas, aburridas o equivocadas, simplemente que su valor y atractivo completos aún se me escapan. En esta categoría, también insertaría tentativamente Oxford.

Tengo el mayor respeto por la universidad y sus ochocientos años de incansable labor intelectual, pero debo confesar que no tengo del todo claro para qué sirve, ahora que Gran Bretaña ya no necesita administradores coloniales que puedan bromear en latín. Quiero decir, que ves a todos esos catedráticos y académicos pasar con grandes zancadas, absortos en profundas discusiones sobre la controversia de Leibniz-Clarke o la estética poskantiana y piensas: muy impresionante, pero ¿quizá

un poco indulgente en un país donde hay tres millones de desempleados y el último gran invento fueron los catafaros? Justo la noche anterior habían dado una noticia en *News at Ten*: Trevor McDonald estaba radiante de alegría al anunciar que Samsung Corporation estaba construyendo una nueva fábrica en Tyneside que daría trabajo a ochocientas personas que estaban dispuestas a usar monos naranjas y a practicar taichí durante media hora todas las mañanas. Ahora llámame filisteo recalcitrante, pero me parece —y ofrezco esta observación con espíritu amigable— que cuando la destreza industrial de una nación se ha desplomado tan bajo que depende de las empresas coreanas para su futura seguridad económica, tal vez sea el momento de volver a abordar las prioridades educativas y pensar un poco en lo que pondrá algo de comida en la mesa en 2010.

Recuerdo que una vez, hace años, vi una edición internacional especial del University Challenge entre un equipo de académicos británicos y otro de estadounidenses. El equipo británico ganó con tanta facilidad que ellos, Bamber Gascoigne y el público del estudio, se sintieron profunda y palpablemente avergonzados. Realmente fue la muestra más deslumbrante de superioridad intelectual. El puntaje final fue algo así como 12 000 a 2. Pero aquí está la cosa. Estoy seguro, más allá de la más mínima duda, de que si rastreamos a los competidores para ver qué ha sido de ellos desde entonces, nos encontraríamos con que cada uno de los estadounidenses está ganando 350 000 dólares al año negociando bonos o dirigiendo corporaciones, mientras que los británicos están estudiando las cualidades tonales de la música coral del siglo XVI en la Baja Silesia y llevan suéteres con agujeros.

Pero no te preocupes. Oxford ha sido preeminente desde la Edad Media, y estoy seguro de que lo seguirá siendo mucho después de que se haya convertido en la Universidad de Oxford (Sony
UK
Ltd.
). La universidad, hay que decirlo, se ha vuelto infinitamente más comercial. En el momento de mi visita, acababa de terminar una exitosa campaña quinquenal de recaudación de fondos por valor de 340 millones de libras esterlinas, que fue muy impresionante, y había aprendido el valor del patrocinio corporativo. Si revisas el folleto, verás que está plagado de referencias a cosas como la cátedra del nuevo trigo triturado (sin azúcar ni sal añadidos), la cátedra de Filosofía Oriental y la Escuela de Administración de Empresas Alfombras Harris. ¿Por qué pagar más? Miles de rollos en

stock a precios bajos todos los días.

Este negocio del patrocinio corporativo es algo que parece haberse infiltrado en la vida británica en general en los últimos años sin que se haya comentado mucho. Hoy en día tienes la Canon League, la Copa Coca-Cola, el Ever Ready Derby, el Embassy World Snooker Championships. No puede estar lejos el día en que tengamos cosas como Pop Tart Queen Mother de Kellogg's, Mitsubishi Corporation Proudly Presents Regents Park y Samsung City (anteriormente Newcastle).

Pero estoy divagando. Mi queja sobre Oxford no tiene nada que ver con la recaudación de fondos o la manera en que educa a sus estudiantes. Mi queja sobre Oxford es que gran parte es muy feo. Ven conmigo por Merton Street y te mostraré lo que quiero decir. Observa —mientras paseamos por la parte trasera de Christ Church, la estudiada calma de Corpus Christi y el suave resplandor dorado del Merton College— que estamos inmersos en un tesoro arquitectónico, uno de los conjuntos de edificios históricos más densos del mundo, y que Merton Street nos presenta una perspectiva incuestionablemente atractiva de edificios a dos aguas, elaborados portones de hierro forjado y hermosas casas adosadas de los siglos XVII y XVIII. Varias de las casas han sido levemente desfiguradas por la adición descuidada de cables eléctricos a sus fachadas (algo que otras naciones menos distraídas intelectualmente pondrían dentro), pero no importa. Se pasan por alto fácilmente. Pero ¿qué es esta intrusión ineludible al fondo? ¿Es una subestación eléctrica? ¿Un centro de rehabilitación diseñado por los internos? No, es el barrio de Warden's Quarters del Merton College, una pequeña pizca de excrecencia sin sentido de los años sesenta en una calle por lo demás en gran parte impecable.

Ahora ven conmigo mientras retrocedemos a Kybald Street, una calle olvidada perdida en medio de un laberinto de pequeñas y pintorescas calles entre Merton Street y High. En su extremo este, Kybald Street termina en una minúscula plaza que pide a gritos una fuente y tal vez algunos bancos. Pero lo que encontramos en su lugar es un revoltijo desordenado de coches aparcados en doble y triple fila. Ahora vamos a Oriel Square: un revoltijo aún más desordenado de coches estacionados. Luego sigamos a Cornmarket

(evita mirar; esto es verdaderamente espantoso), pasemos Broad Street y Saint Giles (todavía más desorden automovilístico) y finalmente detengámonos, exhaustos y desanimados, fuera de la inconcebible monstruosidad de hormigón que son las Oficinas de la Universidad en la absurdamente llamada Wellington Square. No, no lo hagamos. Pasemos de nuevo por Cornmarket, a través de la horrible monotonía de techos bajos y mal iluminada del centro comercial Clarendon, hasta Queen Street, pasemos el igualmente desagradable centro comercial Westgate y la biblioteca central con sus ventanas despiadadas y fijas, y descansemos en la pústula descomunal que es la oficina central del Consejo del Condado de Oxfordshire. Podríamos continuar a través de Saint Ebbes, más allá del brutal recinto de los juzgados de primera instancia, a lo largo de la sombría extensión de Oxpens Road, con sus centros de neumáticos y de tubos de escape, su pista de patinaje sobre hielo y sus aparcamientos patéticamente descuidados, y salir a la ajetreada miseria de Park End Street, pero creo que podemos detenernos con seguridad aquí en el Consejo del Condado y salvar nuestras piernas cansadas.

Ahora bien, nada de esto me molestaría mucho si no fuera porque todo el mundo, pero todo el mundo con quien hablas en Oxford, piensa que es una de las ciudades más bellas del planeta, con todo lo que eso implica en términos de conservación cuidadosa y habitabilidad general. Ahora sé que Oxford tiene lugares de indecible belleza. Christ Church Meadow, Radcliffe Square, los patios universitarios, Catte Street y Turl Street, Queens Lane y gran parte de High Street, el jardín botánico, Port Meadow, University Parks, Clarendon House, todo el norte de Oxford… todo muy bien. Tiene la mejor colección de librerías del mundo, algunos de los *pubs* más espléndidos y los museos más maravillosos de cualquier ciudad de su tamaño. Tiene un excelente mercado cubierto. Cuenta con el Sheldonian Theatre. Tiene la Bodleian Library. Tiene una dispersión de perspectivas que derrite el corazón.

Pero también hay muchas cosas que están muy mal. ¿Cómo ha ocurrido? Esta es una pregunta seria. ¿Qué tipo de convulsión loca fue la que se apoderó de los planificadores, arquitectos y autoridades universitarias de la ciudad en los años sesenta y setenta? ¿Sabías que una vez se propuso seriamente derribar Jericho, un distrito de finas casas de artesanos, y hacer un desvío justo a través de Christ Church Meadow? Estas ideas no solo estaban equivocadas, sino que eran una locura criminal. Y, sin embargo, en menor escala, se repetían una y otra vez por toda la

ciudad. Solo mira el Merton College
Warden's
Quarters, que no es de ninguna manera el peor edificio de la ciudad. Qué notable serie de improbabilidades fueron necesarias para su construcción… Primero, algún arquitecto tuvo que diseñarlo, tuvo que vagar por una ciudad impregnada de ochocientos años de tradición arquitectónica, y, con mucho cuidado, concebir una estructura que pareciera una tostadora con ventanas. Luego, un comité de mentes finamente educadas en Merton tuvo que mostrar la más extraordinaria indiferencia hacia sus responsabilidades para con la posteridad y decirse a sí mismos: «Hemos construido hermosos edificios desde 1264, vamos a hacer uno feo para variar. —Entonces las autoridades de planificación tuvieron que decir—: Bueno, ¿por qué no? Es mucho peor en Basildon». Así que toda la ciudad —estudiantes, catedráticos, comerciantes, oficinistas, miembros del Oxford Preservation Trust— tuvieron que aceptar y no armar un escándalo. Multiplica eso por, digamos, 200 o 300 o 400 y tendrás el Oxford moderno. ¿Y me dicen que es una de las ciudades más bonitas y mejor conservadas del mundo? Me temo que no. Es una ciudad hermosa que ha sido tratada con gran indiferencia y lamentable incompetencia durante demasiado tiempo, y todos los habitantes de Oxford deberían sentirse un poco avergonzados.

¡Dios mío! ¡Qué arrebato! Vamos a relajarnos y veamos algunas cosas buenas. El Ashmolean, por ejemplo. Qué institución tan maravillosa, el museo público más antiguo del planeta Tierra y sin duda uno de los mejores. ¿Cómo es que siempre está tan vacío? Pasé allí una larga mañana examinando cortésmente las antigüedades, y tenía todo el museo solo para mí excepto por un grupo de escolares a los que de vez en cuando se podía ver corriendo entre las salas perseguidos por un profesor de aspecto apurado. Luego di un paseo hasta
Pitt-Rivers
y los University Museums, que también son muy agradables en su pintoresca forma de bienvenida a la década de 1870. Recorrí
Blackwell's
y
Dillon's,
curioseé en Balliol y Christ Church, deambulé por University Parks y Christ Church Meadow, recorrí Jericho y las hermosas mansiones del norte de Oxford.

Quizá soy demasiado duro con el pobre Oxford. Quiero decir

que es básicamente un lugar maravilloso, con sus *pubs* llenos de humo y sus librerías y su aire académico, siempre y cuando fijes tu mirada en las cosas buenas y nunca te acerques a Cornmarket o George Street. Me gusta especialmente por la noche, cuando el tráfico disminuye lo suficiente como para que no necesites una máscara de oxígeno y High Street se llena de esas furgonetas de *doner kebabs* misteriosamente populares, que no me tientan (¿cómo puede alguien comer algo que parece que ha sido cortado en la pierna de un hombre muerto?), pero que tienen esa especie de brillo seductor propio de las pinturas de Hopper. Me gusta la oscuridad de las callejuelas secundarias que vagan entre altos muros, donde casi esperas ser ensartado y descuartizado por Jack el Destripador, o posiblemente por un mayorista de *doner kebabs*. Me gusta pasear por Saint Giles para sumergirme en la ajetreada convivencia del restaurante
Brown's,
un lugar maravilloso y acogedor donde, tal vez de manera única en toda Gran Bretaña, puedes disfrutar de una excelente ensalada César y una hamburguesa con queso y beicon sin tener que soportar música a todo volumen y todos esos sucedáneos de carteles de la Ruta 66. Sobre todo, me gusta beber en los *pubs*, donde puedes sentarte con un libro y no ser visto como un sinvergüenza social, y estar entre jóvenes risueños y animados y perderte en ensoñaciones de cómo era cuando tú también tenías energía y un estómago plano y pensabas en el sexo como algo más que una buena oportunidad para acostarte.

Con excesivo ímpetu, había dicho que me quedaría tres noches cuando reservé mi hotel y, a media mañana del tercer día, comenzaba a sentirme un poco inquieto, así que decidí dar un paseo hasta Sutton Courtenay sin otra razón que el hecho de que George Orwell está enterrado allí y parecía estar a la distancia correcta. Salí de la ciudad a través de una vega hasta North Hinksey y luego hacia
Boar's
Hill a través de un área llamada, con curiosa indecisión, Chilswell Valley o Happy Valley. Había llovido durante la noche y la pesada tierra arcillosa se pegaba a mis botas y hacía que la marcha fuera ardua. Pronto tuve una acumulación de lodo que duplicó el tamaño de mis pies. Un poco más adelante, el camino estaba cubierto de gravilla, presumiblemente para facilitar el avance, pero, de hecho, la gravilla también se adhirió a mis botas embarradas, de modo que parecía que caminaba con dos bollos de grosella muy grandes en mis pies. En la cima de

Boar’s
Hill me detuve para disfrutar de la vista —la misma que llevó a Matthew Arnold a soltar esa tontería sobreexcitada sobre las «agujas de ensueño», y que ha sido cruelmente saqueada por esas torres de alta tensión que Oxfordshire tiene en mayor abundancia que cualquier otro condado— y luego me quité el barro de las botas con un palo.

Boar’s Hill tiene algunas casas grandes y atractivas, pero no creo que hubiera podido instalarme allí. Observé tres caminos con letreros que decían «Prohibido pasar». Ahora dime, ¿cuán mezquino debes ser, cuán ridículamente posesivo con tu pedacito de césped, para poner un letrero como ese? ¿Qué daño puede haber en que una persona perdida o desviada dé la vuelta con el coche al borde de tu camino de entrada? Siempre me propongo dar la vuelta en esos caminos, tanto si lo necesito como si no, y te insto a que te unas a mí en esta práctica. Siempre es una buena idea tocar el claxon dos o tres veces para asegurarte de que el dueño lo vea. Además, ya que lo pienso, ¿puedo pedirte también que cojas tu correo no deseado, sobre todo cuando te invita a asumir más deudas, y se lo devuelvas al remitente en el sobre franqueado? Sería un gesto mucho más efectivo si miles de personas lo hiciéramos.

Llegué a Abingdon por un camino secundario desde Sunningwell. Abingdon tenía una de las urbanizaciones mejor cuidadas que creo haber visto en mi vida, enormes extensiones de césped y casas ordenadas, y un hermoso ayuntamiento construido sobre pilotes como si alguien esperara una inundación por una lluvia torrencial de una duración de cuarenta días, pero eso es todo lo que estoy preparado para decir de Abingdon. Tiene la zona comercial más espantosa, que más tarde supe que había sido creada tras derribar una serie de casas medievales, y una especie de compromiso obstinado con la fealdad en sus alrededores.

Sutton Courtenay parecía mucho más lejos de lo que recordaba en el mapa, pero fue un paseo agradable con frecuentes vistas al Támesis. Es un lugar encantador, con algunas casas elegantes, tres *pubs* de aspecto agradable y un pequeño parque con un monumento a los caídos, al lado del cual se encuentra el cementerio donde no solo descansa George Orwell, sino también
H.

H.
Asquith. Llámame el eterno granjero de Iowa, pero nunca deja de impresionarme la densidad de población de esta pequeña isla. Qué

notable es que en el cementerio de una sola aldea encuentres las tumbas de dos hombres de estatura mundial. Nosotros en Iowa estaríamos orgullosos de cualquiera de ellos, de hecho, estaríamos orgullosos de Trigger, el Caballo Maravilla o del tipo que inventó los conos de tráfico, o de casi cualquier persona.

Entré en el cementerio y encontré la tumba de Orwell. En ella crecían tres rosales desaliñados y había algunas flores artificiales en un frasco de cristal, ante una simple lápida con una inscripción curiosamente concisa:

Aquí yace Eric Arthur Blair
Nacido el 25 de junio de 1903
Muerto el 21 de enero de 1950

No es muy sentimental, ¿no crees? Cerca estaba la tumba de Herbert Henry Asquith. Era una de esas urnas grandes, y se estaba hundiendo en el suelo de una manera alarmante. Su inscripción también iba misteriosamente al grano. Decía simplemente:

Conde de Oxford y Asquith
Primer Ministro de Inglaterra
Abril de 1908 a diciembre de 1916
Nacido el 12 de septiembre de 1852
Muerto el 15 de febrero de 1928

¿Notas algo raro ahí? Apuesto a que sí, si eres escocés o galés. Todo el lugar era un poco extraño. Quiero decir, allí había un cementerio que contenía la tumba de un autor famoso, pero a alguien se le había olvidado por completo decir que lo había sido, y otra de un hombre cuyos descendientes aparentemente habían desestimado el nombre del primer ministro, y que parecía seriamente en peligro de ser tragado por la tierra. Junto a Asquith yacía un tal Ruben Loveridge que «se durmió el 29 de abril de 1950» y cerca había una tumba compartida por dos hombres: Samuel Lewis 1881-1930 y Alan Slater 1924-1993. Una pequeña comunidad intrigante, un lugar donde los hombres son sepultados juntos y te entierran si te quedas dormido.

Pensándolo bien, creo que nosotros, los habitantes de Iowa, estaríamos contentos de que se quedaran con Orwell y Asquith mientras pudiéramos tener al tipo que fue enterrado vivo.

13

Suspendí temporalmente mis principios y alquilé un coche para tres días. Bueno, tenía que hacerlo. Quería ver los Cotswolds y no tardé demasiado en darme cuenta de que no puedes ver los Cotswolds a menos que tengas tu propia fuerza motriz. Ya en 1933,
J.

B.
Priestley señaló en *English Journey* que, incluso entonces, en aquellos días dorados anteriores al Beeching, solo había una línea que cruzaba los Cotswolds. Ahora ni siquiera hay eso, salvo una que lo bordea inútilmente.

Así que alquilé un coche en Oxford y partí con esa vertiginosa sensación de tener posibilidades ilimitadas que surge cuando me encuentro a cargo de dos toneladas de metal desconocido. Mi experiencia con los coches de alquiler es que, por lo general, no te dejan salir de una ciudad hasta que han tenido la oportunidad de despedirse de la mayor parte de ella. El mío me llevó en un largo recorrido por Botley y Hinkley, en un giro nostálgico más allá de las obras de Rover en Cowley y fuera de Blackbird Leys antes de darme dos vueltas en una rotonda y arrojarme, como una nave espacial en órbita planetaria, de regreso a la ciudad. Era incapaz de hacer nada al respecto, en gran parte porque mi atención estaba preocupada por intentar desconectar el limpiaparabrisas trasero, que parecía tener vida propia, y averiguar cómo quitar una nube opaca de líquido espumoso de lavado del limpiaparabrisas delantero, que había salido disparado en grandes chorros oscurecedores, independientemente de qué interruptor pulsara o qué palanca moviera.

Al menos me dio la oportunidad de ver el poco conocido pero intrigante edificio de la Junta de Comercialización de Patatas de Cowley, en cuyo estacionamiento me detuve para dar la vuelta

cuando me di cuenta de que estaba completamente perdido. El edificio era una importante construcción de la década de 1960, de cuatro plantas de altura y lo suficientemente grande, adiviné, para acomodar a cuatrocientos o quinientos trabajadores. Salí para limpiar el parabrisas con algunas páginas arrancadas de un manual del usuario que encontré en la guantera, pero pronto me quedé mirando la impresionante grandeza de la sede de la Junta de Comercialización de Patatas. La escala era bastante asombrosa. ¿Cuántas personas se necesitan para comercializar patatas, por el amor de Dios? Debe de haber puertas marcadas como «Departamento del Rey Eduardo» y «División de ingredientes inusuales», personas con camisas blancas sentadas alrededor de mesas largas mientras un tipo con un rotafolio les cuenta planes emocionantes para la campaña de otoño de Pentland Squires. ¿En qué extraño universo circunscrito deben de vivir? Imagina dedicar toda tu vida laboral a los tubérculos comestibles, perder el sueño porque alguien se ha convertido en el número dos en Crujientes y Rehidratadas o porque el gráfico de las Maris Piper cae en picado. Imagínatelos en un cóctel. No soporto ni pensarlo.

Regresé al coche y pasé un tiempo experimentando con los controles y pensando cuánto odiaba esas cosas. Algunas personas están hechas para los coches y otras no. Es tan simple como eso. Odio conducir coches y odio pensar en coches y odio hablar de coches. Odio especialmente cuando compras un coche nuevo y vas al *pub* porque alguien siempre comienza a interrogarte al respecto, lo cual temo porque ni siquiera entiendo las preguntas.

—Así que tienes un coche nuevo, ¿eh? —dicen—. ¿Qué tal se conduce?

—Verás, ya estoy perdido. Bueno, como un coche. ¿Por qué, nunca has estado en uno?

Y luego comienzan a acribillarte a preguntas. ¿Qué tipo de kilometraje obtienes? ¿Cuántos litros consume? ¿Cuál es el par? ¿Lleva árboles de levas gemelos o un alternador con carburador de dos cilindros con una pica completa y un desmontaje de doble giro? No puedo entender por qué alguien querría saber toda esa mierda sobre una máquina. No tienes ese tipo de interés por nada más. Siempre quiero decir: «Oye, me he enterado de que tienes una nevera nueva. ¿Cuántos litros de freón tiene? ¿Cuál es su calificación de BTU? ¿Cuánto enfría?».

Este automóvil tenía la variedad habitual de interruptores y palancas, cada uno ilustrado con un símbolo diseñado para confundir. Realmente, ¿qué se puede hacer con un interruptor

etiquetado como IOI? ¿Cómo se puede esperar que alguien se dé cuenta de que un rectángulo que parece un televisor con mala recepción indique el calentador de la ventana trasera? En medio de este tablero había dos esferas circulares de igual tamaño. Una indicaba claramente la velocidad, pero la otra me desconcertaba por completo. Tenía dos punteros, uno de los cuales avanzaba muy lentamente y el otro no parecía moverse en absoluto. Lo miré un buen rato antes de que finalmente me diera cuenta de que era un reloj.

Cuando encontré el camino a Woodstock, dieciséis kilómetros al norte de Oxford, estaba bastante exhausto y muy feliz de detenerme contra un bordillo y abandonar el coche durante unas horas. Debo decir que me gusta mucho Woodstock. Me han dicho que puede ser una especie de pesadilla en verano, pero solo lo he visto fuera de temporada y siempre me ha parecido espléndido. Sus casas georgianas tienen un aire confiado, casi majestuoso, sus *pubs* son numerosos y acogedores, sus tiendas interesantes y variadas y sus fachadas uniformemente vírgenes. No hay una pieza de latón en la ciudad que no brille. La oficina de correos tenía un letrero negro y plateado pasado de moda, mucho más elegante y con clase que el logotipo rojo y amarillo que utilizan ahora, e incluso el Barclays Bank había logrado resistir de alguna manera la tentación de cubrir la fachada de su edificio con un montón de plástico azul aguamarina.

High Street estaba llena de Volvos aparcados y de compradores vestidos con trajes de *tweed* con cestas de rafia colgadas del brazo. Deambulé por las tiendas, deteniéndome de vez en cuando para mirar los escaparates, y pasé frente a las orgullosas casas georgianas antes de llegar abruptamente a la entrada del Palacio y Parque de Blenheim. Debajo de un imponente arco ornamental había una taquilla y un letrero que decía que la entrada para un adulto costaba 6,90 libras, aunque una inspección más cercana reveló que incluía la entrada al recorrido por el palacio, la casa de las mariposas, el tren en miniatura, el parque de aventuras y toda una cornucopia de diversiones culturales. Más abajo, el cartel indicaba que la entrada al recinto solo costaba 90 peniques. Puede que me engañen fácilmente, pero nadie me quita 90 peniques sin una buena razón. Tenía un mapa fiable de Ordnance Survey y pude ver que se trataba de un derecho de paso público, así que crucé la puerta con una mueca y mi mano en mi billetera, y el hombre de la taquilla decidió sabiamente no tratar de manipularme.

La transformación cuando pasas por la puerta es inmediata y

sorprendente. Por un lado, te encuentras en un pueblo ajetreado y, por el otro, te encuentras repentinamente en una Arcadia rural de ese tipo que parece incompleta sin un par de figuras de Gainsborough deambulando por allí. Ante mí se extendían ochenta hectáreas de paisaje cuidadosamente compuesto, castaños robustos y elegantes sicómoros, césped con estanques, un lago ornamental dividido en dos por un puente imponente y, en el centro de todo, el monumental edificio barroco del Palacio de Blenheim. Era todo muy bonito.

Seguí el sinuoso camino a través de los terrenos, pasé el palacio y el concurrido aparcamiento de visitantes, y rodeé la periferia de los Jardines del Placer. Volvería para verlos, pero en ese momento me dirigía al otro lado del parque, a una salida al otro extremo de la carretera a Bladon. Bladon es un pequeño lugar anodino que tiembla bajo el peso del tráfico de mercancías, pero en su centro está el cementerio donde yace enterrado Winston Churchill. Había comenzado a llover y, como era una pequeña caminata por un camino muy transitado, me pregunté si valía la pena el esfuerzo, pero cuando llegué me alegré de haberlo hecho. El cementerio era precioso y estaba aislado, y la tumba de Churchill era tan modesta que me costó encontrarla entre las lápidas que se desmoronaban. Yo era el único visitante. Churchill y Clemmie compartían una parcela simple y aparentemente olvidada, que encontré muy conmovedora e impresionante. Viniendo como vengo de un país donde incluso los presidentes más oscuros e inútiles tienen una enorme biblioteca conmemorativa cuando la palman —incluso Herbert Hoover, allá en Iowa, tiene un lugar que parece la sede de la Organización Mundial del Comercio—, es sorprendente pensar que el estadista más grande de Gran Bretaña del siglo XX fuera conmemorado con solo una modesta estatua en la Plaza del Parlamento y esta sencilla tumba. Me impresionó esta encomiable demostración de moderación.

Volví sobre mis pasos hasta Blenheim y olfateé los Jardines del Placer y otras atracciones al aire libre. «Los Jardines del Placer» aparentemente era la abreviatura de «Los Jardines del Placer de quedarnos con tu dinero», ya que parecían dedicados en gran medida a ayudar a los visitantes a desembolsar más dinero en la tienda de regalos y en el salón de té o comprando puertas de jardín, bancos y otros artículos similares producidos por el aserradero de Blenheim. Docenas de personas curioseaban felices y aparentemente imperturbables por la idea de que habían pagado 6,90 libras esterlinas por el privilegio de mirar el tipo de artículos que podrían ver gratis en cualquier centro de jardinería decente. Cuando salí de

los jardines y volví hacia el palacio, aproveché la oportunidad para estudiar el tren de vapor en miniatura. Recorría un tramo de vía decididamente modesto en un rincón del recinto. La visión de cincuenta ingleses agazapados en un trenecito bajo una fría llovizna gris esperando a que los llevaran a 200 metros y pensando que se estaban divirtiendo es algo que tardaré en olvidar.

Seguí un camino pavimentado hasta la fachada del palacio y crucé el gran puente de Vanbrugh hasta la columna poderosa y absurdamente egocéntrica que el primer duque de Marlborough erigió en la cima de una colina que domina el palacio y el lago. Realmente es el edificio más extraordinario, no solo porque esté elevado y sea impresionante, sino porque domina la vista desde al menos cien ventanas del palacio. ¿Qué tipo de persona, me preguntaba, erigiría una columna de 30 metros de altura para sí mismo en sus propios terrenos? Qué sorprendente era el contraste con la sencilla tumba de la querida Winnie.

Tal vez soy un poco simple, pero siempre me ha parecido que la escala del Palacio de Blenheim y la del logro de Marlborough son curiosamente desproporcionadas. Puedo entender que, en un momento de loco regocijo, una nación agradecida podría haberle otorgado, digamos, dos semanas de multipropiedad por vida en Canarias y tal vez un juego de cubiertos o un *teasmade*, pero no puedo, por nada del mundo, entender cómo se podría considerar que una dispersión de triunfos en lugares oscuros como Oudenard y Malplaquet pudieron dar derecho al viejo conspirador a una de las grandes casas de Europa y a un ducado. Más extraordinario aún me parece pensar que, casi trescientos años después, los herederos del duque puedan ensuciar los terrenos con trenes en miniatura y castillos hinchables, cobrar entrada y disfrutar de puestos de rango y privilegio simplemente porque un abuelo distante resultó tener un talento pasajero para ganar batallas. Me parece un arreglo de lo más excéntrico.

Recuerdo haber leído una vez que el décimo duque de Marlborough, en una visita a la casa de una de sus hijas, anunció consternado desde lo alto de las escaleras que su cepillo de dientes no tenía la espuma adecuada. Resultó que su ayuda de cámara siempre le ponía pasta de dientes en el cepillo y, como consecuencia, el duque no sabía que los utensilios dentales no hacían espuma espontáneamente. Y aquí concluyo mi exposición.

Mientras estaba parado allí contemplando la vista y reflexionando sobre la curiosa práctica de la primogenitura, una mujer joven muy bien arreglada montada en un caballo bayo pasó

al trote muy cerca de mí. No tengo ni idea de quién era, pero tenía aspecto de ser rica y privilegiada. Le dediqué una leve sonrisa, como la que uno suele brindar a los extraños en un lugar abierto, y ella me devolvió una mirada, seria, como si yo no fuera lo suficientemente importante como para sonreírme. Así que hice el gesto de dispararle con el dedo. Luego volví al coche y arranqué.
Pasé dos días conduciendo por los Cotswolds y no me gustó nada, no porque los Cotswolds fueran feos, sino porque lo era el coche. Estás aislado del mundo en un vehículo en movimiento, y el ritmo es totalmente incorrecto… Me había acostumbrado a moverme a la velocidad de un peatón o al menos a la velocidad de los trenes británicos, que, a menudo, por supuesto, es casi igual. Así que, con alivio, después de pasar un día por varios Chippings y Slaughters y Tweeness-upon-the-Waters, abandoné el coche en un aparcamiento de Broadway y me puse a andar.

La última vez que vi Broadway, una tarde de agosto de hace unos años, era una pesadilla de tráfico esclerótico y de bandadas de excursionistas arrastrando los pies; pero ahora, fuera de temporada, parecía tranquilo y olvidado, y High Street estaba casi vacía. Es un lugar casi absurdamente bonito, con sus techos inclinados, sus ventanas con parteluces, sus prolíficos gabletes y sus pequeños jardines recortados. Hay algo especial en esa piedra dorada de Cotswold, la forma en que absorbe la luz solar y luego la devuelve, de modo que incluso en los días más aburridos los pueblos como Broadway parecen estar disfrutando de un resplandor perenne. Ese día, de hecho, era soleado y hermoso, con solo un toque de frescura otoñal en el aire que le daba al mundo una maravillosa sensación de limpieza y claridad. A medio camino de High Street encontré un poste que indicaba el camino de Cotswold y me adentré en una calle entre edificios antiguos. Seguí el recorrido a través de un prado soleado y subí la larga pendiente hacia la Torre Broadway, una locura descomunal en lo alto del pueblo. La vista desde la cima sobre el amplio valle de Evesham mostraba, como siempre desde esos puntos, sensacionales trapecios ondulantes de tierras de cultivo que se deslizaban hacia una neblina de colinas boscosas distantes. Gran Bretaña sigue teniendo más paisajes que parecen una ilustración de un libro de cuentos para niños que cualquier otro país que conozca, un logro notable en una pequeña isla tan densamente poblada y con tanta mentalidad industrial. Y, sin embargo, no pude evitar sentir que la vista puede que hubiera sido más bucólica y gratificante hace diez o quizá veinte años.

Es fácil olvidar, en un paisaje tan atemporal y atractivo, tan sociablemente arraigado a un pasado antiguo, con qué facilidad cambia. El panorama que tenía ante mí incorporaba torres de alta tensión, urbanizaciones dispersas y los distantes destellos soleados de los centros comerciales. Mucho peor, la red densa y cuidadosamente tejida de setos mostraba señales claras de estar deshilachada y desarticulada, como el patrón de una colcha con flecos arrancados por dedos ociosos. Aquí y allá, fragmentos de setos cubiertos de maleza permanecían varados y abandonados en medio de campos que, por lo demás, no tenían rasgos distintivos.

¿Sabías que entre 1945 y 1985 Inglaterra perdió unos 155 000 kilómetros de setos, suficientes para rodear la tierra cuatro veces? Tan confusa ha sido la política del gobierno hacia el campo que durante un período de veinticuatro años los agricultores podían obtener una subvención para plantar setos y otra para arrancarlos. Entre 1984 y 1990, a pesar de la retirada de dinero del gobierno para arrancar los setos, se perdieron otros cinco mil kilómetros. A menudo dicen (y lo sé porque una vez pasé tres días en un simposio sobre setos, ¡las cosas que hago para poderle comprar Reeboks a mis hijos!) que los setos son, de hecho, una característica transitoria del paisaje, una reliquia del antiguo movimiento de cercado, y que intentar salvarlos no hace más que frustrar la evolución natural del paisaje. De hecho, se escucha cada vez más la opinión de que la conservación de todo tipo es quisquillosa, retrógrada y un impedimento para el progreso. Mientras escribo, tengo ante mí una cita de Lord Palumbo que argumenta que toda la vaga noción de patrimonio «lleva el equipaje de la nostalgia por una edad de oro inexistente que, de haber existido, bien podría haber sido la muerte de la invención», tan fatuo que me rompe el corazón.

Aparte de la consideración de que, si se sigue ese argumento hasta su conclusión lógica, se derribarán Stonehenge y la Torre de Londres, de hecho, muchos setos han estado allí durante mucho mucho tiempo. En Cambridgeshire, sé de un seto particularmente hermoso, llamado Judith’s Hedge, que es más antiguo que la Catedral de Salisbury, más antiguo que la Catedral de York, más antiguo que todos los edificios de Gran Bretaña, excepto un puñado, y, sin embargo, ninguna ley se interpone entre él y su destrucción. Si hubiera que ensanchar el camino o si los propietarios decidieran que prefieren que la propiedad esté delimitada por postes y alambre de púas, solo sería cuestión de un par de horas demoler novecientos años de historia

viva. Eso es una locura. Al menos la mitad de los setos en Gran Bretaña son anteriores a los movimientos de cercado y quizás hasta una quinta parte se remonta a la época anglosajona. De todos modos, el motivo de salvarlos no es que hayan estado ahí desde siempre, sino que realzan de forma clara e inequívoca el paisaje. Son una parte central de lo que hace que Inglaterra sea Inglaterra. Sin ellos, solo sería Indiana con campanarios.

A veces eso me enerva. En este país tienes el paisaje más hermoso, más parecido a un parque, el más impecablemente combinado que el mundo haya conocido jamás, un producto de siglos de incansable e instintiva mejora, y estamos a media generación de destruir la mayor parte para siempre. No estamos hablando aquí de «nostalgia de una edad de oro inexistente». Estamos hablando de algo verde, vivo e incomparablemente hermoso. Así que, si una sola persona más me dice: «Los setos no son realmente una característica antigua del paisaje», muy probablemente le dé un puñetazo en los morros. Soy un gran creyente de la famosa máxima de Voltaire: «Señor, puede que no esté de acuerdo con lo que dice, pero defenderé hasta la muerte su derecho a ser un completo imbécil», aunque llega un momento en que hay que trazar una línea.

Salí por un camino boscoso hacia Snowshill, a cinco kilómetros de distancia. Las hojas eran doradas y herrumbrosas y el cielo era vasto, azul y vacío salvo por una ocasional bandada de pájaros migratorios que avanzaba lentamente. Era un día maravilloso para estar al aire libre, el tipo de día que te hace hinchar el pecho y cantar «Zippity Doo Dah» con la voz de Paul Robeson. Snowshill dormitaba al sol, un grupo de casitas de piedra reunidas alrededor de un prado verde inclinado. Compré una entrada para Snowshill Manor, ahora en manos del National Trust, pero que desde 1919 hasta 1956 fue el hogar de un personaje excéntrico llamado Charles Wade, quien dedicó su vida a acumular una variedad vasta y desenfocada de cosas, algunas de ellas muy interesantes —aunque buena parte son poco más que trastos—: clavicordios, microscopios, tapices flamencos, cajas de rapé y de tabaco, mapas y sextantes, armaduras de samurái, biciclos… hasta que llenó su casa de tal manera que no quedó espacio para él. Pasó sus últimos años viviendo felizmente en una dependencia que, al igual que la casa, se ha conservado tal como estaba el día de su muerte. Disfruté mucho, y luego, cuando el sol se hundía en el oeste y el mundo se llenaba de largas sombras y de un vago y cautivador olor a humo de leña, volví caminando a mi coche como un hombre feliz.

Pasé la noche en Cirencester y al día siguiente, después de una agradable visita al pequeño Museo Corinium —con su destacada pero curiosamente poco conocida colección de mosaicos romanos, monedas y otros artefactos—, me dirigí a Winchcombe para ver los objetos reales *in situ*. Verás, en una colina sobre Winchcombe, hay un sitio poco visitado, tan singular y maravilloso que incluso dudo de si mencionarlo. La mayoría de los relativamente pocos visitantes que se entrometen en este rincón tranquilo de los Cotswolds generalmente se contentan con una mirada alrededor del castillo de Sudeley o una caminata hasta la remota joroba del famoso túmulo Belas Knap. Pero me dirigí directamente a un sendero cubierto de hierba llamado Camino de la Sal, porque en la época medieval se transportaba sal a lo largo de él. Fue un paseo encantador a través de campo abierto, con largas vistas de valles nítidamente definidos que parecían no haber visto nunca un automóvil o escuchado el sonido de una motosierra.

En un lugar llamado Cole's Hill, el sendero se adentraba abruptamente en un bosque cubierto de maleza, oscuro y de aspecto primitivo, casi impenetrable por las zarzas. Sabía que mi objetivo estaba en algún lugar de los alrededores. Era un sitio que figuraba en el mapa como «Villa romana (restos de)». Durante quizá media hora, atravesé la maleza con mi bastón antes de llegar a los cimientos de un antiguo muro. Parecían poco más que los restos de una vieja pocilga, pero, unos metros más allá, casi oscurecidos por la hiedra salvaje, había más muros bajos, toda una serie de ellos, a ambos lados del camino. El sendero en sí estaba pavimentado con losas bajo una alfombra de hojas mojadas, y supe que estaba en la villa. En una de las cámaras relictas, el suelo había sido cuidadosamente cubierto con sacos de plástico de fertilizantes lastrados con piedras en cada esquina. Eso es lo que había ido a ver. Un amigo me lo había contado, pero en realidad no lo había creído. Porque debajo de esas bolsas había un mosaico romano prácticamente completo, de unos cinco metros cuadrados, exquisitamente modelado y perfectamente conservado, excepto por pequeñas fracturas en los bordes.

No puedo decirte lo extraño que me resultaba estar en un bosque olvidado, en lo que alguna vez había sido, en un pasado inconcebiblemente lejano, el hogar de una familia romana, mirando un mosaico colocado hace al menos 1600 años, cuando era un lugar abierto y soleado, mucho antes de que este antiguo bosque creciera a su alrededor. Una cosa es verlo en un museo, y otra muy distinta

encontrarte uno en el lugar donde fue colocado por primera vez. No tengo ni idea de por qué no lo habían sacado y llevado a algún lugar como el Museo Corinium. Supongo que es un descuido terrible, pero estoy muy agradecido de haber tenido la oportunidad de verlo. Me senté durante mucho rato en una piedra, fascinado por el asombro y la admiración. No sé qué se apoderó de mí más, si la idea de que aquella gente vestida con togas había estado alguna vez allí, hablando en latín vernáculo, o que siguiera aquí, intacta e imperturbable, en medio de esta maraña de vegetación.

Esto puede sonar terriblemente estúpido, pero por primera vez me di cuenta de una manera profunda de que todas esas antigüedades romanas que había contemplado a lo largo de los años no fueron creadas con la intención de terminar algún día en los museos. Como el mosaico todavía estaba en su ubicación original, debido a que no había sido acordonado y colocado dentro de un edificio moderno, todavía era clara y radiantemente un suelo y no simplemente un objeto para entretener. Era algo destinado a ser pisado y usado, algo que sin duda había sentido el roce de las sandalias romanas. Tenía un extraño tipo de hechizo que me dejó silenciosamente anonadado.

Después de mucho rato, me levanté y coloqué con cuidado todos los sacos de fertilizante y volví a lastrarlos con piedras. Cogí mi bastón, inspeccioné mi trabajo para asegurarme de que todo estaba en orden, luego me di la vuelta y comencé el largo proceso de volver a ese lugar extraño y descuidado que es el siglo XX.

14

Fui a Milton Keynes pensando que al menos debería echarle un vistazo a una ciudad nueva. Se tarda un poco en llegar a Milton Keynes desde Oxford, lo cual es un poco extraño porque está justo al final de la carretera. La seleccioné como mi destino tras echar un vistazo rápido a un mapa de carreteras, asumiendo que, en el peor de los casos, tendría que subirme a un tren a Bicester o a algún lugar similar y luego a otro desde allí. De hecho, tuve que regresar a Londres, tomar un tren subterráneo a Euston y luego otro hasta Milton Keynes, un viaje total de quizá ciento noventa kilómetros para viajar entre dos ciudades separadas por unos cincuenta kilómetros.

Fue pesado, consumió mucho tiempo y me dejó un poco irritable, sobre todo porque el tren de Euston estaba repleto y terminé sentado frente a una mujer quejumbrosa y su hijo de diez años, que no dejaba de darme pataditas en las espinillas y aumentaba mi irritación, si cabe, mirándome con ojos de cerdito mientras se hurgaba la nariz y se comía los mocos. Parecía considerar su nariz como una especie de dispensador de refrigerios en la mitad de la cara. Traté de concentrarme en un libro, pero descubrí que mis ojos se elevaban repetidamente en contra de mis deseos para encontrarlo observándome con una mirada engreída y un dedo ocupado. Era bastante repelente y me sentí muy complacido cuando el tren finalmente se detuvo en Milton Keynes, pude bajar mi mochila del portaequipajes superior y arrastrarla sobre su cabeza mientras salía.

No odié Milton Keynes de inmediato, lo cual supongo que es todo lo que se puede esperar de ese lugar. Sales de la estación y entras en una gran plaza abierta rodeada en tres de sus lados por edificios de vidrio reflectante, y tienes una sensación instantánea de amplitud como casi nunca en las ciudades inglesas. El pueblo en sí estaba en la ladera de una pequeña colina a un buen kilómetro más

allá de una red de túneles para peatones y sobre un gran espacio abierto compartido por aparcamientos y esos extraños árboles de las nuevas ciudades que nunca parecen crecer. Tuve la clara sensación de que la próxima vez que pasara por esa extensión de hierba y asfalto estaría cubierta de edificios de oficinas de ladrillo con ventanas cobrizas. Aunque he pasado mucho tiempo deambulando por ciudades nuevas tratando de imaginar qué podrían haber estado pensando sus creadores, nunca había estado en Milton Keynes. En muchos sentidos, era muy superior a cualquier ciudad nueva que hubiera visto antes. Los pasos subterráneos estaban revestidos con granito pulido y estaban en gran parte libres de grafitis y charcos turbios permanentes que parecen ser una característica muy propia del diseño de Basingstoke y Bracknell, por ejemplo.

La ciudad en sí era una extraña amalgama de estilos. Las franjas sombreadas y sin hierba a lo largo del centro de los bulevares principales le daban un aire vagamente francés. Los parques industriales ligeramente ajardinados de la periferia parecían alemanes. El plano cuadriculado y los nombres de las calles numeradas recordaban a América. Los edificios eran de ese tipo monótono que uno se encuentra en cualquier aeropuerto internacional. En resumen, parecía cualquier cosa menos una ciudad inglesa.

Lo más extraño era que no había tiendas ni nadie por los alrededores. Caminé un buen trecho por el centro de la ciudad, subiendo por una avenida y bajando por otra y atravesando las sombrías calles que las conectaban. Todos los aparcamientos estaban llenos y había señales de vida detrás de las ventanas abiertas de las oficinas, pero casi no había tráfico y nunca más de uno o dos peatones a lo largo de las interminables vistas de las calles. Sabía que había un gran centro comercial en algún lugar de la ciudad porque había leído sobre él en *The Battle for Room Service* de Mark Lawson, pero no pude encontrarlo, y ni siquiera pude encontrar a alguien a quien preguntar. Lo molesto era que casi todos los edificios parecían ser centros comerciales. Seguí detectando posibles candidatos y acercándome a investigar solo para acabar descubriendo una y otra vez que era la sede de una compañía de seguros o algo así.

Terminé deambulando un poco por una zona residencial, una especie de Bovisville interminable de casas de ladrillos amarillos, calles serpenteantes y senderos para peatones bordeados de árboles que nunca crecían, pero seguía sin haber nadie. Desde la cima de una colina vi una extensión de techos azules a un kilómetro más o

menos de distancia; pensé que podría ser el centro comercial y me dirigí hacia él. Las aceras peatonales, que al principio me habían parecido bastante agradables, comenzaron a resultar irritantes. Transcurrían perezosamente por zonas de paso hundidas, bien cuidadas, pero con la sensación de no tener prisa por llevarte a ninguna parte. Claramente habían sido diseñadas por personas que habían pensado en ello como un ejercicio bidimensional. Seguían rutas tortuosas, aparentemente sin propósito, que debieron haber parecido agradables en el papel, pero no consideraron la idea de que las personas, frente a una larga caminata entre casas y tiendas, en su mayoría preferirían llegar allí de una manera razonablemente directa. Peor aún era la sensación de estar perdido en un mundo semisubterráneo aislado de puntos de referencia visibles. Con frecuencia me encontraba trepando por las laderas para ver dónde estaba, solo para descubrir que no estaba ni cerca de donde quería estar.

Entre gruñidos, al final de una de estas escaladas descubrí que estaba al lado de una concurrida calle de doble calzada exactamente opuesta a la expansión de techo azul que había comenzado a buscar una hora antes. Pude ver letreros de Texas Homecare y un McDonald’s y otros lugares similares. Pero, cuando regresé a la acera, no podía ni imaginar cómo llegar hasta allí. Los caminos se bifurcaban en una extensa variedad de direcciones, desapareciendo en curvas ajardinadas, ninguna de las cuales resultaba ni remotamente gratificante cuando se contemplaba. Al final, seguí una cuesta de regreso a nivel de la calle, donde al menos podía ver dónde estaba, y caminé hasta la estación de tren, que ahora parecía tan absurdamente alejada de las áreas residenciales que solo un completo idiota podría haber pensado que Milton Keynes sería un paraíso para los paseantes. No era de extrañar que no me hubiera cruzado con un solo peatón en toda la mañana.

Llegué a la estación mucho más cansado de lo que justificaba la distancia recorrida y jadeando por una taza de café. Fuera de la estación había un mapa de la ciudad, que no había visto al entrar, y lo estudié ahora, muriendo por saber dónde estaba el centro comercial. Resultó que había estado a unos treinta metros en mi reconocimiento inicial del centro de la ciudad, pero no lo había reconocido.

Tras dejar escapar un suspiro y sintiendo una determinación inexplicable de ver aquel lugar, me dirigí de regreso a través de los subterráneos para peatones, sobre el terreno abierto y de vuelta a

través del núcleo sin vida de los edificios de oficinas, reflexionando mientras avanzaba qué trabajo extraordinario era para un planificador ante un folio en blanco y una infinidad de posibilidades para erigir una comunidad modelo, tomar la decisión de situar el centro comercial a un kilómetro y medio de la estación de tren. Parece casi imposible de creer, pero el centro comercial estaba aún peor diseñado que el pueblo que lo rodeaba. De hecho, debe ser una fuente de alegría dondequiera que se reúnan los diseñadores de centros comerciales. Era absolutamente enorme, más de trescientos mil metros cuadrados, y contenía todas las cadenas de tiendas que ha habido o habrá. Pero era oscuro y decididamente feo y estaba construido a lo largo de dos avenidas paralelas rectas y monótonas que debían recorrer casi un kilómetro. A menos que en mi delirio los pasara por alto, y creo que no, no había una zona de restaurantes, no había ningún lugar de reunión central, ningún lugar donde sentarse, ninguna característica de diseño que te alentara a sentir simpatía por el lugar, nada en absoluto. Era como estar en la estación de autobuses más grande del mundo. Los aseos eran escasos y difíciles de encontrar, por lo que estaban tan atestados de usuarios como si se tratara del descanso de un partido de fútbol. Siempre había pensado en el Metro Center de Gateshead como en mi peor pesadilla hecha realidad, pero es un lugar de encanto infinito y placer imperecedero en comparación con el centro comercial de Milton Keynes.

Tomé una taza de café en el McDonald's más mugriento que espero visitar y, limpiando un espacio entre la basura acumulada que dejaron los usuarios anteriores de mi mesa, me senté con mi horario de trenes y el mapa de ruta que lo acompañaba y sentí una punzada de desesperación por el descubrimiento de que las opciones que tenía ante mí eran volver a Londres o ir a Rugby, Coventry o Birmingham. No tenía ganas de hacer nada de eso. Me parecían días en lugar de horas desde que dejé mi coche de alquiler en Oxford y me dirigí a la estación con el simple plan de viajar de Oxford a Cambridge tras una pausa para almorzar en Milton Keynes.

El tiempo se escapaba. En una vida remota, medio olvidada, me había sentado a la mesa de la cocina de una casa en los valles de Yorkshire y descubierto que podía cubrir cómodamente todo el país en seis o, como mucho, siete semanas. Y eso incluía amplios planes para ir prácticamente a todas partes, a las Islas del Canal, Lundy, Shetland, Fair Isle, y a prácticamente todas las ciudades. Había

leído *Journey Through Britain* de John Hillaby y él había caminado desde Land's End hasta John O'Groats en ocho semanas. Seguramente con la ayuda de un moderno sistema de transporte público podría haber visto la mayor parte de Gran Bretaña en seis o siete semanas. Pero ahora aquí estaba, habiendo invertido casi la mitad de mi tiempo asignado, y ni siquiera había llegado a las Midlands.

Así que, confuso, recogí mis cosas, caminé hasta la estación y me subí a un tren de regreso a Londres donde, en efecto, tendría que empezar de nuevo. No podía pensar a dónde ir, así que hice lo que hago a menudo. Mientras el tren avanzaba a través de las onduladas y desnudas tierras de cultivo otoñales de Buckinghamshire, desplegué un mapa y me perdí en los nombres. Ese es, para mí, uno de los placeres profundos y permanentes de la vida en Gran Bretaña.

Me pregunto si otras personas se dan cuenta de cuánto placer comparativo hay en beber en un *pub* llamado The Eagle and Child o Lamb and Flag en lugar de, digamos, Joe's Bar. Personalmente, encuentro infinita satisfacción en ello. Me encanta escuchar los resultados del fútbol y la arrulladora lista de los nombres de los equipos: Sheffield Wednesday, West Bromwich Albion, Partick Thistle, Queen of the South… Qué gloria hay en esos nombres y, además, encuentro un extraño consuelo en la letanía exótica y desconcertante de los pronósticos marítimos. No tengo ni idea de lo que significan «Vikingo ascendiendo cinco, respaldando cuatro», «El Dogger sopla fuerte, constante mientras avanza», «Vendaval Minches fuerza doce, ¡oh Louise!», pero ejercen un poderoso efecto calmante sobre mí. Creo de verdad que una de las razones por las que Gran Bretaña es un lugar tan estable y elegante es la influencia tranquilizadora de los resultados del fútbol y de los pronósticos marítimos.

Casi no hay área de la vida británica que no esté tocada por una especie de genio para los nombres. Basta con mirar los de las prisiones. Podrías darme un suministro ilimitado de papel en blanco y un bolígrafo y pedirme que piense en un nombre más ridículo para una prisión y en toda mi vida no podría mejorar Wormwood Scrubs (Bosque de Gusanos) o Strangeways (Caminos Extraños). Incluso los nombres comunes de las flores silvestres (la paja de la

dama, la pulga azul o la matricaria) tienen menos encanto.

Pero en nada, por supuesto, están más dotados los británicos que con los nombres de los lugares. Hay unos treinta mil nombres de lugares en Gran Bretaña, una buena mitad de ellos, supongo, notables o llamativos de alguna manera. Hay innumerables pueblos cuyos nombres evocan una imagen de perezosas tardes de verano y de mariposas volando en los prados: Winterbourne Abbas (Arroyo de Invierno de Abbas), Weston Lullingfields (Campos Arrulladores de Weston), Theddlethorpe All Saints (Todos los Santos de Theddlethorpe), Little Missenden (Pequeña Missenden).

Hay pueblos que parecen esconder algún antiguo y posiblemente oscuro secreto: Husbands Bosworth, Rime Intrinseca, Whiteladies Aston. Hay pueblos que suenan como limpiadores de baño (Potto, Sanahole, Durno) y pueblos que suenan como problemas de la piel (Scabcleuch, Whiterashes, Scurlage, Sockburn). En un breve rastreo por cualquier nomenclátor puedes encontrar fertilizantes (Hastigrow), desodorantes para zapatos (Powfoot), refrescantes del aliento (Minto), comida para perros (Whelpo) e incluso un quitamanchas escocés (Sootywells). Puedes encontrar aldeas que tienen un problema de actitud (Seething, Mockbeggar, Wrangle) y aldeas con fenómenos extraños (Meahop, Wigtwizzle, Blubberhouses). Y hay innumerables pueblos que son entrañablemente tontos como Prittlewell, Little Rollright, Chew Magna, Titsey, Woodstock Slop, Lickey End, Stragglethorpe, Yonder Bognie, Nether Wallop y el imbatible

Thornton-le-Beans.

(¡Enterradme allí!). Solo tienes que echar un vistazo a un mapa o perderte en un índice para ver que estás en un lugar de infinitas posibilidades.

Algunas partes del país parecen especializarse en ciertos temas. Kent tiene una peculiar predilección por los alimentos: Ham, Sandwich. Dorset busca personajes en una novela de Barbara Cartland: Bradford Peverell, Compton Valence, Langton Herring, Wootton Fitzpaine. A Lincolnshire le gusta que pienses que estás un poco fuera de lugar: Thimbleby Langton, Tumby Woodside, Snarford, Fishtoft Drove, Sots Hole y el verdaderamente deslumbrante Spitall in the Street.

Es notable la frecuencia con la que estos lugares se agrupan. En un área compacta al sur de Cambridge, por ejemplo, puedes encontrar Blo Norton, Rickinghall Inferior, Hellions Bumpstead, Ugley y (uno de mis favoritos), Shellow Bowells.[21] Tuve el impulso de acercarme para olfatear Shellow Bowells, por así

decirlo, y descubrir lo que hace que Norton Blo y Rickinghall sean inferiores. Pero, mientras miraba el mapa, mi ojo captó una línea a través del paisaje llamada Devil's Dyke.[22] Nunca había oído hablar de aquel lugar, pero sonaba terriblemente prometedor. Decidí ir allí.

Así fue como me encontré a la mañana siguiente vagando por un camino secundario en las afueras de la aldea de Reach, en Cambridgeshire, en busca del inicio del dique. Era un día nefasto. La niebla llenaba el aire y la visibilidad era casi nula. El dique se elevó de repente, casi alarmantemente, desde la espesa oscuridad, y trepé hasta su cima. Es un promontorio extraño e inquietante, particularmente con niebla espesa y fuera de temporada. Construido durante la época más oscura de la Edad Oscura hace unos 1300 años, Devil's Dyke es un terraplén de tierra que se eleva hasta veinte metros sobre el paisaje circundante y corre en línea recta casi doce kilómetros entre Reach y Ditton Green. Desafortunadamente, nadie sabe por qué se llama Devil's Dyke. El nombre no está registrado antes del siglo XVI. Erigido en medio de un valle profundo, tiene una especie de amenazador aire palpablemente antiguo, pero también una sensación de locura monumental. Su construcción requirió un inmenso esfuerzo, pero no hacía falta ser un genio militar para darse cuenta de que todo lo que un ejército invasor tenía que hacer era rodearlo, que es lo que hicieron todos, y en muy poco tiempo todo Devil's Dyke había dejado de tener utilidad, excepto para mostrarle a la gente en el país de los pantanos lo que se siente a veinte metros de altura.

Aun así, ofrece un paseo agradable y fácil a lo largo de su cumbre cubierta de hierba, y en aquella mañana sombría lo tenía todo para mí. Hasta que no llegué a mitad de camino no empecé a ver a otras personas, la mayoría paseando a sus perros en el amplio césped de Newmarket Heath y con un aspecto fantasmal envueltos en aquella niebla sobrenatural. El dique atraviesa los terrenos del hipódromo de Newmarket, que me pareció bastante agradable, aunque no pude ver nada, y desde allí atraviesa una zona hípica de aspecto próspero. La niebla se diluyó gradualmente y entre los árboles esqueléticos vislumbré una sucesión de grandes criaderos de

sementales, cada uno con un cercado blanco, una casa grande y una extensión de establos adornados con cúpulas y veletas que les daban un extraño aspecto de Asda o Tesco’s modernos. Por agradable que fuera tener un paseo fácil y llano por una ruta tan bien definida, también era un poco aburrido. Caminé durante un par de horas sin cruzarme con nadie y luego, de repente, el dique terminó en un campo a las afueras de Ditton Green, y me quedé allí de pie con una inquietante sensación de anticlímax. Eran poco más de las dos de la tarde y no estaba ni cerca de sentirme cansado. Sabía que Ditton no tenía estación de tren, pero supuse que podría tomar un autobús a Cambridge y, de hecho, descubrí en la parada de autobús local que podría hacerlo si esperaba dos días. Así que caminé seis kilómetros hasta Newmarket por un camino muy transitado, eché un vistazo por ahí y luego me subí a un tren a Cambridge.

Uno de los placeres que sustentan una larga travesía por el campo, especialmente fuera de temporada, es la idea de que al final encontrarás una habitación en una acogedora posada, te tomarás una serie de copas ante un fuego ardiente y luego cenarás abundantes viandas a las que el ejercicio del día y el aire fresco claramente te han dado derecho. Pero llegué a Cambridge sintiéndome fresco, libre de imposiciones y sin derecho a nada. Peor aún, suponiendo que la caminata sería más desafiante de lo que fue y que podría llegar tarde, había reservado una habitación en el University Arms Hotel con la expectativa de que tendría el fuego ardiente requerido, las viandas abundantes y algo del aspecto de un claustro de profesores. De hecho, como descubrí para mi tranquila consternación, era un bloque moderno demasiado caro y mi lúgubre habitación estaba lamentablemente en desacuerdo con su descripción en la guía.

Tenía una sensación apática sobre la ciudad. Ahora bien, Cambridge, lo sé, es una ciudad muy bonita y un lugar estupendo para ver nombres —solo Christ’s Pieces se lleva la palma—, pero este día no pude animarme a visitarla. El mercado central era un desastre, con un desalentador exceso de estructuras de hormigón alrededor del centro, y al final de la tarde todo estaba empapado en una llovizna triste. Acabé husmeando en librerías de segunda mano. No buscaba nada en particular, pero en una encontré una historia ilustrada de los grandes almacenes Selfridges y lo saqué con entusiasmo del estante,

esperando una explicación de cómo el castillo de Highcliffe había caído en el abandono y, mejor aún, una buena lista de anécdotas lascivas que implicaran a Selfridge y a las libidinosas Dolly Sisters.

Por desgracia, esta parecía ser una versión depurada que había omitido la historia de Selfridge. Encontré una sola mención de pasada sobre las Dolly, que venía a decir que eran solo un par de inocentes niñas abandonadas en las que Selfridge tenía un interés paternal. El precipitado declive de la rectitud de Selfridge apenas se mencionaba y del castillo de Highcliffe no aparecía nada en absoluto. Así que devolví el libro y, al darme cuenta de que de alguna manera todo lo que hiciera ese día estaría tocado por la decepción, me fui y me tomé una pinta de cerveza en un *pub* vacío, una cena mediocre en un restaurante indio, di una caminata solitaria bajo la lluvia, y finalmente me retiré a mi habitación, donde descubrí que no había nada digno de mención en la televisión, y me di cuenta de que me había dejado mi bastón en Newmarket.

Me acosté con un libro y descubrí que la bombilla de la mesita de noche no se había fundido sino que se había marchado y pasé las horas restantes de la noche tumbado inerte en la cama y viendo una repetición de *Cagney y Lacey*, en parte por un curioso interés por detectar qué tiene ese programa antiguo que tanto enamora al controlador de la BBC1 (única respuesta posible: el pecho de Sharon Gless) y en parte por su garantizado efecto narcótico. Me quedé dormido con las gafas puestas y me desperté a una hora indeterminada para encontrar en la pantalla del televisor una ventisca frenética y ruidosa. Me levanté para apagar el aparato, tropecé pesadamente con algún objeto inflexible y logré realizar el interesante truco de apagar el televisor con la cabeza. Curioso por saber cómo lo había logrado, en caso de que decidiera convertirlo en un recurso para las fiestas, descubrí que el objeto ofensivo era mi bastón, que, después de todo, no estaba en Newmarket, sino en el suelo, alojado entre una silla y una pata de la cama.

«Bien, esto es algo bueno», pensé y, adornando mis fosas nasales con dos colmillos de morsa de papel para detener un repentino flujo de sangre, me metí cansinamente en la cama.

15

Fui a Retford. No puedo explicar por qué. Después de mis abluciones matutinas, la suave extracción de los pañuelos de papel de mis fosas nasales hinchadas, el desayuno y el registro de salida del hotel y la larga caminata hasta la estación, era mi intención solemne y obediente ir a Norwich y de allí a Lincoln. Pero por alguna razón, tan pronto como entré en la estación y vi un mapa de la British Rail en la pared, tuve un anhelo extraño y repentino de ir a un lugar completamente nuevo, y el nombre de Retford apareció ante mis ojos.

Durante los últimos siete años, había pasado por Retford cada vez que tomaba un tren entre Leeds y Londres. Era una de las paradas principales de la línea de la costa este, pero nunca había visto a nadie subirse o bajarse allí. En mi mapa de rutas de la British Rail, Retford estaba en mayúsculas, lo que le otorgaba la misma posición tipográfica que Liverpool, Leicester, Nottingham, Glasgow y todas las demás comunidades importantes de Gran Bretaña y, sin embargo, no sabía nada de aquella localidad. De hecho, creo que ni siquiera había oído hablar de ella antes de ver su solitaria estación por primera vez desde el tren. Más que eso, nunca había conocido a nadie que hubiera estado allí o que supiera algo de la ciudad. Mi *AA Book of British Towns* incluía descripciones lujosas y amables de cada comunidad remota que se te ocurriera nombrar: Kirriemuir, Knutsford, Prestonpans, Swadlincote, Bridge of Allan, Duns, Forfar, Wigtown…, pero de Retford mantenía un silencio severo y misterioso. Claramente, era hora de revisar esa zona.

Así que subí a un tren con destino Peterborough y luego a otro de la línea principal norte. No había dormido particularmente bien por culpa de un sueño inquietante que implicaba a Cagney y a Lacey y al descubrimiento de que no había presentado la declaración de impuestos en los EE. UU. desde 1975 —me

amenazaron con entregarme a ese tipo que se quita la camisa en los créditos iniciales, así que puedes imaginarte el estado de mis sábanas cuando me desperté con un grito ahogado al amanecer— y esperaba con ansia uno de esos viajes tranquilos y reconfortantes, uno de esos que los trenes británicos siempre prometen, en los que tus zapatos se convierten en pantuflas y Leon Redbone [23] te canta hasta que te duermes.

Así que, con cierta consternación, descubrí que el asiento detrás de mí estaba ocupado por Vodaphone Man. Estas personas se están convirtiendo en una verdadera molestia, ¿no? Este era particularmente irritante porque su voz era fuerte y satisfecha de sí misma, hablaba como si fuera imbécil, y sus llamadas eran claramente inútiles:

«Hola, soy Clive. Son las 10:07 y debería llegar a la sede a las 13:00 horas como se esperaba. Voy a necesitar un informe urgente sobre el escenario de Pentland Squire. ¿Qué dices? No, estoy al tanto de Maris Pipers. Escucha, ¿puedes pensar en alguna razón por la que alguien emplearía a un completo idiota como yo? ¿Qué? ¿Porque soy el tipo de persona que es feliz como un cerdo solo porque tiene un teléfono móvil? Oye, concepto interesante. —Luego unos momentos de silencio y—: Hola, amor. Son las 10:07. Debería estar en casa a las 17:00. Sí, como todas las tardes. No hay motivo para decírtelo excepto que tengo este teléfono y soy un completo idiota. Volveré a llamarte desde Doncaster sin ningún motivo. —Y después—: Aquí Clive. Sí, todavía son las 10:07 pero tuvimos un retraso en Grantham, así que ahora contemplo una
ETA
de 13:02 en lugar del pronóstico de 13:00 horas. Si llama Phil, ¿le dirás que sigo siendo un completo idiota? Genial». Y así toda la mañana.

Por lo tanto, sentí un cierto alivio cuando yo solo, entre los muchos pasajeros, me apeé en Retford, un hecho tan inusual que atrajo a los empleados de la estación a las ventanas. Tras eso caminé hacia la ciudad a través de una niebla pegajosa y húmeda. Me complace informar que Retford es un lugar delicioso y encantador, incluso bajo el tipo de nubes grises opresivas que hacen que ciudades mucho más célebres parezcan tristes y destartaladas. Su espacio central es una plaza de mercado excepcionalmente grande y hermosa bordeada por un pintoresco revoltijo de nobles edificios georgianos. Al lado de la iglesia principal había un pesado cañón negro con una placa que decía «Capturado en Sebastopol en 1865», lo cual me pareció una notable iniciativa por parte de los

lugareños. Después de todo, no todos los días encuentras en un mercado tipo Nottinghamshire asaltando un reducto de Crimea y trayendo a casa el botín. Además, las tiendas parecían prósperas y bien ordenadas. No puedo decir que me entraran ganas de pasar mis vacaciones allí, pero me alegró haberla visto por fin y haberla encontrado elegante y agradable.

Me tomé una taza de té en un pequeño establecimiento, luego me subí a un autobús a Worksop, un lugar de tamaño y ritmo similar (y que, por cierto, tiene una entrada en el *AA Book of British Towns*). Aparentemente, Retford y Worksop habían celebrado un concurso para ver cuál de las dos albergaría la sede del Consejo del Distrito de Bassetlaw, y Worksop claramente había perdido, ya que las oficinas estaban allí. Eran predeciblemente horribles y discordantes, pero el resto de la ciudad parecía lo suficientemente agradable, de una manera discreta.

Había ido a Worksop no porque ansiara verla, sino porque cerca había algo que llevaba mucho tiempo deseando ver: Welbeck Abbey, supuestamente una de las mejores casas en esa curiosa región compacta conocida como Dukeries. Las sedes de cinco ducados históricos —Newcastle, Portland, Kingston, Leeds y Norfolk— se encuentran a menos de treinta kilómetros entre ellos en este remoto rincón de las North Midlands, aunque Leeds y Portland ahora ya no están y los demás, supongo, tampoco. (El duque de Newcastle, según Simon Winchester en *Their Noble Lordships*, vive en una casa modesta en Hampshire, que confío le haya enseñado la locura de invertir en castillos hinchables y trenes de vapor en miniatura).

Welbeck es el hogar ancestral del clan Portland, aunque de hecho no han vivido allí desde 1954 debido a una desafortunada falta de presciencia similar con respecto a los parques de aventuras y los zoológicos interactivos. El quinto duque de Portland, un tal
W.

J.

C.
Scott-Bentinck
(1800-1879), fue durante mucho tiempo un héroe para mí. El viejo
W.

J.

C.
, como me gusta pensar en él, fue uno de los grandes anacoretas de la historia y llegó a los extremos más extraordinarios para evitar todas las formas de contacto humano. Vivía en un pequeño rincón de su casa señorial y se comunicaba con sus sirvientes mediante notas que le pasaban a través de un buzón especial cortado en la puerta de sus aposentos. La comida le llegaba al comedor por medio de un ferrocarril en miniatura que salía de la cocina. En caso de encuentros fortuitos, se quedaba inmóvil y los sirvientes debían pasar junto a él como si fuera un mueble. Aquellos que transgredían esta instrucción eran obligados a patinar en la pista de patinaje privada del duque hasta quedar exhaustos. A los turistas se les permitía recorrer la casa y los terrenos «mientras» —como decía el duque— «fueran lo suficientemente amables como para no verme».

Por razones que solo se pueden adivinar, el duque utilizó su considerable herencia para construir una segunda mansión bajo tierra. En su apogeo, tuvo quince mil hombres empleados en su construcción, y, cuando se completó, incluía, entre muchas otras cosas, una biblioteca de casi setenta metros de largo y el salón de baile más grande de Inglaterra, con espacio hasta para dos mil invitados, algo bastante extraño que construir si nunca tienes invitados. Una red de túneles y pasadizos secretos conectaba las distintas habitaciones y recorría distancias considerables hasta los campos circundantes. Era como si, en palabras de un historiador, «hubiera anticipado una guerra nuclear». Cuando era necesario que el duque viajara a Londres, utilizaba un carruaje cerrado tirado por caballos, que era conducido a través de un túnel de un kilómetro y medio de longitud hasta un lugar cerca de la estación de Worksop y cargado en un vagón especial para realizar el viaje a la capital. Allí, aún dentro del carruaje, era conducido a su residencia en Londres, Harcourt House.

Cuando el duque murió, sus herederos encontraron todas las habitaciones de la superficie desprovistas de muebles excepto una cámara en medio de la cual se encontraba la cómoda del duque. Misteriosamente, el salón principal no tenía suelo. La mayoría de las habitaciones estaban pintadas de rosa. La única habitación de la planta superior en la que residía el duque estaba repleta hasta el techo de cientos de cajas verdes, cada una de las cuales contenía una peluca marrón oscuro. Era, en resumen, un hombre al que valía la pena conocer.

Así que, en un estado de entusiasmo, salí de Worksop y fui hasta el límite de Clumber Park, una propiedad vecina del National Trust,

y encontré lo que esperaba que fuera un camino a Welbeck Abbey, a unos cinco o seis kilómetros de distancia. Fue un largo paseo por un sendero fangoso del bosque. De acuerdo con las señales del camino, estaba en algo llamado Robin Hood Way, pero aquello no se parecía mucho al bosque de Sherwood. En su mayor parte era una plantación de coníferas sin límites, una especie de granja de árboles, y parecía sobrenaturalmente quieta y sin vida. Era el tipo de entorno en el que casi esperas tropezarte con un cuerpo cubierto de hojas sueltas, lo cual es mi gran temor en la vida porque la policía me interrogaría e inmediatamente me convertiría en sospechoso debido a mi desafortunada incapacidad para responder preguntas como «¿Dónde estaba la tarde del miércoles 3 de octubre a las cuatro de la tarde?. —Podía imaginarme sentado en una sala de interrogatorios sin ventanas, diciendo—: Veamos, creo que podría haber estado en Oxford, o tal vez en el camino de la costa de Dorset. Dios, no lo sé». Y lo siguiente que sabría es que estaría recluido en Parkhurst o en algún otro lugar, y, con la suerte que tengo, mientras tanto habrían reemplazado a Michael Howard como ministro del Interior, por lo que no habría ninguna posibilidad de abrir el pestillo y dejarme salir.

Las cosas se volvieron más extrañas, si cabe. Ráfagas de viento golpearon las copas de los árboles, doblándolos y haciéndolos y bailar, pero no descendieron a la altura del suelo, por lo que a ese nivel todo estaba en calma, lo cual era un poco espeluznante, y luego pasé por un barranco escarpado de arenisca con raíces de árboles que crecían de manera extraña, como enredaderas a lo largo de la superficie. Entre las raíces, la superficie estaba cubierta por cientos de inscripciones cuidadosamente grabadas, con nombres y fechas y corazones entrelazados ocasionalmente. Las fechas cubrían un lapso extraordinario: 1861, 1962, 1947, 1990. Parecía un lugar realmente infrecuente. O era un lugar popular para los amantes o alguna pareja se había mantenido estable durante mucho tiempo.

Un poco más adelante llegué a una solitaria puerta de entrada con un tejadillo de matacanes. Más allá se alzaba un campo abierto lleno de rastrojos de trigo, y más allá, apenas visible a través de un manto de árboles, estaría la gran abadía de Welbeck con techo de cobre verde y muchos ángulos, o al menos eso esperaba. Seguí el camino alrededor de la periferia del campo, que era inmenso y fangoso. Tardé casi tres cuartos de hora en llegar a un camino pavimentado, y ahora estaba seguro de que había encontrado el lugar correcto. El sendero pasaba a lo largo de la orilla de un lago angosto y lleno de juncos, y este, según mi fiable mapa, era el único

cuerpo de agua en una considerable distancia a la redonda. Seguí el camino a lo largo de quizá dos kilómetros hasta que terminó en una entrada bastante grandiosa junto a un letrero que decía PRIVADO: PROHIBIDA LA ENTRADA, pero sin ninguna otra indicación de lo que había más allá.

Me detuve un momento en plena efervescencia de indecisión (el nombre que me gustaría, dicho sea de paso, si alguna vez me nombran noble, es: Lord Efervescente de Indecisión) y decidí aventurarme por el camino solo lo suficiente para al menos vislumbrar la casa que había venido a ver desde tan lejos. Así que caminé un poco. Los terrenos estaban meticulosamente cuidados, pero bien protegidos por árboles, así que caminé un poco más. Después de unos cientos de metros, la densidad de árboles disminuyó un poco y se abrió a prados que contenían una especie de pista de entrenamiento, con redes para escalar y troncos sobre pilotes. ¿Qué era ese lugar? Un poco más adelante, junto al lago, había una extraña zona pavimentada como un aparcamiento en medio de la nada que, me di cuenta con un pequeño grito de alegría, era la famosa pista de patinaje del duque. Ahora estaba tan metido en los terrenos que la discreción apenas importaba. Caminé hasta que estuve frente a la casa. Era grandiosa pero curiosamente sin carácter y había sido torpemente adornada con una serie de nuevas extensiones. Más allá, en la distancia, había un campo de críquet con un elaborado pabellón. No se veía a nadie alrededor, pero había un aparcamiento con varios coches. Aquello era claramente algún tipo de institución, tal vez un centro de formación para alguien como los empleados de IBM. Entonces, ¿por qué tan anónimo? Estaba a punto de ponerme a mirar por las ventanas cuando se abrió una puerta y salió un hombre uniformado que se acercó a mí con expresión severa. Cuando estuvo frente a mí, pude ver que su chaqueta decía «MOD Security». [24] ¡Ay!

—Hola —dije con una gran sonrisa boba.

—¿Es consciente, señor, de que está invadiendo una propiedad del Ministerio de Defensa?

Vacilé un instante, dudando entre darle mi explicación de turista de Iowa («¿Quiere decir que esto no es el Palacio de Hampton Court? Acabo de darle a un taxista 175 libras») o confesar. Así que confesé. Con una vocecita respetuosa le hablé de mi larga fascinación por el quinto duque de Portland y de cómo había anhelado ver aquel lugar durante años y que no había podido resistirme a echarle un vistazo después de haber recorrido todo ese camino, que era exactamente mi intención porque obviamente le

tenía un gran afecto al viejo
W.

J.

C.
Me acompañó elegantemente hasta el límite de la propiedad y mantuvo una actitud algo fanfarrona, pero parecía discretamente complacido de tener a alguien que compartiera sus intereses. Confirmó que el área pavimentada era la pista de patinaje y señaló por dónde pasaban los túneles, que estaban prácticamente en todas partes. Todavía estaban en buen estado, me dijo, aunque ya no se usaban excepto para almacenamiento. Sin embargo, el salón de baile y otras cámaras subterráneas todavía se empleaban regularmente para funciones y como gimnasio. El MOD acababa de gastarse un millón de libras en la remodelación del salón de baile.

—¿Qué es este lugar exactamente? —le pregunté.

—Un centro de entrenamiento, señor —fue todo lo que dijo y, en cualquier caso, habíamos llegado al final del camino. Me observó para asegurarse de que me marchaba de allí. De nuevo, crucé el gran campo, luego me detuve en el otro extremo para mirar el techo de la abadía de Welbeck que se elevaba por encima de las copas de los árboles. Me complació saber que el Ministerio de Defensa había mantenido los túneles y las salas subterráneas, pero me pareció una lástima que el lugar estuviera tan terriblemente cerrado al público. No todos los días, después de todo, la aristocracia británica produce a alguien con la rara y extraordinaria locura mental de
W.

J.

C.
Scott-Bentinck;
aunque, para ser justos, debe decirse que dan lo mejor de sí.

Y rumiando este pensamiento, di media vuelta y empecé el largo camino de regreso a Worksop.

16

Pasé una noche agradable en Lincoln, recorriendo sus empinadas y antiguas calles antes y después de la cena, admirando la inmensidad achaparrada y oscura de la catedral y sus dos torres góticas, y deseando verla por la mañana. Me gusta Lincoln, en parte porque es bonita y está bien conservada, pero sobre todo porque parece muy agradablemente remota.
H.

V.
Morton, en *En busca de Inglaterra*, lo comparó con el Monte Saint Michael que se eleva sobre el gran mar de la llanura de Lincolnshire, y eso es exactamente correcto. Si miras en un mapa, está un poco más abajo de Nottingham y Sheffield, pero te da la impresión de que está muy lejos y bastante olvidado. Me gusta mucho eso.

Justo en el momento de mi visita apareció un interesante artículo en *The Independent* sobre una larga disputa entre el decano de la Catedral de Lincoln y su tesorero. Al parecer, seis años antes, el tesorero —junto con su esposa, su hija y un amigo de la familia— se había llevado la preciada copia de la Carta Magna de la catedral a Australia para realizar una gira de recaudación de fondos de seis meses. Según *The Independent,* los visitantes australianos de la exposición contribuyeron con un total de solo 938 libras esterlinas a lo largo de seis meses, lo que sugeriría que los australianos son extraordinariamente tacaños o que el querido *The Independent* fue un poco descuidado con los hechos. En cualquier caso, lo que está fuera de discusión es que la gira fue un desastre financiero. Perdió más de 500 000 libras esterlinas, una factura bastante elevada, si se piensa bien, para cuatro personas y un trozo de pergamino. El gobierno australiano cubrió gentilmente la mayor parte, pero la catedral todavía se quedó con unas pérdidas de 56 000 libras. El

resultado es que el decano le contó la historia a la prensa, lo que causó gran indignación entre el cabildo catedralicio. El obispo de Lincoln llevó a cabo una investigación en la que ordenó al cabildo que dimitiera; el cabildo se negó a dimitir y ahora todos estaban enfadados con casi todos los demás. Y llevaban así seis años.

Así que, cuando entré en la hermosa y resonante inmensidad de la catedral de Lincoln a la mañana siguiente, esperaba que hubiera himnarios volando y la vista indecorosa pero emocionante de clérigos luchando en el transepto, pero de hecho todo estaba decepcionantemente tranquilo. Por otro lado, era maravilloso estar en una gran estructura eclesiástica tan poco perturbada por las multitudes de turistas. Cuando consideras las hordas que acuden a Salisbury, York, Canterbury, Bath y muchas de las demás grandes iglesias de Inglaterra, la relativa oscuridad de Lincoln es algo así como un pequeño milagro. Sería difícil pensar en un lugar de igual majestuosidad arquitectónica menos conocido por los forasteros, quizá Durham.

Toda la nave estaba llena de filas de sillas de metal acolchado. Nunca lo he entendido. ¿Por qué no puede haber bancos de madera en esas catedrales? En todas las catedrales inglesas que he visto pasa lo mismo, tienen filas semidesordenadas de sillas que se pueden apilar o plegar. ¿Por qué? ¿Retiran las sillas para celebrar bailes folklóricos o algo así? Sea cual sea la razón, siempre tienen un aspecto barato y poco armonioso con el esplendor circundante de bóvedas altísimas, vidrieras y tracería gótica. Qué angustia es a veces vivir en una época de tan consumada conciencia de los costes. Aun así, debe decirse que las intrusiones modernas ayudan a notar cuán extravagantemente se desplegaron las habilidades de los albañiles, vidrieros y talladores de madera medievales, y cuán generoso fue el uso de materiales.

Me habría gustado quedarme, pero tenía una fecha vital que cumplir. Necesitaba estar en Bradford a media tarde para ver una de las ofertas visuales más emocionantes del mundo, en lo que a mí respecta. Verás, el primer sábado de cada mes, Pictureville Cinema, parte del gran y popular Museo de Fotografía, Cine y Algo Más, muestra una versión original y sin cortes de *This Is Cinerama*. Ahora es el único lugar del mundo donde puedes ver esta maravillosa pieza de la historia del cine, y era primer sábado del mes.

No puedo decirte lo mucho que lo esperaba. Me preocupé todo el tiempo por perder mi conexión ferroviaria en Doncaster y luego me preocupé de nuevo por perder la de Leeds, pero de hecho llegué

a Bradford con tiempo de sobra, casi tres horas antes, lo cual me hizo temblar un poco, porque ¿qué se puede hacer en Bradford con tres horas que perder?

El papel de Bradford en la vida es hacer que todos los demás lugares del mundo se vean mejor en comparación, y lo hace muy bien. En ningún otro lugar al que fuera en este viaje vería una ciudad más palpablemente abandonada. En ninguna parte pasaría ante más tiendas vacías, más ventanas tapiadas o cubiertas con carteles hechos jirones de conciertos pop en otras comunidades más vibrantes como Huddersfield y Pudsey, o más edificios de oficinas adornados con carteles de SE ALQUILA. Al menos una tienda de cada tres en el centro de la ciudad estaba vacía y gran parte del resto apenas parecía aguantar. Poco después de esta visita, Rackham's, sus principales grandes almacenes, anunciaría su cierre. La vida que había se había mudado principalmente al interior de un complejo sin personalidad llamado Arndale Centre. (¿Y por qué, dicho sea de paso, los centros comerciales de los sesenta siempre se llaman Arndale Centre?). Pero, sobre todo, Bradford parecía sumergido en un declive peligroso e irreversible.

En su día fue una de las mayores congregaciones de arquitectura victoriana, pero ahora mismo apenas lo adivinarías. Decenas de maravillosos edificios fueron arrasados para dar cabida a nuevas calles anchas y a edificios de oficinas angulosos con inserciones de madera contrachapada pintada debajo de cada ventana. Casi todo en la ciudad sufre de la intromisión bien intencionada pero equivocada de los planificadores. Muchas de las calles más concurridas tienen el tipo de cruces de peatones que tienes que sortear por etapas —una etapa para llegar a una isleta en el centro, luego otra larga espera con extraños antes de que te den cuatro segundos para correr al otro lado—, lo que hace que incluso las diligencias más sencillas sean tediosas, especialmente si deseas cruzar de esquina a esquina y tienes que esperar en cuatro semáforos para recorrer una distancia neta de treinta metros. Peor aún, a lo largo de gran parte de Hall Ings y Princes Way, el desafortunado peatón se ve obligado a entrar en una serie de sombríos y amenazadores subterráneos que se unen en grandes círculos, abiertos al cielo pero siempre en la sombra, y tan mal drenados, me han dicho, que alguien una vez se ahogó en uno durante un aguacero.

No te sorprenderá saber que solía preguntarme mucho acerca de estas locuras de planificación, y un día obtuve un libro de la

Biblioteca Skipton titulado *Bradford Outline for Tomorrow* o algo así. Era de finales de los cincuenta o principios de los sesenta y estaba lleno de dibujos de arquitectos en blanco y negro de relucientes zonas peatonales pobladas de prósperas figuras que caminaban con confianza, y edificios de oficinas del tipo que se cierne sobre mí ahora, y de repente vi, con una especie de claridad asombrosa, lo que estaban tratando de hacer. Quiero decir que realmente pensaron que estaban construyendo un mundo nuevo, una Gran Bretaña en la que los edificios oscuros y ennegrecidos por el hollín y las calles estrechas del pasado serían barridos y reemplazados por plazas soleadas, oficinas relucientes, bibliotecas, escuelas y hospitales, todo conectado con pasajes subterráneos de azulejos brillantes donde los peatones estarían separados del tráfico de manera segura. Todo parecía brillante, limpio y divertido. Incluso había fotos de mujeres con cochecitos charlando en los círculos subterráneos al aire libre. Y lo que habíamos obtenido en cambio era una ciudad de bloques de oficinas vacíos y desconchados, calles desalentadoras, desagües peatonales y desolación económica. Tal vez habría sucedido de todos modos, pero al menos nos habríamos quedado con una ciudad de edificios viejos en ruinas en lugar de edificios nuevos en ruinas.

Hoy en día, en un gesto tan irónico como patético, las autoridades locales tratan desesperadamente de promocionar su exiguo *stock* de edificios antiguos. En un modesto grupo de calles estrechas en una pendiente lo suficientemente alejada del centro de la ciudad como para haber escapado de la excavadora, todavía se encuentran unas tres docenas de grandes y llamativos almacenes, en su mayoría construidos entre 1860 y 1874 en un estilo neoclásico que los hace parecer bancos comerciales en lugar de cobertizos de lana, que en conjunto forman el área conocida como Pequeña Alemania. Una vez hubo muchos otros distritos como este, todo el centro de Bradford hasta la década de 1950 consistía casi en su totalidad en almacenes, molinos, bancos y oficinas dedicadas exclusivamente al comercio de lana. Y Dios sabe cómo se esfumó el negocio de la lana. Supongo que fue la historia habitual de exceso de confianza y falta de inversión seguida de pánico y retirada. En cualquier caso, los molinos desaparecieron, las oficinas quedaron a oscuras, el antes bullicioso Wool Exchange se redujo a una nada polvorienta, y ahora nunca te imaginarías que Bradford hubiera conocido alguna vez la grandeza.

De todos los distritos dedicados a la lana que alguna vez fueron prósperos en la ciudad —Bermondsey, Cheapside, Manor Row,

Sunbridge Road—, solo los pocos edificios oscuros de Little Germany sobreviven en número, e incluso este pequeño y prometedor vecindario parece sombrío y sin futuro. En el momento de mi visita, dos tercios de los edificios estaban cubiertos de andamios, y el otro tercio tenía carteles de SE ALQUILA. Los que habían sido renovados parecían elegantes y bien construidos, pero también parecían estar permanentemente vacíos, y estaban a punto de ser atrapados en su reluciente y bien conservado vacío por las otras dos docenas que ahora estaban en proceso de ser renovados.

Qué buena idea sería, pensé, que el gobierno ordenara la evacuación de Milton Keynes y obligara a todas las compañías de seguros y otras empresas a trasladarse a lugares como Bradford para devolver algo de vida a las ciudades reales. Entonces Milton Keynes podría convertirse en lo que es ahora la Pequeña Alemania, un lugar vacío por el que la gente podría pasear y maravillarse. Pero nunca sucederá, por supuesto. Obviamente, el gobierno nunca ordenaría tal cosa, pero ni siquiera sucederá a través de las fuerzas del mercado porque las empresas quieren grandes edificios modernos con aparcamiento para automóviles, y nadie quiere vivir en Bradford, y ¿quién puede culparles? De todos modos, aunque por algún milagro encuentren inquilinos para todas estas maravillosas reliquias antiguas, nunca será más que un pequeño enclave bien conservado en el corazón de una ciudad moribunda.

Aun así, Bradford no deja de tener sus encantos. El Alhambra Theatre, construido en 1914 en un estilo emocionantemente efusivo con minaretes y torres, ha sido suntuosa y hábilmente renovado y sigue siendo el lugar más maravilloso (con la posible excepción del Hackney Empire) para ver una comedia musical navideña. (Algo que adoro, por cierto. A las pocas semanas de esta visita, volvería a ver a Billy Pearce en *Aladdin*. ¿Te ríes? Empapé el asiento). El Museo del Cine, la Fotografía, el Cine Imax y Algo Más (nunca recuerdo el nombre exacto) ha traído un bienvenido parpadeo de vida a un rincón de la ciudad que anteriormente tenía que depender de la pista de hielo cubierta más espantosa del mundo para su valor lúdico, y hay algunos buenos *pubs*. Entré en uno ese mismo día, el Mannville Arms, y me tomé una pinta de cerveza y un bol de guindillas. El Mannville es bien conocido en Bradford como el lugar donde solía pasar el rato el Destripador de Yorkshire, aunque debería ser famoso por sus guindillas, que son excepcionales.

Después, cuando faltaba una hora para marcharme, me acerqué caminando al Museo de la Televisión, la Fotografía y Lo Que Sea, que admiro, en parte porque es gratuito y en parte porque me

parece profundamente loable poner estas instituciones en provincias. Eché un vistazo a las distintas galerías y observé con cierto asombro cómo una multitud de personas acudían con sumas sustanciales de dinero en efectivo para ver el espectáculo Imax de las dos en punto. He visto alguna de esas proyecciones de Imax antes y, francamente, no puedo entender su atractivo. Sé que la pantalla es enorme y la reproducción visual impresionante, pero las películas siempre son increíblemente aburridas, con sus comentarios serios y plomizos sobre la conquista del hombre de esto o aquello y el cumplimiento de su destino para hacer que esta última oferta que hizo que las multitudes acudieran en masa fuera en realidad titulada *Destiny in Space*, cuando cualquier tonto puede ver que lo que todos realmente quieren es subirse a una montaña rusa y experimentar un pequeño bombardeo aéreo de ¡ojo, que aquí sale mi almuerzo!

La gente de Cinerama Corporation entendió bien esto hace unos cuarenta años e hizo de una montaña rusa que desafía a la muerte el centro de su campaña publicitaria. La primera y última vez que vi *This Is Cinerama* fue en 1956 en un viaje familiar a Chicago. La película llevaba en cartelera desde 1952, pero tal era su popularidad en las grandes ciudades y su falta de disponibilidad en lugares como Iowa, que se emitió durante años y años, aunque hay que decir que cuando la vimos, la mayor parte del público estaba formado por personas con monos de peto que masticaban tallos de hierba. Mis recuerdos son vagos —tenía solo cuatro años en el verano de 1956—, pero muy gratos, y no podía esperar para verla.

Tal era mi afán que salí corriendo del Museo de Diversas Cosas Relacionadas con el Celuloide y crucé la entrada cercana del Pictureville Cinema media hora antes y me quedé allí, solo bajo una llovizna helada, durante quince minutos antes de que abrieran las puertas. Compré una entrada, estipulando un lugar en el centro del auditorio y con mucho espacio para vomitar, y encontré mi asiento. Era un cine maravilloso, con butacas mullidas y una gran pantalla curvada detrás de las cortinas de terciopelo. Durante unos minutos, parecía que iba a tener el lugar para mí solo, pero luego comenzaron a llegar otros y, dos minutos antes de la hora del espectáculo, estaba bastante lleno.

Al dar las dos, la habitación se oscureció y las cortinas se abrieron quizás quince metros, una fracción de su barrido total, y la modesta parte de la pantalla expuesta se llenó con algunas imágenes introductorias de Lowell Thomas (una especie de versión estadounidense de los años 1900 de David Attenborough, pero con

aspecto de George Orwell) sentado en un estudio evidentemente falso lleno de objetos de trotamundos, preparándonos para la maravilla que estábamos a punto de contemplar. Ahora debes poner esto en su contexto histórico. Cinerama se creó como una respuesta desesperada a la televisión que, a principios de la década de 1960, amenazaba con dejar a Hollywood fuera del negocio. Así que este metraje preliminar, filmado en blanco y negro y presentado en un modesto rectángulo con la forma de una pantalla de televisión, tenía la clara intención de implantar un recordatorio subliminal de que este era el tipo de imagen que estábamos acostumbrados a ver en esos días. Después de un breve pero interesante resumen de la historia de las artes cinematográficas, Thomas nos dijo que nos sentáramos y disfrutáramos del mayor espectáculo visual que el mundo haya visto jamás. Luego desapareció, la rica música orquestal nos llegó desde todos lados, las cortinas se corrieron hacia atrás y hacia atrás y hacia atrás para revelar una majestuosa pantalla curva, y de repente estábamos en un mundo empapado de color, en una montaña rusa en Long Island, y ¡Dios mío!, qué bien estuvo.

Yo estaba en el cielo. El efecto 3D era mucho mejor de lo que cabría esperar con un sistema de proyección tan simple y antiguo. Realmente era como estar en una montaña rusa, pero con una diferencia incomparable: se trataba de una montaña rusa de 1951, que se elevaba por encima de los aparcamientos llenos de Studebakers y De Sotos antiguos y atronaba aterradoramente entre multitudes de personas con coloridos pantalones espaciosos y camisas holgadas. Aquello no era una película. Era un viaje en el tiempo.

Realmente lo digo en serio. Entre la magia del 3D, el sonido estereofónico y la brillante nitidez de las imágenes, fue como retroceder mágicamente cuarenta años en el tiempo.

Eso tuvo una resonancia particular para mí porque en el verano de 1951, cuando se estaba filmando este metraje, estaba acurrucado en el abdomen de mi madre, aumentando el peso corporal a un ritmo que no igualaría hasta que dejé de fumar treinta y cinco años más tarde. Ese era el mundo en el que estaba a punto de nacer, y parecía un lugar encantador, feliz y prometedor.

Creo que nunca he pasado tres horas tan felices. Recorrimos todo el mundo, porque *This Is Cinerama* no era una película en un sentido convencional, sino un diario de viaje diseñado para mostrar esta maravilla de la época con el mejor efecto. Nos deslizamos por Venecia en góndolas, observados desde los muelles por personas

con pantalones amplios y camisas holgadas de colores, otra vez; escuchamos el Coro de Niños de Viena frente al Palacio de Schönbrunn; vimos un desfile de un regimiento en el Castillo de Edimburgo; vimos un fragmento largo de Aida en La Scala de Milán (un poco aburrido), y acabamos con un largo vuelo en avión sobre toda América. Volamos sobre las cataratas del Niágara —un lugar en el que había estado el verano anterior, pero esto era bastante diferente a la pesadilla llena de turistas que había experimentado, con sus bosques de torres de observación y hoteles internacionales—; estas cataratas del Niágara tenían un telón de fondo de árboles y edificios bajos y aparcamientos poco utilizados. Visitamos los Cypress Gardens en Florida, volamos a baja altura sobre los ondulados campos agrícolas de América Central y tuvimos un emocionante aterrizaje en el aeropuerto de Kansas City. Pasamos rozando las Montañas Rocosas, nos adentramos en la asombrosa inmensidad del Gran Cañón y volamos a través de los formidables y retorcidos desfiladeros del Zion National Park mientras el avión se ladeaba bruscamente más allá de alarmantes afloramientos rocosos y Lowell Thomas anunciaba que nunca antes se había hecho una hazaña cinematográfica de este tipo y todo ello con una creciente interpretación estereofónica de *Dios Salve América* por parte del Coro del Tabernáculo Mormón, que comenzó con un tarareo melódico y se elevó en un *crescendo* a todo pulmón en plan vamos a darles a esos cabezas cuadradas. Lágrimas de alegría y orgullo brotaron de mis cuencas oculares y fue todo lo que pude hacer para no subirme a mi asiento y gritar: «¡Señoras y señores, este es mi país!».

Y luego todo terminó y arrastramos los pies hacia la desolación del crepúsculo lluvioso de Bradford, lo cual fue algo así como un *shock* para el sistema, créeme. Me paré junto a una estatua de bronce de
J.

B.
Priestley (posó con los faldones de la chaqueta al viento, lo que lo hace parecer extraño, como si tuviera un episodio muy acentuado de flatulencias) y miré la ciudad desolada y sin esperanzas delante de mí, y pensé: «Sí, estoy listo para irme a casa».

Pero primero, también pensé, me comeré un *curry*.

17

Olvidé mencionar las casas de *curry* anteriormente en mi breve lista de las glorias de Bradford, lo cual ha sido un terrible descuido. Es posible que Bradford haya perdido el comercio de lana, pero ha ganado miles de excelentes restaurantes indios, que personalmente considero un intercambio razonable, ya que tengo una necesidad estrictamente limitada de fardos de fibra, pero puedo aceptar tanta comida india como quiera.

Me han dicho que la más antigua de las casas de *curry* de Bradford, y ciertamente una de las mejores y más baratas, es la Kashmir, al final de la calle de la Alhambra. Hay un restaurante decente en el piso de arriba, con manteles blancos, cubiertos relucientes y camareros serenos y serviciales, pero los aficionados descienden al sótano donde te sientas con extraños en largas mesas cubiertas de fórmica. Este lugar es tan duro que no se molestan con los cubiertos. Simplemente sacas la comida con trozos de pan *nan* y los dedos sucios. Por tres libras obtuve un pequeño banquete que estaba delicioso y tan picante que hizo que mis empastes chisporrotearan.

Después, hinchado y saciado y con el estómago burbujeando como un vaso de precipitados caliente en una película de científicos locos, salí a la noche de Bradford y me pregunté qué hacer conmigo mismo. Eran poco más de las seis de la tarde de un sábado, pero el lugar parecía muerto.

Era aguda e incómodamente consciente de que mi hogar y mi querida familia estaban justo al otro lado de la siguiente cadena de colinas. Por alguna razón, tenía en mi cabeza que sería un error irme a casa ahora, con el viaje a medio terminar, pero luego pensé: a la mierda. Tengo frío y me siento solo y no voy a pasar una noche en un hotel a treinta y cinco kilómetros de mi propia casa. Así que caminé hasta la estación de Forster Square, me subí a un tren traqueteante y vacío hasta Skipton y a un taxi hasta el pequeño

pueblo de Dales donde vivo, y le pedí al conductor que me dejara en el camino para que pudiera acercarme a casa a pie.

Qué alegría es llegar después del anochecer a una casa de aspecto acogedor, con las ventanas llenas de luz agradable, y saber que es tuya y que dentro está tu familia. Avancé por el camino y miré a través de la ventana de la cocina, y allí estaban todos reunidos alrededor de la mesa jugando al Monopoly, benditos sean sus pequeños corazones. Los miré fijamente durante un buen rato, perdido en un resplandor de afecto y admiración y sintiéndome como Jimmy Stewart en *Qué bello es vivir* cuando espía su propia vida. Y luego entré.

Ahora no puedo escribir sobre este tipo de cosas sin que suene como un episodio de *The Waltons*,[25] así que lo que voy a hacer es distraer tu atención por un momento de esta reunión animada y conmovedora en una cocina de Yorkshire Dales y contarte una historia verdadera pero irrelevante.

A principios de la década de 1980, también trabajaba mucho de *freelance*, principalmente para revistas de aerolíneas. Tuve la idea de escribir un artículo sobre coincidencias notables y envié una carta a una de esas publicaciones, que expresó un gran interés y prometió el pago de 500 dólares si lo publicaba, una suma de dinero que me iría muy bien. Pero cuando comencé a escribir el artículo, me di cuenta de que, aunque tenía mucha información sobre estudios científicos sobre las probabilidades de coincidencia, no tenía suficientes ejemplos de coincidencias notables en sí mismas para darle al artículo suficiente fuerza o para cumplir con las 1500 palabras requeridas. Así que escribí a la revista diciendo que no podría entregarlo ese día y la dejé en la máquina de escribir para enviarla al día siguiente. Luego me vestí con ropa respetable y conduje hasta mi trabajo en *The Times*.

En esos días, Philip Howard, el amable editor literario (yo, por supuesto, diría eso en vista de su cargo, pero en realidad es cierto: es un caballero muy cordial), solía realizar ventas de libros para el personal un par de veces al año cuando su oficina se llenaba tanto de ejemplares para valorar que su escritorio desaparecía. Siempre fueron ocasiones emocionantes porque podías adquirir montones de libros por prácticamente nada. Cobraba algo así como 25 peniques por los libros de tapa dura y 10 peniques por los de bolsillo, y luego pasaba las ganancias a la Fundación para la Cirrosis o alguna otra organización benéfica querida por los periodistas. Ese día en particular, llegué al trabajo y encontré un aviso en los ascensores que anunciaba la venta de libros a las 16:00. Eran las 15:55, así que

dejé mi abrigo en mi escritorio y corrí ansiosamente a su despacho. El lugar ya estaba lleno de gente mezclándose. Entré en la *mêlée* y el primer libro en el que se posaron mis ojos fue un libro de bolsillo titulado *Remarkable True Coincidences*. ¿Cómo son las notables coincidencias verdaderas? Pero aquí está lo extraño. Lo abrí y descubrí que no solo ofrecía todo el material que podía necesitar, sino que la primera coincidencia que discutía se refería a un hombre llamado Bryson.

Llevo años contando esta historia en *pubs* y cada vez que la termino, las personas a las que se la he contado asienten pensativamente durante un buen rato, luego se miran y dicen: «Sabes, se me ocurre que hay otra manera de llegar a Barnsley sin tener que acercarse a la M62. ¿Conoces la rotonda Happy Eater de Guiseley? Bueno, si tomas el segundo desvío…».

En fin, pasé tres días en casa, inmerso en el caos de la vida doméstica, feliz como un cachorrito retozando con los pequeños, brindándoles cariño indiscriminadamente, siguiendo a mi mujer de habitación en habitación, orinando en unas páginas de periódico en la esquina de la cocina. Lavé la mochila, me ocupé del correo, caminé con propiedad por el jardín, saboreé la dicha de despertarme cada mañana en mi propia cama…

No podía afrontar la perspectiva de volver a partir tan pronto, así que decidí quedarme un poco más y hacer un par de excursiones de un día. Así fue como a la tercera mañana recogí a mi buen amigo y vecino, el amable y talentoso artista David Cook (la pintura que adorna la cubierta de este libro es suya) y lo acompañé a dar un paseo de un día por Saltaire y Bingley, su ciudad natal. Para variar, era muy agradable tener compañía y fue interesante ver aquel pequeño rincón de Yorkshire a través de los ojos de alguien que había crecido allí.

Nunca antes había estado en Saltaire y qué sorpresa tan espléndida me llevé. Saltaire, en caso de que no lo sepas, es un modelo de colonia industrial construida por Titus Salt entre 1851 y 1876. Es un poco difícil saber qué hacer con el viejo Titus. Por un lado, pertenecía a esa raza poco atractiva de industriales abstemios, santurrones y temerosos de Dios que el siglo XIX parecía especializar en esa suerte de reflexión que empuja a un hombre a no querer simplemente emplear a sus trabajadores, sino poseerlos. Esperaba que los trabajadores de su molino vivieran en sus casas, rezaran en su iglesia y siguieran sus preceptos al pie de la letra. No permitió que hubiera un *pub* en el pueblo y por eso cargó el parque local con severas restricciones con respecto al ruido, a fumar, a

jugar y otras actividades indecorosas que no le ofrecían mucha diversión a él. A los trabajadores se les permitía navegar por el río en botes, pero, por alguna razón, siempre que nunca hubiera más de cuatro a la vez. Les gustara o no, en una palabra, estaban obligados a ser sobrios, laboriosos y tranquilos.

Por otro lado, Salt mostró un raro grado de ilustración en términos de bienestar social, y no hay duda de que sus empleados disfrutaron de condiciones de vida más limpias, saludables y cómodas que casi cualquier otro trabajador industrial en el mundo en ese momento.

Aunque desde entonces ha sido absorbida por la gran expansión que es la conurbación de Leeds-Bradford, cuando se construyó Saltaire se encontraba en un campo limpio y abierto, un gran cambio con respecto al estofado insalubre del centro de Bradford, donde en la década de 1850 había más burdeles que iglesias y ni una sola alcantarilla cubierta. De casi barracas sombrías y sucias muro contra muro, los trabajadores de Salt llegaron a casas aireadas y espaciosas, cada una con un patio, suministro de gas privado y al menos dos dormitorios. Debió haberles parecido el Edén.

En un terreno inclinado con vistas al río Aire y al canal que va de Leeds a Liverpool, Salt construyó un enorme molino conocido como el Palacio de la Industria que en su día fue la fábrica más grande de Europa, que se extiende casi cuatro hectáreas y que está adornado con un llamativo campanario de estilo italiano inspirado en el de Santa Maria Gloriosa de Frari en Venecia. Además, construyó un parque, una iglesia, un instituto para «conversación, refrigerio y educación», un hospital, una escuela y 850 casas de piedra ordenadas en una cuadrícula formal de calles adoquinadas, la mayoría de ellas bautizadas por la esposa de Salt y sus once hijos. El instituto fue quizá la más notable de estas empresas. Construido con la esperanza de distraer a los trabajadores del peligro de la bebida, contenía un gimnasio, un laboratorio, una sala de billar, una biblioteca, una sala de lectura y una sala de conferencias y conciertos. Nunca antes se había dado a los trabajadores manuales una oportunidad más espléndida de mejorar, una oportunidad que muchas decenas aprovecharon con entusiasmo. Un tal James Waddington, un clasificador de lana sin educación alguna, se convirtió en una autoridad mundial en lingüística y en un referente de la Sociedad Fonética de Gran Bretaña e Irlanda.

Hoy, Saltaire permanece milagrosamente intacta, aunque hace

mucho tiempo que la fábrica dejó de hacer telas y las casas ahora son de propiedad privada. Un piso de la fábrica contiene una exposición permanente maravillosa y gratuita de las obras de David Hockney, y el resto está dedicado a espacios comerciales que venden la gama más extraordinaria de ropa de diseño, artículos para el hogar elegantes y con estilo, libros y postales artísticas. Fue una especie de milagro encontrar ese lugar, ese paraíso *yuppie* que habita en un rincón olvidado del área metropolitana de Bradford. Y, sin embargo, todo parecía encajar en su sitio.

Sin prisas, David Cook y yo echamos un vistazo por la galería. Yo nunca le había prestado mucha atención a Hockney, pero te diré una cosa: el chico sabe dibujar. Luego deambulamos por las calles de las casas de los antiguos trabajadores, todas ellas cómodas y arregladas y cuidadosamente conservadas, antes de atravesar Roberts Park hasta Shipley Glen, un empinado valle arbolado que conduce a un terreno comunal abierto de esos donde normalmente se puede encontrar a gente paseando a sus perros. Parece como si hubiera sido salvaje y hubiera estado descuidado desde siempre, pero de hecho, hace un siglo, en ese mismo lugar hubo un parque de atracciones de gran éxito, uno de los primeros del mundo.

Entre las muchas atracciones se encontraban un paseo en góndola aérea, una especie de cazo grande, y lo que se anunciaba como «El tobogán más grande, salvaje y empinado jamás erigido en la Tierra». He visto fotos, llenas de damas con sombrillas y hombres bigotudos con cuello rígido, y en realidad parecen bastante emocionantes, particularmente el paseo en trineo, que recorría unos cuatrocientos metros por una colina formidablemente empinada y peligrosa. Un día de 1900, mientras uno de esos trineos lleno de personas elegantemente vestidas estaba siendo arrastrado colina arriba para ser enviado a otro descenso espeluznante, el cabrestante se rompió, enviando sin control a los pasajeros a una muerte desordenada pero emocionante en la parte inferior. Y ese fue prácticamente el final del parque de atracciones Shipley Glen. Hoy en día, todo lo que queda de esas emociones originales es el diminuto Glen Tramway, que sube y baja una pendiente cercana de manera discreta y tranquila, como lo ha hecho desde 1895, aunque entre la hierba alta encontramos un remanente del antiguo tobogán original, que nos emocionó levemente.

Toda esta zona es una especie de yacimiento arqueológico de un pasado no muy lejano. Aproximadamente a kilómetro y medio de distancia, subiendo por un camino cubierto de maleza, se encuentra el lugar donde estuvo Milner Field, un ornamentado palacio de

piedra construido por Titus Salt Junior en 1870 en un momento en que las fortunas de la familia Salt parecían ilimitadas y perpetuamente seguras. Pero ¿no se llevarían una sorpresa? En 1893, el comercio textil entró en una caída repentina, dejando a los Salt peligrosamente sobreexpuestos, y la familia perdió abruptamente el control de la empresa. Consternados y avergonzados, tuvieron que vender la casa, el molino y las propiedades asociadas. Entonces comenzó una extraña y siniestra serie de sucesos. Sin excepción aparente, todos los propietarios posteriores de Milner Field sufrieron reveses extraños y devastadores. Uno se golpeó el pie con un palo de golf y murió cuando la herida se le gangrenó. Otro llegó a casa y encontró a su joven novia involucrada en un combate indecoroso de lucha desnuda sobre la cama con un socio comercial. Le disparó al socio o posiblemente a ambos, las versiones varían, pero, en cualquier caso, ciertamente montó un tremendo desastre en la habitación y se lo llevaron para que le estiraran el cuello.

En poco tiempo, la casa se ganó la reputación de ser un lugar en el que se podía esperar triunfar. La gente entraba, y enseguida salía con prisas, con caras cenicientas y terribles heridas. En 1930, cuando la casa salió a la venta por última vez, no se pudo encontrar comprador. Permaneció vacía durante veinte años y finalmente, en 1950, fue derribada. Ahora el lugar está cubierto de maleza y arbustos, y podrías pasar caminando sin siquiera adivinar que una de las mejores casas del norte estuvo alguna vez allí. Pero si hurgas entre la hierba alta, como hicimos ese día, puedes encontrar uno de los viejos suelos del invernadero, hecho de baldosas blancas y negras cuidadosamente estampadas. Me recordó extrañamente al mosaico romano que había visto en Winchcombe, y apenas menos asombroso.

Parecía extraordinario pensar que hace un siglo Titus Salt Junior podía haber estado en ese lugar, en una espléndida casa, mirando hacia el valle del Aire, hacia el distante pero formidable Molino Salt, resonando y llenando el aire con humo vaporoso, y más allá la expansión del centro de comercio de lana más rico del mundo, y que ahora todo había desaparecido. ¿Qué pensaría el viejo Titus Senior, me pregunté, si lo trajeras de vuelta y le mostraras que la fortuna familiar se malgastó y que su ajetreada fábrica ahora estaba llena de elegantes artículos cromados para el hogar y pinturas homosexuales de nadadores desnudos con nalgas relucientes?

Permanecimos mucho tiempo en aquella cima solitaria. Desde allí se pueden ver kilómetros y kilómetros a lo largo de Airedale,

con sus sobrepobladas villas y sus casas trepando por las empinadas laderas hasta los desolados páramos de las Highlands, y me encontré preguntándome, como hago a menudo cuando estoy en una ladera del norte, qué haría toda aquella gente en todas aquellas casas. Antes había decenas de molinos a lo largo de Airedale, diez o más solo en Bingley, y ahora prácticamente todos han desaparecido, demolidos para dejar espacio a los supermercados o convertidos en centros patrimoniales, bloques de pisos o complejos comerciales.

French’s Mill, la última fábrica textil superviviente de Bingley, había cerrado uno o dos años antes y ahora estaba abandonada y con las ventanas rotas.

Una de las grandes sorpresas para mí al mudarme al norte fue descubrir hasta qué punto parecía otro país. En parte se debió a la apariencia y el efecto que tenían en mí los páramos altos y abiertos y los grandes cielos, los muros errantes de piedra seca, los mugrientos pueblos con molinos, las acogedoras aldeas de Dales and Lakes y en parte, por supuesto, tenía que ver con los acentos, las palabras diferentes, la franqueza refrescante —aunque a veces sorprendente— del habla. En parte también tenía que ver con la manera en que los sureños y los norteños eran tan extraordinarios, a veces desafiantes, ignorantes de la geografía del otro extremo del país. Solía asombrarme, trabajando en periódicos en Londres, con qué frecuencia podías hacer una pregunta como «¿En cuál de los Yorkshires está Halifax?», y ser respondido con una mesa llena de ceños fruncidos. Y, cuando me mudé al norte y le dije a la gente que anteriormente había vivido en Surrey, cerca de Windsor, a menudo recibía la misma mirada, una especie de incertidumbre nerviosa, como si temieran que fuera a decir: «Ahora mostradme en el mapa dónde está eso».

Sin embargo, lo que diferenciaba principalmente al norte del sur era la excepcional sensación de pérdida económica, de grandeza pasada, cuando uno conducía a través de lugares como Preston o Blackburn o se detenía en una ladera como esta. Si dibujas una línea en ángulo entre Bristol y Wash, divides el país en dos mitades con aproximadamente veintisiete millones de personas en cada lado. Entre 1980 y 1985, en la mitad sur se perdieron 103 600 puestos de trabajo. En la mitad norte en el mismo período se perdieron 1 032 000 puestos de trabajo, casi exactamente diez veces más. Y las fábricas todavía siguen cerrando. Pon las noticias de la televisión local cualquier noche y al menos la mitad del tiempo estará dedicado a los cierres de fábricas (y la otra mitad versará

sobre un gato atrapado en un árbol en algún lugar; realmente no hay nada más terrible que las noticias de la televisión local). Entonces vuelvo a preguntar: ¿qué hace toda esa gente en esas casas y, más concretamente, qué harán sus hijos?
Salimos de los terrenos hacia Eldwick por otro camino, pasamos una puerta de entrada grande y llamativa, y David dijo cabizbajo: «Tenía un amigo que vivía allí». Ahora parecía desmoronarse, las ventanas y las puertas estaban tapiadas, un triste desperdicio de una hermosa estructura. Al lado, un viejo jardín amurallado estaba descuidado y cubierto de maleza.

Al otro lado de la calle, David señaló la casa donde se había criado Fred Hoyle. En su autobiografía (*Start Getting Cold Any Minute Now, Just You See It'll*), [26] Hoyle recuerda cómo solía ver sirvientes con guantes blancos entrando y saliendo por la puerta de Milner Field, pero guarda un silencio misterioso sobre todo el escándalo y la tragedia que sucedió más allá del alto muro. Me había gastado tres libras en su autobiografía en una librería de segunda mano con la certeza de que los primeros capítulos estarían llenos de relatos de disparos y gritos a medianoche, así que puedes imaginar mi decepción.

Un poco más adelante, pasamos tres grandes bloques de pisos de protección oficial, que no solo eran feos y su localización remota, sino que estaban colocados de una manera tan extraña y descuidada que, aunque se encontraban en una ladera abierta, los inquilinos en realidad no tenían vistas. David me dijo que habían ganado muchos premios de arquitectura. Mientras caminábamos hacia Bingley por una pendiente en curva, David me contó detalles de su infancia allí en los años cuarenta y cincuenta. Pintó un cuadro atractivo de momentos felices pasados yendo al cine («Los miércoles al Hippodrome, los viernes al Myrtle»), comiendo *fish and chips* en cucuruchos de papel de periódico, escuchando a Dick Barton y Top of the Form en la radio, un mundo mágico perdido de cierres de media jornada, segundos puestos, gente en bicicleta, veranos interminables… El Bingley que describió era un engranaje seguro y próspero en el corazón de un imperio orgulloso y poderoso, con fábricas bulliciosas y un centro animado lleno de cines, salones de té y tiendas interesantes, que contrastaba sorprendentemente con el lugar sórdido, agotado por el tráfico y golpeado por el que estábamos pasando ahora. El Myrtle y el Hippodrome habían cerrado años antes. El lugar que dejara el cine Hippodrome había sido ocupado por un

Woolworth's, pero este también había desaparecido hacía mucho tiempo. Hoy en día no hay ningún cine en Bingley, ni nada más que te haga querer ir allí. El centro de la ciudad está dominado por la imponente presencia de la Bradford and Bingley Building Society, que no es un edificio particularmente horrible como el resto, pero sí irremediablemente desproporcionado para la ciudad que lo rodea. Entre ese lugar y un distrito comercial de ladrillos verdaderamente sórdido de la década de 1960, el centro de Bingley ha perdido su carácter sin posibilidad de reparación. Así que fue una agradable sorpresa descubrir que, más allá de su núcleo central, Bingley sigue siendo un lugar encantador.

Pasamos junto a una escuela y un campo de golf hasta llegar a un lugar llamado Beckfoot Farm, una bonita casa de campo de piedra en un valle junto a un arroyo burbujeante. La carretera principal de Bradford estaba a solo unos cientos de metros de distancia, pero aquí atrás todo era otro siglo anterior a los motores. Seguimos un camino sombreado a la orilla del río, muy atractivo bajo la luz del sol. Allí había una fábrica donde se derretía grasa para separarla de las impurezas, me contó David. Olía de una manera horrible, y el agua siempre tenía un asqueroso color crema herrumbroso con una capa de mugre espumosa. Ahora el río tenía un color verde brillante y aspecto saludable y el lugar parecía totalmente a salvo del tiempo o de la industria. La antigua fábrica había sido limpiada y desmantelada y convertida en un bloque de pisos elegantes. Caminamos hasta un lugar llamado Five-Rise Locks, donde el canal de Leeds a Liverpool sube unos treinta metros en cinco etapas rápidas, y echamos un vistazo a las ventanas rotas más allá del perímetro de alambre de púas del French's Mill. Luego, sintiéndonos como si hubiéramos agotado casi todo lo que Bingley tenía para ofrecernos, fuimos a un agradable *pub* llamado Old White Horse y bebimos una gran cantidad de cerveza, que era lo que ambos habíamos tenido en mente todo el tiempo.

Al día siguiente fui de compras con mi esposa a Harrogate, o más bien eché un vistazo a Harrogate mientras ella iba de compras. Ir de compras no es, desde mi punto de vista, algo que hombres y mujeres deban hacer juntos, ya que lo único que quieren hacer los hombres es comprar algo ruidoso como un taladro y llevárselo a casa para poder jugar con él, mientras que las mujeres no están contentas hasta que lo han visto más o menos todo en la ciudad y

comprobado al menos mil quinientas texturas diferentes. ¿Soy el único que está desconcertado por esta extraña compulsión por parte de las mujeres de tocar las cosas en las tiendas? Muchas veces he visto a mi esposa desviarse veinte o treinta metros de su camino para comprobar el tacto de algo, un suéter de mohair o un pijama de terciopelo o algo así.

—¿Te gusta eso? —diré sorprendido, ya que no parece su tipo de cosas, y ella me mirará como si estuviera enojada.

—¿Eso? —dirá ella—. No, es horrible.

—Entonces, ¿por qué diablos (quiero decir siempre) te has hecho todo el camino hasta allí para tocarlo? —Pero, claro, como todos los maridos de largo recorrido he aprendido a no decir nada cuando voy de compras porque no importa lo que digas, como «Tengo hambre», «Me aburro», «Los pies me están matando», «Sí, esa también te queda bien», «Bueno, llévate las dos, entonces», «Hostia, no jodas», «¿No podemos simplemente irnos a casa?», «¿Otra vez a esos malditos grandes almacenes? ¿En serio? Hostia, qué palo», «¿Que dónde estaba? ¿Dónde estabas tú?», «Entonces, ¿por qué diablos has ido otra vez hasta allí para toquetearlo?»… no sirve de nada, así que me callo.

Ese día, la señora B. quería comprarse zapatos, lo que significa horas y horas haciendo que un pobre tipo con un traje barato viniera con interminables cajas de zapatos más o menos idénticos, y luego ella no se decidía. Así que sabiamente decidí que lo mejor que podíamos hacer era echarle un vistazo a la ciudad. Para demostrarle que la amo, la llevé a tomar café y pastel a Betty (y con los precios de Betty tienes que estar bastante enamorado), donde me dio sus instrucciones precisas habituales.

—A las tres en punto frente a Woolworth. Pero escucha, deja de jugar con eso y escucha. Si Russell & Bromley no tiene los zapatos que quiero, tendré que ir a Ravel, en cuyo caso nos encontraremos a las 15:15 junto a los alimentos congelados en Marks. De lo contrario, estaré en Hammick's en la sección de libros de cocina o posiblemente en la de literatura infantil, a menos que esté en Boots mirando tostadoras. Pero probablemente, de hecho, estaré en Russell & Bromley probándome los mismos zapatos de nuevo, en cuyo caso nos encontraremos afuera de Next a más tardar a las 15:27. ¿Lo has entendido?

—Sí.

No.

—No me falles.

—Por supuesto que no.

Ni en tus sueños.

Y luego, tras darme un beso, se fue.

Me terminé el café y saboreé el ambiente elegante y antiguo de aquella fina institución donde las camareras todavía llevan gorros con volantes y delantales blancos sobre vestidos negros. Realmente debería haber más lugares como este, si me lo preguntas. Un café y un bollo pegajoso pueden costarte un ojo de la cara, pero valen cada libra y te dejarán sentarte allí todo el día, lo que consideré seriamente hacer en ese momento porque era muy agradable. Pero luego pensé que en realidad debería dar una vuelta por la ciudad, así que pagué la cuenta y me arrastré a través de la zona comercial para echar un vistazo a lo más nuevo de Harrogate, el Centro Comercial Jardines Victoria. Debe su nombre a que lo construyeron encima de los jardines Victoria, por lo que realmente debería llamarse «Bonitos Jardincitos Destruidos por este Centro Comercial».

No me importaría tanto si no hubieran demolido también los últimos grandes baños públicos de Gran Bretaña, una pequeña casa del tesoro subterránea de azulejos pulidos y latón reluciente en los jardines antes mencionados. El lavabo de caballeros era simplemente maravilloso y también he recibido buenos informes sobre el lavabo de señoras. Puede que ni siquiera me importe tanto, pero el nuevo centro comercial es horrible, el peor tipo de arquitectura de pastiche, como si una especie de Bath Crescent se mezclara con el Crystal Palace con uno de esos techos típicos de las ferreterías B&Q. Por razones que no podía ni empezar a adivinar, una balaustrada a lo largo de la línea del techo había sido adornada con estatuas de tamaño natural de hombres, mujeres y niños comunes y corrientes. Dios sabe lo que aquello pretende sugerir. Supongo que se trata de una especie de Salón del Pueblo, pero el efecto es que parece que dos docenas de ciudadanos de varias edades estén a punto de suicidarse en masa. Al lado del edificio de Station Parade, donde antiguamente existían los pequeños y agradables jardines Victoria y sus pequeños y agradables baños públicos, ahora hay una especie de anfiteatro de escaleras al aire libre, que supongo que está destinado a que la gente se siente en esos dos o tres días al año en los que Yorkshire está soleado, y muy por encima de la carretera se ha

construido una pasarela cubierta realmente ridícula del mismo estilo georgiano/italiano/quién-coño-lo-sabe que conecta el centro comercial con un aparcamiento de varias plantas al otro lado de la calle. Ahora, basándome en mis comentarios anteriores sobre el tratamiento de Gran Bretaña de su patrimonio arquitectónico, puede que hayas supuesto tontamente que yo podría ser un entusiasta de este tipo de cosas. Ay, no. Si por pastiche te refieres a un edificio que toma nota de sus vecinos y tal vez se preocupa por hacer coincidir las líneas de los techos contiguos y hacer eco del tamaño y la posición de las ventanas y las aberturas de las puertas de sus vecinos y ese tipo de cosas, entonces sí, estoy a favor. Pero si por pastiche te refieres a una especie de versión de Disneyland de la vieja Inglaterra como este ridículo montón que tengo delante, entonces gracias, pero no.

Se podría argumentar, supongo y me atrevo a decir, que el arquitecto del Centro Comercial Jardines Victoria diría que al menos muestra algún esfuerzo por inyectar valores arquitectónicos tradicionales en el paisaje urbano y que es menos discordante para la sensibilidad que la caja cercana de vidrio y plástico en la que la Cooperativa está feliz de residir (que es, permíteme decirlo, un edificio de fealdad consumada), pero de hecho me parece que es tan feo como (y a su manera incluso menos inspirado y carente de imaginación que) el miserable edificio de la Cooperativa. (Pero permíteme decir también que ninguno de los dos es ni remotamente tan feo como el edificio Maples, un bloque de los años sesenta que se eleva, como una especie de broma pesada, una docena o más de pisos en el aire en medio de una larga calle de estructuras victorianas inocuas. ¿Cómo llegó a suceder algo así?).

Entonces, ¿qué vamos a hacer con las ciudades pobres y maltratadas de Gran Bretaña si no les dejáramos tener a Richard Seifert y a Walt Disney? Ojalá lo supiera. Más que eso, desearía que los arquitectos lo supieran. Seguramente debe de haber alguna manera de crear edificios que sean elegantes y con visión de futuro sin destruir el ambiente general de su entorno. La mayoría de las demás naciones europeas lo consiguen (con la notable y curiosa excepción de los franceses). Entonces, ¿por qué aquí no?

Pero basta de tanto balido tedioso. Harrogate es básicamente una ciudad estupenda y mucho menos marcada por desarrollos urbanísticos descuidados que muchas otras comunidades. Tiene en The Stray —una extensión de 87 hectáreas de tierra comunal parecida a un parque dominada por casas sólidas y prósperas— uno de los espacios abiertos más grandes y agradables del país. Tiene

algunos hoteles antiguos muy bonitos, una agradable zona comercial y, además, un aire elegante y ordenado. Es, en resumen, una ciudad tan bella como la que encontrarás en cualquier parte. Me recuerda un poco, de una manera agradablemente inglesa, a Baden-Baden, lo cual, por supuesto, no es sorprendente, ya que también fue una ciudad balneario en su día y también muy exitosa. Según un folleto que recogí en el Museo Royal Pump Room, en 1926 todavía dispensaban hasta 26 000 vasos de agua sulfurosa en un solo día. Todavía puedes beberla si quieres. Según un anuncio que había encima del grifo, es muy buena para las flatulencias, lo que parecía una promesa intrigante, y casi bebí un poco hasta que me di cuenta de que querían decir que las prevenía. ¡Qué idea tan extraña!

Eché un vistazo al museo y pasé por el viejo Hotel Swan, donde Agatha Christie se escondió después de descubrir que su esposo era un mujeriego, un canalla bestial; luego deambulé por Montpellier Parade, una calle muy bonita llena de tiendas de antigüedades increíblemente caras. Examiné el War Memorial de veintitrés metros de altura y di un paseo largo y placentero sin dirección por The Stray, pensando en lo agradable que debe de ser vivir en una de las grandes casas con vista al parque y poder caminar hasta las tiendas.

Nunca imaginarías que un lugar tan próspero y elegante como Harrogate podría habitar la misma zona del país que Bradford o Bolton, pero, por supuesto, esa es la otra cara del norte: tiene esos focos de inmensa prosperidad, como Harrogate e Ilkley, que son aún más elegantes y llenos de riqueza que sus contrapartes en el sur. Eso hace que sea un lugar mucho más interesante, si me lo preguntas.

Finalmente, cuando la tarde se desvanecía, volví al corazón de la zona comercial, donde me rasqué la cabeza y, con una especie de pánico, me di cuenta de que no tenía la menor idea de dónde o cuándo había quedado con mi querida señora. Estaba parado allí con una expresión como la de Stan Laurel cuando se da la vuelta y descubre que el piano que estaba cuidando está rodando cuesta abajo con Ollie a bordo, moviendo las piernas, cuando por una especie de milagro mi esposa se acercó.

—¡Hola, cariño! —dijo alegremente—. Debo decir que no me habría imaginado encontrarte aquí esperándome.

—Oh, por el amor de Dios, confía un poco en mí, por favor. Llevo aquí años.

Y tomados del brazo nos adentramos en la puesta de sol invernal.

18

Tomé un tren a Leeds y luego otro a Manchester, un viaje largo y lento, pero no desagradable, a través de valles empinados que se parecían asombrosamente a aquel en el que vivía, excepto porque estaban llenos de viejos molinos y pueblos amontonados y ennegrecidos por el hollín. Los viejos molinos parecían venir en tres tipos: 1. Abandonados con ventanas rotas y carteles de EN ALQUILER. 2. Un simple espacio abierto sin césped. 3. Algo no fabricado, como un depósito para un servicio de mensajería o un centro B&Q o similar. Debo haber pasado por un centenar de esas viejas fábricas, pero no vi ni una que pareciera estar dedicada a la fabricación de algo hasta que nos adentramos en las afueras de Mánchester.

Había salido tarde de casa, así que eran las cuatro y estaba oscureciendo cuando salí de la estación de Piccadilly. Las calles estaban relucientes por la lluvia y ocupadas por el tráfico y los peatones apresurados, lo que le daba a Manchester una atractiva sensación de gran ciudad. Por alguna razón totalmente loca, había reservado una habitación en un hotel caro, el Piccadilly. Mi habitación estaba en el undécimo piso, pero parecía estar en el ochenta y cinco, tales eran las vistas. Si mi esposa hubiera tenido una bengala y una escalera para subirse al tejado, casi podría haberla visto. Manchester parecía enorme, una extensión ilimitada de tenues luces amarillas y calles llenas de tráfico lento. Trasteé con el televisor, confisqué los artículos de papelería y la pastilla de jabón sobrante, y puse un par de pantalones en la plancha de vapor automática. Estaba decidido a sacar el máximo provecho de la experiencia, aunque sabía que los pantalones saldrían con pliegues permanentes en los lugares más extraños. (¿Soy yo o esas cosas son totalmente contraproducentes?). Hecho esto, salí a caminar y a buscar un lugar donde comer.

Parece haber una especie de proporción inversa en lo que respecta a los establecimientos de comidas y a mí, es decir, cuantos

más hay, más difícil me resulta encontrar uno que me parezca ni remotamente adecuado para mis modestas necesidades. Lo que realmente quería era un pequeño lugar italiano en una calle lateral de esos con manteles a cuadros y botellas de Chianti con velas y un agradable aire de la década de 1900. En las ciudades británicas solían abundar, pero ahora son muy difíciles de encontrar. Recorrí una cierta distancia, pero los únicos lugares que pude encontrar fueron el tipo de cadenas nacionales con grandes letreros de plástico y comida pésima o comedores de hotel donde tenías que pagar 17,95 libras por tres platos de descripción pomposa y decepción demasiado cocinada.

Al final terminé en Chinatown, que se anuncia al mundo con un gran arco colorido y luego, casi de inmediato, se desanima. Había varios restaurantes entre los grandes edificios de oficinas, pero no puedo decir que me sintiera como si hubiera vagado por un pequeño rincón de Oriente. Los restaurantes más grandes y con mejor aspecto estaban llenos, así que terminé yendo a un lugar en el piso de arriba, donde la decoración era cutre, la comida apenas era comible y el servicio era totalmente indiferente. Cuando llegó la factura, me fijé en un cargo extra al lado de una anotación marcada como «

S.

C.

».

—¿Qué es esto? —le pregunté a la camarera, quien, me gustaría señalar, había estado inusualmente malhumorada en todo momento.

—El servicio.

La miré con sorpresa.

—Entonces, ¿por qué, por favor, también hay un espacio aquí para la propina?

Se encogió de hombros con un gesto de aburrimiento, como si no tuviera nada que ver con ella.

—Esto es terrible —dije—. Están engañando a la gente para que dé dos propinas.

Ella soltó un profundo suspiro, como si ya hubiera pasado por eso antes.

—¿Tiene una queja? ¿Quiere ver al gerente?

Me lo dijo en un tono que sugería que si yo fuera a ver al gerente sería con algunos de sus muchachos en el callejón. Decidí no insistir en el asunto y, en cambio, me marché de allí y di un

largo paseo sin propósito por las calles húmedas y extrañamente mal iluminadas de Manchester. No puedo recordar una ciudad más oscura. No podría decir a dónde fui exactamente porque las calles de Manchester siempre me parecen curiosamente indistinguibles. Nunca sentí que me acercaba o me alejaba de algo en particular, sino que simplemente deambulaba en una especie de limbo urbano.

Al final terminé al lado de la gran masa oscura del Arndale Center (aquí está ese nombre otra vez). Qué error monumental fue ese. Supongo que debe de ser agradable, en un lugar tan lluvioso como Manchester, poder comprar a cubierto, y, si vas a tener estas cosas, es mucho mejor tenerlas en la ciudad que fuera de ella. Pero por la noche son solo diez hectáreas de muerte, un gran impedimento para cualquiera que intente caminar por el corazón de la ciudad. Pude ver a través de las ventanas que lo habían destrozado por dentro desde la última vez que había estado allí y ahora también parecía muy bonito, pero por fuera todavía estaba cubierto de esos horribles azulejos que lo hacen parecer el baño de caballeros más grande del mundo y, de hecho, cuando pasé por Cannon Street, tres jóvenes con la cabeza muy rapada y brazos abundantemente tatuados estaban utilizando una pared exterior para ese mismo propósito. Me prestaron poca atención, pero de repente se me ocurrió que se estaba haciendo tarde y que las calles estaban terriblemente vacías de tipos de aspecto respetable como yo, así que decidí volver a mi hotel antes de que otros juerguistas nocturnos me dieran un uso similar al de la pared.

Me desperté temprano y salí a la llovizna de las calles decidido a formarme una impresión fija de la ciudad. Mi problema con Manchester es que no tengo una imagen clara de la ciudad, ninguna en absoluto. Todas las demás grandes ciudades británicas tienen algo, algún motivo central, que las fija en mi mente: Newcastle tiene su puente, Liverpool tiene el Liver Building y los muelles, Edimburgo su castillo, Glasgow la gran expansión del parque Kelvingrove y los edificios de Charles Rennie Mackintosh, incluso Birmingham tiene el Bull Ring (y que sea muy bienvenido también). Pero Manchester para mí es un espacio en blanco perenne, un aeropuerto con una ciudad adjunta. Mencióname Manchester y todo lo que me viene a la mente es una impresión vaga y desenfocada de Ena Sharples,

L.

S.

Lowry, el club de fútbol Manchester United (algunos planean

introducir tranvías porque los tienen en Zúrich o en algún lugar y parecen funcionar bastante bien allí), la Orquesta de Halle, el viejo *Manchester Guardian* y esos intentos bastante conmovedores cada cuatro años más o menos de ganar la candidatura para los próximos Juegos Olímpicos de verano, generalmente ilustrados con planes ambiciosos para construir un velódromo de 475 millones de euros o un complejo de pistas de tenis de 300 millones de euros u otro edificio vital para el futuro de una ciudad industrial en declive.

Aparte de Ena Sharples y
L.

S.
Lowry, no podría nombrar a un solo gran mancuniano. [27] Está claro —por la abundancia de estatuas fuera del ayuntamiento— que Manchester ha producido su cuota de personajes dignos en su tiempo, aunque está igualmente claro por todas las levitas y patillas unidas a los bigotes que ha dejado de producir personajes dignos o ha dejado de producir estatuas. Eché un vistazo alrededor y no reconocí ni un solo nombre.

Si no tengo una imagen muy clara de la ciudad, no es del todo culpa mía. Manchester no parece tener una imagen muy fija de sí misma. «Dar forma hoy a la ciudad del mañana» es el lema oficial local, pero de hecho Manchester parece decididamente indecisa sobre su lugar en el mundo. En Castlefield, estaban ocupados creando hoy la ciudad de ayer, limpiando los viejos viaductos y almacenes de ladrillo, recubriendo los muelles, poniendo nuevas capas de pintura brillante en los viejos puentes peatonales arqueados y esparciendo una generosa variedad de bancos, bolardos y farolas anticuadas. Cuando hayan terminado, podrás ver exactamente cómo era la vida en el Manchester del siglo XIX o, al menos, cómo habría sido si hubieran tenido bares de vinos, papeleras de hierro fundido y señales direccionales para senderos patrimoniales y el
G-Mex
Centre. [28] En Salford Quays, por otro lado, han tomado el rumbo opuesto y han hecho todo lo posible para borrar el pasado, creando una especie de mini Dallas en el sitio de los muelles que alguna vez florecieron en el Canal Marítimo de Manchester. Es un lugar extraordinario: un grupo de edificios de oficinas modernos y acristalados y pisos para ejecutivos en medio de una vasta nada urbana, todos ellos aparentemente bastante vacíos.

Lo único que cuesta trabajo encontrar en Manchester es lo único

que razonablemente podrías esperar ver una y otra vez en *Coronation Street.*[29] Antes había en abundancia, me dijeron, pero ahora podías caminar kilómetros sin ver una sola terraza con muretes de ladrillos en ninguna parte. Pero eso no importa porque siempre puedes ver la verdadera Coronation Street en el Granada Studios Tour, que es lo que hice en ese momento junto con, al parecer, casi todas las demás personas del norte de Inglaterra. A cierta distancia a lo largo del camino a los estudios hay enormes aparcamientos de autos y autocares en el terreno baldío, que incluso a las 9:45 de la mañana ya estaban llenos. Autobuses de todas partes —de Workington, Darlington, Middlesbrough, Doncaster, Wakefield, de casi todas las ciudades del norte que puedas imaginar— decantaban ríos de personas vivaces de cabello blanco, mientras que de los aparcamientos emergían multitudes de familias, todos felices y afables.

Me uní a una cola —que tenía unos buenos 150 metros de largo y tres o cuatro personas de ancho— y me pregunté si no sería un error, pero, cuando los tornos se abrieron, la línea avanzó de manera bastante eficaz y en pocos minutos estaba dentro. Para mi profunda y duradera sorpresa, en realidad fue maravilloso. Esperaba que consistiera en un paseo por el set de *Coronation Street* y una superficial visita guiada por los estudios, pero lo han convertido en una especie de parque de atracciones y lo han hecho extremadamente bien. Tenía uno de esos cines Motion Master, donde los asientos se inclinan y se sacuden, de modo que sientes que te lanzan al espacio o te tiran por un acantilado, y otro cine en el que te pones unas gafas de plástico y miras un espectáculo adorable. Una vulgar comedia, pero en 3
D.
Hubo una entretenida demostración de efectos de sonido, un espectáculo adorablemente espantoso sobre el maquillaje de efectos especiales y un debate animado y muy divertido en una falsa Cámara de los Comunes, presidida por un grupo de jóvenes actores. Y la cuestión fue que actuaron no solo con un oficio considerable, sino también con un gran y genuino ingenio.

Incluso después de veinte años aquí, sigo asombrándome constantemente por la calidad del humor que encuentras en los lugares más improbables, lugares donde simplemente no existiría en otros países. Lo encuentras en el parloteo de los vendedores ambulantes en lugares como Petticoat Lane y en las rutinas de los artistas callejeros, en el tipo de personas que hacen malabarismos con palos en llamas o hacen trucos en monociclos y mantienen un

flujo constante de bromas sobre sí mismos y miembros seleccionados de la audiencia, en pantomimas navideñas, en conversaciones de *pub* y en encuentros con extraños en lugares solitarios.

Recuerdo una vez, hace años, que llegué a la estación de Waterloo y me encontré el lugar sumido en el caos. Un incendio en la línea de Clapham Junction había interrumpido los servicios. Durante una hora más o menos, cientos de personas aguardaron con una paciencia increíble y una calma implacable mientras miraban un tablero de salidas en blanco. Ocasionalmente, se susurraba entre la multitud un rumor que aseguraba que un tren estaba a punto de partir del andén 7, y todos se alejaban dando tumbos solo para encontrarse en la puerta con un nuevo rumor de que el tren, de hecho, estaba saliendo del andén 16, o posiblemente del andén 2. Finalmente, después de visitar la mayoría de los andenes de la estación y sentarme en una serie de trenes que no iban a ninguna parte, me encontré en el vagón de servicio de un expreso que supuestamente partiría hacia Richmond en breve. El vagón solo tenía otro ocupante: un hombre de traje sentado sobre un montón de bolsas de correo. Tenía una enorme barba pelirroja —con la que podrías haber rellenado un colchón— y el tipo de mirada cansada del mundo de alguien que hace tiempo que ha abandonado la esperanza de llegar a casa.

—¿Lleva aquí mucho rato? —le pregunté.

Exhaló pensativamente y dijo:

—Mírelo de esta manera. Iba bien afeitado cuando llegué aquí.

Me encantó.

No muchos meses antes de eso, estuve con mi familia en Disneyland. Tecnológicamente, fue impresionante. La cantidad de dinero invertida por Disney en una sola atracción haría que cualquier parte del Granada Studios Tour pareciera una sesión *amateur* en un salón de fiestas. Pero ahora se me ocurrió, mientras estaba sentado en la inmensa jovialidad del simulacro de debate de la Cámara de los Comunes de los Granada, que ni una sola vez en Disneyland había escuchado ni emitido una sola risa. El ingenio, y en particular el tipo de ingenio seco, irónico, que toma el pelo, quedaba completamente más allá. (¿Sabes que ni siquiera hay un equivalente en el habla estadounidense para *taking the piss*?). **[30]** Sin embargo, aquí en Gran Bretaña es una parte tan fundamental de la vida diaria que apenas lo notas. Justo el día anterior, en Skipton, había pedido un billete sencillo a Manchester con un recibo. Cuando el hombre de la ventanilla me los pasó me dijo: «El billete

es gratis… pero son 18,50 libras esterlinas por el recibo. —Si hubiera hecho eso en Estados Unidos, el cliente habría dicho—: ¿Qué? ¿Qué está diciendo? ¿El billete es gratis, pero el recibo cuesta 18,50 libras esterlinas? ¿Qué clase de montaje absurdo es este?». Si Disney hubiera tenido la atracción del debate en la Cámara de los Comunes, habría sido serio, cursi, terriblemente competitivo y habría terminado en tres minutos. A las personas de los dos lados de la cámara les habría importado profundamente, aunque de manera breve, salir victoriosas. Aquí, las cosas eran tan artificiosas que no había la más remota posibilidad de que alguien ganara. Se trataba de pasar un buen rato, y lo hacían tan bien, con tanta alegría y astucia, que casi no podía soportarlo. Y supe con una sensación de desmoronamiento que lo echaría mucho de menos.

El único lugar donde no encuentras humor en el Granada Studios Tour es en Coronation Street, pero eso se debe a que para millones de nosotros es una experiencia casi religiosa. Tengo un gran cariño por *Coronation Street* porque fue uno de los primeros programas que vi en la televisión británica. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, por supuesto. No podía entender la mitad de lo que decían los personajes o por qué todos se llamaban Chuck. Pero me encontré extrañamente absorbido por la serie. En mi lugar de origen, las telenovelas siempre trataban sobre personas ricas, despiadadas, enormemente exitosas, con trajes de 1500 dólares y oficinas en lo alto de rascacielos angulares, y los personajes principales siempre eran interpretados por el tipo de actores y actrices que, dada una elección entre ser capaz de actuar y tener un cabello realmente genial, siempre se elegiría el cabello. Y aquí estaba este increíble programa sobre gente común que vivía en una calle norteña anónima, hablando un idioma que apenas podía entender y sin hacer casi nada. Para cuando aparecieron los primeros anuncios, yo ya era un devoto indefenso.

Luego me obligaron cruelmente a trabajar de noche en Fleet Street y perdí el hábito. Ahora ni siquiera se me permite estar en la misma habitación cuando se emite *Coronation Street* porque me paso todo el rato diciendo: «¿Dónde está Ernie Bishop?», «Entonces, ¿ese quién es?», «¿Pero Deirdre no estaba con Ray Langton?», «¿Dónde está Len?», «¿Stan Ogden se ha muerto?», y un minuto después me han echado. Pero, como descubrí ahora, puedes pasar años sin ver *Coronation Street* y aun así disfrutar caminando por el set porque obviamente es la misma calle. Es el escenario real, por cierto: cierran el parque la mayoría de los lunes para que puedan filmar en él y tenga el aspecto de una calle real. Las casas son

sólidas y están hechas de ladrillos auténticos, aunque, como todo el mundo, me decepcionó mirar por las ventanas y descubrir a través de los huecos de las cortinas que eran cascarones vacíos con nada más que cables eléctricos y caballetes de carpintero en su interior. Me quedé un poco confuso al encontrar un salón de peluquería y un par de casas modernas, y el Hotel Kabin, para mi clara angustia, era mucho más elegante y ordenado de lo que solía ser, pero todavía me sentía extrañamente en un territorio familiar y sagrado. Multitudes de personas caminaban arriba y abajo de la calle en una especie de silencio reverencial, identificando las puertas de entrada y mirando a través de las cortinas de encaje. Me aferré a una simpática damita con el pelo teñido de azul bajo un gorro de lluvia transparente que parecía haberse fabricado con un envoltorio de pan, y no solo me informó sobre quién vivía en qué casas ahora, sino también quién había vivido en qué casas hace mucho tiempo, de modo que acabé bastante puesto al día. Muy pronto me encontré rodeado por toda una bandada de pequeñas damas de cabello azul que respondían a mis preguntas sorprendidas («¿Deirdre con un jovencito gigoló? ¡Nunca!») y me aseguraban con gestos solemnes que así era. Es una experiencia profundamente emocionante caminar a lo largo de esa famosa calle —puedes reírte, pero sentirías lo mismo y lo sabes— y es algo impactante doblar la esquina en cualquiera de los extremos y encontrarte de nuevo en un parque de atracciones.

Solo tenía la intención de quedarme una hora más o menos en el parque, y no me había acercado a la visita guiada al estudio ni a la tienda de regalos de Coronation Street, cuando miré el reloj y descubrí con un resoplido de alarma que era casi la una en punto. Presa del pánico, salí corriendo del parque y regresé a mi hotel, temiendo que me cobraran por otro día más o, tal vez, que mis pantalones se hubieran cocido demasiado.

En consecuencia, me encontré, tres cuartos de hora más tarde, al final de Piccadilly Gardens con una mochila pesada y una incertidumbre casi total sobre a dónde ir a continuación. Tenía en mente dirigirme a las Midlands, ya que le había prestado poca atención a esa noble aunque desafiante región del país en mis búsquedas anteriores, pero, mientras estaba allí parado, un autobús de un rojo descolorido de dos pisos que anunciaba

WIGAN

en su pequeña ventana de destino se detuvo a mi lado, y el asunto se me fue de las manos. Sucedió que en ese mismo momento *El camino a Wigan Pier*, de Orwell, sobresalía de mi bolsillo trasero,

así que sin vacilar y sabiamente me lo tomé como una señal.

Compré un billete y me senté en la parte de atrás de la planta de arriba. Wigan no puede estar a más de veinticinco kilómetros de Manchester más o menos, pero el autobús invirtió la mayor parte de la tarde para llegar allí. Nos tambaleamos y tambaleamos a través de calles interminables que nunca parecían cambiar de carácter ni ganar ninguno. Todas estaban bordeadas por diminutas casas adosadas, de las cuales una de cada cuatro parecía ser una peluquería, y salpicadas de garajes y zonas comerciales de ladrillo con una invariable variedad de supermercados, bancos, videoclubs, pastelerías y establecimientos de apuestas. Pasamos por Eccles y Worsley, luego por una parte sorprendentemente elegante, y luego por Boothstown y Tyldesley y Atherton y Hindley y otros lugares de los que nunca había oído hablar. Con frecuencia, el autobús se detenía cada diez metros en algunos lugares, al parecer, y en la mayoría de las paradas había un gran intercambio de personas. Casi todos parecían pobres y agotados y veinte años mayores de lo que sospecho que eran sus edades reales. Aparte de un puñado de ancianos con gorras planas y chaquetas de Marks & Spencer de color pardo con cremalleras apretadas, los pasajeros eran casi todo mujeres de mediana edad con peinados inverosímiles y risa suelta y flemática de fumadoras empedernidas, pero siempre eran amigables y alegres y parecían bastante felices con su suerte. Todas se llamaban «cariño» y «amor».

Lo más destacable —o quizá lo menos destacable, según se mire— era lo pulcras y cuidadas que estaban las interminables terrazas de casitas por las que pasamos. Todo en ellas revelaba un aire de modestia y arreglo, pero cada entrada brillaba, cada ventana resplandecía, cada alféizar tenía una capa de pintura fresca y reluciente. Saqué mi ejemplar de *El camino a Wigan Pier* y me perdí un rato en otro mundo, uno que ocupaba el mismo espacio que estas pequeñas comunidades por las que pasábamos, pero que estaba increíblemente en desacuerdo con lo que mis ojos me decían cuando levantaba la vista de las páginas.

Orwell —y no olvidemos nunca que era un chico de Eton, de un entorno bastante privilegiado— consideraba a las clases trabajadoras como podríamos considerar a los isleños de Yap, como un fenómeno antropológico extraño pero interesante. En Wigan Pier registra cómo uno de los grandes momentos de pánico de su niñez fue cuando se encontró en compañía de un grupo de trabajadores y pensó que tendría que beber de una botella que estaban pasando. Desde que leí esto, he tenido mis dudas sobre el viejo George,

francamente. Hace que la clase trabajadora de la década de 1930 parezca repugnantemente sucia, pero, de hecho, todas las pruebas que he visto muestran que la mayoría de ellos se dedicaban casi obsesivamente a la limpieza. Mi propio suegro se crio en un entorno de la más absoluta pobreza y solía contar las historias más espantosas sobre las privaciones que había sufrido, ya sabes, cosas como: padre muerto en un accidente de fábrica, treinta y siete hermanos y hermanas, nada para el té excepto caldo de líquenes y un trozo de pizarra para el techo, excepto los domingos, cuando podían cambiar a un niño por un centavo de chirivías podridas, y todo ese tipo de cosas; su suegro, un hombre de Yorkshire, solía contar historias aún más espantosas sobre ir saltando setenta y cinco kilómetros hasta la escuela porque solo tenía una bota, y subsistir con una dieta de bollos rancios y mocos. «Pero, —añadían ambos invariablemente—, siempre íbamos limpios y la casa estaba impecable». Y hay que decir que eran las personas más minuciosamente peinadas que se puedan imaginar, al igual que todos sus innumerables hermanos y hermanas, amigos y parientes.

También sucede que no mucho antes de esto conocí a Willis Hall, el autor y dramaturgo (muy amable en el trato), y de alguna manera nos pusimos a hablar de este mismo asunto. Hall creció en la pobreza en Leeds, y sin vacilar confirmó que, aunque las casas estaban casi vacías y las condiciones eran duras, nunca había el más mínimo indicio de suciedad. «Cuando mi madre iba a ser reubicada después de la guerra, —me contó—, pasó su último día allí fregando de arriba abajo hasta que lo dejó todo brillante, aunque sabía que lo derribarían al día siguiente. Simplemente no podía soportar la idea de dejarlo sucio y te prometo que eso no habría sido raro para nadie en aquel vecindario.»

A pesar de toda su simpatía profesada por las masas, al leer a Orwell nunca adivinarías que eran capaces de actividades mentales superiores y, sin embargo, un solo vecindario de Leeds produjo a Willis Hall, a Keith Waterhouse y a Peter O'Toole, mientras que un distrito igualmente empobrecido de Salford, que yo sepa, produjo a Alistair Cooke y al artista Harold Riley, y estoy seguro de que la historia se repitió innumerables veces en todo el país.

Tal era la imagen de espantosa miseria que pintaba Orwell que incluso ahora me sorprendí al ver lo limpia y bien mantenida que parecía Wigan cuando entramos por una larga colina. Me bajé por la puerta trasera, contento de volver al aire libre, y salí en busca del

famoso muelle. Wigan Pier es un lugar emblemático, sin embargo —y aquí hay otra razón para ser un poco cautelosos con respecto a las habilidades periodísticas del viejo George—, después de pasar algunos días en la ciudad, concluyó que el muelle había sido demolido. (De hecho, también lo hizo Paul Theroux en *Kingdom by the Sea*). Ahora, corrígeme si me equivoco, pero ¿no te parece un poco extraño escribir un libro llamado *El camino a Wigan Pier* y pasar algunos días en la ciudad y no ocurrírsele preguntarle a nadie si el muelle todavía estaba allí?

En cualquier caso, ahora difícilmente podría perderse, ya que en casi todas las esquinas hay señales de hierro fundido que indican el camino. El muelle es en realidad solo un viejo cobertizo de carbón al lado del canal de Leeds a Liverpool que (inevitablemente) ha sido remodelado como atracción turística e incorpora un museo, una tienda de regalos, un *snack bar* y un *pub* llamado, sin ironía evidente, The Orwell. Por desgracia para mí, estaba cerrado los viernes, así que tuve que contentarme con caminar por los alrededores y mirar por las ventanas las exposiciones del museo, que parecían razonablemente divertidas. Al otro lado de la calle había algo casi tan llamativo como el muelle: un verdadero molino en funcionamiento, una montaña de ladrillos rojos con el nombre de Trencherfield Mill estampado en una de las plantas superiores. Ahora es parte de Courtauld's, y, como no deja de ser una rareza en estos días, es también una especie de atracción turística. Había letreros que indicaban qué camino tomar para las visitas guiadas, la tienda de la fábrica y el *snack bar*. Me pareció un poco extraña la idea de hacer cola para ver a la gente hacer edredones o lo que sea que hacen allí, pero, en cualquier caso, también parecía estar cerrado al público los viernes. La puerta del *snack bar* estaba cerrada con candado.

Así que caminé hacia el centro, una caminata justa considerable pero no menos gratificante. Tal es la reputación siempre pobre de Wigan que me sorprendió mucho descubrir que tiene un centro de la ciudad hermoso y bien cuidado. Las tiendas parecían prósperas y concurridas y había muchos bancos públicos para sentarse para las muchas personas que no podían tomar parte activa en toda la actividad económica a su alrededor. Un arquitecto talentoso había logrado incorporar una nueva galería comercial en la estructura existente de los edificios de una manera simple pero engañosamente inteligente y efectiva al hacer que el dosel de vidrio de la entrada coincidiera con la línea de los hastiales de las estructuras

circundantes. El resultado era una entrada brillante y moderna pero agradable y armoniosa, precisamente el tipo de cosas sobre las que he estado hablando durante todas estas páginas, y me encantó pensar que, si ese tipo de cosas suceden solo una vez en Gran Bretaña, deberían hacerlo en la pobre y asediada Wigan.

Para celebrarlo, me fui a tomar una taza de té y un bollo pegajoso a un lugar interior llamado Corinthia Coffee Lounge, que se jactaba, entre muchas otras características anunciadas, de un «Horno de patatas georgiano». Le pregunté a la chica del mostrador qué era eso y me miró como si yo fuera un ser muy extraño.

«Es para cocinar patatas y eso», dijo.

Por supuesto. Llevé mi té y mi bollo pegajoso a una mesa, donde pasé un rato diciendo «Oh, encantador» y sonriendo tontamente a algunas damas agradables en la mesa de al lado, y luego, sintiéndome extrañamente complacido con mi día, me fui a buscar la estación.

19

Me subí a un tren a Liverpool. Parecían estar celebrando el festival de la basura cuando llegué. Los ciudadanos se habían tomado un descanso de sus ajetreadas actividades para añadir paquetes de patatas fritas, cajetillas de cigarrillos vacías y bolsas de la compra al paisaje, que de otro modo sería anodino y descuidado. Revoloteaban alegremente entre los arbustos y daban color y textura a las aceras y a las canaletas.

Y pensar que en otros lugares metemos estos objetos en bolsas de basura.

En otro ataque de locura extravagante, había reservado una habitación en el Hotel Adelphi. Lo había visto desde la calle en visitas anteriores y parecía tener una grandeza anticuada que estaba ansioso por investigar. Por otro lado, parecía caro y no estaba seguro de que mis pantalones soportaran otra sesión en la plancha de vapor automática. Así que me sorprendí gratamente cuando me registré y descubrí que tenía derecho a una tarifa especial de fin de semana y que tendría dinero extra para una buena comida y un desfile de cerveza en cualquiera de los muchos *pubs* maravillosos en los que se especializa Liverpool.

Y así, poco después, me encontré, como todos los recién llegados a Liverpool, en el gran y esplendoroso entorno de la Philharmonic, agarrando un vaso de cerveza y codeándome con la feliz multitud del viernes por la noche. La Phil (puedes llamarlo así si has estado allí dos veces) estaba demasiado lleno para mi gusto. No había dónde sentarme y apenas había espacio para estar de pie, así que me bebí dos pintas, las justas a mi edad para orinar —porque no hay mejor lugar en el mundo para orinar que el ornamentado baño de caballeros de la Philharmonic— y luego me fui a buscar un lugar un poco más tranquilo.

Acabé en un lugar llamado The Vines, que estaba casi tan adornado como la Philharmonic, pero que era infinitamente más

tranquilo. Aparte de mí, solo había otros tres clientes, lo cual me resultó un misterio porque era un *pub* muy elegante con paneles de madera de un aspirante a Grinling Gibbons y un techo de yeso aún más ornamentado que los paneles. Mientras estaba sentado allí bebiendo mi cerveza y saboreando mi lujoso entorno, un tipo entró con una lata de colecta a la que le habían rayado torpemente la etiqueta original y me pidió una donación para niños discapacitados.

—¿Qué niños discapacitados? —le pregunté.

—De esos que están en sillas de ruedas.

—Quiero decir, ¿a qué organización representa usted?

—A, ejem, la… ejem, Organización de Niños Discapacitados.

—Bueno, siempre y cuando sea totalmente legítima —le dije y le di veinte peniques. Y eso es lo que me gusta tanto del Liverpool. Puede que las fábricas ya no estén, que no haya trabajo, que la ciudad dependa patéticamente del fútbol para su sentido del destino, pero los habitantes de Liverpool todavía tienen carácter e iniciativa, y no te molestan con absurdas ambiciones de ganar la puja por los próximos Juegos Olímpicos.

Tan bien se estaba en The Vines que me bebí dos pintas más y luego me di cuenta de que realmente debería meter algo en mi estómago si no quería marearme y terminar tambaleándome contra el mobiliario urbano mientras cantaba *Mother Machree*. Afuera, la colina en la que se levantaba el *pub* parecía repentina e inexplicablemente empinada y exigente, hasta que me di cuenta, en mi estado levemente confuso, de que antes había bajado mientras que ahora estaba subiendo, lo que parecía ponerlo todo bajo una nueva luz. De repente me encontré, no muy lejos, parado afuera de un restaurante griego y examinando el menú con una pizca de balanceo. No soy muy aficionado a la comida griega —sin faltarle el respeto a la buena cocina, siempre he creído que podría hervir mis propias hojas si me gustaran ese tipo de cosas—, pero el restaurante estaba tan tristemente vacío y la propietaria me hizo señas con aquellos ojos tan suplicantes que cuando me di cuenta ya había entrado. Bueno, la comida era maravillosa. No tengo idea de lo que comí, pero fue abundante y delicioso y me trataron como a un príncipe. Tontamente, lo regué todo con muchos tragos adicionales de cerveza. Cuando terminé y pagué la cuenta, dejando una propina tan generosa que atrajo a toda la familia a la puerta de la cocina, y comencé el largo proceso de meter un brazo por la manga de una chaqueta que desaparecía misteriosamente, me temo que rozaba el estado de intoxicación. Salí al aire libre tambaleándome,

sintiéndome repentinamente mareado y en gran medida incapacitado.

Ahora bien, la segunda regla del consumo excesivo de alcohol (la primera, por supuesto, es no enamorarse de repente de una mujer más grande que Hoss Cartwright)[31] es no beber nunca en un lugar con una pendiente pronunciada. Bajé la colina con unas piernas desconocidas que parecían doblarse frente a mí como cuerdas. El Adelphi, brillando tentadoramente al pie de la colina, logró el interesante truco de estar cerca y asombrosamente distante. Era como mirarlo a través del extremo equivocado de un telescopio, una sensación algo mejorada por el hecho de que mi cabeza estaba a unos siete u ocho metros por detrás de mis apéndices, que se agitaban frenéticamente. Los seguí sin poder hacer nada, y, por una especie de milagro, me lanzaron colina abajo, a salvo a través del camino, y conseguí subir los escalones hasta la entrada del Adelphi, donde celebré mi llegada dando una vuelta completa en la puerta giratoria para salir al aire libre una vez más, antes de volver a entrar y ser arrastrado con una rapidez sorprendente al gran y majestuoso vestíbulo del Adelphi. Tuve uno de esos momentos en plan «¿dónde estoy?» y entonces me di cuenta de que el personal nocturno me observaba en silencio. Haciendo acopio de toda la dignidad que pude, y sabiendo que los ascensores estarían bastante más allá de mi zona de confort, fui a la gran escalera y me las arreglé para no sé cómo caer por ellas de una manera que recordaba misteriosamente a una película en movimiento al revés. Todo lo que sé es que al final me puse de pie de un salto y anuncié a los rostros estirados que estaba bien, y luego me embarqué en una larga búsqueda de mi habitación entre los pasillos interminables y misteriosamente numerados del Adelphi.

Aquí hay un consejo para ti. No cojas el *ferry* de Mersey a menos que estés preparado para tener la famosa canción de Gerry and the Pacemakers resonando en tu cabeza durante unos once días después. La ponen cuando subes al *ferry*, la ponen cuando te bajas y durante bastantes veces durante el viaje. A la mañana siguiente pensé que sentarme un poco y hacer un crucero por el agua sería la mejor manera de sobrellevar una resaca mortal, pero, de hecho, el ineludible sonido de *Ferry Cross the Mersey* solo empeoró mi difícil situación craneal. Aparte de eso, hay que decir que subirte al *ferry* de Mersey es una forma agradable, aunque decididamente ventosa, de pasar la mañana. Es un poco como el crucero por el puerto de Sydney, pero sin Sydney.

Cuando no sonaba *Ferry Cross the Mersey*, emitían una banda

sonora que destacaba las vistas famosas desde la cubierta, pero la acústica era terrible y el 80 % de lo que se decía se lo llevaba el viento al instante. Todo lo que pude escuchar fueron fragmentos de cosas como «tres millones» y «el más grande del mundo», pero no podría saber si estaban hablando de la capacidad de la refinería de petróleo o de los trajes de Derek Hatton. Pero la esencia de esto es que alguna vez fue una gran ciudad y ahora es Liverpool.

No me malinterpretes. Le tengo mucho cariño a Liverpool. Es probablemente mi ciudad inglesa favorita. Sin embargo, parece un lugar con más pasado que futuro. Apoyado en una barandilla de cubierta que contemplaba kilómetros de costa inmóvil, era imposible creer que hasta hace muy poco, y durante doscientos orgullosos y prósperos años antes, los quince kilómetros de muelles y astilleros de Liverpool proporcionaban empleo a cien mil personas, directa o indirectamente. El tabaco de África y de Virginia, el aceite de palma del Pacífico Sur, el cobre de Chile, el yute de la India y casi cualquier otro producto básico que se te ocurra nombrar pasaba por aquí de camino a convertirse en algo útil. También pasaron por aquí, de manera no menos significativa, unos diez millones de personas destinadas a una nueva vida en el nuevo mundo, atraídas por historias de calles pavimentadas con oro y la posibilidad de acumular una inmensa riqueza personal, o —en el caso de mis propios antepasados— por la vertiginosa perspectiva de pasar siglo y medio esquivando tornados y paleando nieve en Iowa.

Liverpool se convirtió en la tercera ciudad más rica del imperio.

Solo Londres y Glasgow tenían más millonarios. En 1880 generaba más ingresos fiscales que Birmingham, Bristol, Leeds y Sheffield juntos, aunque estos en conjunto tenían el doble de población. Cunard y White Star Lines tenían su sede en Liverpool, y había innumerables líneas, ahora en su mayoría olvidadas: Blue Funnel, Bank Line, Coast Line, Pacific Steam Line, McAndrews Lines, Elder Dempster, Booth… Había más líneas operando desde Liverpool entonces que barcos hoy en día, o al menos eso puede parecer, ya que no hay mucho más a lo largo del paseo marítimo que el gorjeo fantasmal de la voz de Gerry Marsden. [32]

El declive ocurrió en una sola generación. En 1966, Liverpool seguía siendo el segundo puerto más activo de Gran Bretaña, después de Londres. En 1985, había caído tan bajo que era más pequeño y silencioso incluso que Tees y Hartlepool, Grimsby e Immingham. Pero en su apogeo fue algo especial. El comercio marítimo trajo a Liverpool no solo riqueza y empleo, sino también

un aire de cosmopolitismo con el que pocas ciudades en el mundo podían rivalizar, y todavía tiene ese aire. En Liverpool, todavía te sientes como si estuvieras en algún lugar.

Caminé desde el *ferry* hasta el Albert Dock. Hubo un tiempo en que se hicieron planes para vaciarlo y convertirlo en un aparcamiento. A veces parece un milagro que quede algo en este pobre y tambaleante país, pero ahora, por supuesto, se han aburguesado, y los viejos almacenes se han convertido en oficinas, pisos y restaurantes para la gente que lleva sus teléfonos en el maletín. También incorpora un puesto de avanzada de la Tate Gallery y el Museo Marítimo de Merseyside.

Me encanta el Museo Marítimo de Merseyside, no solo porque está bien hecho, sino porque da una idea muy clara de cómo era Liverpool cuando era un gran puerto, cuando estaba lleno de actividades productivas y majestuosas empresas que ahora parecen haber desaparecido por completo. Cómo me hubiera gustado vivir en una época en la que podías caminar hasta un paseo marítimo y ver poderosos barcos cargando y descargando grandes fardos de fibra de algodón y pesados sacos marrones de café y de especias, cuando cada navegación implicaba a cientos de personas, marineros y estibadores y a multitudes de pasajeros emocionados. Hoy, vas a un paseo marítimo y todo lo que encuentras es una extensión interminable de contenedores en un estado deplorable y a un tipo moviéndolos desde una cabina elevada.

Una vez hubo infinitas aventuras en el mar, y el Museo Marítimo de Merseyside captura cada detalle. Me cautivó especialmente una habitación en la planta superior llena de maquetas de barcos de gran tamaño, de esas que alguna vez decoraron las salas de juntas ejecutivas. Dios, eran barcos maravillosos. Incluso como maquetas eran maravillosos. Todos los grandes barcos de Liverpool eran aquí el Titanic, el Imperator, el
R.

M.

S.
 Majestic (que comenzó su vida como el Bismarck y fue incautado como reparación de guerra) y el indescriptiblemente hermoso
T.

S.

S.
 Vauban, con sus amplias cubiertas de arce pulido y sus alegres chimeneas. Según su etiqueta, era propiedad de Liverpool, Brasil y River Plate Steam Navigation Company Limited. Solo leyendo esas palabras, me invadió un dolor sordo al pensar que nunca más volveremos a ver algo tan hermoso.
J.

B.
Priestley las llamó las mayores construcciones del mundo moderno, nuestro equivalente a las catedrales, y tenía toda la razón. Me horrorizó pensar que nunca en mi vida tendría la oportunidad de bajar por una pasarela con un sombrero panamá y un traje blanco e ir a buscar un bar con un ventilador de techo. ¡Qué aplastantemente injusta puede ser la vida a veces!

Pasé dos horas deambulando por el museo, mirando con atención todas las exposiciones. Felizmente me hubiera quedado más tiempo, pero debía dejar el hotel, así que partí con pesar y caminé de regreso por las hermosas calles victorianas del centro de Liverpool hasta el Adelphi, donde cogí mis cosas y me fui.

Tenía un ligero deseo de ir a Port Sunlight, la comunidad modelo construida en 1888 por William Lever para albergar a sus jaboneros, ya que estaba interesado en compararla con Saltaire. Así que fui a Liverpool Central y me subí a un tren. En Rock Ferry nos informaron que por obras de ingeniería tendríamos que realizar el trayecto en autobús. Me pareció bien porque no tenía prisa y siempre se puede ver más desde un autobús. Recorrimos la península de Wirral durante un buen rato antes de que el conductor anunciara la parada en Port Sunlight. Yo fui la única persona que se bajó, y lo más llamativo fue que evidentemente no se trataba de Port Sunlight. Llamé a las puertas delanteras y esperé a que se abrieran.

—Disculpe —dije—, pero esto no se parece a Port Sunlight.

—Eso es porque es Bebington —dijo—. Es lo más cerca que puedo dejarle de Port Sunlight, porque hay un puente bajo.

—Oh. Y ¿dónde está exactamente Port Sunlight? —le pregunté, pero ya se había convertido en una nube de humo azul. Me colgué la mochila al hombro y eché a andar por una carretera que esperaba que fuera la correcta y sin duda lo habría sido si hubiera tomado otra. Caminé una cierta distancia, pero la carretera parecía no ir a ninguna parte, o al menos a ninguna parte que pareciera Port Sunlightish. Después de un rato, un anciano con una gorra plana

vino tambaleándose y le pedí que me indicara el camino a Port Sunlight.

—¡Port Sunlight! —respondió con el bramido de alguien que piensa que el mundo se está volviendo sordo con él, y con un claro indicio de que era un maldito lugar para querer ir—. ¡Necesitas un bus!

—¿Un autobús? —dije con sorpresa—. Entonces, ¿estoy muy lejos?

—¡Le repito que necesita un bus! —repitió, pero con más vehemencia.

—Entiendo. Pero ¿en qué dirección está exactamente?

Me pinchó con un dedo huesudo en un punto sensible justo debajo del hombro. Dolió.

—¡Es un bus lo que necesita!

—Entiendo, viejo tedioso y sordo. —Y entonces levanté la voz para que coincidiera con la suya y grité cerca de su oído—: ¡Necesito saber qué camino tomar!

Me miró como si yo fuera insosteniblemente estúpido.

—¡Un maldito bus! ¡Necesita un maldito bus! —Y luego se alejó arrastrando los pies, moviendo la mandíbula en silencio.

—Gracias. Muérase pronto —le grité, frotándome el hombro.

Regresé a Bebington, y allí, en una tienda, pregunté la dirección, lo que debería haber hecho en primer lugar, por supuesto. Resultó que Port Sunlight estaba justo al final de la carretera, debajo de un puente ferroviario y sobre un cruce, o tal vez fuera al revés. No lo sé, porque en ese momento se puso a llover a cántaros y yo llevaba la cabeza tan incrustada entre los hombros que no veía prácticamente nada. Caminé durante tal vez un kilómetro, pero valió la pena cada paso empapado. Port Sunlight era encantador, una pequeña comunidad repleta de jardines, y mucho más alegre en aspecto que las casitas de piedra amontonadas de Saltaire. Tenía espacios verdes abiertos y un *pub* y preciosas casitas medio escondidas detrás de montones de follaje. No había un alma alrededor y nada parecía estar abierto —ni las tiendas, ni el *pub,* ni el centro patrimonial, ni la Galería de Arte Lady Lever—, lo cual era un poco molesto, pero me dediqué a dar una larga caminata por las calles lluviosas. Me sorprendió un poco ver que aún había una fábrica allí que todavía producía jabón, por lo que pude ver, y luego me di cuenta de que había agotado todo lo que Port Sunlight tenía para ofrecer en un sábado lluvioso fuera de temporada. Así que caminé de regreso a la parada de autobús donde había bajado antes y esperé una hora y cuarto bajo una lluvia torrencial a un autobús

que me llevó a Hooton, que fue aún menos divertido de lo que parece.

Hooton le ofrecía al mundo no solo un nombre levemente ridículo, sino la estación de tren británica más horrible en la que espero estornudar. Las salas de espera del andén en forma de choza estaban anegadas, lo que no importaba mucho porque yo ya estaba empapado de pies a cabeza. Con otras seis personas, esperé una pequeña eternidad a que llegara el tren a Chester, donde me subí a otro hacia Llandudno.

El tren de Llandudno estaba gratamente vacío, así que tomé asiento en una mesa para cuatro y me contenté con la idea de que pronto estaría en un buen hotel o casa de huéspedes donde podría darme un baño caliente seguido de una generosa cena. Pasé un rato contemplando el paisaje, luego saqué mi copia de *Kingdom by the Sea* para ver si Paul Theroux había dicho algo sobre los alrededores que pudiera robar o modificar para mis propios fines. Como siempre, me sorprendió descubrir que mientras traqueteaba por estas mismas vías estaba inmerso en una animada conversación con sus compañeros de viaje. ¿Cómo lo hacía? Aparte de la consideración de que mi vagón estaba casi vacío, no sé cómo se entablan conversaciones con extraños en Gran Bretaña. En Estados Unidos, por supuesto, es fácil. Simplemente ofreces la mano y dices: «Me llamo Bryson. ¿Cuánto dinero ganó el año pasado?», y la conversación ya nunca se detiene desde ese momento.

Pero en Inglaterra o, en este caso, Gales, es muy difícil, al menos lo es para mí. Nunca he tenido una conversación de tren que no fuera desastrosa o al menos lamentable. O digo algo inapropiado («Disculpe, no he podido dejar de fijarme en el tamaño excepcional de su nariz») o resulta que la persona cuya compañía he alentado tiene un trastorno mental grave que se manifiesta en prolongadas murmuraciones y llanto impotente, o es un representante de ventas de

Hoze-Blo

Stucco Company que confunde mi cortés interés con agudeza y promete pasar para traerme un presupuesto la próxima vez que esté en los Dales, o alguien que quiere contártelo todo sobre su cirugía para el cáncer de colon y luego te hace adivinar dónde guarda su bolsa de colostomía («¿Se rinde? Mire, está aquí debajo de mi brazo. Vamos, apriétela»), o es un reclutador mormón o cualquiera de las diez mil otras cosas que preferiría no tener que soportar. Durante un largo período de tiempo, poco a poco me di cuenta de que el tipo de persona que te hablará en un tren es casi por

definición el tipo de persona con la que no quieres hablar en un tren, así que en estos días sigo hablándome a mí mismo y confío para el entretenimiento conversacional en libros de tipos más locuaces como Jan Morris y Paul Theroux.

Así que hay cierta ironía en el hecho de que, mientras estaba sentado allí ocupándome de mis propios asuntos, un tipo con un anorak susurrante se acercó, espió el libro y gritó: «¡Ajá, es Thoreau!». Levanté la mirada para encontrarlo sentado en un asiento frente a mí. Parecía tener poco más de sesenta años, con una mata de pelo blanco y unas cejas festivas y exuberantes que se elevaban en pináculos, como las puntas del merengue batido. Parecía como si alguien las hubiera levantado tirando de ellas.

—No conoce los trenes, ya sabe —dijo.

—¿Perdón? —respondí con cautela.

—Thoreau —asintió hacia mi libro—. No conoce los trenes en absoluto. O si lo hace, se lo guarda para sí mismo. —Se rio con ganas y lo disfrutó tanto que lo dijo de nuevo y luego se puso las manos en las rodillas y sonrió como si tratara de recordar la última vez que él y yo nos divertimos tanto juntos.

Asentí brevemente en reconocimiento a su broma y volví mi atención a mi libro en un gesto que esperaba que él interpretara correctamente como una invitación a irse a la mierda. En cambio, se inclinó y tiró del libro hacia abajo con un dedo torcido, una acción que encuentro profundamente molesta en el mejor de los casos.

—¿Conoce el libro del gran ferrocarril ese? El de por toda Asia. ¿Sabe cuál es?

Asentí.

—¿Sabe que en ese libro va de Lahore a Islamabad en el expreso de Delhi y ni una sola vez menciona la marca del motor?

Me di cuenta de que se esperaba que hiciera un comentario, así que dije:

—¿Oh?

—Nunca lo menciona. ¿Puede creerlo? ¿De qué sirve un libro de ferrocarriles si no hablas de las locomotoras?

—Entonces, ¿le gustan los trenes? —dije e inmediatamente deseé no haberlo hecho.

Lo siguiente que supe fue que el libro había vuelto a su lugar en mi regazo y estaba escuchando al hombre más aburrido del mundo. En realidad, no lo escuché mucho. Me quedé fascinado por sus cejas altísimas y por el descubrimiento de que tenía una cosecha igualmente rica de pelos en la nariz. Parecía haberlos bañado en

Miracle-Gro.

[33] No era solo un observador de trenes, sino un hablador de trenes, una condición mucho más peligrosa.

—Ahora bien, este tren —estaba diciendo— es una unidad autosellada
Metro-Cammel
construida en la fábrica de Swindon, supongo que diría entre julio de 1986 y agosto, o como muy tarde septiembre, de 1988. Al principio pensé que no podía ser una Swindon 86-88 debido a las costuras cruzadas en los respaldos de los asientos, pero luego me di cuenta de los remaches con hoyuelos en los paneles laterales y pensé, me dije, lo que tenemos aquí, mi viejo Cyril, es un híbrido. No hay muchas certezas en este mundo, pero los remaches con hoyuelos de una
Metro-Cammel
nunca mienten. Entonces, ¿dónde está tu casa?

Tardé un poco en darme cuenta de que me habían hecho una pregunta.

—Ah, en Skipton —dije, mintiendo solo a medias.

—Tendrás cámaras cruzadas Crosse & Blackwell allá arriba —dijo, o algo similar, sin sentido para mí—. Ahora yo vivo en
Upton-on-Severn.

—El aburrido Severn —dije reflexivamente, pero no me entendió.

—Así es. Pasa justo por delante de mi casa. —Me miró con una pizca de molestia, como si estuviera tratando de distraerlo de su tesis principal—. Allí abajo tenemos ciclos de giro Z-46 Zanussi con propulsores horizontales Abbott & Costello. Siempre se puede distinguir un Z-46 porque hacen
patush-patush
sobre puntos cosidos en lugar de
katoink-katoink.
Es un regalo cada vez. Apuesto a que no lo sabías.

Terminé sintiendo pena por él. Su esposa había muerto dos años antes —suicidio, supongo— y él se había dedicado desde entonces a viajar por las vías del tren de Gran Bretaña, contando remaches, anotando números de chasis y haciendo cualquier otra cosa que esta pobre gente haga para pasar el tiempo hasta que Dios se los lleva en una muerte misericordiosa. Recientemente había leído un artículo en un periódico en el que se informaba que un orador de la Sociedad Británica de Psicología había descrito la observación obsesiva de trenes como una forma de autismo llamada Síndrome

de Asperger.

Se apeó en Prestatyn —por algo relacionado con una batidora tierna de 12 toneladas de Fagots & Gravy que se rumoreaba que llegaría por la mañana— y lo saludé desde la ventana mientras el tren salía, y enseguida me deleité con la repentina paz adquirida. Escuché el tren corriendo sobre las vías —me sonaba como si estuviera diciendo *síndrome de asperger síndrome de asperger*— y pasé los últimos cuarenta minutos hasta Llandudno contando ociosamente los remaches.

20

Desde el tren, el norte de Gales parecía un infierno vacacional: filas interminables de parques de caravanas con aspecto de campos de prisioneros se alzaban en medio de un lugar solitario y azotado por el viento, en el lado equivocado de la vía férrea y una carretera de dos carriles despiadada, con vistas a un estuario sin límites de arena húmeda salpicado de sumideros de aspecto traicionero y, a lo lejos, una mancha lejana que se asemejaba al mar. Me parecía una opción de vacaciones extraña, la idea de dormir en una caja de hojalata en un campo solitario a kilómetros de cualquier lugar en un clima como el de Gran Bretaña y emerger cada mañana con cientos de otras personas de cajas de hojalata idénticas, cruzar luego la vía férrea y la carretera de doble calzada y caminar por un desierto de sumideros para sumergir los dedos de los pies en un mar lejano lleno de excrementos procedentes de Liverpool. No puedo decir exactamente qué, pero algo al respecto no me atraía.

Entonces, de repente, los parques de caravanas se achicaron, el paisaje alrededor de Colwyn Bay adquirió un rubor de belleza y grandeza, el tren hizo un brusco giro hacia el norte, y minutos después estábamos en Llandudno.

Es realmente un lugar refinado y hermoso, construido sobre una bahía de generosas proporciones y bordeado a lo largo de su amplio frente por un grupo de remilgados pero elegantes hoteles del siglo XIX que a la luz mortecina me recordaron a una fila de niñeras victorianas. Llandudno se construyó específicamente como centro turístico a mediados del siglo XIX y conserva un agradable aire antiguo. No creo que Lewis Carroll —quien paseó por este frente con la pequeña Alice Liddell en la década de 1860, contándole cautivadoras historias de conejos blancos y orugas que fumaban narguile y preguntándole entre horas si podía tomar prestadas sus bragas para limpiarse la frente febril y posiblemente tomar algunas instantáneas inocuas de ella— notase un gran cambio hoy, excepto,

por supuesto, que los hoteles ahora estaban iluminados con electricidad y Alice tendría ¿cuántos, ciento veintisiete años?, y quizá sería menos distracción para un matemático pobre y pervertido.

Para mi consternación, la ciudad estaba repleta de jubilados de fin de semana. Autocares de todas partes estaban aparcados a lo largo de las calles laterales, todos los hoteles en los que consulté estaban llenos y en cada comedor podía ver multitudes, verdaderos océanos de cabezas blancas que asentían mientras tomaban sopa y conversaban alegremente. Dios sabe qué los habría llevado a la costa de Gales en esta época sombría del año.

Más adelante, había un puñado de casas de huéspedes, grandes y prácticamente indistinguibles, y algunas de ellas tenían carteles colgados en sus ventanas que indicaban que disponían de habitaciones libres. Había ocho o diez entre las que elegir, lo que siempre me preocupa un poco porque tengo un instinto infalible para elegir mal. Mi esposa puede inspeccionar una fila de casas de huéspedes e identificar instantáneamente la que está dirigida por una viuda de cabello blanco con disposición amable y afición por los niños, sábanas blancas como la nieve y reluciente porcelana en el baño, mientras que yo generalmente puedo contar con que elegiré la que está dirigida por un chico con maneras y aspecto de avaro, alguien que abandonó los estudios muy temprano, y con ese tipo de tos que hace que te preguntes dónde escupirá la flema. Esa noche estaba sombríamente seguro de que sería tal caso.

Todas las casas de huéspedes tenían carteles en sus fachadas que enumeraban sus muchas comodidades «TV a color», «Baño en todas las habitaciones», «Bandeja de bienvenida», «Todos los canales de TV», lo que solo aumentó mi sensación de inquietud y fatalidad. ¿Cómo podría elegir inteligentemente entre tal maraña de opciones? Uno ofrecía televisión por satélite y una máquina automática de planchado para pantalones y otro alardeaba, en cursiva especial, «Certificado de incendios actualizado», algo que nunca había pensado pedir en un Bed & Breakfast. Era mucho más fácil en los días en que lo más que podías esperar era «Agua caliente en todas las habitaciones».

Elegí un lugar que parecía bastante razonable desde el exterior. Su cartel prometía un televisor a color y una cafetera, casi todo lo que necesito en estos días para una animada noche de sábado, pero,

desde el momento en que puse un pie en la puerta y vi en la pared de yeso desconchada un mohoso papel pintado, supe que era una mala elección. Estaba a punto de darme la vuelta y huir cuando el propietario salió de la trastienda y detuvo mi escapada con un poco entusiasta «¿Sí?». Una breve conversación reveló que podría alojarme en una habitación individual con desayuno por 19,50 libras, poco menos que una estafa. Estaba completamente fuera de discusión que pudiera pasar la noche en un lugar tan lúgubre a un precio tan desorbitado, así que dije: «Eso suena bien» y me registré. Bueno, ¡es tan difícil decir que no!

Mi habitación era todo lo que esperaba que fuera, fría y sombría, con muebles de melamina, alfombra sucia y apelmazada y esas misteriosas manchas en el techo que te despiertan ideas sobre cadáveres abandonados en la habitación de arriba. Corrientes de viento helado se deslizaron a través de la única ventana de guillotina mal ajustada. Corrí las cortinas y no me sorprendió que tuviera que tirar de ellas con violencia antes de que se movieran hasta el centro de la ventana. Había una bandeja con las cosas típicas relacionadas con el café, pero la taza estaba asquerosa y la cuchara estaba pegada a la bandeja. El baño, débilmente iluminado por una luz lejana activada por un trozo de cuerda, tenía baldosas onduladas y años de suciedad acumulada en cada rincón y grieta. Observé la cal amarillenta alrededor de la bañera y del lavabo y entonces comprendí qué hacía el propietario con sus flemas. Darme un baño estaba fuera de toda cuestión, así que me lavé la cara con un poco de agua fría, me la sequé con una toalla que tenía la textura de un filete de pollo empanado y salí de allí con gusto.

Di una larga caminata por el paseo marítimo para abrir el apetito y pasar una hora. Me sentó maravillosamente. El aire estaba calmado y la atmósfera nítida y no había un alma alrededor, aunque todavía quedaban muchas cabezas blancas en los salones y comedores del hotel, todas moviéndose alegremente. Tal vez tenían una convención sobre el Parkinson. Caminé casi a todo lo largo de The Parade, disfrutando del frío aire otoñal y de la elegante hermosura del entorno: un suave resplandor de hoteles a la izquierda, un vacío oscuro como la tinta de un mar inquieto a mi derecha y un centelleo disperso de luces a los lados, en los cabos lejanos de Great y Little Ormes.

No pude dejar de fijarme en que era muy obvio que ahora casi todos los hoteles y casas de huéspedes parecían notablemente superiores al mío. Casi sin excepción, tenían nombres que rendían homenaje a otros lugares: Windermere, Stratford, Clovelly, Derby,

St. Kilda, incluso Toronto, como si sus dueños temieran que fuera demasiado *shock* para el sistema recordar a los visitantes que estaban en Gales. Solo un lugar, con un letrero que decía «Gwely a Brecwast / Bed and Breakfast», daba algún indicio de que estaba, al menos en un sentido técnico, en el extranjero.

Cené con sencillez en un pequeño restaurante anodino de Mostyn Street y después, sintiéndome reacio a volver a mi lúgubre habitación en un estado de total sobriedad, fui a buscar un *pub*. Llandudno tenía sorprendentemente pocas de esas instituciones vitales. Caminé durante algún tiempo antes de encontrar uno que parecía vagamente accesible. Era un *pub* típico de ciudad, de interior marrón lujoso, con olor a rancio, lleno de humo y sus clientes eran, sobre todo, personas jóvenes. Tomé asiento en la barra, pensando que podría espiar a mis vecinos y recibir una atención más inmediata cuando mi vaso estuviera vacío, pero nada de eso iba a suceder. Había demasiada música y ruido de fondo para discernir lo que decían mis vecinos y demasiado clamor por el servicio en un lugar cerca de la caja registradora para que el camarero acosado se fijara en un vaso vacío y una cara de mendigo en mi sitio. Así que me senté y bebí cerveza cuando pude conseguir un poco y, en cambio, observé, como hago a menudo en estas circunstancias, el interesante proceso mediante el cual los clientes, al terminar una pinta, le presentaban al barman un vaso de espuma pegajosa y goteo dorado, y que esto se llenaría con cuidado hasta que rebosara ligeramente, de modo que el exceso de espuma, colmado de una carga invisible de bacterias, saliva y microfragmentos de comida suelta, se escurriera por el costado del vaso y llegara a una bandeja de desechos, desde donde cuidadosamente, casi podría decirse que científicamente, sería transportado por medio de un tubo de plástico transparente de vuelta a un barril en el sótano. Allí, estas diminutas impurezas irían a la deriva, flotarían y se mezclarían, como la caca escamosa en una pecera, esperando a que las llamaran para volver al vaso de otra persona. Si debo beber goteo diluido y enjuagues bucales, entonces preferiría poder hacerlo en una situación de comodidad y alegría, sentado en una silla Windsor junto a una chimenea encendida, pero eso parece ser un sueño cada vez más difícil de alcanzar. Como a veces también sucede en estas circunstancias, tuve un repentino impulso de no beber más cerveza, así que me arrastré desde mi posición junto a la barra y regresé a mi alojamiento frente al mar para acostarme temprano.

Por la mañana, salí de la casa de huéspedes a un mundo sin

color. El cielo estaba encapotado y el mar a lo largo de la costa era ominoso, sin vida y gris. Mientras caminaba, la lluvia comenzó a caer, formando hoyuelos en el agua. Cuando llegué a la estación, caía constantemente y con cierta fuerza. La estación de Llandudno está cerrada los domingos. El hecho de que el centro turístico más grande de Gales no tenga servicios ferroviarios los domingos es demasiado absurdo y deprimente para dar más detalles, pero había un autobús a Blaenau Ffestiniog desde el patio de la estación a las once. No había banco ni refugio junto a la parada de autobús, ningún lugar para refugiarte de la lluvia. Si viajas mucho en transporte público en Gran Bretaña en estos días, pronto te sentirás como el miembro de una subclase no deseada, como los discapacitados o los desempleados, y todos desearán que simplemente te vayas. Me sentía un poco así ahora y soy rico, saludable e inmensamente atractivo. ¿Cómo debe de resultar ser permanentemente pobre o discapacitado o incapaz de tomar parte plena y activa en la carrera precipitada de la nación por las laderas soleadas del Mount Greedy?

Me parece notable cómo estos asuntos se han invertido tanto en los últimos veinte años. Solía haber una especie de nobleza tácita en el hecho de vivir en Gran Bretaña. Simplemente existiendo, yendo a trabajar y pagando tus impuestos, tomando el autobús alguna que otra vez y siendo un alma por lo general decente, aunque no excepcional, te sentías como si estuvieras contribuyendo de alguna manera pequeña al mantenimiento de una empresa noble, generalmente compasiva y buena, es decir, una sociedad con salud para todos, transporte público digno, televisión inteligente, bienestar social universal y todo lo demás. No sé tú, pero yo siempre me he sentido bastante orgulloso de formar parte de eso, particularmente porque en realidad no tenías que hacer nada —no tenías que donar sangre o comprar el *Big Issue* o desviarte de tu camino— para sentirte como si fueras una pequeña parte contribuyente. Pero ahora, no importa lo que hagas, terminas aguijoneado por la culpa. Ve a dar un paseo por el campo y se te recordará que estás aumentando inexorablemente la congestión en los parques nacionales y la erosión de los senderos de las frágiles colinas. Intenta subirte a un coche cama hasta Fort William o un tren de la línea
Settle-to-Carlisle
o un autobús de Llandudno a Blaenau un domingo y comenzarás a sentirte furtivo y pervertido porque sabes que esos servicios requieren un subsidio enorme y costoso. Ve a dar un paseo en tu

coche, busca trabajo, busca un lugar para vivir, y todo lo que estás haciendo es ocupar un espacio y un tiempo valiosos. Y en cuanto a necesitar atención médica, ¿cómo puedes ser tan desconsiderado y egoísta? («Podemos tratarle los uñeros, señor Smith, pero, por supuesto, eso significará sacar a un niño de una máquina de soporte vital»).

Me da miedo pensar cuánto le costó a Transportes Gwynedd llevarme a Blaenau Ffestiniog en aquella lluviosa mañana de domingo, ya que yo era el único cliente, aparte de una joven que se unió a nosotros en
Betws-y-Coed
y nos dejó poco después en ese interesante lugar llamado
Pont-y-Pant.
En este viaje esperaba tener la oportunidad de ver un poco de Snowdonia, pero la lluvia pronto comenzó a caer con tanta intensidad y las ventanas del autobús estaban tan perladas con gotas sucias que no podía ver casi nada, solo extensiones borrosas de brozas muertas de color óxido, salpicadas aquí y allá por ovejas inmóviles y de aspecto seriamente descontento. La lluvia golpeaba contra las ventanas como si alguien lanzara guijarros y el autobús se balanceaba alarmantemente bajo las ráfagas de viento. Era como estar en un barco en mares agitados. El autobús avanzaba con gran desgana por sinuosas carreteras de montaña, con los limpiaparabrisas aleteando salvajemente, hasta una meseta en las nubes y luego se embarcó en un descenso precipitado, aparentemente fuera de control, hacia Blaenau Ffestiniog a través de escarpados desfiladeros cubiertos de innumerables montones de pizarra rota, brillante por la lluvia. Ese fue una vez el corazón de la industria minera de pizarra de Gales, y los desechos y restos dispersos, que cubrían prácticamente cada centímetro de terreno, le daban al paisaje un aspecto sobrenatural y espeluznante como nunca antes se había visto en Gran Bretaña. En el epicentro de esta sobrenaturalidad se encontraba el pueblo de Blaenau, en sí mismo una especie de escoria de pizarra, o eso parecía bajo la lluvia torrencial.

El autobús me dejó en el centro de la ciudad, cerca de la terminal del famoso Ferrocarril Blaenau Ffestiniog, ahora una línea privada gestionada por aficionados y que esperaba que me llevara a través de las montañas nubladas hasta Porthmadog. El andén de la estación estaba abierto, pero todas las puertas de las salas de espera, baños y taquillas estaban cerradas con candado y no había nadie alrededor. Eché un vistazo al horario de invierno colgado en

la pared y descubrí consternado que acababa de perder literalmente un tren. Desconcertado, saqué mi horario de autobús arrugado del bolsillo y descubrí con más consternación que el autobús en realidad estaba programado para llegar justo a tiempo para perder el tren del mediodía que salía de Blaenau. Pasando un dedo por el horario del tren, me enteré de que el próximo tren no saldría hasta dentro de cuatro horas. El próximo autobús lo seguiría por minutos. ¿Cómo podría ser eso posible? Y, más concretamente, ¿qué diablos se suponía que debía hacer conmigo mismo en este lugar dejado de la mano de Dios y empapado de lluvia durante cuatro horas? No había posibilidad de quedarse en el andén. Hacía frío y la lluvia caía con una inclinación tan traicionera que no había lugar donde refugiarse, ni siquiera en los rincones más protegidos.

Murmurando pensamientos poco caritativos sobre el Gwynedd Transport, la compañía ferroviaria Blaenau Ffestiniog, el clima británico y mi propia locura, me puse en camino a través de la pequeña ciudad. Siendo Gales y siendo domingo, no había nada abierto ni vida en las estrechas calles. Tampoco, por lo que pude ver, había hoteles o casas de huéspedes. Se me ocurrió que tal vez el tren no funcionaba en absoluto con este clima, en cuyo caso estaría realmente atascado. Estaba empapado, helado y profundamente, profundamente melancólico. En el otro extremo de la ciudad, había un pequeño restaurante llamado

Myfannwy's

y, milagro, estaba abierto. Me apresuré a entrar en su llamativa calidez, me quité la chaqueta y el suéter empapados y me dirigí súbitamente animado a una mesa junto a un radiador. Yo era el único cliente. Pedí un café y algo para comer y saboreé el calor y la sequedad. En algún lugar de fondo, Nat King Cole cantaba una alegre melodía. Observé cómo la lluvia azotaba la calle y me dije que la misma escena bien podría haber ocurrido veinte años atrás.

Si aprendí algo en Blaenau aquel día fue que, por mucho que te esfuerces, no puedes hacer que una taza de café y una tortilla de queso duren cuatro horas. Comí lo más despacio que pude y pedí una segunda taza de café, pero después de casi una hora de comer y beber delicadamente, se hizo evidente que tendría que irme o pagar un alquiler, así que recogí mis cosas de mala gana. En la caja, expliqué mi situación a la amable pareja que dirigía el lugar y ambos emitieron esos simpáticos ruidos de «Oh, Dios mío» que suelta la gente amable cuando se enfrenta a la crisis de otra persona.

—Podría ir a la mina de pizarra —le sugirió la mujer al hombre.

—Sí, podría ir a la mina de pizarra —estuvo de acuerdo el hombre y se volvió hacia mí—. Podría ir a la mina de pizarra —dijo como si pensara que de alguna manera me había perdido el diálogo anterior.

—Oh, ¿y qué es eso exactamente? —pregunté, tratando de no sonar demasiado dudoso.

—La vieja mina. Hacen visitas guiadas. Es muy interesante —dijo su esposa.

—Sí, es muy interesante —repitió el hombre—. Pero, cuidado, es una buena caminata —agregó.

—Y puede que no esté abierta los domingos —dijo su esposa—. Fuera de temporada —explicó.

—Por supuesto, siempre puede coger un taxi hasta allí si no le apetece caminar con este clima —dijo el hombre.

Lo miré. ¿Un taxi? ¿Había dicho «un taxi»? Parecía demasiado milagroso para aceptarlo.

—¿En Blaenau hay servicio de taxi?

—Oh, sí —dijo el hombre como si fuera una de las características más célebres de Blaenau—. ¿Quiere que le pida uno para que le lleve a la mina?

—Bueno… —busqué las palabras. No quería sonar desagradecido, no cuando esas personas habían sido tan amables conmigo, pero por otro lado encontré la perspectiva de una tarde recorriendo una mina de pizarra con la ropa mojada tan atractiva como una visita al proctólogo—. ¿Cree que el taxi me llevaría a Porthmadog? —No estaba seguro de lo lejos que estaba, y no me atrevía a esperar.

—Por supuesto —dijo el hombre. Así que pidió un taxi por teléfono y lo siguiente que supe fue que partía con una andanada de buenos deseos por parte de los propietarios y me subía a un taxi, sintiéndome como la víctima de un naufragio a la que llevaban a un lugar inesperado y seguro. No puedo decirte con qué alegría contemplé la vista de Blaenau desapareciendo en la distancia detrás de mí. El taxista era un joven amable y en el viaje de veinte minutos a Porthmadog me informó sobre muchos datos económicos y sociológicos importantes con respecto a la península de Dwyfor. La noticia más llamativa fue que la península estaba seca los domingos. No podías conseguir una bebida alcohólica que te salvara la vida entre Porthmadog y Aberdaron. No sabía que todavía existían esos focos de rectitud en Gran Bretaña, pero estaba tan contento de salir de Blaenau que no me importó.

Porthmadog, agazapada junto al mar bajo un aguacero

despiadado, parecía un lugar gris y olvidable, lleno de guijarros mojados y piedras oscuras. A pesar de la lluvia, examiné la escasa oferta de hoteles locales con cierto cuidado. Me sentí con derecho a un hechizo de comodidad y lujo después de mi noche en una triste casa de huéspedes de Llandudno y elegí una posada llamada Royal Sportsman. Mi habitación era adecuada y limpia, si no excepcional, y se adaptaba a mis propósitos. Me preparé una taza de café y, mientras hervía el agua, me puse ropa seca, luego me senté en el borde de la cama con un café y un rico bizcocho de té, y vi una telenovela en la televisión llamada *Pobol Y Cwm*, que disfruté mucho. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, por supuesto, pero puedo decir con cierta confianza que la actuación era buena, y ciertamente la producción no tenía nada que envidiarle a cualquier programa que se haya hecho en, digamos, Suecia, Noruega o Australia. Al menos las paredes no se tambaleaban cuando alguien cerraba una puerta. Fue una experiencia extraña ver a personas que vivían en un entorno reconociblemente británico, bebían té y vestían cardiganes de Marks & Spencer pero hablaban en marciano. De vez en cuando, me interesó notar, soltaban palabras en inglés: «Hi ya»,[34] «Right then»,[35] «OK», presumiblemente porque no existía un equivalente galés, y en un encuentro memorable un personaje dijo algo como «*Wlch ylch aargh ybsy cwm* un buen clavo durante este fin de semana guarro, mira tú», que me encantó. Qué dulce cariño por parte de los galeses no tener su propio término para un polvo ilícito entre el viernes y el lunes.

Cuando terminé el café y regresé a la calle, la lluvia había disminuido temporalmente, pero las calles estaban llenas de grandes charcos allí donde los desagües no podían hacer frente al volumen de agua. Corrígeme si me equivoco, pero uno pensaría que, si una nación debería haber dominado ya la ciencia del drenaje, esa debería ser Gran Bretaña. En cualquier caso, los autos acuaplanaban audazmente a través de aquellos lagos temporales y arrojaban cortinas de agua sobre las casas y tiendas cercanas. Consciente de mi experiencia con los charcos en Weston, y de que este era un lugar donde realmente no había nada que hacer los domingos, avancé por High Street en un estado de cautela.

Husmeé por el centro de información turística, donde cogí un folleto que me informaba que Porthmadog fue construido a principios del siglo XIX como un puerto para la pizarra de Blaenau por un tal Alexander Maddocks, y que a finales de siglo entraban mil barcos al año en el puerto para llevarse 116 000 toneladas de piedra galesa. Hoy el muelle es, inevitablemente, una zona

renovada para *yuppies*, con adoquines en las calles y pisos elegantes. Lo miré cortésmente, luego seguí un carril trasero a través de un barrio de pequeños astilleros y otros negocios marítimos, y subí por un lado de una colina residencial y bajé por el otro hasta que me encontré en la tranquila aldea de

Borth-y-Gest,

un bonito pueblo de villas de ladrillo en una bahía en forma de herradura con hermosas vistas a través de Traeth Bach hasta Harlech Point y Tremadoc Bay y más allá.

Borth-y-Gest

tenía un atractivo aire antiguo. En el centro del pueblo, con vistas a la bahía, había una oficina de correos con un toldo azul que anunciaba en la parte colgante «DULCES y HELADOS» y cerca había un establecimiento llamado Sea View Cafe. Este lugar podría haber sido sacado entero de *Adventures on the Island*.[36] Quedé encantado.

Seguí un camino cubierto de hierba sobre el mar hacia un promontorio. Incluso con nubes bajas, las vistas del estuario de Glaslyn y de la cordillera de Snowdon más allá eran bastante majestuosas. El viento era racheado y debajo el mar golpeaba las rocas de una manera impresionantemente tempestuosa, pero al menos había dejado de llover y el aire era dulce y fresco de esa manera que solo se experimenta cuando se está junto al mar. La luz caía y tenía miedo de terminar uniéndome a las olas en las rocas mucho más abajo, así que me dirigí de regreso a la ciudad. Cuando llegué, descubrí que los pocos negocios antes abiertos ahora estaban cerrados. Solo un pequeño faro se cernía sobre la oscuridad circundante. Subí para ver qué era y me interesó descubrir que era la terminal sur y el cuartel general operativo de la famosa Blaenau Ffestiniog Railway.

Interesado en ver el centro neurálgico de esa organización que me había causado tanta angustia e incomodidad antes, entré. Aunque eran más de las cinco, la librería de la estación todavía estaba abierta y generosamente salpicada de curiosos silenciosos, así que entré y eché un ojo alrededor. Era un lugar extraordinario, estantería tras estantería de libros, todos con títulos como *Railways of the Winion Valley and Mawddach Estuary*[37] y *The Complete Encyclopaedia of Signal Boxes*.[38] Había una serie de libros de varios volúmenes titulada *Trains in Trouble*,[39] cada uno de los cuales constaba de página tras página de fotografías de descarrilamientos, choques y otras catástrofes, una especie de equivalente de una película *snuff* para los observadores de trenes,

supongo. Para aquellos que buscan emociones más animadas, había decenas de videos. Tomé uno al azar, titulado *The Hunslet and Hundreds Steam Rally 1993,*[40] que tenía una etiqueta en negrita que prometía «¡50 minutos de acción a vapor!. —Debajo había una etiqueta que decía—: Advertencia: contiene imágenes explícitas de un acoplamiento de un Sturrock 0-6-0 Heavy Class con un
G.

W.

R.
Hopper». En realidad, acabo de inventar la última parte, pero me di cuenta, con una especie de profunda conmoción, de que todas las personas a mi alrededor rebuscaban entre los estantes precisamente con el mismo tipo de concentración y respiración tranquila y ensimismada que encontrarías en una tienda de películas porno, y de repente me pregunté si había una dimensión extra en esta actividad obsesiva de observar trenes que nunca se me había ocurrido. Según una placa en la pared de la taquilla, el ferrocarril Blaenau Ffestiniog se fundó en 1832 y es el más antiguo que aún funciona en el mundo. También supe por la placa que la sociedad ferroviaria tiene seis mil miembros, una cifra que me asombra desde todas las ópticas posibles. Aunque el último tren del día había terminado su recorrido hacía algún tiempo, todavía había un hombre en la taquilla, así que me acerqué y lo interrogué en voz baja sobre la falta de coordinación entre los servicios de tren y autobús en Blaenau. No sé por qué, porque yo era el encanto mismo, pero él se puso claramente a la defensiva, como si estuviera criticando a su esposa, y dijo en un tono petulante:

—Si Gwynned Transport quiere que la gente tome el tren del mediodía desde Blaenau, entonces deberían hacer que los autobuses partieran antes.

—Pero igualmente —insistí—, podrían hacer que el tren partiera unos minutos más tarde.

Me miró como si estuviera siendo escandalosamente presuntuoso y dijo:

—Pero ¿por qué deberíamos hacerlo?

Y ahí, ya ves, tienes todo lo que está mal con esos tipos entusiastas de los trenes. Son irracionales, discutidores, peligrosamente quisquillosos y, a menudo, como aquí, tienen un irritante bigotito a lo Michael Fish[41] que dan ganas de reventarle los globos oculares con dos dedos. Además, gracias a mi

investigación en la librería, creo que podemos decir con seguridad que existe un caso *prima facie* para presumir que realizan actos antinaturales con videos de vapor. Por su propio bien, y por el bien de la sociedad, deberían ser llevados e internados detrás de alambres de púas.

Pensé en hacer un arresto ciudadano allí mismo: «Lo detengo en nombre de Su Majestad la Reina por el delito de ser irritantemente intratable con los horarios, y también por tener un bigotito molesto e inadecuado», pero me sentí generoso y lo dejé ir con una mirada dura y una advertencia implícita de que pasaría un día frío en el infierno antes de que me aventurara de nuevo a pasar cerca de su vía férrea. Creo que entendió el mensaje.

21

Por la mañana, caminé hasta la estación de Porthmadog, no la de Blaenau Ffestiniog (en plan vamos a jugar a los trenes), sino la verdadera de British Rail. La estación estaba cerrada, pero había varias personas en el andén, todas evitando cuidadosamente la mirada de los demás y de pie, creo, en el mismo lugar en el que se paraban todas las mañanas. Estoy bastante seguro de eso porque, mientras estaba de pie allí ocupándome de mis propios asuntos, un hombre con traje llegó y miró primero sorprendido y luego molesto por encontrarme ocupando lo que evidentemente era su metro cuadrado de andén. Tomó una posición a unos metros de distancia y me miró con una expresión no completamente cargada —pero casi— de todo el odio que pudo reunir. Qué fácil es a veces, pensé, hacer enemigos en Gran Bretaña. Todo lo que tienes que hacer es pararte en el lugar equivocado o dar la vuelta a tu coche en la entrada de la casa de ese tipo que tiene escrito «NO GIRAR» bien grande en la puerta del garaje, o sin darte cuenta sentarte en su asiento en un tren, y te odiarán silenciosamente hasta la tumba.

Finalmente llegó un tren Sprinter de dos vagones y todos subimos a bordo. Realmente son los trenes más incómodos, utilitarios y profundamente desagradables, con sus asientos de bordes duros, sus corrientes de aire frío y caliente desconcertantemente simultáneas, su iluminación áspera y, sobre todo, su combinación de colores nocivos con todas esas rayas naranjas y galones desesperadamente alegres. ¿Por qué alguien pensaría que a los pasajeros del tren les gustaría estar rodeados de mucho naranja, especialmente a primera hora de la mañana? Añoraba uno de esos trenes de estilo antiguo que encontré cuando llegué por primera vez a Gran Bretaña, los que no tenían pasillos sino que consistían en una serie de compartimentos independientes, cada uno de los cuales era un pequeño mundo en sí mismo. Siempre sentías un escalofrío de emoción cuando abrías la puerta del

camarote porque nunca sabías lo que encontrarías al otro lado. Había algo placenteramente íntimo y aleatorio en sentarse tan cerca de completos extraños. Recuerdo una vez que estaba en uno de estos trenes cuando uno de los demás pasajeros, un joven de aspecto tímido que llevaba puesta una gabardina, vomitó repentina y profusamente en el suelo durante una epidemia de gripe y luego tuvo el descaro de bajarse del tren en la siguiente estación, dejándonos a tres de nosotros en medio del silencio de la noche, con las caras pálidas y los dedos de los pies metidos hacia dentro y comportándonos, de esa forma tan extraordinariamente británica, como si nada hubiera pasado. Pensándolo bien, tal vez sea mejor que ya no tengamos esos trenes. Pero todavía no estoy contento con los galones naranjas.

Seguimos una ruta costera pasando por amplios estuarios y colinas escarpadas junto a la extensión gris y llana de Cardigan Bay. Todos los pueblos a lo largo del camino tenían nombres que sonaban como un gato vomitando una bola de pelo: Llywyngwril, Morfa Mawddach, Llandecwyn, Dyffryn Ardudwy. En Penrhyndeudraeth, el tren se llenó de niños de todas las edades, todos con uniformes escolares. Esperaba que gritaran, fumaran e hicieran volar cosas, pero se portaron impecablemente, hasta el último de ellos. Todos bajaron en Harlech y el interior de repente estuvo lo suficientemente vacío y silencioso como para poder escuchar a la pareja detrás de mí conversando en galés, lo que me complació. En Barmouth cruzamos otro amplio estuario sobre una pasarela de madera de aspecto desvencijado. Había leído en alguna parte que esa calzada había estado cerrada durante algunos años y que Barmouth había sido hasta hace poco el final de la línea. Parecía una especie de milagro que BR hubiera invertido el dinero para reparar la vía y mantener la línea abierta, pero apuesto a que, si tuviera que volver en diez años, esta línea medio olvidada a Porthmadog estaría en manos de aficionados como los de la Blaenau Ffestiniog Railway y que algún imbécil con un bigotito quisquilloso me diría que no puedo hacer transbordo en Shrewsbury porque no se ajusta al horario de la sociedad.

Así que me complació, tres horas y ciento setenta kilómetros después de partir, hacer transbordo en Shrewsbury mientras aún existía la oportunidad. Mi intención era ir hacia el norte y reanudar mi majestuoso avance hacia John O'Groats, pero, mientras me abría paso por la estación, escuché un anuncio en

el andén de un tren a Ludlow, e impulsivamente lo cogí. Durante años había oído que Ludlow era un lugar encantador, y de repente se me ocurrió que esta podría ser mi última oportunidad de verlo. Así fue como me encontré, unos veinte minutos más tarde, descendiendo a un andén solitario en Ludlow y subiendo una larga colina hacia la ciudad.

Ludlow era en verdad un lugar encantador y agradable en lo alto de una colina sobre el río Teme. Parecía tener todo lo que podrías desear en una comunidad: librerías, un cine, algunos salones de té y panaderías de aspecto atractivo, un par de «carniceros familiares» (siempre quiero entrar y decir: «¿Cuánto es lo mío?»), un Woolworth's anticuado y la variedad habitual de farmacias, *pubs*, mercerías y similares, todos pulcramente decorados y respetuosos con su entorno. La Sociedad Cívica de Ludlow había colocado cuidadosamente placas en muchos de los edificios anunciando quién había vivido allí alguna vez. Una de ellas colgaba de la pared del Angel, una antigua posada de postas en Broad Street que ahora —lamentablemente, y esperaba que solo de manera temporal— estaba tapiada. Según la placa, el famoso autocar Aurora una vez recorrió los ciento cincuenta kilómetros o más hasta Londres en poco más de veintisiete horas, lo que demuestra cuánto hemos progresado. Ahora, un tren de la British Rail probablemente podría hacerlo en la mitad del tiempo.

Cerca de allí me topé con la sede de una organización llamada «Liga de protección de gatos de Ludlow y su distrito», que me intrigó. ¿Qué —me pregunté— le hacía la gente de Ludlow a sus gatos que era necesaria la creación de una asociación de protección especial? Tal vez lo había entendido desde el ángulo equivocado, pero —aparte de prender fuego a los gatos y arrojármelos— no puedo pensar en lo que tendrías que hacer para impulsarme a establecer una organización benéfica para defender sus intereses. No hay casi nada, aparte quizá de una fe conmovedora en la fiabilidad de los pronósticos del tiempo y la afición universal por las bromas que involucran la palabra «trasero», que me haga sentir más como un extraño en Gran Bretaña que la actitud de la nación hacia los animales. ¿Sabías que la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad hacia los Niños se formó sesenta años después de la fundación de la Sociedad Real para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales, y como una rama de esta? ¿Sabías que en 1994 Gran Bretaña votó a favor de una directiva de la Unión Europea que exige períodos de descanso reglamentarios para los animales

transportados, pero en contra de los períodos de descanso reglamentarios para los trabajadores de las fábricas?

Pero, incluso en ese curioso contexto, me pareció extraordinario que pudiera haber una entidad completa, claramente bien financiada, dedicada solo a la seguridad y el bienestar de los gatos de Ludlow y su distrito. No estaba menos intrigado por los límites curiosamente específicos del mandato autoimpuesto de la sociedad: la idea de que solo estaban interesados en la seguridad y el bienestar de los gatos de Ludlow y su distrito. ¿Qué pasaría, me preguntaba, si los miembros de la liga te encontraran molestando a un gato justo fuera de los límites del distrito? ¿Se encogerían de hombros con resignación y dirían: «Está fuera de nuestra jurisdicción»? ¿Quién puede decirlo? Por supuesto que yo no, porque cuando me acerqué a la oficina con el fin de hacer averiguaciones, vi que estaba cerrada, porque sus miembros —y evidentemente no desearía que leyeran nada de esto— habían salido a almorzar.

Que es lo que yo también decidí hacer. Crucé la calle hasta un pequeño y agradable restaurante de ensaladas llamado Olive Branch, donde rápidamente me convertí en un paria por sentarme en una mesa para cuatro. El lugar estaba prácticamente vacío cuando llegué, y como cargaba con una mochila y algún que otro artilugio más, me senté en la primera mesa vacía. Pero, en cuanto lo hice, llegó gente de todas partes y, durante el resto de mi breve período de almuerzo, pude sentir los ojos de las personas que desde la caja registradora se volvían hacia mí y me encontraban ocupando un espacio que obviamente no estaba diseñado para un almuerzo solitario, y que eso, además, las obligaría a llevar sus bandejas a la impopular sección «Más mesas arriba», que evidentemente era una opción desagradable. Mientras estaba sentado allí, tratando de comer rápido y ser discreto, un hombre de dos mesas más allá se acercó y me preguntó en tono mordaz si estaba utilizando una de las sillas, y la tomó sin esperar mi respuesta. Terminé mi comida y me escabullí del lugar avergonzado.

Regresé a la estación y compré un billete para el siguiente tren a Shrewsbury y Manchester Piccadilly. Debido a un fallo en algún punto de la vía, el tren llegó con cuarenta minutos de retraso. Estaba lleno y los pasajeros estaban irritables. Encontré un asiento al perturbar una zona llena de personas que cedieron su espacio a regañadientes y me miraron con desdén. ¡Más enemigos! ¡Qué día estaba teniendo! Me senté apretujado y encima de mi abrigo con la mochila en el regazo en un pequeño espacio en un vagón

sobrecalentado. Tenía vagas esperanzas de llegar a Blackpool, pero no podía mover un músculo y no podía sacar mi horario de trenes para ver dónde necesitaba transbordar, así que simplemente me senté y confié en que podría coger un tren en Manchester.

La British Rail estaba teniendo un mal día. Nos arrastramos más o menos un kilómetro y medio fuera de la estación y luego nos detuvimos durante mucho tiempo sin razón aparente. Por fin, una voz anunció que debido a fallos en la línea, este tren terminaría en Stockport, lo que provocó un gemido general. Finalmente, después de unos veinte minutos, el tren se puso en marcha titubeante y traqueteó por el verde campo. En cada estación, la voz se disculpaba por el retraso y anunciaba de nuevo que el tren terminaría en Stockport. Cuando por fin llegamos a Stockport, con noventa minutos de retraso, esperaba que todos se bajaran, pero nadie se movió, y yo tampoco. Solo un pasajero, un tipo japonés, desembarcó obedientemente y luego observó consternado cómo el tren avanzaba, sin explicación y sin él, a Manchester. En Manchester descubrí que necesitaba un tren a Preston, así que eché un vistazo a una pantalla de televisión, pero solo daba el destino final y no las estaciones intermedias. Así que me fui y me uní a una fila de viajeros que le pedían direcciones de varios lugares a un guardia de la BR. Fue desafortunado para él que no hubiera ninguna estación en Gran Bretaña llamada «A tomar por culo» porque eso era claramente lo que quería decirle a la gente. Me dijo que fuera al andén 13, así que me dirigí hacia allí, pero los andenes terminaban en el 11. Así que volví a ver al tipo y le informé que no podía encontrar el andén 13. Resultó que el andén 13 era por unas escaleras secretas y sobre un puente peatonal. Parecía ser el andén de los trenes perdidos. Había toda una multitud de viajeros parados allí con cara de perdidos y tristes, como la gente del *sketch* del lechero de los Monty Python. Finalmente, nos enviaron de regreso a la plataforma 3. El tren, cuando llegó, era, por supuesto, un Sprinter de dos vagones. Las setecientas personas de siempre se apretujaron.

Así fue cómo, catorce horas después de partir de Porthmadog esa mañana, llegué cansado, despeinado, hambriento y lleno de aflicción a Blackpool, un lugar en el que no quería estar especialmente, de todos modos.

22

Blackpool —y no importa cuántas veces escuches esto porque nunca deja de ser increíble— atrae a más visitantes cada año que Grecia y tiene más camas de vacaciones que todo Portugal. Allí se consumen más patatas fritas per cápita que en cualquier otro lugar del planeta. (Se alimenta de 16 hectáreas de patatas al día). Tiene la mayor concentración de montañas rusas de Europa. Tiene la segunda atracción turística más popular del continente, Pleasure Beach, de 17 hectáreas, cuyos 6,5 millones de visitantes anuales son superados en número solo por los que van al Vaticano. Tiene las iluminaciones más famosas. Y los viernes y sábados por la noche tiene más baños públicos que cualquier otro lugar de Gran Bretaña; en otros lugares los llaman portales.

Independientemente de lo que puedas pensar sobre el lugar, hace lo que hace muy bien o, si no muy bien, al menos con mucho éxito. En los últimos veinte años, durante un período en el que el número de británicos que disfrutan de sus tradicionales vacaciones junto al mar se ha reducido en una quinta parte, Blackpool ha aumentado su número de visitantes en un 7 % y ha convertido el turismo en una industria de casi trescientos millones de euros al año. Un pequeño logro si se tiene en cuenta el clima británico, el hecho de que Blackpool es una ciudad fea, sucia y está muy lejos de cualquier lugar, que su mar es un retrete abierto y que sus atracciones son casi todas baratas, provincianas y pésimas.

Fue la iluminación lo que me llevó hasta allí. Había oído y leído al respecto durante tanto tiempo que tenía muchas ganas de verla. Así que, después de asegurarme una habitación en una modesta casa de huéspedes en una calle secundaria, me apresuré hacia el paseo marítimo con bastantes expectativas. Bueno, todo lo que puedo decir es que las iluminaciones de Blackpool no son más que espléndidas, y no son tan espléndidas. Por supuesto, siempre existe el peligro de la decepción cuando finalmente encuentras algo que

has querido ver durante mucho tiempo, pero, en términos de decepción, sería difícil superar el espectáculo de luces de Blackpool. Pensé que habría láseres barriendo el cielo, luces estroboscópicas tatuando las nubes y otros deslumbramientos. En lugar de eso, solo había una procesión ruidosa de viejos tranvías decorados como cohetes o galletas navideñas, y varios kilómetros de miserables adornos en los postes de luz. Supongo que, si nunca hubieras visto la electricidad en acción, sería bastante impresionante, aunque ni siquiera estoy seguro de eso. Todo parecía de mal gusto e inadecuadamente a gran escala, como la misma Blackpool.

Lo que no fue menos sorprendente que la escasez de las iluminaciones fue la multitud de personas que habían venido a presenciar el espectáculo. El tráfico a lo largo del paseo era parachoques contra parachoques, con rostros infantiles pegados a las ventanas de todos los autos que avanzaban lentamente, y había masas de personas que deambulaban con alegría por el espacioso paseo marítimo. A intervalos frecuentes, los vendedores ambulantes vendían collares y pulseras luminosas u otras diversiones de corta duración, y estaban haciendo un gran negocio. Una vez leí en alguna parte que la mitad de todos los visitantes de Blackpool han estado allí al menos diez veces. Dios sabe qué encuentran en ese lugar. Caminé alrededor de un kilómetro a lo largo del paseo, y no pude entender su atractivo y yo, como ya te habrás dado cuenta, soy un entusiasta de las baratijas. Tal vez solo estaba cansado después de mi largo viaje desde Porthmadog, pero no pude despertar ningún entusiasmo en mí. Paseé por las salas de juego brillantemente iluminadas y miré en los bingos, pero la atmósfera festiva que parecía apoderarse de todos no logró contagiarme. Finalmente, sintiéndome muy cansado y muy extranjero, me retiré a un restaurante de pescado en una calle lateral, donde comí un plato de abadejo, patatas fritas y guisantes —me miraron como si fuera una especie de mariposón sureño cuando pedí salsa tártara— y luego me acosté bien temprano.

Por la mañana, me levanté pronto para darle otra oportunidad a Blackpool. Me gustó mucho más a la luz del día. El paseo tenía algunos bonitos pedazos de hierro fundido y cabañas elaboradas con cúpulas de cebolla —en las que vendían rocas, turrón y otras cosas pegajosas que se me habían escapado en la oscuridad de la noche anterior—, y la playa era enorme, vacía y muy agradable. La playa de Blackpool tiene doce kilómetros de largo y lo curioso es que no existe oficialmente. No me lo invento. A finales de la década de 1980, cuando la Comunidad Europea emitió una directiva sobre

los estándares mínimos de las aguas residuales transportadas hasta el océano, resultó que casi todas las ciudades costeras británicas no se acercaban ni siquiera a los niveles mínimos. La mayoría de los lugares más grandes como Blackpool se salían del borde del *zurullómetro*, o lo que sea con lo que miden esas cosas. Esto presentaba un problema obvio para el gobierno, que se resistía a gastar dinero en playas británicas cuando había playas perfectamente buenas para gente rica en Mustique y Barbados, por lo que redactó una política bajo la cual decretaba oficialmente que —y esto es tan extraño que apenas puedo soportarlo pero te juro que es cierto— Brighton, Blackpool, Scarborough y muchos otros centros turísticos importantes no tenían, estrictamente hablando, playas para bañarse. Dios sabe cómo denominaron entonces a estas extensiones de arena —algo así como «zonas intermedias anteriores al receptor de aguas residuales», supongo—, pero en cualquier caso cerró el problema sin resolverlo ni costarle un centavo a Hacienda, que es, por supuesto, lo principal, o en el caso del actual gobierno, lo único.

Pero ¡basta de sátira política! Vayamos deprisa a Morecambe. Fui allí a continuación, en una serie de veloces Sprinters, en parte para hacer comparaciones conmovedoras con Blackpool, pero sobre todo porque me gusta Morecambe. No estoy del todo seguro de por qué, pero me gusta.

Mirándola ahora, es difícil creer que no hace mucho tiempo Morecambe rivalizaba con Blackpool. De hecho, a partir de 1880, y durante muchas décadas después, Morecambe fue el balneario por excelencia del norte de Inglaterra. Tuvo las primeras iluminaciones costeras de Gran Bretaña. Fue la cuna del bingo, del *rock* con letras cantadas y del tobogán en espiral. Durante las célebres Wakes Weeks, cuando ciudades industriales enteras del norte se iban juntas de vacaciones (llamadas Morecambe Bradford-by-Sea), hasta cien mil visitantes a la vez acudían en masa a sus pensiones y hoteles. En su apogeo, tenía dos estaciones de tren principales, ocho salas de música, ocho cines, un acuario, un parque de atracciones, una colección de animales salvajes, una torre giratoria, un jardín náutico, un pabellón de verano, jardines de invierno, la piscina más grande de Gran Bretaña y dos muelles. Uno de ellos, el Central Pier, era uno de los más bellos y elaborados de Gran Bretaña, con torres fabulosas y techos abovedados, un palacio árabe a flote en la bahía de Morecambe.

Tenía más de mil pensiones para las masas, pero también

atracciones elegantes para aquellos con ambiciones más extravagantes. El Old Vic y el Sadler's Wells pasaban allí temporadas enteras de obras de teatro. Elgar dirigió orquestas en los Winter Gardens y Nellie Melba cantó. Y fue el hogar de muchos hoteles que eran iguales a cualquiera en Europa, como el Grand y el Broadway, donde a principios de 1900 los clientes adinerados podían elegir entre una docena de tipos de bañeras de hidromasaje, incluyendo las variedades de chorro de aguja, baño de sal, baño de espuma, ducha a presión suave y ducha escocesa.

Sé todo esto porque había estado leyendo un libro llamado *Lost Resort: The Flow and Ebb of Morecambe*, de un vicario local llamado Roger K. Bingham, que no solo estaba excepcionalmente bien escrito (y es bastante extraordinario, permíteme decirlo aquí, cuánta buena historia local hay en este país), sino lleno de fotos de Morecambe en su apogeo que estaban asombrosamente en desacuerdo con la escena que encontré frente a mí cuando me bajé del tren (uno de los tres pasajeros que se apearon), y salí al soleado pero asombrosamente descolorido encanto de Marine Road.

Es difícil decir cuándo o por qué comenzó el declive de Morecambe. Fue popular hasta bien entrada la década de 1950, y hasta 1956 tenía 1300 hoteles y casas de huéspedes, diez veces el número que tiene hoy, pero su descenso desde la grandeza había comenzado mucho antes. El famoso Muelle Central sufrió graves daños por un incendio en la década de 1930 y luego se hundió gradualmente en un vergonzoso naufragio. En 1990, los funcionarios de la ciudad lo habían eliminado del mapa local simplemente fingiendo que el montón abandonado que se proyectaba hacia el mar, dominando la fachada litoral, no estaba allí. Mientras tanto, otro de los muelles, el West End Pier, fue arrasado por una tormenta de invierno en 1974. El magnífico salón de música Alhambra se incendió en 1970 y el Teatro Royalty fue arrasado para dar paso a un centro comercial dos años después.

A principios de la década de 1970, el declive de Morecambe se precipitó.

Uno por uno, los emblemas locales desaparecieron: la venerable piscina en 1978, los Winter Gardens en 1982 y el verdaderamente suntuoso Grand Hotel en 1989, cuando la gente abandonó Morecambe por Blackpool y las costas españolas. A finales de la

década de 1980, según Bingham, se podía comprar un gran hotel frente al mar que alguna vez fue un orgullo, como el Grosvenor de cinco plantas, por el mismo precio que una casa adosada en Londres.

Hoy en día, la imagen andrajosa de Morecambe consiste en gran parte en salas de bingo y salas de juego poco utilizadas, tiendas de todo a una libra esterlina y el tipo de *boutiques* de precios reducidos donde la ropa es tan barata e indeseable que con seguridad se puede colocar afuera en percheros y estantes y dejar la tienda desatendida. Muchas de las tiendas están vacías y gran parte del resto parecen temporales. Una vez más,

Bradford-by-Sea

se convirtió en ironía de ironías. La fortuna de Morecambe había caído tan bajo que el verano anterior la ciudad ni siquiera pudo encontrar a alguien que se hiciera cargo de la concesión de las tumbonas. Cuando un balneario no encuentra a nadie dispuesto a instalar tumbonas, sabes que el negocio va mal.

Y, sin embargo, Morecambe tiene sus encantos. Su paseo marítimo es hermoso y está bien mantenido, y su amplia bahía (280 kilómetros cuadrados, si estás tomando nota) es seguramente una de las más bellas del mundo, con vistas inolvidables a las colinas verdes y azules de Lakeland: Scafell, Old Coniston y Langdale Pikes.

Hoy en día, casi todo lo que queda de la edad de oro de Morecambe es el Midland Hotel, un edificio *art déco* de un blanco radiante, alegre y lozano con una fachada amplia y aerodinámica erigido en el paseo marítimo en 1933. Las estructuras de hormigón estaban de moda en 1933, pero el hormigón aparentemente estaba más allá de las capacidades de los constructores locales, por lo que se construyó con ladrillos de Accrington y se enyesó para que pareciera hormigón, lo que encuentro muy atractivo. Hoy en día, el hotel se está desmoronando lentamente en las esquinas y está marcado aquí y allá con manchas de óxido. La mayoría de los accesorios interiores originales se perdieron durante las remodelaciones periódicas y descuidadas a lo largo de los años, y varias estatuas grandes de Eric Gill que alguna vez adornaron la entrada y las salas públicas simplemente desaparecieron, pero aún tiene ese encanto imperecedero de la década de 1930. No podría ni imaginar de dónde obtiene Midland sus clientes en estos días. No parecía haber ninguno de ningún tipo cuando entré y tomé una taza de café en un solárium vacío con vistas a la bahía. Uno de los pequeños encantos del Morecambe moderno es que dondequiera que vayas te agradecen tu patrocinio. Disfruté de un excelente

servicio y una hermosa vista, dos cosas totalmente inalcanzables en Blackpool por lo que puedo decir. Cuando me iba, me llamó la atención una gran estatua de yeso blanco de Gill de una sirena en el comedor vacío. Fui y le eché un vistazo y descubrí que la cola de la estatua, que supongo que vale una pequeña fortuna, estaba sujeta con una masa de cinta adhesiva. Parecía un símbolo no inapropiado para el pueblo.

Pagué una habitación en una casa de huéspedes frente al mar —donde me recibieron con una especie de gratitud sorprendida, como si los propietarios hubieran olvidado que todas esas habitaciones vacías de arriba estaban en alquiler—, y pasé la tarde paseando con el libro de Roger Bingham, mirando los lugares de interés, tratando de imaginar la ciudad en su apogeo, y ocasionalmente brindando mi patrocinio a salones de té patéticamente agradecidos.

Era un día templado y había varias personas, en su mayoría ancianos, caminando por el paseo marítimo, pero pocas señales de que alguien estuviera gastando dinero. Sin nada mejor que hacer, di un largo paseo por el paseo marítimo casi hasta Carnforth y luego caminé de regreso por la arena, ya que la marea estaba baja. Lo sorprendente de Morecambe, se me ocurrió, no es que decayera, sino que alguna vez prosperase. Sería difícil imaginar un lugar menos probable para un resort. Sus playas están formadas por horribles lodos pegajosos y su extensa bahía pasa largas temporadas desprovista de agua gracias a los vaivenes de las mareas. Puedes caminar diez kilómetros a través de la bahía hasta Cumbria cuando la marea está baja, pero dicen que es peligroso hacerlo sin un guía o *piloto de arena*, como se les conoce aquí. Una vez pasé un tiempo con uno de esos pilotos, que contaba historias alarmantes sobre carruajes y caballos que intentaban cruzar la bahía durante la marea baja y desaparecían en las traicioneras arenas movedizas, para nunca más ser vistos. Incluso ahora, la gente a veces se aleja demasiado y luego tiene muchas dificultades cuando sube la marea, la forma más desagradable de terminar una tarde que podrías imaginar.

Me sentía atrevido, así que caminé unos cientos de metros hacia la arena, estudiando los moldes de gusanos y las interesantes huellas onduladas dejadas por las aguas en retirada, atento a las arenas movedizas que en realidad no son arena, sino barro y limo, y realmente te atrapan si te equivocas. Las mareas en Morecambe no entran y salen como en el Severn, sino que se arrastran desde varios ángulos, lo cual es aún más amenazador, dado que, si eres de los

que se pierden en sus pensamientos, puedes descubrir fácilmente que de repente estás varado en un banco de arena grande pero que se encoge insidiosamente en medio de una gran bahía húmeda, así que mantuve los ojos abiertos y no me aventuré demasiado lejos.

Fue maravilloso, sin duda mejor que cualquier cosa que Blackpool pudiera ofrecer. Es una sensación extraña caminar sobre el fondo del mar y pensar que en cualquier momento podría estar bajo diez metros de agua. Me gustó especialmente la soledad. Una de las cosas más difíciles de adaptar, si vienes de un país grande, es que en Inglaterra rara vez estás realmente solo al aire libre —apenas hay un espacio abierto donde puedas, digamos, estar de pie con seguridad y orinar sin miedo a que aparezcan los binoculares de algún observador de pájaros o alguna repentina abuela excursionista—, así que la sensación de soledad en las arenas abiertas fuera bastante lujosa.

Desde unos cientos de metros, Morecambe se veía bastante atractiva bajo el sol de la tarde, e incluso de cerca, cuando dejé la arena y subí unos escalones de cemento cubiertos de musgo hacia el paseo marítimo, no se veía tan mal lejos de los desolados bingos y de las tiendas de bagatelas. La línea de casas de huéspedes a lo largo de la parte este de Marine Road tenía un aspecto ordenado y elegante y dulcemente esperanzador. Sentí pena por los propietarios que habían invertido sus esperanzas y ahora se encontraban en un complejo moribundo. El declive que comenzó en los años cincuenta y se aceleró sin control en los años setenta debe haber parecido desconcertante e inexplicable para esta pobre gente mientras observaban cómo Blackpool, a solo treinta y dos kilómetros al sur, iba viento en popa.

Tontamente, pero no sin naturalidad, Morecambe respondió tratando de competir con Blackpool. Construyó un costoso delfinario y una nueva piscina al aire libre, y hacía poco habían realizado un plan a medias para abrir un parque de atracciones *Mr*. Blobby. Pero realmente su encanto, y estaba claro que su esperanza, radicaba en no ser Blackpool. Eso es lo que me gusta de aquel lugar, que es tranquilo, amigable y con personas de conducta impecable, que hay mucho espacio en los *pubs* y cafés, que no te sacan de las aceras los jóvenes fanfarrones y no tienes que caminar entre platos de plástico abandonados y manchas de vómito.

Un día, me gustaría pensar, la gente redescubrirá los encantos de un descanso tranquilo junto al mar, los placeres simples de deambular por un paseo marítimo bien cuidado, de apoyarse en las barandillas, de disfrutar de las vistas, de sentarse en un café con un

libro, solo dando vueltas. Entonces quizá Morecambe pueda prosperar de nuevo. Qué bueno sería si el Gobierno realmente estableciera una política con este fin, tomara medidas para restaurar lugares en decadencia como Morecambe, reconstruyera el muelle según los planos originales, otorgara una subvención para nuevos Winter Gardens, insistiera en la restauración de los edificios frente al mar, o tal vez trasladara una división de Hacienda o alguna otra oficina burocrática a la ciudad para darle un poco de vida durante todo el año.

Con un poco de preparación y un plan bien pensado a largo plazo, estoy seguro de que podría atraer al tipo de personas que querrían abrir librerías, pequeños restaurantes, tiendas de antigüedades, galerías, tal vez incluso bares de tapas y algún que otro hotel refinado. Bueno, ¿por qué no?

Morecambe podría convertirse en un pequeño equivalente inglés del norte de Sausalito o Saint Ives. Puede que sonrías al pensar en ello, pero ¿qué otro futuro posible hay para un lugar como Morecambe? La gente podría venir los fines de semana a comer platos de calidad en los nuevos restaurantes frente al mar con vistas a la bahía y tal vez asistir a una obra de teatro o un concierto en los Winter Gardens. Los *yuppies* podrían pasar la noche allí y así aliviar la presión sobre el Distrito de los Lagos. Todo tendría mucho sentido. Pero, por supuesto, nunca sucederá, y en parte, si se me permite decirlo, porque ahora mismo estás sonriendo con suficiencia.

23

Tengo un pequeño recorte hecho jirones que a veces llevo conmigo y saco para divertirme en privado. Es un pronóstico del tiempo del *Western Daily Mail* y dice, en su totalidad: «Perspectiva: seco y cálido, pero más fresco y con algo de lluvia».

Ahí tienes, en una sola oración concisa, el clima inglés capturado a la perfección: seco pero lluvioso con algunos períodos cálidos o fríos. El *Western Daily Mail* podría publicar ese pronóstico todos los días, por lo que sé, y casi nunca equivocarse.

Para un extraño, lo más llamativo del clima inglés es que no hay mucho. Todos esos fenómenos que en otros lugares le dan a la naturaleza un toque de emoción, imprevisibilidad y peligro (tornados, monzones, ventiscas furiosas, tormentas de granizo de las que debes huir por tu vida) son casi completamente desconocidos en las Islas Británicas, y me parece bien. Me gusta ponerme el mismo tipo de ropa todos los días del año. Agradezco no necesitar aire acondicionado o mallas en las ventanas para evitar la entrada de insectos y animales voladores que te drenan la sangre o te comen la cara mientras duermes. Me gusta saber que mientras no camine por Ben Nevis[42] en pantuflas en febrero, es casi seguro que nunca pereceré a causa de los elementos en este país suave y apacible.

Menciono esto porque, mientras desayunaba en el comedor del hotel Old England en Bowness-on-Windermere, dos días después de salir de Morecambe, estaba leyendo un artículo en *The Times* sobre una tormenta de nieve fuera de temporada —una «ventisca», la llamó *The Times*— sobre la que el artículo decía que había «azotado» partes de East Anglia. Según *The Times*, la tormenta había cubierto partes de la región con «más de cinco centímetros de nieve» y creó «montículos de hasta quince centímetros de alto». En respuesta a eso, hice algo que nunca antes había hecho: saqué mi cuaderno y redacté una carta para el editor

en la que señalé, de manera amable y servicial, que cinco centímetros de nieve no pueden constituir una ventisca y que quince centímetros de nieve no es un montículo. Una ventisca, le expliqué, es cuando no puedes abrir la puerta de tu casa. Los montículos son cosas que hacen que te olvides de tu coche hasta la primavera. El clima frío es cuando te dejas parte de tu carne en las manijas de las puertas, los buzones y otros objetos metálicos. Y luego arrugué la carta porque me di cuenta de que corría grave peligro de convertirme en uno de esos tipos en plan Coronel Blimp[43] que se sentaban a mi alrededor en número considerable, comiendo copos de maíz o gachas de avena con sus esposas reaccionarias, y sin los cuales hoteles como el Old England no funcionarían, no podrían sobrevivir.

Estaba en Bowness porque tenía dos días sin plan alguno hasta que se me unieran dos amigos de Londres con los que pasaría el fin de semana caminando. Tenía muchas ganas de eso, pero menos de pasar otro día largo y sin propósito en Bowness, tratando de llenar las horas vacías hasta el té. Descubrí que hay muchos escaparates llenos de paños de cocina, vajillas de Peter Rabbit y jerséis estampados que puedo contemplar antes de que mi interés por ir de compras se apague, y no estaba del todo seguro de poder enfrentarme a otro día de curiosear en ese aspecto tan desafiante de los resorts.

Había venido a Bowness más o menos por defecto, ya que es el único lugar dentro del Parque Nacional del Distrito de los Lagos con una estación de tren. Además, la idea de pasar un par de días tranquilos junto a la aclamada belleza de Windermere y regodearme en las lujosas comodidades de un elegante (aunque costoso) hotel antiguo, me había parecido claramente atractiva desde el mirador de la bahía de Morecambe. Pero ahora, con un día pasado y otro por delante, estaba empezando a sentirme varado e inquieto, como alguien al final de un largo período de convalecencia. Al menos, reflexioné con optimismo, los cinco centímetros de nieve fuera de temporada que habían azotado brutalmente a East Anglia, causando caos en las carreteras y obligando a la gente a abrirse camino a través de peligrosos ventisqueros, algunos de ellos tan altos como sus tobillos, era algo que afortunadamente no se había dado en este rincón de Inglaterra. Aquí los elementos eran benignos y el mundo al otro lado de la ventana del comedor brillaba débilmente bajo un pálido sol invernal.

Decidí subirme al vapor del lago en direccion a Ambleside. Eso no solo mataría una hora y me permitiría ver el lago, sino que me

llevaría a un lugar más parecido a una ciudad real y menos a un balneario fuera de lugar como Bowness. En Bowness, me había fijado el día anterior, hay no menos de dieciocho tiendas donde puedes comprar suéteres y al menos doce que venden cosas de Peter Rabbit, pero solo una carnicería. Ambleside, por otro lado, aunque no estaba familiarizada con las múltiples posibilidades de enriquecimiento que presentaban las hordas de turistas que pasaban, al menos tenía una excelente librería y una gran cantidad de tiendas al aire libre, que encuentro enormemente, aunque inexplicablemente, divertidas. Puedo pasar horas mirando mochilas, calcetines largos, brújulas y raciones de supervivencia, luego voy a otra tienda y veo exactamente las mismas cosas de nuevo. Así que con cierta agudeza animada me dirigí al muelle del vapor poco después del desayuno. Por desgracia, allí descubrí que los barcos de vapor solo navegan los meses de verano, lo que parecía miope en esta mañana templada porque incluso ahora Bowness estaba repleto de excursionistas. Así que me vi obligado, como alternativa, a abrirme paso entre la multitud dispersa que arrastraba los pies hasta el pequeño transbordador que va y viene entre Bowness y la antigua casa de transbordadores en la orilla opuesta. Recorre solo unos cientos de metros, pero al menos funciona todo el año. Una modesta fila de coches estaba pacientemente al ralentí en la aproximación del *ferry*, y también había ocho o diez caminantes, todos con impermeables, mochilas y botas resistentes. Un tipo incluso vestía pantalones cortos, siempre un signo de demencia avanzada en un andador británico. Andar —es decir, andar en el sentido británico— era algo en lo que había entrado relativamente hacía poco. Todavía no estaba en el punto en el que usaría pantalones cortos con muchos bolsillos, pero me había dado por meter los pantalones dentro de los calcetines (aunque todavía tengo que encontrar a alguien que pueda explicarme qué beneficios realmente confiere esto, aparte de hacerte parecer serio y comprometido).

Recuerdo que, cuando llegué por primera vez a Gran Bretaña, entré en una librería y me sorprendió encontrar una sección entera dedicada a las «Guías a pie». Me pareció un poco extraño y cómico, porque en mi lugar de origen la gente no requería, por regla general, instrucciones escritas para lograr la locomoción, pero luego, poco a poco, aprendí que, de hecho, hay dos formas de caminar en Gran Bretaña, a saber: la forma cotidiana que te lleva al *pub* y, si todo va bien, te devuelve a casa otra vez, y la forma más seria que implica botas fuertes, mapas de Ordnance Survey en

bolsas de plástico, mochilas con sándwiches y frascos de té y, en su fase terminal, el uso de pantalones cortos de color caqui en clima inapropiado.

Durante años, vi a ese tipo de caminantes subiendo montañas ocultas por las nubes en un clima húmedo y salvaje y supuse que estaban realmente locos. Y luego mi viejo amigo John Price, que había crecido en Liverpool y pasó su juventud haciendo tonterías en los riscos de los lagos, me animó a unirme a él y a un par de amigos suyos para dar un paseo —esa fue la palabra que utilizó— hasta Haystacks un fin de semana. Creo que fue la combinación de esas dos palabras que suenan poco exigentes, pasear y Haystacks, [44] y la promesa de beber mucho después, lo que me sacó de mi cautela natural.

—¿Estás seguro de que no es demasiado difícil? —le pregunté.

—*Naaa*, solo es un paseo —insistió John.

Bueno, por supuesto que era cualquier otra cosa menos deambular. Trepamos durante horas por vastas laderas perpendiculares, sobre pedregales espinosos y montículos llenos de bultos, rodeando imponentes rocas, y finalmente emergimos a un mundo frío, desolado y elevado, tan remoto e intimidante que incluso las ovejas se sobresaltaban al vernos. Más allá se encontraban cumbres aún mayores y más remotas que habían sido casi invisibles desde la franja de carretera negra miles de metros más abajo. John y sus compinches jugaron con mi voluntad de vivir de la manera más cruel posible; al ver que me quedaba atrás, holgazaneaban sobre las rocas, fumaban, charlaban y descansaban, pero en el instante en que los alcanzaba con el fin de caer a sus pies, se recuperaban y, con unas pocas palabras de aliento, se ponían en marcha de nuevo con grandes y varoniles zancadas, de modo que tenía que seguir, trastabillando y sin poder descansar nunca. Jadeaba, me dolía todo y farfullaba, y me di cuenta de que nunca antes había hecho nada remotamente tan antinatural y prometí no volver a intentar semejante locura.

Y luego, justo cuando estaba a punto de acostarme y llamar a una camilla, coronamos una última elevación y nos encontramos abrupta y mágicamente en la cima de la tierra, en una plataforma en el cielo, en medio de un océano de cumbres crecientes. Nunca antes había visto algo ni la mitad de hermoso. «¡Joder!», dije en un momento de especial elocuencia, y me di cuenta de que me había enganchado. Desde entonces, lo había vuelto a hacer cada vez que podía, y nunca me quejé, e incluso comencé a meterme los pantalones en los calcetines. No podía esperar a mañana.

El transbordador atracó y subí a bordo con los demás. El lago Windermere parecía sereno y muy atractivo bajo la suave luz del sol. Inusualmente, no había ni un solo barco de recreo perturbando su calma cristalina. Decir que Windermere es popular entre los navegantes es coquetear imprudentemente con el eufemismo. Unas 14 000 lanchas motoras —permíteme repetir ese número, 14 000— están registradas para navegar por el lago. En un ajetreado día de verano, hasta 1600 lanchas motoras pueden estar en el agua a la vez, muchas de ellas navegando a una velocidad de hasta 40 millas náuticas por hora con esquiadores acuáticos a cuestas. Esto se suma a todos los miles de otros tipos de objetos flotantes que pueden estar en el agua y que no es necesario registrar: botes, veleros, tablas de vela, canoas, botes inflables, colchonetas, varios barcos de vapor de excursión y el viejo transbordador. Ahora estaba buscando en todos ellos un pedazo de agua del tamaño de un bote. Es casi imposible pararse en la orilla de un lago un domingo de agosto y ver a los esquiadores acuáticos atravesar multitudes de botes y otros detritos flotantes y no terminar con la boca abierta y las manos en la cabeza.

Un año antes había pasado unas semanas en los Lagos trabajando en un artículo para *National Geographic* y una de las emociones más fuertes de la experiencia fue pasar una mañana en el lago de un parque nacional. Para mostrarme lo peligroso que podría ser dejar que las embarcaciones de alta potencia naveguen en este tipo de entorno abarrotado, el guardaparques llevó la lancha al medio del lago y me dijo que esperara. Sonreí ante aquello. Oye, que voy a más de cien por las autopistas y me gusta pisar el acelerador. Pero déjame decirte algo: 40 millas náuticas por hora en un bote no se parecen en nada a la misma velocidad en una carretera.

Así que arrancamos a una velocidad que me hizo retroceder en el asiento y agarrarme con todas las fuerzas para salvar la vida, y rebotamos en el agua como una piedra plana disparada con un arma. Pocas veces me he quedado tan petrificado. Incluso en una mañana tranquila fuera de temporada, Windermere podía convertirse en un verdadero inconveniente. Pasamos disparados entre islotes y nos deslizamos de lado dejando atrás promontorios que se alzaban con alarmante rapidez, como sobresaltos en una atracción de feria. Imagínate compartir este espacio con otras 1600 embarcaciones igualmente elegantes, la mayoría de ellas bajo el control de algún idiota urbanita barrigón que casi no tiene experiencia en embarcaciones motorizadas, además de toda la

chatarra flotante compuesta por botes de remos, kayaks, patines acuáticos y similares… es un milagro que no haya cadáveres por toda el agua.

La experiencia me enseñó dos cosas; primero, que el vómito se vaporiza a 40 millas náuticas por hora en un bote abierto y, segundo, que Windermere es una masa de agua extremadamente compacta. Y aquí llegamos a la cuestión de todo esto. Gran Bretaña es, a pesar de toda su diversidad topográfica y majestuosidad eterna, un lugar de escala extremadamente pequeña. No hay una sola característica natural en el país que se clasifique en cualquier lugar en términos mundiales, no hay montañas alpinas, no hay impresionantes gargantas, ni siquiera un solo gran río. Puedes pensar en el Támesis como una arteria sustancial, pero en términos mundiales es poco más que una corriente un poco ambiciosa. Ponlo en América del Norte y ni siquiera estaría entre los cien primeros. Llegaría al número 108, para ser precisos, superado por otros relativamente desconocidos como el Skunk, el Kuskokwim e incluso el pequeño Milk. Windermere puede tener un lugar de honor entre los lagos ingleses, pero, por cada treinta centímetros cuadrados de la superficie de Windermere, Lake Superior ofrece setenta y ocho metros cuadrados de agua. Hay en Iowa un cuerpo de agua llamado Dan Green Slough, del que ni siquiera la mayoría de los habitantes de Iowa han oído hablar, que es más grande que Windermere. El Distrito de los Lagos en sí ocupa menos espacio que las Ciudades Gemelas, es decir, Minneapolis y Saint Paul.

Creo que es simplemente extraordinario que estas características no solo sean modestas en sus dimensiones, sino que lo sean en medio de una isla densamente poblada y aun así maravillosas. ¡Qué logro este! ¿Tienes alguna idea, aparte de un vago sentido teórico, de cuán desesperadamente poblada está Gran Bretaña? ¿Sabías, por ejemplo, que para lograr la misma densidad de población en Estados Unidos tendrías que desarraigar a todas las poblaciones de Illinois, Pensilvania, Massachusetts, Minnesota, Michigan, Colorado y Texas y agruparlas todas en Iowa? Veinte millones de personas viven a una distancia de un día desde el Distrito de los Lagos y doce millones —aproximadamente una cuarta parte de la población de Inglaterra— vienen a los Lagos cada año. No es de extrañar que algunos fines de semana de verano se tarden dos horas en atravesar Ambleside y que casi puedas cruzar Windermere saltando de un bote a otro.

Y, sin embargo, incluso en su peor momento, el Distrito de los Lagos sigue siendo más encantador y menos vorazmente

comercializado que muchos lugares de belleza famosos en países más espaciosos. Y lejos de las multitudes de Bowness, Hawkshead y Keswick —con sus paños de cocina, salones de té, teteras y un sinfín de mierdas de Beatrix Potter—, conserva focos de pura perfección, como descubrí cuando el *ferry* tocó su embarcadero y salimos dando tumbos. Durante un minuto, el área de aterrizaje fue un hervidero de actividad cuando un grupo de coches se bajó, otro subió y los ocho o diez pasajeros a pie partieron en varias direcciones. Y luego todo fue un bendito silencio. Seguí un magnífico camino boscoso alrededor de la orilla del lago antes de girar hacia el interior y dirigirme a Near Sawrey.

Cerca de Sawrey se encuentra el hogar de Hilltop, la casa de campo donde la ineludible Potter dibujó sus pequeñas y dulces acuarelas e ideó sus cuentos sentimentales. Durante la mayor parte del año, está repleto de turistas de todas partes. Gran parte del pueblo está dedicado a aparcamientos grandes (pero discretamente ubicados) y el salón de té incluso tiene un letrero en la fachada que anuncia su tarifa en japonés, ¡cielos! Pero los accesos al pueblo —en realidad es solo una aldea; por cierto, ¿sabes la diferencia entre pueblo y aldea? Sorprendentemente, pocas personas lo saben, pero en realidad es bastante simple: uno es un lugar donde la gente vive y la otra es una obra de Shakespeare— desde todas las direcciones son exquisitos y casi vírgenes: un edén verde cubierto de praderas entrelazado con paredes de pizarra errantes, grupos de bosques y granjas blancas bajas contra un telón de fondo de sugerentes colinas azules. Incluso el mismo Near Sawrey tiene un encanto seductor y bien inventado que contrasta con las abrumadoras hordas que vienen a disfrutar de su residencia más famosa. De hecho, la alarmante popularidad de Hilltop es tal que el National Trust ya ni siquiera lo anuncia activamente. Sin embargo, todavía vienen los visitantes. Cuando llegué, dos autocares arrojaban ocupantes canosos que parloteaban y el aparcamiento principal ya estaba casi lleno.

Había estado en Hilltop el año anterior, así que pasé de largo y subí por un camino poco conocido hasta un lago en un terreno elevado que hay detrás. La anciana señora Potter solía subir a ese lago con regularidad para retozar en él en un bote de remos —ya fuera como ejercicio saludable o como una especie de flagelación, no lo sé—, pero era muy hermoso y estaba aparentemente olvidado. Tuve la clara sensación de que yo era el primer visitante en aventurarse allí en años. Al otro lado del camino, un granjero reparaba un trozo de muro caído y me quedé allí de pie y lo observé

durante un rato desde una distancia discreta, porque si hay algo casi tan relajante para el espíritu como reparar un muro de piedra seca es ver a alguien más hacerlo. Recuerdo una vez, no mucho después de que nos mudáramos a los valles de Yorkshire, que mientras daba un paseo me encontré con un granjero a quien conocía reconstruyendo un muro en una colina remota. Era un día feo de enero, lleno de niebla y lluvioso y la cuestión es que no había ningún motivo discernible en la reconstrucción de aquel muro. Era dueño de los campos a ambos lados y, en cualquier caso, había una puerta que permanecía permanentemente abierta entre los dos, por lo que no era como si el muro tuviera una función real. Me quedé de pie y lo observé un rato y finalmente le pregunté por qué estaba de pie bajo una lluvia fría reconstruyendo la pared. Me miró con esa mirada de dolor especial que los granjeros de Yorkshire reservan para los espectadores y otros imbéciles y dijo: «Porque se ha caído, por supuesto». De eso aprendí, en primer lugar, que nunca debes hacerle una pregunta a un granjero de Yorkshire que no pueda responderse con una pinta de
Tetley’s
y que una de las razones principales por las que gran parte del paisaje británico es tan indescriptiblemente hermoso y atemporal es que la mayoría de los agricultores, por la razón que sea, se toman la molestia de mantenerlo así.

Ciertamente tiene muy poco que ver con el dinero. ¿Sabías que el gobierno gasta menos por persona cada año en parques nacionales de lo que gastas en un solo periódico diario? ¿Que le da más a la Royal Opera House en Covent Garden que a los diez parques nacionales juntos? El presupuesto anual para el Parque Nacional del Distrito de los Lagos, un área ampliamente percibida como la más bella y ambientalmente sensible de Inglaterra, es de 2,4 millones de euros, aproximadamente lo mismo que para una sola escuela grande. Con esa suma, las autoridades del parque deben administrar el terreno, operar diez centros de información, pagar a 127 empleados a tiempo completo y cuarenta empleados a media jornada en verano, reemplazar y mantener equipos y vehículos, financiar mejoras del paisaje, implementar programas educativos y actuar como la autoridad de planificación local. Que los lagos sean por lo general tan maravillosos, que estén tan escrupulosamente mantenidos, que sean tan raramente perturbadores para la mente y el espíritu, es un testimonio resonante de las personas que trabajan en ellos, de las que viven en ellos y de las que los utilizan. Recientemente leí que más de la

mitad de los británicos encuestados no podían pensar en nada de lo que enorgullecerse de su país. Bueno, siéntete orgulloso de eso.

Pasé unas cuantas horas felices vagando por el paisaje suntuoso y tranquilo entre Windermere y Coniston Water, y con mucho gusto me hubiera quedado más tiempo de no ser porque comenzó a llover de manera constante y desalentadora, cosa que tontamente no había tenido en cuenta a la hora de elegir mi ropa para caminar; de todos modos, me estaba entrando hambre, así que regresé al *ferry* y a Bowness.

Así fue como me encontré, más o menos una hora y un sándwich de atún caro más tarde, de vuelta en la vieja Inglaterra, contemplando el lago húmedo a través de una ventana grande y sintiéndome aburrido y apático de esa manera especial tan peculiar en que uno pasa las tardes húmedas en un entorno lujoso. Para invertir media hora, fui a la sala de residentes para ver si podía conseguir una taza de café. La sala estaba informalmente llena de viejos coroneles y sus esposas, sentados entre muchos *Daily Telegraph* doblados descuidadamente. Los coroneles eran todos hombres rechonchos, de baja estatura, con chaquetas de *tweed,* pelo plateado bien peinado, una apariencia brusca que ocultaba un corazón de pedernal y, cuando caminaban, una severa cojera. Sus esposas, profusamente coloreadas y empolvadas, parecían recién salidas de un ataúd. Me sentí seriamente fuera de mi elemento y me sorprendió encontrar a una de ellas, una dama de cabello gris que parecía haberse puesto lápiz labial durante un temblor de tierra, dirigiéndose a mí de manera amistosa y conversacional. Siempre tardo un momento en recordar en estas circunstancias que ahora soy un hombre de mediana edad de aspecto razonablemente respetable y no un joven desgarbado recién bajado del barco bananero.

Comenzamos, de la manera habitual, con unas pocas palabras sobre las inclemencias del tiempo, pero, cuando la mujer descubrió que yo era estadounidense, se fue por la complicada tangente de un viaje que ella y Arthur —Arthur, que deduje que era el papanatas tímidamente sonriente que estaba a su lado— habían hecho recientemente para visitar a unos amigos en California, y eso se convirtió gradualmente en lo que parecía ser una gastada diatriba sobre las deficiencias de los estadounidenses. Nunca entiendo en qué piensa la gente cuando hace eso. ¿Creen que apreciaré su franqueza? ¿Se están metiendo conmigo? ¿O simplemente han olvidado que yo mismo soy uno de esa especie? Lo mismo sucede a menudo cuando la gente habla de inmigración frente a mí.

—Son tan atrevidos, ¿no cree? —La dama olisqueó y tomó un sorbo de té—. Solo tienes que charlar con un extraño durante cinco minutos y ya se cree que os habéis hecho amigos. Hay un hombre en Encino, un cartero jubilado o algo así, que me preguntó mi dirección y prometió llamarme la próxima vez que esté en Inglaterra. ¿Puede imaginarlo? Nunca había visto a ese hombre en toda mi vida. —Tomó un sorbo de té y se quedó momentáneamente pensativa—. Tenía la hebilla de cinturón más extraordinaria que he visto. Todo plata y pequeñas piedras preciosas.

—Es la comida lo que me molesta —dijo su esposo, incorporándose un poco para emprender un soliloquio, pero pronto se hizo evidente que era uno de esos hombres que nunca llegan a decir nada más allá de la primera frase de una historia.

—¡Oh, sí, la comida! —exclamó su esposa, entendiendo la cuestión—. Tienen una actitud extraordinaria hacia la comida.

—¿Por qué, porque les gusta lo sabroso? —pregunté con una fina sonrisa.

—No, querido mío, por las raciones. Las porciones en Estados Unidos son positivamente obscenas.

—Una vez comí bistec —comenzó el hombre con una pequeña risita.

—¡Y las cosas que le hacen al idioma! Simplemente no pueden hablar el inglés de la reina.

Ahora espera un minuto. Di lo que quieras sobre las porciones americanas y los chicos amables con hebillas de cinturón de colores, pero ten cuidado con lo que dices sobre el inglés americano.

—¿Por qué deberían hablar el inglés de la reina? —pregunté un poco fríamente—. Después de todo, no es su reina.

—Pero las palabras que usan… Y sus acentos. ¿Cuál es esa palabra que tanto te desagrada, Arthur?

—*Normalcy* [45] —dijo Arthur—. Conocí a un tipo…

—Pero *normalcy* no es un americanismo —dije—. Fue acuñada en Gran Bretaña.

—Oh, no lo creo, querido —dijo la mujer con la certeza de la estupidez, y me dedicó una sonrisa condescendiente—. No, estoy segura de que no.

—En 1687 —dije, mintiendo entre dientes. Bueno, tenía razón en lo fundamental, *normalcy* es un anglicismo. Simplemente no podía recordar los detalles—. Daniel Defoe en Moll Flanders… —añadí en un momento de inspiración. Una de las cosas que te acostumbras a escuchar cuando eres un estadounidense que vive en Gran Bretaña es que Estados Unidos será la muerte del inglés. Es un

sentimiento que me expresan sorprendentemente a menudo, por lo general en las cenas y por lo general alguien que ha bebido demasiado, pero a veces una vieja bruja medio loca y empolvada como esta. Llega un momento en que pierdes la paciencia con este tipo de cosas. Así que les dije a los dos, porque parecía que su esposo estaba a punto de pronunciar otra fracción de pensamiento, que, lo apreciaran o no, el habla británica ha sido animada más allá de toda medida por palabras creadas en Estados Unidos, palabras de las que ellos no podían prescindir, y que una de esas palabras era *moron*.[46] Les enseñé los dientes, apuré el café y me excusé con un toque de altivez. Luego fui a escribirle otra carta al editor de *The Times*.

A las once de la mañana siguiente, cuando John Price y un tipo muy agradable llamado David Partridge llegaron al hotel en el coche de Price, yo los estaba esperando en la puerta. Les prohibí una parada para tomar un café en Bowness con el argumento de que no podía soportarlo más y les hice conducir hasta el hotel cerca de Bassenthwaite, donde Price nos había reservado habitaciones. Allí tiramos nuestras maletas, tomamos un café, compramos tres almuerzos para llevar, nos vestimos con ropa elegante y partimos hacia Great Langdale. Y todo aquello me gustó mucho más.

A pesar del clima amenazador y lo avanzado del año, los aparcamientos y arcenes a lo largo del valle estaban repletos de coches. En todas partes, la gente se ajustaba el equipo, muchas personas sentadas con las puertas del automóvil abiertas mientras se ponían calcetines cálidos y se calzaban botas resistentes. Nos protegimos bien los pies, y luego nos unimos a un ejército desordenado de caminantes, todos con mochilas y calcetines de lana hasta las rodillas, y partimos hacia una larga colina cubierta de hierba llamada The Band. Nos dirigíamos a la cumbre legendaria de Bow Fell, a novecientos metros de altura, la sexta más alta de las colinas de Lakeland. Los caminantes por delante de nosotros formaban puntos bien espaciados de colores que se movían despacio y conducían a una cumbre increíblemente remota, perdida entre las nubes. Como siempre, quedé asombrado al descubrir que tanta gente se había apoderado de la idea de que subir por la ladera de una montaña un húmedo sábado a finales de octubre era divertido.

Ascendimos a través de las laderas cubiertas de hierba hacia un terreno cada vez más desolado, abriéndonos paso entre rocas y pedregales, hasta que llegamos a los jirones irregulares de nubes que colgaban sobre el suelo del valle, quizás a trescientos metros más abajo. Las vistas eran sensacionales: las cumbres irregulares de

los Langdale Pikes se elevaban al frente y se apiñaban contra el estrecho y gratificante valle remoto, entrelazado con diminutos campos amurallados de piedra, y hacia el oeste podías ver un mar de colinas marrones que desaparecía entre la niebla y las nubes bajas.

A medida que avanzamos, el clima empeoró severamente. El aire se llenó de partículas de hielo arremolinadas que te pinchaban la piel como agujas. Cuando nos acercamos a Three Tarns, el clima era realmente amenazador, con una espesa niebla que se unía a la irregular aguanieve. Feroces ráfagas de viento azotaban la ladera y reducían nuestro avance a un paso lento. La niebla disminuía la visibilidad a unos pocos metros. Una o dos veces perdimos brevemente el camino, lo que me alarmó, ya que no quería morir allí arriba —aparte de cualquier otra cosa, todavía tenía 4700 puntos sin gastar en mi Barclaycard—. De la oscuridad frente a nosotros emergió lo que se parecía desconcertantemente a un muñeco de nieve naranja. Tras una inspección más cercana, resultó ser un atuendo de excursionista de alta tecnología. En algún lugar de su interior había un hombre.

—Un día un poco fresco —dijo el muñeco discretamente. John y David le preguntaron si había venido de lejos.

—Solo de Blea Tarn. —Blea Tarn estaba a dieciséis kilómetros de distancia sobre un terreno difícil.

—¿Mal por allí? —preguntó John en lo que había llegado a reconocer que era el discurso abreviado de los caminantes caídos.

—Hay que ir a gatas —dijo el hombre, y ellos asintieron, conocedores—. Como aquí pronto. —Asintieron de nuevo.

—Bueno, será mejor que nos movamos —anunció el hombre como si no pudiera pasarse todo el día parloteando, y se adentró en aquella sopa blanca. Lo observé irse, luego me giré para sugerir que tal vez deberíamos pensar en retirarnos al valle, a una cálida posada con comida caliente y cerveza fría, solo para encontrar a Price y Partridge desmaterializándose en la niebla a diez metros por delante de mí.

—¡Eh, esperadme! —grité, y corrí tras ellos.

Llegamos a la cima sin incidentes. Conté treinta y tres personas allí arriba, acurrucadas entre las rocas blanqueadas por la niebla, con sándwiches, frascos y mapas que revoloteaban locamente, y traté de imaginar cómo le explicaría esto a un espectador extranjero: la idea de tres docenas de ingleses haciendo un pícnic en la cima de una montaña en medio de una tormenta de hielo. Y me di cuenta de que no había forma de explicarlo. Caminamos

penosamente hasta una roca, donde una pareja movió amablemente sus mochilas y redujo su área de pícnic para dejarnos espacio. Nos sentamos y hurgamos entre nuestras bolsas marrones bajo el viento penetrante, rompiendo huevos duros con los dedos entumecidos, bebiendo refrescos tibios, comiendo sándwiches de queso blando y pepinillos, y contemplando una oscuridad impenetrable por la que habíamos pasado tres horas trepando para llegar hasta allí, y pensé, pensé seriamente: Dios, amo este país.

24

Me dirigía a Newcastle, pasando por York, cuando hice otra cosa impetuosa. Me bajé en Durham, con la intención de curiosear en la catedral durante una hora más o menos y me enamoré de ella instantáneamente. Vaya, es maravillosa. Una ciudad pequeña y perfecta, y pensé: «¿Por qué nadie me ha hablado nunca de esto?». Sabía, por supuesto, que tenía una excelente catedral normanda, pero no tenía ni idea de que fuera tan espléndida. No podía creer que ni una sola vez en veinte años alguien me hubiera dicho: «¿Nunca has estado en Durham? ¡Dios mío, hombre, debes ir de inmediato! Por favor, coge mi coche». Había leído innumerables artículos de viajes en los periódicos dominicales sobre los fines de semana en York, Canterbury, Norwich, incluso Lincoln, pero no recordaba haber leído ni uno solo sobre Durham, y cuando pregunté a mis amigos al respecto, casi no encontré a ninguno que hubiera estado allí. Así que déjame decirlo ahora: si nunca has estado en Durham, ve de inmediato. Coge mi coche. Es maravillosa. La catedral, una montaña de piedra de color marrón rojizo que se eleva sobre un perezoso meandro verde del río Wear, es, por supuesto, su gloria. Todo era perfecto, no solo su ambientación, sino también —no menos notable— la forma en que se administra hoy. Para empezar, no hay problemas por el dinero, ni cuota de admisión *voluntaria*. En el exterior, simplemente había un discreto cartel que anunciaba que el mantenimiento de la catedral costaba 700 000 libras esterlinas al año y que ahora se había iniciado un proyecto de renovación de 400 000 libras esterlinas en el ala este y que agradecerían mucho cualquier dinero extra que los visitantes pudieran darles. En el interior, había dos modestos cepillos para limosnas y nada más, sin desorden, sin avisos molestos, sin tablones de anuncios fastidiosos o banderas estúpidas de Eisenhower, nada en absoluto que restara valor a la indescriptible majestuosidad del interior. Era un día perfecto para visitar la catedral. El sol entraba

oblicuamente a través de las vidrieras de colores, destacando los robustos pilares con sus patrones suntuosamente acanalados y salpicando los suelos con motas de color. Incluso había bancos de madera.

No soy juez de estas cosas, pero la ventana del lado del coro me pareció al menos equiparable a la más famosa de York, y esta al menos se podía ver en todo su esplendor, ya que no estaba escondida en un transepto. Y la vidriera del otro extremo era aún más fina. Bueno, no puedo hablar de esto sin balbucear porque fue maravilloso. Mientras estaba allí, entre solo una docena de visitantes, pasó un sacristán y me saludó alegremente. Me encantó esa muestra de simpatía y me cautivó encontrarme en medio de tanta perfección, y, sin dudarlo, le di a Durham mi voto como la mejor catedral del planeta Tierra.

Cuando hube bebido hasta saciarme, rocié con monedas el recipiente de la colecta y me alejé para echarle una mirada fugaz al casco antiguo de la ciudad, que no era menos antiguo ni seductor, y regresé a la estación sintiéndome impresionado y desolado al mismo tiempo. ¡Cuánto había que ver en este pequeño país y qué locura había sido suponer que podría ver algo más que una fracción en siete semanas de viaje!

Subí a un tren interurbano a Newcastle y luego a un tren local a Pegswood, a veintinueve kilómetros al norte, donde me bajé para ver el sol más espléndido e impropio de la temporada, y caminé dos o tres kilómetros a lo largo de un camino recto hasta Ashington.

Ashington se ha llamado a sí mismo durante mucho tiempo «el pueblo minero más grande del mundo», pero ya no hay minería y, con una población de 23 000 habitantes, apenas era un pueblo. Es famoso por ser el lugar de nacimiento de una gran cantidad de futbolistas: Jackie y Bobby Charlton, Jackie Milbourn y otros cuarenta lo suficientemente hábiles como para jugar en la primera división, una efusión notable para una comunidad modesta, pero me atraía algo más: varios pintores mineros una vez famosos y ahora en gran parte olvidados.

En 1934, bajo la dirección de un académico y artista de la Universidad de Durham llamado Robert Lyon, la ciudad formó un club de pintura llamado Grupo de Ashington, compuesto casi exclusivamente por mineros que nunca habían pintado y en muchos casos nunca habían visto una pintura real antes de comenzar a reunirse en un cobertizo los lunes por la noche. Mostraron una cantidad inesperada de talento y «llevaron el nombre de Ashington más allá de las montañas grises», como diría más tarde un crítico de

The Guardian (que claramente no sabía una mierda de fútbol). Particularmente en las décadas de 1930 y 1940, atrajeron una gran atención y fueron el foco frecuente de artículos en periódicos nacionales y revistas de arte, así como de exposiciones en Londres y otras ciudades importantes. Mi amigo David Cook tenía un libro ilustrado de William Feaver titulado *Pitmen Painters,* [47] que una vez me mostró. Las ilustraciones de las pinturas eran bastante encantadoras, pero fueron las fotografías de los mineros corpulentos, vestidos con traje y corbata y apiñados en una pequeña cabaña, encorvados con seriedad sobre caballetes y tableros de dibujo, las que se quedaron grabadas en mi mente. Tenía que verlo. Ashington no se parecía en nada a lo que esperaba. En las fotografías del libro de David parecía ser un pueblo descuidado y cubierto de maleza, rodeado de montones de desechos inmundos y cubierto con capas de humo de los tres pozos locales, un lugar de calles fangosas encorvadas bajo la perpetua llovizna de hollín, pero lo que encontré en cambio era una comunidad moderna y ajetreada nadando en un aire limpio y claro. Incluso había un nuevo parque empresarial con banderines ondeantes, árboles nuevos y delgados y una impresionante entrada de ladrillos en lo que claramente era un terreno recuperado. La calle principal, Station Road, había sido elegantemente peatonalizada y sus numerosas tiendas parecían llenas de vida. Era obvio que no había mucho dinero en Ashington —la mayoría de las tiendas eran tipo Price Busters, Superdrug, Wotta Loada Crap, [48] con sus ventanas empapeladas con estridentes promesas de ofertas especiales en el interior—, pero al menos parecían prosperar de una manera que las de Bradford, por ejemplo, ni se imaginaban.

Fui al ayuntamiento para preguntar cómo llegar al sitio donde se había alzado el cobertizo que alguna vez fue famoso y eché a andar por Woodhorn Road en busca del antiguo edificio de la cooperativa detrás del cual había estado. Hay que decir que la fama del Grupo de Ashington se basaba en gran medida en un paternalismo bien intencionado, pero levemente objetable. Al leer los relatos antiguos de sus exposiciones en lugares como Londres y Bath, es difícil escapar a la conclusión de que los críticos y otros estetas consideraban a los artistas de Ashington como el perro artista del Dr. Johnson: lo sorprendente no era que lo hicieran bien, sino que lo hicieran.

Sin embargo, los pintores de Ashington representaron solo un pequeño fragmento de un mayor anhelo de mejora en lugares como

Ashington, donde la mayoría de las personas tenían la suerte de salir con más de unos pocos años de educación primaria. Es bastante asombroso, al verlo ahora, darse cuenta de cuán rica era la vida y de qué manera tan entusiasta se aprovechaban las oportunidades en Ashington en los años anteriores a la guerra. Hubo un tiempo en que la ciudad contaba con una sociedad filosófica, con un ajetreado programa de conferencias, conciertos y clases nocturnas durante todo el año; una sociedad operística; una sociedad dramática; una asociación educativa de trabajadores; un instituto de bienestar para los mineros con talleres y aún más salas de conferencias y clubes de jardinería, clubes de ciclismo, clubes de atletismo y otros en una línea similar casi más allá de lo enumerable. Incluso los clubes de trabajadores, de los cuales Ashington contaba con veintidós en su apogeo, ofrecían bibliotecas y salas de lectura para aquellos que deseaban algo más que una pinta o dos de Federation Ale. La ciudad tenía un próspero teatro, un salón de baile, cinco cines y una sala de conciertos llamada Harmonic Hall. Cuando, en la década de 1920, el Coro Bach de Newcastle actuó un domingo por la tarde en el Harmonic Hall, atrajo a una audiencia de dos mil personas. ¿Puedes imaginar algo remotamente parecido ahora? Y luego, uno por uno, se desvanecieron los Thespians, la Operatic Society, las salas de lectura y las salas de conferencias. Incluso los cinco cines cerraron sus puertas en silencio. Hoy, la diversión más animada en Ashington es la sala de juegos Noble, por la que pasé de camino al edificio de cooperativa, que no fue difícil de encontrar. En la parte trasera de la cooperativa había un gran aparcamiento sin pavimentar rodeado por una serie de edificios bajos: comerciantes de la construcción, una cabaña de *boy scouts*, un recinto del DHS,[49] un edificio del Instituto de Veteranos hecho de madera y pintado de un verde esmeralda brillante. Sabía por el libro de William Feaver que la cabaña del Grupo de Ashington había estado al lado del Instituto de Veteranos, pero no sabía de qué lado y ahora no había forma de saberlo.

El Grupo de Ashington fue una de las últimas instituciones locales en desaparecer, aunque su declive fue lento y doloroso. A lo largo de la década de 1950, sus miembros disminuyeron inexorablemente a medida que los mayores morían y los más jóvenes decidían que era desagradable ponerse un traje y una corbata y jugar con cajitas de pintura. Durante los últimos años, solo dos miembros supervivientes, Oliver Kilbourn y Jack Harrison, aparecían regularmente los lunes por la noche. En el verano de

1982, recibieron un aviso de que el alquiler del cobertizo iba a aumentar de 50 peniques al año a 14 libras. Como señala Feaver, «eso, más el cargo fijo trimestral de 7 libras por la electricidad, parecía demasiado». En octubre de 1983, poco antes de su quincuagésimo aniversario y por falta de las 42 libras al año en costos de mantenimiento, el Grupo de Ashington se disolvió y el cobertizo se derribó.

Ahora no hay nada que ver más que un aparcamiento, pero las pinturas se conservan fielmente en el Museo Woodhorn Colliery, a un kilómetro y medio más o menos de Woodhorn Road. Caminé hacia allí, pasando por interminables filas de antiguas cabañas de mineros. La vieja mina de carbón todavía parece una mina de carbón, sus edificios de ladrillo están intactos, su vieja rueda de cuerda sigue colgando en el aire como una especie de atracción de feria curiosa y desolada. Los rieles de hierro oxidado todavía se curvan a través de los terrenos. Pero ahora todo está en silencio y los patios de clasificación se han convertido en pulcros y verdes prados. Yo era casi el único visitante.

Woodhorn Colliery cerró en 1981, siete años antes de su centenario. Una vez fue uno de los 200 pozos en Northumberland y de unos 3000 de todo el país. En la década de 1920, en el apogeo de la industria, 1,2 millones de hombres trabajaban en las minas de carbón británicas. Ahora, en el momento de mi visita, solo había dieciséis pozos de trabajo en el país y el número de empleados había disminuido en un 98 %.

Todo lo cual parece un poco triste hasta que entras al museo y recuerdas a través de fotografías y estadísticas de accidentes cuán duro y agotador era el trabajo, y cuán cuidadosamente sistematizó generaciones de pobreza. No es de extrañar que la ciudad produjera tantos futbolistas; durante décadas no hubo otra salida.

El museo era gratuito y estaba repleto de exposiciones ingeniosamente atractivas que mostraban la vida en los pozos y en el ajetreado pueblo que se encuentra arriba. No tenía ni idea, salvo en un sentido teórico vago, de lo dura que era la vida en las minas. Bien entrado este siglo, más de mil hombres al año morían en las minas y cada pozo tenía al menos un desastre legendario. El de Woodhorn fue en 1916, cuando treinta hombres murieron en una explosión provocada por una supervisión criminalmente laxa; a los propietarios de la mina se les dijo con severidad que no permitieran que volviera a suceder o la próxima vez los regañarían. Hasta 1847, niños de hasta cuatro años —¿puedes creerlo?— trabajaban en las minas hasta diez horas al día, y hasta tiempos relativamente

recientes se ponía a niños de diez años a trabajar confinados en la oscuridad total en un espacio pequeño sin nada que hacer más que abrir y cerrar trampas de ventilación cuando un carro de carbón pasaba por allí. El turno de un niño iba desde las tres de la mañana hasta las cuatro de la tarde seis días a la semana. Y esos eran los trabajos suaves.

Dios sabe cómo la gente encontraba el tiempo o las fuerzas para ir a conferencias, conciertos y clubes de pintura, pero estaba claro que lo hacían. En una habitación bien iluminada cuelgan treinta o cuarenta pinturas realizadas por miembros del Grupo de Ashington. Tan modestos eran los recursos del grupo que muchos cuadros están pintados con *walpamur*, una especie de emulsión primitiva, sobre papel, cartón o madera. Casi ninguno está sobre lienzo. Sería cruelmente engañoso sugerir que el Grupo de Ashington albergó a un Tintoretto en ciernes, o incluso a un Hockney, pero las pinturas brindan un registro convincente de la vida en una comunidad minera durante un período de cincuenta años. Casi todos representan escenas locales «Sábado por la noche en el club», «Galgos ingleses» o la vida en los pozos, y verlos en el contexto de un museo minero, en lugar de en una galería en una metrópolis, les da mucho brillo. Por segunda vez en un día quedé impresionado y cautivado.

Y aquí hay un pequeño punto incidental. Cuando me iba, me fijé en una etiqueta que enumeraba a los propietarios de la mina y vi que uno de los principales beneficiarios de todo ese sudor y trabajo en las minas de carbón no era otro que nuestro viejo amigo
W.

J.

C.
Scott-Bentinck,
el quinto duque de Portland, y se me ocurrió que no era la primera vez que pensaba que Gran Bretaña es un mundo extraordinaria y cariñosamente pequeño.

Esa es su gloria, ya ves que logra ser a la vez intimista y de pequeña escala y al mismo tiempo repleta de incidentes e intereses. Estoy constantemente lleno de admiración por la forma en que puedes pasear por una ciudad como Oxford y en unos momentos pasar por la casa de Christopher Wren, los edificios donde Halley encontró su cometa y Boyle su primera ley, la pista donde Roger Bannister corrió la primera milla en menos de cuatro minutos, el

prado por donde paseaba Lewis Carroll; o cómo puedes pararte en Snow's
Hill en Windsor y ver, de una sola vez, el Castillo de Windsor y los campos de juego de Eton, el cementerio donde Gray escribió su elegía, y el lugar donde se representó por primera vez *Las alegres comadres de Windsor*. ¿Puede haber en algún lugar de la tierra, en un lapso tan modesto, un paisaje más repleto de siglos de logros productivos?

Regresé a Pegswood perdido en un pequeño resplandor de admiración y me subí a un tren a Newcastle, donde encontré un hotel y pasé una noche en un estado de cierta serenidad, paseando hasta tarde por las calles ruidosas, contemplando las estatuas y los edificios con cariño, atención y respeto, y terminé el día con un pequeño pensamiento, que te dejo aquí:

¿Cómo es posible, en esta maravillosa tierra donde las reliquias del genio y la empresa aparecen a cada paso, donde cada ámbito de la posibilidad humana ha sido probado, desafiado y generalmente ampliado, donde muchos de los más grandes logros de la industria, el comercio y las artes encuentran su asiento, en un lugar así, cómo es posible que cuando por fin regresé a mi hotel y encendí la televisión emitieran *Cagney y Lacey* [50] otra vez?

25

Y así me fui a Edimburgo. ¿Puede haber una ciudad más hermosa y seductora a la que llegar en tren temprano en una tarde fresca y oscura de noviembre? Salir de las entrañas subterráneas y bulliciosas de Waverley Station y encontrarse en el corazón de una ciudad tan gloriosa es una experiencia verdaderamente feliz. No había estado en Edimburgo desde hacía años y había olvidado lo cautivadora que puede ser. Todos los monumentos estaban iluminados con reflectores dorados, el castillo y la sede del Banco de Escocia en la colina, el Hotel Balmoral y el Scott Memorial abajo, lo que les daba una grandeza inquietante. La ciudad bullía de actividad al final del día. Los autobuses recorrían Princes Street y los trabajadores de tiendas y oficinas corrían por las aceras a casa para comerse sus *haggis* [51] y su sopa *cock-a-leekie* [52] y disfrutar del sonido de unas cuantas gaitas o lo que sea que hacen los escoceses cuando se pone el sol.

Había reservado una habitación en el Hotel Caledonian, lo cual fue algo imprudente y extravagante, pero es un edificio fantástico y una institución en Edimburgo y solo tenía que estar una noche, así que me dirigí hacia allí. Princes Street, más allá del cohete gótico del Scott Memorial, me regocijó inesperadamente al encontrarme entre la multitud apresurada y la vista del castillo en su escarpado monte recortado contra un pálido cielo vespertino.

En una medida sorprendente, y mucho más que Gales, Edimburgo parecía un país diferente. Los edificios eran finos y altos de una manera poco inglesa, los negocios eran diferentes, incluso el aire y la luz se antojaban diferentes de esa forma inefable tan propia del norte. Todos los escaparates de las librerías estaban llenos de libros sobre Escocia o de autores escoceses. Y, por supuesto, las voces eran diferentes. Paseé, y tuve la impresión de haber dejado Inglaterra muy atrás, pero luego vi algo familiar y

pensé con sorpresa: «Oh, mira, aquí también tienen Marks & Spencer», como si estuviera en Reikiavik o Stavanger y no debiera esperar encontrar cosas británicas. Fue de lo más refrescante.

Me registré en el Caledonian, tiré mis cosas en la habitación e inmediatamente regresé a las calles, ansioso por estar al aire libre y disfrutar de todo lo que Edimburgo tenía para ofrecer. Caminé por una colina larga y curvada hacia el castillo, pero el recinto estaba cerrado por la noche, así que me contenté con arrastrar los pies por la Royal Mile, que estaba casi vacía y muy hermosa en su adusto estilo escocés. Pasé el tiempo curioseando en los escaparates de las muchas tiendas para turistas que hay allí, reflexioné sobre las muchas cosas que los escoceses le han dado al mundo: faldas escocesas, gaitas, boinas escocesas, latas de tortas de avena, jerséis amarillo brillante con grandes patrones de rombos del tipo preferido por Ronnie Corbett,[53] moldes de yeso de Greyfriars Bobby[54] con un aspecto conmovedor, sacos de *haggis* y lo poco que cualquiera que no sea escocés querría.

Permíteme decir aquí, sin rodeos, que tengo el mayor cariño y admiración por Escocia y su inteligente gente de mejillas color cereza. ¿Sabías que Escocia produce más estudiantes universitarios per cápita que cualquier otra nación de Europa? Y ha producido una lista de personas valiosas muy desproporcionada para su modesto tamaño: Stevenson, Watt, Lyell, Lister, Burns, Scott, Conan Doyle,
J.

M.
Barrie, Adam Smith, Alexander Graham Bell, Thomas Telford, Lord Kelvin, John Logie Baird, Charles Rennie Mackintosh e Ian McCaskill, por nombrar solo algunos. Entre muchas otras cosas que les debemos a los escoceses están el *whisky*, los impermeables, las botas de goma, el pedal de la bicicleta, el teléfono, el asfalto, la penicilina y la comprensión de los principios activos del cannabis, y piensa en lo insoportable que sería la vida sin todo ello. Así que, gracias, Escocia, y no importa que en estos días parezcas incapaz de clasificarte para la Copa del Mundo.

Al final de la Royal Mile, llegué a la entrada del Palacio de Holyroodhouse y seguí mi camino de regreso al centro a lo largo de una serie de callejones oscuros. Al final terminé en un *pub* inusual en Saint Andrew Square llamado Tiles,[55] un nombre apropiado ya que cada centímetro desde el suelo hasta el techo estaba cubierto con elaborados y gruesos mosaicos victorianos. Parecía un poco

como beber en el baño del príncipe Alberto, una experiencia no del todo desagradable, como suele suceder. En cualquier caso, algo de eso debió haberme atraído porque bebí una cantidad tonta de cerveza y salí para encontrar que casi todos los restaurantes de la rotonda estaban cerrados, así que regresé tambaleándome a mi hotel, donde guiñé un ojo al personal de noche y me acosté.

Por la mañana, me desperté sintiéndome hambriento, alegre e inusualmente lúcido. Me presenté en la entrada del comedor del Caledonian.

—¿Le gustaría desayunar? —preguntó un hombre con un traje negro.

—¿El agua moja? —respondí burlonamente y le di un codazo en las costillas. Me acompañó a una mesa y tenía tanta hambre que prescindí del menú y le dije al hombre que me trajera el desayuno completo, fuera lo que fuera, y luego me senté feliz y miré distraídamente el menú, donde descubrí que el desayuno completo estaba en la carta a 14,50 libras esterlinas. Atrapé a un camarero que pasaba.

—Disculpe —le dije—, aquí dice que el desayuno cuesta 14,50 libras esterlinas.

—Así es, señor.

Pude sentir una repentina resaca golpeando las puertas craneales.

—¿Me está diciendo —empecé— que, además de la generosa suma que he pagado por una habitación, debo pagar además 14,50 libras por un huevo frito y una tortita de avena?

Admitió que, en esencia, era así. Retiré mi pedido y pedí en su lugar una taza de café. Bueno, por favor. Tal vez fuera esa repentina mancha temprana en mi felicidad lo que me puso de mal humor o tal vez fuera la lluvia a la que salí, pero Edimburgo no me pareció ni la mitad de hermosa a la luz del día que la noche anterior. Ahora la gente caminaba pesadamente por las calles con paraguas y los coches pasaban por charcos con un ruido que sonaba irritable e impaciente. George Street, el centro de la parte nueva de la ciudad, presentaba una perspectiva incuestionablemente hermosa, aunque húmeda, con sus estatuas y majestuosas plazas, pero demasiados edificios georgianos habían sido torpemente desbaratados por la adición de fachadas modernas. Justo a la vuelta de la esquina de mi hotel había una tienda de material de oficina con ventanas de vidrio que habían sido injertadas en una fachada del siglo XVIII de una manera criminal, y había otras en la misma línea, aquí y allá, a lo largo de las calles circundantes.

Deambulé buscando algún lugar para comer y terminé en Princes Street. También parecía haber cambiado de la noche a la mañana. Antes, con los trabajadores que regresaban a casa corriendo, parecía seductora y vibrante, incluso emocionante, pero ahora, a la luz opaca del día, simplemente parecía apática y gris. Me arrastré por allí en busca de una cafetería o un bistró, pero —con la excepción de un par de tiendas de ofertas de géneros de punto verdaderamente cochambrosos donde los productos parecían haber sido arrojados a los mostradores o que hubieran saltado espontáneamente de los contenedores— Princes Street parecía ofrecer nada más que la gama habitual de establecimientos de las grandes cadenas: Boots, Littlewoods, Virgin Records, BHS, Marks & Spencer, Burger King,
McDonald's…
Lo que le faltaba al centro de Edimburgo, me parecía, era una institución venerable y muy querida, una cafetería de estilo vienés o un elegante salón de té, algún lugar con periódicos en varillas, macetas con palmeras y tal vez una mujercita gorda tocando un piano de cola.

Al final, irritable e impaciente, entré en un
McDonald's
abarrotado, esperé un siglo en una fila larga e irregular, lo que me puso aún más irritable e impaciente, y finalmente pedí una taza de café y un huevo McMuffin.

—¿Quiere un pastel de manzana con eso? —me preguntó un joven cuyo uniforme estaba repleto de manchas.

—Lo siento —dije—, ¿doy la impresión de sufrir algún tipo de daño cerebral?

—¿Disculpe?

—Corrígeme si me equivoco, pero no he pedido un pastel de manzana, ¿verdad?

—Hum… No.

—Entonces, ¿te parece que podría tener alguna enfermedad mental que me imposibilitara solicitar un pastel de manzana si lo quisiera?

—No, es solo que nos dicen que les preguntemos a todos.

—¿Crees que todo el mundo en Edimburgo ha sufrido un daño cerebral?

—Solo nos dicen que se lo preguntemos a todo el mundo.

—Bueno, no quiero pastel de manzana, por eso no lo he pedido. ¿Hay algo más que te gustaría saber que no quiero?

—Solo nos dicen que les preguntemos a todos.

—¿Recuerdas lo que quiero?

Miró confundido su caja registradora.

—Hum, un Egg McMuffin y una taza de café.

—¿Crees que podrías servírmelos esta mañana o hablamos un poco más?

—Oh, ah, claro, ahora se lo traigo.

—Gracias.

Bueno, por favor.

Después, sintiéndome solo un poco menos irritable, salí y me encontré con que la lluvia había arreciado. Crucé la calle a toda velocidad y, siguiendo un impulso, me metí en la Real Academia Escocesa, un gran edificio seudohelénico con estandartes suspendidos entre las columnas, que lo hacen parecer un poco como un puesto de avanzada perdido del Reichstag. Pagué 1,50 libras por una entrada y, sacudiéndome como un perro, entré arrastrando los pies. Tenían su espectáculo de otoño o tal vez era su espectáculo de invierno o tal vez era su espectáculo anual. No pude decirlo porque no me fijé en ninguna señal y las imágenes estaban etiquetadas con números. Había que pagar dos libras extra por un catálogo para saber qué era qué, lo que, francamente, me molesta cuando acabo de deshacerme de una libra y media. (El National Trust hace eso, también pone números a las plantas y árboles en sus jardines,
etc.
, por lo que tienes que comprar un catálogo, que es una de las razones por las que no le dejaré mi fortuna al National Trust). Las obras de la exposición de la Real Academia Escocesa se extendían por muchas salas y parecían caer principalmente en cuatro categorías: (1) botes en las playas, (2) granjas solitarias, (3) novias medio desnudas ocupadas en su baño y, por alguna razón, (4) escenas de calles francesas, siempre con al menos una fachada de tienda que decía «
BOULANGERIE
» o «EPICERIE» para que no hubiera posibilidad de confundir el escenario con Fraserburgh o Arbroath.

Muchas de las imágenes, de hecho, la mayoría, eran sobresalientes, y cuando vi círculos de goma roja adheridos a algunas de ellas, no solo me di cuenta de que estaban a la venta, sino que desarrollé un repentino y extraño deseo de comprarme una. Así que le hice una visita a la señora de la recepción y le dije: «Disculpe, ¿cuánto cuesta el número 125?». Y ella lo buscaba y decía una cifra de varios cientos de libras más de lo que estaba dispuesto a pagar, así que me alejaba de nuevo y después de un rato

volvía y decía: «Disculpe, ¿cuánto cuesta el número 47?». En un momento, vi una imagen que me gustó especialmente, una pintura de Solway Firth de un tipo llamado Colin Park y ella la buscó y me dijo que costaba 125 libras. Era un buen precio y estaba dispuesto a comprarlo en ese mismo momento, aunque tuviera que llevarlo bajo el brazo hasta John
O'Groats,
pero luego descubrió que había leído la línea equivocada, que las 125 libras eran por una cosa pequeña, de aproximadamente ocho centímetros cuadrados y el tal Colin Park era considerablemente más grande, así que me fui de nuevo. Al final, cuando empecé a notar el cansancio en las piernas, probé una nueva táctica y le pregunté qué tenía por 50 libras o menos, y cuando resultó que no había nada, me fui, desanimado en mi búsqueda, pero dos libras más rico; por lo del catálogo, claro.

Luego fui a la Galería Nacional Escocesa, que me gustó aún más, y no solo porque era gratis. La Galería Nacional Escocesa está escondida detrás de la Real Academia Escocesa y no parece gran cosa desde fuera, pero por dentro era imponente, al estilo imperial del siglo XIX, con paredes de paño rojo, cuadros descomunales en marcos extravagantes, estatuas dispersas de ninfas desnudas y muebles con adornos dorados, de modo que me recordaba un paseo por el tocador de la reina Victoria. Las imágenes no solo eran sobresalientes, sino que tenían etiquetas que te decían sus antecedentes históricos y lo que hacían las personas en ellas, lo que creo que es muy recomendable y, de hecho, debería ser obligatorio en todas partes.

Leí aquellas notas instructivas con gratitud —complacido de saber, por ejemplo, que la razón por la que Rembrandt parecía tan sombrío en su autorretrato era porque acababa de ser declarado insolvente—, pero en uno de los salones me fijé en que había un hombre, acompañado por un chico de unos trece años, que no necesitaba las etiquetas para nada.

Eran de lo que sospecho que la Reina Madre llamaría las órdenes inferiores. Todo en ellos murmuraba pobreza y necesidad material, mala alimentación, bajos ingresos, mala odontología, malas perspectivas, incluso mala higiene, pero el hombre estaba describiendo las imágenes con un cariño y una familiaridad que eran realmente conmovedoras y el niño se quedaba absorto con cada una de sus palabras. «Este es un Goya tardío, ¿sabes?, —decía en voz baja—. Solo mira lo controladas que son esas pinceladas, un cambio completo en el estilo con respecto a sus trabajos anteriores.

¿Recuerdas que te dije que Goya no pintó un solo gran cuadro hasta casi cumplir los cincuenta años? Bueno, esta es una gran imagen». No estaba presumiendo, ¿comprendes? Estaba compartiendo.

A menudo me ha llamado la atención en Gran Bretaña este tipo de cosas: lo misteriosamente bien educadas que son las personas de entornos desfavorecidos, cómo las personas más improbables te dirán los nombres de las plantas en latín o resultarán ser expertos en la política de la antigua Tracia o en las técnicas de riego de Glanum. Este es un país, después de todo, donde la gran final de un programa como *Mastermind* la ganan con frecuencia los taxistas y los ferroviarios. Nunca he podido decidir si eso es profundamente impresionante o solo espantoso, si este es un país donde los maquinistas conocen a Tintoretto y Leibniz o un país donde la gente que sabe sobre Tintoretto y Leibniz termina conduciendo taxis. Todo lo que sé es que pasa más aquí que en cualquier otro lugar.

Después, subí por la empinada pendiente hasta los terrenos del castillo, que me resultaban extrañamente, casi espeluznantemente, familiares. No había estado allí antes, así que no sabía por qué ocurría eso, y luego me di cuenta de que un tatuaje del regimiento del Castillo de Edimburgo había sido una de las características de *This Is Cinerama* en Bradford. El recinto del castillo era tal como en la película, aparte de un cambio de clima y una misericordiosa ausencia de Gordon Highlanders pavoneándose, pero algo había cambiado mucho desde 1951: la vista de Princes Street desde la terraza.

En 1951, Princes Street seguía siendo una de las mejores calles del mundo, una elegante vía bordeada a lo largo de su lado norte por sólidos edificios victorianos y eduardianos que expresaban confianza, grandeza e imperio. La North British Mercantile Insurance Company, el suntuoso y clásico edificio New Club, el antiguo Hotel Waverley… Y luego, uno por uno, fueron demolidos inexplicablemente y reemplazados en su mayor parte por búnkeres de hormigón gris. En el extremo este de la calle, todo Saint James Square —un espacio verde abierto rodeado por una multitud de viviendas del siglo XVIII— fue demolido para dar paso a uno de los complejos de centros comerciales y hoteles más achaparrados y feos que jamás se hayan derramado de la pluma de un arquitecto. Ahora, casi todo lo que queda de la era de la grandeza confiada de Princes Street son fragmentos extraños como el Hotel Balmoral y el Scott Memorial y parte de la fachada de los grandes almacenes Jenners.

Más tarde, cuando estaba de regreso en casa, encontré en mi *AA Book of British Towns* una ilustración de un artista del centro de

Edimburgo tal como podía verse desde el aire. Mostraba Princes Street bordeada de punta a punta con nada más que hermosos edificios antiguos. Lo mismo ocurría con las impresiones de todos los demás artistas de las ciudades británicas: Norwich y Oxford y Canterbury y Stratford. No puedes hacer eso, lo sabes. No se pueden derribar estructuras viejas y elegantes y pretender que todavía están allí. Pero eso es exactamente lo que ha sucedido en Gran Bretaña en los últimos treinta años, y no solo con los edificios.

Y, con esa nota amarga, me fui a tratar de encontrar algo de comida real.

26

Así que hablemos de algo alentador. Hablemos de John Fallows. Un día de 1987, Fallows estaba de pie frente a la ventanilla de un banco de Londres esperando a que lo atendieran cuando un ladrón en potencia llamado Douglas Bath se paró frente a él, blandió una pistola y le exigió dinero al cajero. Indignado, Fallows le dijo a Bath que se fuera al final de la cola y esperara su turno, ante los presuntos asentimientos de aprobación de las demás personas de la fila. Como no estaba preparado para aquel giro de los acontecimientos, Bath salió mansamente del banco con las manos vacías y fue arrestado a poca distancia.

Menciono esto aquí para señalar que si hay una cualidad dorada que caracteriza a los británicos es su sentido innato de los buenos modales, y si lo desafías será por tu cuenta y riesgo. La deferencia y una tranquila consideración por los demás son una parte tan fundamental de la vida británica. De hecho, pocas conversaciones podrían siquiera comenzar sin eso. Casi cualquier encuentro con un extraño comienza con las palabras «Lo siento mucho, pero, —seguidas de una solicitud de algún tipo—, ¿podría decirme el camino a Brighton?», «¿podría ayudarme a encontrar una camisa de mi talla?», «¿podría quitar su baúl de encima de mi juanete?». Y cuando han cumplido con su demanda, invariablemente ofrecen una sonrisa vacilante y de disculpa y piden perdón de nuevo, suplicando clemencia por robarle su tiempo o por dejar su pie descuidadamente donde estaba claro que tenía que ir el dichoso baúl. Eso me encanta.

Como para ilustrar lo dicho en el párrafo anterior, cuando salía del Caledonian a última hora de la mañana siguiente, me encontré en el mostrador con una mujer con una mirada de impotencia y que le decía a la recepcionista: «Lo siento mucho, pero parece que no puedo hacer que funcione el televisor de mi habitación». Ella había bajado las escaleras para disculparse con ellos porque su televisor

no funcionaba. Mi corazón se llenó de sentimientos de calidez y cariño por este extraño e insondable país.

Además, todo se hace de manera instintiva. Recuerdo que cuando todavía era nuevo en el país, llegué a una estación de tren un día y descubrí que solo dos de la docena de ventanillas de venta de billetes estaban abiertas. (Para el beneficio de los lectores extranjeros, debo explicar que, por regla general, en Gran Bretaña no importa cuántas ventanillas haya en un banco, una oficina de correos o una estación de tren, solo dos de ellas estarán abiertas, excepto en horas muy concurridas, cuando solo estará abierta una). Ambas taquillas estaban ocupadas. Ahora bien, en otros países pasaría una de dos cosas. O se formaría una avalancha de clientes en cada ventanilla, todos exigiendo atención simultánea, o habría dos filas lentas, cada una llena de gente sombría y convencida de que la otra fila avanzaba más rápido.

Aquí en Gran Bretaña, sin embargo, los clientes que esperaban habían ideado espontáneamente un arreglo mucho más sensato e ingenioso. Habían formado una sola fila a unos pocos metros de distancia de ambas ventanillas. Cuando cualquiera de los puestos quedaba vacante, el cliente que encabezaba la fila se acercaba y el resto de la fila avanzaba un espacio. Era un enfoque maravillosamente justo y democrático, y lo notable era que nadie lo ordenó ni lo sugirió. Simplemente sucedió.

Más o menos lo mismo ocurría ahora, porque cuando la señora del televisor rebelde hubo terminado con su disculpa (que la recepcionista, debo decir, aceptó con una gracia poco común, llegando incluso a insinuar que si se encontraba con algún otro problema más en algo más en la habitación, ella no tenía la culpa en absoluto), la recepcionista se volvió hacia mí y hacia otro caballero que también estaba esperando y dijo: «¿Quién es el siguiente?», y entonces ambos comenzamos la habitual y elaborada rutina:

—Después de usted.

—No, no, después de usted.

—Pero, insisto.

—Bueno, eso es muy amable de su parte…

Y eso hizo que mi corazón se hinchara aún más.

Y así, en mi segunda mañana en Edimburgo, salí del hotel con un espíritu feliz, siendo uno con el mundo, animado por ese encuentro alegre y civilizado, para encontrar el sol brillando y la ciudad transformada una vez más. Aquel día, George Street y Queen Street tenían un aspecto verdaderamente deslumbrante, sus

fachadas de piedra lucían bruñidas por la luz del sol, y la oscuridad húmeda y melancólica que las había bañado el día anterior se había desvanecido por completo. El estuario de Forth brillaba en la distancia y los pequeños parques y plazas parecían rebosantes de verde. Caminé por The Mound hasta las terrazas del casco antiguo para disfrutar de la vista y me sorprendió ver lo diferente que parecía la ciudad. Princes Street seguía siendo una cicatriz de lamentables arquitecturas, pero, más allá, las colinas estaban atestadas de vistosos techos e imponentes campanarios que daban a la ciudad un carácter y una gracia que se me habían escapado por completo el día anterior.

Pasé la mañana haciendo turismo. Fui a la Catedral de Saint Giles y eché un vistazo a Holyroodhouse, subí a la cima de Calton Hill y finalmente recogí mi mochila y regresé a la estación, feliz de haber hecho las paces con Edimburgo y complacido de estar de nuevo en movimiento.

¡Y qué bonito es un viaje en tren! Al instante me arrulló el traqueteo mientras atravesábamos Edimburgo y sus tranquilos suburbios y cruzamos el puente Forth. (Y, Dios mío, qué estructura tan poderosa es; de repente entendí por qué los escoceses siempre están hablando de eso). El tren estaba casi vacío y era elegante de una manera diría que casi espléndida. Estaba decorado con azules y grises relajantes —lo que contrastaba fuertemente con todos los Sprinter a los que me había subido en los últimos días— y resultó tan profundamente relajante que pronto mis párpados se volvieron insosteniblemente pesados y mi cuello pareció mutar en un material gomoso. En poco tiempo, se me desplomó la cabeza sobre el pecho y me dediqué a la fabricación silenciosa y constante de varios litros de saliva, todos ellos, por desgracia, sobrantes.

A algunas personas simplemente no se les debe permitir quedarse dormidas en un tren, o, una vez que se han dormido, se les debe tapar discretamente con una lona; me temo que yo soy una de ellas. Desperté, algún tiempo indeterminado después, con un resoplido ronco y una breve y salvaje sacudida, y levanté la cabeza del pecho para encontrarme atascado en una telaraña de baba desde la barba hasta la hebilla del cinturón, con tres personas mirándome de una manera curiosamente desapasionada. Al menos me libré de la experiencia habitual de despertarme y encontrarme con la boca abierta ante un grupo de niños pequeños que huían con gritos al descubrir que aquella cosa que babeaba estaba viva.

Tras apartarme de mi audiencia y limpiarme discretamente con la manga de la chaqueta, presté atención a las vistas.

Traqueteábamos por un paisaje abierto y agradable, un lugar espectacular con tierras de cultivo que se extendían hacia grandes colinas redondas bajo un cielo que parecía a punto de colapsar bajo su propio peso gris. De vez en cuando nos deteníamos en algún pueblecito inerte con una pequeña estación muerta —Ladybank, Cupar, Leuchars— antes de entrar por fin en un mundo más grande y un poco más activo: Dundee, Arbroath y Montrose. Y luego, unas tres horas después de salir de Edimburgo, nos deslizamos hacia Aberdeen bajo una luz tenue y que se desvanecía rápidamente.

Apoyé la frente en la ventanilla con entusiasmo. Nunca antes había estado en Aberdeen y no conocía a nadie que lo hubiera hecho. No sabía casi nada al respecto, aparte de que estaba dominada por la industria petrolera del Mar del Norte y orgullosamente se llamaba a sí misma la Ciudad de Granito. Siempre me había parecido exóticamente remota, un lugar al que era poco probable que fuera, así que estaba ansioso por verlo.

Había reservado habitación en un hotel magníficamente reseñado en mi guía (un libro que más tarde se utilizó para encender la chimenea), pero resultó estar en una calle secundaria lúgubre y cara. Mi habitación era pequeña y estaba mal iluminada, con muebles desvencijados, una cama estrecha de celda de prisión con una manta delgada y una sola almohada, y papel pintado que hacía todo lo posible para huir de las paredes húmedas. Una vez, en un momento de ambición, la gerencia instaló una consola junto a la cama que operaba las luces, la radio y la televisión, e incorporó un despertador, pero ninguno de aquellos aparatos parecía funcionar. La perilla del despertador se cayó en mi mano. Con un suspiro, dejé mis cosas sobre la cama y regresé a las calles oscuras de Aberdeen en busca de comida, bebida y esplendor de granito.

Una cosa que he aprendido a lo largo de los años es que tus impresiones de una ciudad están necesariamente influenciadas por la ruta que tomas para llegar a ella. Entra a Londres a través de los frondosos suburbios de Richmond, Barnes y Putney y bájate en, digamos, Kensington Gardens o Green Park y pensarás que te encuentras en medio de una vasta y bien cuidada Arcadia.

Entra por Southend, Romford y Liverpool Street y lo percibirás de otra manera. Así que tal vez fue simplemente la ruta que tomé desde mi hotel. Todo lo que sé es que caminé durante casi tres horas por la calle y no pude encontrar nada remotamente adorable en Aberdeen. Había algunas estampas que me desviaron brevemente —un espacio peatonal abierto alrededor de Mercat Cross, un pequeño museo de aspecto interesante llamado John

Dun's
House, algunos edificios universitarios imponentes—, pero, sin importar cuántas veces atravesé su núcleo, todo lo que parecía encontrar era un vasto, nuevo y reluciente centro comercial, una verdadera molestia que debía rodear (seguía terminando, gruñendo y perdido, en muelles de entrega sin salida y en recintos de recolección de cajas de cartón) y una sola calle ancha e interminable bordeada de exactamente las mismas tiendas que había visto en todas las demás ciudades durante las últimas seis semanas. Era como en cualquier parte y en ninguna parte, como un pequeño Manchester o un fragmento aleatorio de Leeds. En vano busqué un solo lugar donde pudiera ponerme en jarras y decir: «Ajá, esto es Aberdeen». Tal vez, también, era la época más triste del año. Había leído en alguna parte que Aberdeen había ganado nueve veces el concurso Britain in Bloom,[56] pero apenas vi jardines o espacios verdes. Sobre todo, tenía la escasa sensación de estar en medio de una ciudad rica, orgullosa y construida en granito.

Para colmo, no podía decidirme por un lugar para comer. Ansiaba algo diferente, algo que no hubiera encontrado cien veces ya en este viaje. Tailandés o mexicano, tal vez, o quizá indonesio o incluso escocés, pero no había nada más que la habitual dispersión de establecimientos chinos e indios, generalmente en calles laterales, por lo general subiendo tramos de escaleras que parecían haber sido utilizadas recientemente para una carrera de motos, y no me atrevía a enfrentarme a esas terribles cuestas hacia lo desconocido. En cualquier caso, sabía exactamente lo que habría allí arriba, poca luz, un área de recepción con una barra acolchada, música asiática vibrante, mesas cubiertas de vasos de cerveza y calentadores de platos de acero inoxidable. No podía ni pensar en afrontar aquello. Al final, por el método de pito pito gorgorito opté por un indio. Era, a todos los efectos, exactamente igual que todas las comidas indias de las semanas anteriores. Incluso el eructo posterior a la cena sabía exactamente igual. Regresé a mi hotel en un estado de ánimo confuso e inquieto.

Por la mañana, salí a caminar con la sincera esperanza de que me gustaría más, pero ¡ay, ay!, no era que Aberdeen tuviera exactamente nada malo, sino que más bien sufría de un exceso de inocuidad. Recorrí el nuevo centro comercial y me adentré un poco en las calles de los alrededores, pero todas parecían igualmente incoloras y olvidables. Y luego me di cuenta de que el problema realmente no estaba tanto en Aberdeen como en la naturaleza de la Gran Bretaña moderna. Las ciudades británicas son como un mazo

de cartas que se han barajado y repartido sin cesar, en diferente orden. Si hubiera venido a Aberdeen recién llegado de otro país, probablemente me habría parecido placentera y agradable. Era próspera y limpia. Tenía librerías, cines, una universidad y casi todo lo que podrías desear en una comunidad. Es, sin duda, un buen lugar para vivir. El problema era su extrema semejanza a cualquier otro lugar. Era una ciudad británica. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Una vez que esa idea entró en mi pensamiento, me gustó mucho más Aberdeen. No puedo decir que, en un supuesto, me doliera mudarme allí, pero ¿por qué debería hacerlo cuando podía conseguir exactamente las mismas cosas, las mismas tiendas, bibliotecas y centros de ocio, los mismos *pubs* y programas de televisión, las mismas cabinas telefónicas, oficinas de correos, semáforos, bancos de parques, pasos de cebra, aire marino y eructos posteriores a la cena india en cualquier otro lugar? De alguna extraña manera, las mismas cosas que habían hecho que Aberdeen pareciera tan aburrido y predecible la noche anterior ahora lo hacían parecer cómodo y hogareño. Pero seguía sin tener la menor sensación de que estaba en medio de un montón de granito, y, sin pesar, recogí mis cosas del hotel y regresé a la estación para reanudar mi majestuoso avance hacia el norte.

El tren estaba nuevamente muy limpio y casi vacío, con más azules y grises relajantes. Eran solo dos vagones, pero tenía servicio de atención, lo que me impresionó. La dificultad era que el joven a cargo obviamente estaba entusiasmado. Tuve la impresión de que acababa de comenzar el trabajo y todavía estaba en ese punto en que era divertido servir té y dar cambio, pero, como solo había otros dos pasajeros y solo sesenta metros de vagón para patrullar, pasaba una vez cada tres minutos. Aun así, el ruido del carrito pasando continuamente me impidió quedarme dormido y caer en un estado de hipersalivación vergonzoso.

Cabalgamos a través de un paisaje agradable pero poco emocionante.

Toda mi experiencia anterior en las Highlands se remontaba a la costa oeste más abrupta, y era decididamente distinto en comparación con las colinas redondeadas, las granjas de campos llanos, los destellos ocasionales de un mar vacío y gris acero, pero de ninguna manera desagradable, del paisaje actual. No ocurrió ningún incidente excepto que en Nairn un gran avión despegó e hizo todo tipo de cosas asombrosas en el cielo, subiendo en vertical cientos de pies, luego dando la vuelta lentamente y cayendo hacia

la tierra hasta pasar rozando por un terraplén empinado. Supuse que era una especie de base de pruebas para los aviones de la
RAF
, pero era más emocionante imaginar que había sido secuestrado por un loco suicida. Y luego sucedió algo llamativo. El avión comenzó a acercarse al tren, a acercarse mucho, como si el piloto nos hubiera visto y pensado que sería interesante llevarnos con él. Se hizo más y más grande y se acercó más y más. Miré a mi alrededor con inquietud, pero no había nadie con quien compartir la experiencia, hasta que casi llenó la ventanilla y entonces el tren entró en una curva y el avión desapareció de la vista. Le compré una taza de café y un paquete de galletas al chico del carrito para calmarme los nervios y esperé a que apareciera Inverness.

Inverness me gustó inmediatamente. Nunca va a ganar ningún concurso de belleza, pero tiene algunas características agradables: un pequeño cine anticuado llamado La Scala, un mercado en una construcción de arcadas bien conservado, un castillo de piedra arenisca del siglo XIX, grande y adorablemente exagerado, en una colina, y unos espléndidos paseos fluviales. Me cautivaron particularmente las arcadas del mercado, con poca luz, una calle cubierta en apariencia perpetuamente encerrada en 1953. Tenía una barbería con un poste giratorio en la fachada y fotos dentro de personas que parecían haber modelado sus peinados con los personajes de *Thunderbirds*.[57] Incluso había una tienda de objetos de broma que vendía cosas útiles e interesantes que hacía años que no veía: polvos para estornudar y vómitos de plástico (muy útiles para salvar asientos en los trenes) y chicles que tiñen los dientes de negro. Estaba cerrado, pero tomé nota mental de volver por la mañana para abastecerme.

Por encima de todo, Inverness tiene un río especialmente hermoso, verde, tranquilo y encantadoramente dominado por árboles, flanqueado en un lado por casas grandes, pequeños parques elegantes y el antiguo castillo de piedra arenisca (ahora sede de los tribunales regionales del *sheriff*),[58] y en el otro por viejos hoteles con techos inclinados, casas más grandes y la impasible grandeza de la catedral, parecida a Notre Dame, que se levanta en un amplio prado verde junto al río. Me registré en un hotel al azar e inmediatamente salí a caminar a través del crepúsculo creciente. El río estaba bordeado a ambos lados por elegantes paseos salpicados de bancos, lo que lo hacía muy agradable para un paseo nocturno. Caminé una cierta distancia, tal vez tres kilómetros, por el lado del río Haugh Road, pasando junto a pequeñas islas a las que se llega

por puentes colgantes victorianos.

Casi todas las casas a ambos lados del río eran lugares laberínticos construidos para una época de sirvientes. ¿Qué —me pregunté— había traído toda esta riqueza victoriana tardía a Inverness, y quién mantenía estas hermosas casas hoy? No muy lejos del castillo, en amplios terrenos en lo que supongo que un promotor inmobiliario llamaría una ubicación privilegiada, se levantaba una mansión particularmente grandiosa y elaborada, con torres y torreones. Era una casa maravillosa y espaciosa, del tipo que te puedes imaginar recorriendo en bicicleta, y estaba tapiada, abandonada y en venta. No podía pensar cómo un lugar tan agradable podría haber terminado en un estado tan descuidado. Mientras caminaba, me perdí en la ensoñación de comprarlo por una miseria, arreglarlo y vivir felices para siempre en esos grandes terrenos junto a aquel río profundamente cautivador, hasta que me di cuenta de lo que diría mi familia si les dijera que, después de todo, no nos iríamos a la tierra de los centros comerciales, la televisión con cien canales y las hamburguesas del tamaño de la cabeza de un bebé, sino al húmedo norte de Escocia.

De todos modos, lamento decir que nunca podría vivir en Inverness debido a dos edificios de oficinas modernos sensacionalmente feos que se alzan junto al puente central y que manchan el centro de la ciudad más allá de cualquier esperanza de redención. Me encontré con ellos cuando regresaba al centro de la ciudad y quedé asombrado al darme cuenta de que una ciudad entera podría resultar arruinada por dos estructuras inanimadas. Todo, la escala, los materiales, el diseño, era locamente inapropiado para la escena circundante. No solo eran feos y grandes, sino que estaban tan mal diseñados que podías caminar a su alrededor al menos dos veces sin encontrar la entrada principal. En el más grande de los dos, en el lado del río donde podría haber habido un restaurante o una terraza o al menos tiendas u oficinas con vistas, gran parte de la fachada de la calle se había dedicado a un enorme muelle de entrega con puertas metálicas elevadas. Y eso en un edificio que daba a uno de los ríos más bellos de Gran Bretaña. Era horrible, horrible más allá de las palabras.

Recientemente había estado en Hobart, en Tasmania, donde la cadena Sheraton había construido un hotel de asombrosa sencillez en su hermoso paseo marítimo. Me habían dicho que el arquitecto en realidad no había visitado el sitio y había puesto el restaurante del hotel en la parte de atrás, donde los comensales no podían ver el puerto. Desde entonces, pensé que era la cosa

arquitectónicamente más descerebrada de la que había oído hablar. No creo que este par de edificios pudiera haber sido diseñado por el mismo arquitecto —era aterrador pensar que había dos arquitectos en el mundo tan malos—, pero ciertamente podrían haber trabajado para la misma firma.

De todos los edificios que me encantaría volar en Gran Bretaña —el Maples Building en Harrogate, el Hotel Hilton en Londres, el edificio de la oficina de correos en Leeds, uno al azar entre casi cualquier estructura propiedad de British Telecom—, no dudo en decir que mi primera opción sería cualquiera de estos dos.

Y aquí está el momento cumbre. ¿Adivinas quién habita estos dos montones de desamor? Bueno, te lo diré. El más grande es la sede regional de Highland Enterprise Board y el otro es el hogar de Inverness and Nairn Enterprise Board, los dos organismos encargados del atractivo y el bienestar de este encantador y vital rincón del país. Dios mío.

27

Tenía grandes planes para la mañana: iría al banco, a comprar algún cachivache de plástico, a echar un vistazo a la galería de arte local, y tal vez a dar otro paseo por el hermoso río Ness, pero me desperté tarde y no tuve tiempo de hacer nada más que ponerme la ropa a tientas, salir del hotel y caminar sudando a chorros hasta la estación. Más allá de Inverness, los trenes pasan con poca frecuencia, y a Thurso y Wick solo tres veces al día, por lo que no podía permitirme llegar tarde.

Dio la casualidad de que el tren ya estaba esperando en la estación, tarareando suavemente, y partió justo a tiempo. Salimos de Inverness con un telón de fondo de montañas redondeadas y la fría llanura del Beauly Firth. El tren pronto empezó a traquetear a buen ritmo. Esta vez había más pasajeros, y de nuevo contaba con un servicio de atención de la British Rail, pero nadie quería nada porque los otros pasajeros eran casi todos jubilados y llevaban sus propias provisiones.

Compré un sándwich de pollo *tandoori* y un café. Hasta dónde han llegado las cosas. Puedo recordar cuando no podías comprar un sándwich de la British Rail sin preguntarte si ese sería tu último acto antes de un largo período en una máquina de soporte vital —y de todos modos no podías comprar ninguno porque el vagón *buffet* casi siempre estaba cerrado—, y ahora estaba allí sentado comiéndome un sándwich de pollo *tandoori* y bebiendo una buena taza de café que me trajo a mi asiento un joven amable y presentable en un tren de dos vagones a través de las Highlands.

Aquí hay una estadística interesante para ti, un poco aburrida pero que debe tenerse en cuenta. El gasto en infraestructura ferroviaria por persona por año en Europa es de 23,37 euros en Bélgica y Alemania, 36,22 euros en Francia, 58,42 euros en Suiza, y en Gran Bretaña un poco menos de 6 dadivosos euros. Gran Bretaña gasta menos per cápita en mejoras ferroviarias que cualquier otro

país de la Unión Europea, excepto Grecia e Irlanda. Incluso Portugal gasta más. Y la cuestión es que, a pesar de esta escasez de apoyo, en realidad hay un excelente servicio de trenes en este país, considerando todas las cosas. Los trenes ahora están mucho más limpios que antes, y el personal, en general, es más paciente y servicial. La bendita gente de los billetes siempre dice por favor y gracias, y puedes consumir comida en buenas condiciones.

Así que me comí mi sándwich de pollo *tandoori* y me bebí mi taza de café con placer y satisfacción, y pasé el tiempo entre bocados mirando a una pareja de pelo blanco al otro lado del pasillo hurgando entre su comida de viaje, sacando pequeñas cajas de plástico con pasteles de carne de cerdo y huevos duros, extrayendo frascos, desenroscando tapas y rebuscando en bolsas pequeños saleros y pimenteros. Es increíble, cómo puedes darle a un par de viejitos una bolsa de lona, un surtido de *tuppers* y un termo y que se diviertan durante horas, ¿verdad? Trabajaban con ordenada precisión y en total silencio, como si se hubieran estado preparando para este evento durante años. Cuando hubieron servido la comida, comieron durante cuatro minutos con gran delicadeza, luego pasaron la mayor parte del resto de la mañana guardándolo todo en silencio. Parecían muy felices.

Me recordaron de una manera extraña pero conmovedora a mi madre, ya que ella misma es una devota del Tupperware. No hace pícnics en los trenes, ya que ya no hay trenes de pasajeros en su parte del país, pero le gusta poner los alimentos sobrantes en recipientes de plástico de varios tamaños y guardarlos en el refrigerador. Es una cosa extraña muy propia de las madres en general, creo. Tan pronto como sales de casa, tiran alegremente todo lo que atesorabas durante la infancia y la adolescencia, tu valiosa colección de cromos de béisbol, un juego completo de ejemplares de *Playboy* de 1966 a 1975, tus anuarios de la escuela secundaria… pero les das medio melocotón o una cucharada de guisantes sobrantes y lo pondrán en un recipiente Tupperware en la parte trasera de la nevera y lo atesorarán más o menos para siempre.

Y así transcurrió el largo viaje hasta Thurso. Avanzamos a través de un paisaje cada vez más remoto y árido, sin árboles y frío, con brezos que se aferraban a las laderas como líquenes a las rocas y escasamente habitados por ovejas que se asustaban y salían corriendo cuando pasaba el tren. De vez en cuando pasábamos por valles sinuosos salpicados de granjas que parecían románticas y bonitas desde la distancia, pero sombrías e incómodas de cerca. En

su mayoría eran pequeñas propiedades con montones de hojalata oxidada por todas partes, cobertizos de hojalata, gallineros de hojalata y vallas de hojalata que se mostraban desvencijadas y maltratadas por la intemperie. Estábamos entrando en una de esas zonas extrañas, siempre un signo de lejanía del mundo conocido, donde nunca se tira nada. Todos los corrales estaban repletos de montones de desechos, como si el dueño pensara que algún día podría necesitar 132 postes de cerca medio podridos, una tonelada de ladrillos rotos y el armazón de un Ford Zodiac de 1964.

Dos horas después de salir de Inverness, llegamos a un lugar llamado Golspie. Era una ciudad de buen tamaño con calles sinuosas de esos bungalós de guijarros grises que parecen haber sido diseñados para ser baños públicos y por los que sienten una extraña afición en Escocia, pero no veo señales de fábricas o lugares de trabajo. ¿Qué hace, me pregunté, toda la gente de todas esas casas para ganarse la vida en un lugar como Golspie? Luego vino Brora, otra comunidad de buen tamaño, con paseo marítimo, pero sin puerto, por lo que pude ver, y sin fábricas. ¿Qué se hace en estos pequeños lugares en medio de la nada?

Después de eso, el paisaje quedó bastante vacío, sin granjas ni animales de campo. Avanzamos durante una eternidad a través del gran vacío escocés, lleno de kilómetros de nada, hasta que llegamos a un lugar llamado Forsinard, con dos casas, una estación de tren y un hotel inexplicablemente grande. Qué extraño mundo perdido era ese. Y por fin llegamos a Thurso, la ciudad más al norte del continente británico, el final de la línea en todos los sentidos de la palabra. Salí de la pequeña estación con piernas ligeramente inseguras y me dirigí por la larga calle principal hacia el centro.

No tenía ni idea de qué esperar, pero mis impresiones iniciales fueron favorables. Parecía un lugar ordenado, más cómodo que vistoso, considerablemente más grande de lo que esperaba y con varios hoteles pequeños. Alquilé una habitación en el Hotel Pentland, que parecía un lugar bastante agradable en un estilo mortalmente silencioso, propio del fin del mundo. Acepté una llave de la agradable recepcionista, llevé mis cosas a una habitación lejana a la que se llegaba a través de pasillos sinuosos y espeluznantes, y luego salí a echar un vistazo. El gran evento en Thurso, según los registros minucipales, fue en 1834 cuando Sir John Sinclair, un digno local, acuñó el término «estadísticas» en la ciudad, aunque las cosas se han calmado considerablemente desde entonces. Cuando no estaba inventando neologismos, Sinclair también reconstruía extensamente la ciudad, dotándola de una

espléndida biblioteca en un estilo cautelosamente barroco y de una plaza con un pequeño parque en el medio. Hoy, alrededor de la plaza, hay un modesto distrito de tiendas pequeñas, útiles y de apariencia amistosa: farmacias y carnicerías, un comerciante de vinos, una o dos *boutiques* de señoras, varios bancos, muchos salones de belleza (¿por qué hay siempre una gran cantidad de salones de belleza en las pequeñas comunidades apartadas?); bastante bien todo; en resumen, todo lo que esperarías encontrar en una comunidad modelo. Había un pequeño y anticuado Woolworths, pero, aparte de eso y los bancos, casi todo lo demás parecía ser de propiedad local, lo que le daba a Thurso un ambiente agradable y hogareño. Tenía el aire de una comunidad real e independiente. Me gustó mucho.

Deambulé un poco por las calles comerciales, luego seguí algunas secundarias hasta el paseo marítimo, donde había un solitario almacén de pescado abandonado en medio de un aparcamiento vacío de unos cuatro mil metros cuadrados y una gran playa, también vacía, con olas estruendosas. El aire era fresco y vigoroso, como el de la costa, y el mundo estaba bañado por una etérea luz del norte que le daba al mar una curiosa luminiscencia —de hecho, confería a todo lo existente un extraño tono azulado— que intensificaba mi sensación de estar muy lejos de casa.

En el otro extremo de la playa había una torre espectral, un fragmento de un antiguo castillo, y me dispuse a investigar. Un arroyo rocoso se interponía entre la construcción y yo, así que tuve que retroceder hasta un puente peatonal a cierta distancia de la playa, y luego recorrer un camino embarrado abundantemente cubierto de basura. La torre del castillo estaba abandonada, con las ventanas inferiores y las puertas tapiadas. Un cartel a un lado anunciaba que el camino costero estaba cerrado debido a la erosión del suelo. Me quedé de pie durante mucho rato en aquel promontorio mirando hacia el mar, luego me volví hacia la ciudad y me pregunté qué hacer a continuación.

Thurso iba a ser mi hogar durante los próximos tres días y no estaba del todo seguro de cómo iba a llenar tal espacio de tiempo vacío. Entre el olor a aire marino y la sensación de absoluta lejanía, tuve un momento de pánico silencioso al encontrarme solo allí en la cima de la tierra, donde no había nadie con quien hablar y la diversión más emocionante era una antigua torre tapiada. Regresé a la ciudad por donde había venido y, a falta de algo mejor que hacer, miré de nuevo los escaparates de las tiendas. Y entonces, frente a una frutería, sucedió algo que tarde o temprano siempre me

pasa en un largo viaje fuera de casa. Es un momento que temo.

Empecé a hacerme preguntas sin respuesta.

Verás, los viajes solitarios prolongados afectan a las personas de diferentes maneras. Es un asunto antinatural encontrarse en un lugar extraño con un cerebro infrautilizado y sin una razón particular para estar allí, y al final eso te vuelve un poco loco. Lo he visto en otros a menudo. Algunos viajeros solitarios comienzan a hablar solos, pequeñas conversaciones murmuradas en silencio que creen que nadie más oye. Algunos buscan desesperadamente la compañía de extraños, entablan una pequeña charla en los mostradores de las tiendas y en las recepciones de los hoteles y luego se demoran durante un período incómodamente largo antes de irse por fin. Algunos se vuelven turistas hambrientos y obsesivos, que van de un lugar a otro con una guía en una búsqueda solitaria para verlo todo. A mí me da una especie de diarrea interrogativa. Me hago preguntas privadas, internas, montones y montones de preguntas para las que no puedo proporcionar respuestas. Y así, mientras estaba parado junto a una frutería en Thurso, mirando su oscuro interior con los labios fruncidos y la mente más o menos en blanco, de la nada surgió: ¿Por qué lo llaman pomelo?, y supe que el proceso había comenzado.

No es una mala pregunta, tal como van estas cosas. Quiero decir, ¿por qué lo llaman pomelo? No sé tú, pero si alguien me presentara una fruta desconocida de color amarillo, del tamaño de una bala de cañón y con sabor agrio, no creo que pensara: Bueno, ya sabes, más bien me recuerda a una *pomme*, una manzana.

El problema es que, una vez que empiezan estas cosas, no hay forma de detenerlas. Un par de puertas más allá había una tienda que vendía *pullovers*: ¿Por qué los británicos lo llaman *pullover*? [59] De hecho, me he estado preguntando esto durante años, de vez en cuando, generalmente en lugares solitarios como Thurso, y sinceramente me gustaría saberlo. ¿Te dan ganas de lanzarte a la cuneta? ¿Piensas para ti mismo cuando te pones uno por la mañana: «Ahora no solo estaré calentito todo el día» —una consideración que no es poca cosa en una nación donde todavía no se puede asumir la calefacción central—, «sino que me pasaré un buen rato tumbado en el arcén»?

Y así seguí. Avancé por las calles bajo una lluvia de meteoritos interrogantes de todo tipo. ¿Por qué se dice que el que la sigue la consigue, pero tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe? ¿O que la intención es lo que cuenta, pero el Infierno está empedrado de buenas intenciones? ¿O que la cara es el espejo del

alma, aunque las apariencias engañan? ¿Quién se atrevió a comerse la primera ostra y cómo diablos alguien se dio cuenta de que el ámbar gris sería un excelente fijador para los perfumes?

Cuando esto sucede, lo sé por años de experiencia, se necesita una distracción especial para sacudir la mente de ese tormento solitario y, afortunadamente, Thurso tenía una. En una calle lateral —cuando comenzaba a preguntarme por qué decimos que estamos locos de alegría cuando estamos felices cuando en realidad estar loco es algo ciertamente desagradable—, me encontré con un pequeño establecimiento extraordinario llamado Fountain Restaurant, que ofrecía tres menús completos pero diferentes: un menú chino, un menú indio y un menú *europeo*. Evidentemente, Thurso no podía mantener tres restaurantes separados, por lo que tenía un restaurante que ofrecía tres tipos de cocinas.

Inmediatamente cautivado por ese concepto, entré y una hermosa joven me llevó a una mesa y me dejó un menú que ocupaba muchas páginas. En la primera página se hacía evidente que los tres tipos de comidas eran cocinadas por un solo chef escocés, así que revisé las entradas con la esperanza de encontrar «tortas de avena agridulces» o «*haggis vindaloo*», pero los platos eran estrictamente convencionales. Opté por el chino, luego me recliné y disfruté de un estado de inconsciencia dichosa. Cuando llegó, la comida sabía, debo decir, como una comida china cocinada por un chef escocés, lo que no quiere decir que no fuera buena. Era curiosamente diferente a cualquier comida china que hubiera probado antes. Cuanto más la comía, más me gustaba. Al menos era diferente, y eso, a estas alturas del viaje, era cuanto anhelaba.

Cuando salí, me sentí mucho mejor. Como no tenía nada mejor que hacer, di un paseo hasta las inmediaciones del almacén de pescado para tomar el aire de la tarde. Mientras estaba de pie en la oscuridad, escuchando el martilleo de las olas y mirando con satisfacción la gran cúpula estrellada del cielo sobre mí, pensé: ¿Quién decidió que Hereford y Worcester serían un nombre animado para un condado? Y supe entonces que era hora de irme a la cama.

Por la mañana, la alarma del reloj me despertó temprano y me levanté de mala gana, porque estaba teniendo mi sueño favorito, aquel en el que poseo una isla grande y remota, no muy diferente a las de esta sección de la costa escocesa —a la que invito a personas cuidadosamente seleccionadas, personas como el tipo que inventó las luces del árbol de Navidad que se apagan cuando se funde una bombilla, la persona a cargo del mantenimiento de las escaleras

mecánicas en el aeropuerto de Heathrow, casi cualquiera que haya escrito alguna vez un manual de usuario para un ordenador personal y, por supuesto, a John Selwyn Gummer,[60] y así poder dejarlos sueltos con una cantidad muy pequeña de raciones de supervivencia, y luego salir con perros y cazarlos sin piedad entre ladridos—, pero luego recordé que tenía un emocionante día por delante. Iría a John
O'Groats.
Había oído hablar de John
O'Groats
durante años, pero no tenía la menor idea de cómo sería. Parecía exótico más allá de las palabras y anhelaba verlo. Así que desayuné con espíritu de entusiasmo en el Hotel Pentland —era la única persona en el comedor—, y luego, a las nueve en punto, me dirigí a William
Dunnet's,
el concesionario local de Ford, donde unos días antes había contratado por teléfono un coche para ese día, ya que no había otra manera de llegar a John
O'Groats
en esta época del año.

El hombre de la tienda de alquiler de coches tardó un momento en recordar el encargo.

—Ah, es usted el tipo del sur —dijo, recordando, lo que me desconcertó un poco. No es frecuente que se refieran a Yorkshire como el sur.

—¿No están todos los lugares al sur de aquí? —le pregunté.

—Sí. Vaya, sí, supongo que sí —dijo como si se hubiera tropezado con un concepto raro y profundo.

Era un tipo amigable, todos en Thurso son amigables, y mientras firmaba el voluminoso papeleo que me pondría a cargo de dos toneladas de metal peligroso, charlamos amigablemente sobre la vida en este remoto puesto avanzado de la civilización. Me dijo que se tardaba dieciséis horas en conducir hasta Londres, aunque nadie lo hacía mucho. Para la mayoría de la gente, Inverness, cuatro horas al sur en coche, era el límite sur del mundo conocido.

Parecía que habían pasado meses desde que tuve una conversación, y lo acosé a preguntas. ¿Qué hacía la gente de Thurso para ganarse la vida? ¿Por qué abandonaron el castillo? ¿Adónde iban si querían comprar un sofá, ver una película, disfrutar de una comida china no cocinada por un escocés o experimentar algo más allá de la modesta gama de placeres disponibles localmente?

Así supe que la economía local estaba respaldada por el reactor nuclear de Dounreay al final de la carretera, que el castillo había sido una vez una maravilla bien mantenida pero que un propietario excéntrico había permitido que cayera en la decrepitud, y que Inverness era la sede de todas las formas de excitación. Debí dejar escapar una expresión de asombro ante aquello, porque sonrió y dijo secamente: «Bueno, allí hay un Marks & Spencer».

Luego me llevó afuera, me sentó en el asiento del conductor de un Ford Thesaurus (o algo así; no soy muy bueno para los nombres de coches), me hizo un resumen rápido de todas las palancas móviles y los botones del tablero, y luego se quedó a mi lado con una especie de sonrisa nerviosa congelada mientras yo activaba los controles que hacían que el respaldo del asiento se apartara de mi espalda, el maletero se abriera y los limpiaparabrisas entraran en modo monzón. Luego, con un preocupante rechinar de engranajes y varios movimientos bruscos, me abrí camino desde el estacionamiento por una ruta novedosa y profusamente llena de baches y vegetación y me metí en la carretera.

Momentos después, dado el tamaño diminuto de Thurso, estaba en la despejada carretera y navegaba con el corazón alegre hacia John O'Groats. Era un paisaje llamativamente vacío —con nada más que campos de ondulantes pastos blanqueados por el invierno que bajaban hasta un mar picado y las brumosas Orkneys más allá—, pero la sensación de amplitud era estimulante y, por primera vez en años, me sentí comparativamente seguro sobre ruedas. No había absolutamente nada contra lo que chocar.

Realmente estás al borde de un gran vacío cuando llegas al extremo norte de Escocia. Solo 27 000 personas viven en todo Caithness, aproximadamente la población de Haywards Heath o Eastleigh en un área considerablemente más grande que la mayoría de los condados ingleses. Más de la mitad de esa población corresponde a solo dos ciudades, Thurso y Wick, y John O'Groats no es parte de ellas, ya que John O'Groats no es una comunidad en absoluto, sino solo un lugar para detenerse y comprar postales y helados.

Lleva el nombre de Jan de Groot, un holandés que dirigía un servicio de *ferry* desde allí a otro lugar (Ámsterdam, si hubiera tenido algo de sentido común) en el siglo XV. Aparentemente

cobraba cuatro peniques por viaje, y te dirán en estos lugares que esa suma se conoció para siempre como un *groat*, pero, lamentablemente, es una ficción patética. Es más probable que Groot fuera llamado Groat por el dinero que por él. Pero, de todos modos, ¿a quién le importa una mierda eso?

Hoy, John O'Groats consta de un amplio aparcamiento, un pequeño puerto, un solitario hotel de color blanco, un par de quioscos de helados y tres o cuatro tiendas que venden postales, suéteres y videos de un cantante llamado Tommy Scott. Pensé que se suponía que había una famosa señal con el dedo que indicaba la distancia entre Sydney y Los Ángeles, pero no pude encontrarla; quizá lo quitan fuera de temporada para que gente como yo no se lo lleve de recuerdo. Solo una de las tiendas estaba abierta. Entré y me sorprendió descubrir que había tres señoras de mediana edad trabajando allí, lo que me pareció un poco excesivo ya que obviamente yo era el único turista en seiscientos cincuenta kilómetros. Las damas se mostraron alegres y animadas y me saludaron con entusiasmo con esos maravillosos acentos de las Highlands tan clínicamente precisos y sin embargo tan dulces. Desdoblé algunos suéteres para que tuvieran algo que hacer después de que me marchara de allí, vi con la boca abierta un video de demostración de Tommy Scott cantando alegres melodías escocesas en varios promontorios ventosos (no digo nada), compré algunas postales, tomé una taza de café, charlé con las damas sobre el clima, luego salí al aparcamiento azotado por el viento y me di cuenta de que había agotado las posibilidades que ofrecía John O'Groats.

Deambulé por el puerto, miré por las ventanas del pequeño museo, cerrado hasta la primavera, contemplé con admiración la vista de Pentland Firth a Stroma y Old Man of Hoy, y luego volví al automóvil. Probablemente ya lo sepas, pero John O'Groats no es el punto más septentrional del continente escocés. Esa distinción pertenece a un lugar llamado Dunnet Head, a ocho o diez kilómetros de distancia por una carretera cercana de un solo carril, así que me fui allí. Dunnet Head ofrece aún menos al mundo en cuanto a diversiones que John O'Groats, pero tiene un hermoso faro sin farero y sensacionales vistas al mar, y una agradable sensación de estar muy lejos de cualquier lugar.

Permanecí contemplando las vistas en el promontorio ventoso durante un buen rato, esperando que me invadiera algún

pensamiento profundo, ya que ese era el final del viaje. Una parte de mí anhelaba tomar un *ferry* a las islas exteriores y seguir los afloramientos de piedra dispersos hasta la lejana Shetland, pero no tenía tiempo y, de todos modos, no parecía tener mucha necesidad. Cualesquiera que sean sus encantos sombríos y aireados, Shetland seguiría siendo solo otra parte de Gran Bretaña, con las mismas tiendas, los mismos programas de televisión, la misma gente con los mismos cardiganes de Marks & Spencer. No lo encontré deprimente en absoluto, sino todo lo contrario; pero no sentí ninguna necesidad apremiante de verlo en ese momento. Todavía estaría allí la próxima vez.

Tenía un puerto de escala más en mi Ford alquilado. A unos diez kilómetros al sur de Thurso se encuentra el pueblo de Halkirk, ahora olvidado pero famoso durante la Segunda Guerra Mundial como puesto profundamente impopular para los soldados británicos debido a su lejanía y la supuesta hostilidad de los lugareños. Los soldados cantaban un encantador estribillo que decía:

> Esta jodida ciudad es una jodida maldición
> sin jodidos tranvías, sin jodidos autobuses.
> A nadie le importa jodernos
> en el jodido Halkirk,
> sin jodidos deportes, sin jodidos juegos,
> sin jodida diversión. Las jodidas damas
> ni siquiera te dan sus jodidos nombres
> en el jodido Halkirk.

Y continúa con un espíritu igualmente afectuoso durante otras diez estrofas. (En respuesta a la pregunta obvia, había mirado antes y no, no era una de las canciones de Tommy Scott). Así que me fui a Halkirk por la solitaria B874. Bueno, no había mucho en Halkirk, solo un par de calles en un camino a ninguna parte, con una carnicería, un constructor, dos *pubs*, una pequeña tienda de comestibles y un ayuntamiento con un monumento a los caídos. No había señales de que Halkirk hubiera sido alguna vez nada más que una pequeña y lúgubre interrupción del vacío general que la rodeaba, pero el monumento contenía los nombres de sesenta y tres muertos de la Primera Guerra Mundial (nueve de ellos llamados Sinclair y cinco llamados Sutherland) y dieciocho de la Segunda Guerra Mundial.

Desde las afueras del pueblo se podía ver a kilómetros a través de llanuras cubiertas de hierba, pero no había ninguna señal de cuarteles del ejército en ruinas. De hecho, no había señales de que

alguna vez hubiera habido algo en este distrito más que interminables llanuras cubiertas de hierba. Fui a la tienda de comestibles en modo investigación. Era la tienda de comestibles más extraña que hubiera visto nunca: una gran habitación parecida a un cobertizo, apenas iluminada y casi vacía, excepto por un par de estantes de metal cerca de la puerta. Estos también estaban casi vacíos excepto por unos pocos paquetes dispersos. Había un hombre en la caja y un anciano delante de mí haciendo una pequeña compra, así que les pregunté sobre el campamento del ejército.

—Oh, sí —dijo el propietario—. El gran campo de prisioneros de guerra. Teníamos catorce mil alemanes aquí al final de la guerra. Hay un libro aquí sobre todo eso.

Para mi pequeño asombro, dada la escasez de las otras existencias, tenía una pila de ejemplares ilustrados junto a la caja de *Caithness in the War* o algo así y me entregó uno para que lo examinara. Estaba lleno de las imágenes habituales de casas y *pubs* bombardeados con gente de pie rascándose la cabeza consternada o mirando a la cámara con esas sonrisas idiotas que la gente siempre enseña en las fotografías de desastres, como si estuvieran pensando: «Bueno, al menos saldremos en *Picture Post*».[61] No encontré ninguna foto de soldados aburridos en Halkirk, y no había ninguna mención al pueblo en el índice. El libro tenía un ambicioso precio de 15,95 libras.

—Precioso libro —dijo el propietario en tono alentador—. De gran valor.

—Tuvimos catorce mil alemanes aquí durante la guerra —dijo el viejo con un bramido sordo.

No se me ocurrió ninguna manera discreta de preguntar por la pésima reputación de Halkirk.

—Apuesto que debió de ser bastante solitario para los soldados británicos —sugerí de manera especulativa.

—Oh, no, no lo creo —no estuvo de acuerdo el hombre—. Thurso está justo al final de la carretera, ¿sabe?, y Wick, si le apetece un cambio. Entonces había baile —añadió un poco ambiguo, y luego asintió hacia el libro que tenía en las manos—. Buena relación calidad-precio, eso.

—¿Queda algo de la antigua base?

—Bueno, los edificios ya no están, por supuesto, pero si sale por la parte de atrás —señaló en la dirección apropiada—, todavía puede ver los cimientos. —Se quedó en silencio por un instante y

luego dijo—: Entonces, ¿se queda con el libro?

—Oh, bueno, podría volver a por él —mentí, y se lo devolví.

—Tiene una buena relación
calidad-precio
—repitió el hombre.

—Catorce mil alemanes había —dijo el hombre mayor cuando me fui.

A pie, eché otro vistazo por los alrededores y luego conduje un rato, pero no pude encontrar ninguna señal de un campo de prisioneros, y poco a poco me di cuenta de que no importaba, así que al final conduje de regreso a Thurso y devolví el coche al concesionario Ford, para la franca sorpresa del amistoso muchacho, ya que eran poco más de las dos de la tarde.

—¿Está seguro de que no hay ningún otro sitio al que quiera ir? —me preguntó—. Es una pena, ha alquilado el coche para todo el día.

—¿Adónde más podría ir? —le pregunté.

Pensó durante un minuto.

—Bueno, a ninguna parte realmente. —Parecía un poco abatido.

—Está bien, ya he visto mucho —y lo dije en serio, en el sentido más amplio.

28

He aquí por qué siempre me quedaré en el Pentland Hotel cuando esté en Thurso. La noche antes de irme, le pedí a la amable señora de la caja que me despertara a las cinco, ya que tenía que coger un tren hacia el sur muy temprano. Y ella me dijo que tal vez debería sentarme.

—¿Querrá un desayuno caliente? —me preguntó entonces.

Pensé que debía de ser un poco corta, francamente, así que le dije:

—Lo siento, quise decir a las cinco de la madrugada. Me iré a las cinco y media, ya ve. Las cinco y media de la mañana.

—Sí, querido. ¿Querrá un desayuno caliente?

—¿A las cinco de la mañana?

—Está incluido en el precio de la habitación.

Y maldita sea si este pequeño y maravilloso establecimiento no me preparó un buen plato de comida y una taza de café caliente a las 5:15 de la mañana siguiente.

Así que salí del hotel como un hombre feliz y un poco más gordo, y anduve por la calle en la oscuridad hasta la estación y allí encontré mi segunda sorpresa de la mañana. El lugar estaba repleto de mujeres, todas de pie en el andén con espíritu festivo, llenando el aire frío y oscuro con nubes de aliento y la alegre charla de las Highlands, y esperando pacientemente a que el guardia terminara su cigarrillo y abriera las puertas del tren.

Le pregunté a una señora qué pasaba y me dijo que todas iban a Inverness a hacer sus compras. Así era todos los sábados. Viajarían durante casi cuatro horas, se abastecerían de bragas y cachivaches de plástico de Marks & Spencer y cualquier otra cosa que Inverness tuviera —y Thurso no, que eran bastantes—, y luego cogerían el tren de las 18:00 a casa y regresarían a tiempo para irse a la cama.

Y así avanzamos bien temprano a través de la brumosa mañana, una buena multitud apretujada cómodamente en un tren de dos

vagones, felices y expectantes. El tren se detuvo en Inverness y todos nos amontonamos, las damas para hacer sus compras, yo para tomar el tren de las 10:35 a Glasgow. Mientras las miraba irse, me di cuenta de que, para mi pequeña sorpresa, las envidiaba. Me parecía extraordinaria la idea de levantarme antes del amanecer para hacer unas compras en un lugar como Inverness y luego no llegar a casa hasta después de las diez, pero por otro lado creo que nunca había visto un grupo tan feliz de compradoras.

El pequeño tren a Glasgow estaba casi vacío y el paisaje era exuberantemente pintoresco. Pasamos por Aviemore, Pitlochry, Perth y luego hasta Gleneagles, con una hermosa estación, ahora tristemente tapiada. Y luego, por fin, unas ocho horas después de levantarme de la cama esa mañana, llegamos a Glasgow. Parecía extraño después de tantas largas horas de viaje salir de la estación de Queen Street y encontrarme todavía en Escocia.

Al menos no fue un *shock*. Recuerdo cuando llegué por primera vez a Glasgow en 1973, cuando salí de esa misma estación y me quedé muy asombrado por lo sofocantemente oscura y ennegrecida por el hollín que estaba la ciudad. Nunca había visto un lugar tan abarrotado y sucio. Todo allí parecía negro y triste. Incluso el acento local parecía nacido de escoria y arena. La Catedral de San Mungo estaba tan oscura que incluso desde el otro lado de la calle parecía un recorte bidimensional. Y no había ningún turista en absoluto. Puede que Glasgow sea la ciudad más grande de Escocia, pero mi guía *Go*
Let's
de Europa ni siquiera la mencionaba.

En los años siguientes, por supuesto, Glasgow ha pasado por una brillante y célebre transformación. Decenas de edificios antiguos del centro de la ciudad han sido limpiados con chorros de arena y cuidadosamente pulidos, de modo que sus superficies de granito brillan de nuevo, y docenas más se erigieron vigorosamente en los años de auge embriagador de la década de 1980, más de mil millones de euros en nuevas oficinas solo en la década anterior. La ciudad adquirió uno de los mejores museos del mundo con la Colección Burrell y una de las piezas más inteligentes de renovación urbana con el centro comercial Princes Square. De repente, el mundo empezó a acercarse cautelosamente a Glasgow y entonces descubrió para su deleite que se trataba de una ciudad densamente dotada de espléndidos museos, animados *pubs*, orquestas de talla mundial y no menos de setenta parques, más que cualquier otra ciudad de su tamaño en toda Europa. En 1990, Glasgow fue

nombrada Ciudad Europea de la Cultura y nadie se rio. Nunca antes la reputación de una ciudad había vivido una transformación más drástica y repentina y ninguna, en lo que a mí respecta, la merece más.

Entre los muchos tesoros de la ciudad, ninguno brilla más, en mi opinión, que la Colección Burrell. Después de registrarme en mi hotel, me apresuré hacia allí en taxi, ya que está muy lejos.

—¿No ha hecho un *lang roon*? —dijo el conductor mientras acelerábamos por una autopista hacia Pollok Park pasando por Clydebank y Oban.

—Lo siento —dije, ya que no hablo glasgüense.

—*D'ye dack ma fanny*?

Odio cuando esto sucede, cuando una persona de Glasgow me habla.

—Lo siento mucho —dije y busqué una excusa—. No tengo muy bien los oídos.

—Sí, no ha hecho un *lang roon* —dijo, lo que deduje que significaba «Voy a llevarte por un largo camino y mirarte mucho con estos amenazantes ojos míos para que empieces a preguntarte si tal vez te estoy llevando a un almacén en desuso donde unos amigos míos te están esperando para golpearte y quitarte tu dinero», pero no dijo nada más y me dejó en el Burrell sin incidentes.

Cómo me gusta la Colección Burrell. Lleva el nombre de Sir William Burrell, un armador escocés, quien en 1944 dejó a la ciudad su colección de arte con la condición de que se colocaría en un entorno campestre dentro de los límites de la ciudad. Le preocupaba, no sin razón, que la contaminación del aire dañara sus obras de arte. Incapaz de decidir qué hacer con esta suntuosa ganancia inesperada, el ayuntamiento, sorprendentemente, no hizo nada. Durante los siguientes treinta y nueve años, algunas obras de arte verdaderamente excepcionales yacían guardadas en almacenes, casi olvidadas. Por fin, a finales de los años setenta, después de casi cuatro décadas de titubeos, la ciudad contrató a un talentoso arquitecto llamado Barry Gasson, quien diseñó un edificio elegante y sobrio para la Colección Burrell que destaca por sus salas espaciosas en un entorno boscoso y por la forma ingeniosa en que los elementos arquitectónicos de la Colección Burrell —puertas y dinteles medievales y similares— se incorporaron a la estructura del edificio. Se inauguró en 1983 con gran éxito.

Burrell no era un hombre especialmente rico, pero estaba claro que podía elegir. La galería solo contiene ocho mil artículos, pero proceden de todas partes —Mesopotamia, Egipto, Grecia y Roma—

y casi todos (a excepción de algunas figuritas de porcelana vidriada de niñas con flores, que debe de haber recogido durante algún episodio de fiebre) son impresionantes. Pasé una tarde larga y feliz deambulando por las muchas salas, fingiendo, como hago a veces en estas circunstancias, que había sido invitado a llevarme cualquier objeto a casa como regalo del pueblo escocés en reconocimiento a mi delicadeza como persona. Al final, después de muchas agonías, me decidí por una cabeza de Perséfone de la Sicilia del siglo V
a.

C.
, que no solo estaba tan asombrosamente impecable como si se hubiera tallado ayer, sino que también quedaría perfecta encima del televisor. Y así, a última hora de la tarde, salí de la Colección Burrell y me adentré feliz en la frondosa amabilidad de Pollok Park.

Era un día templado, así que decidí caminar de regreso a la ciudad a pesar de que no tenía un mapa y solo una vaga idea de dónde estaba el distante centro de Glasgow. No sé si Glasgow es realmente una ciudad maravillosa para caminar o si simplemente tuve suerte, pero nunca he deambulado por ella sin encontrarme con alguna sorpresa memorable —el encanto verde del Parque Kelvingrove, los Jardines Botánicos, la fabulosa Necrópolis con sus filas de tumbas ornamentadas— y así era también ahora. Salí esperanzado por una amplia avenida llamada Saint Andrews Drive y me encontré a la deriva en un hermoso distrito de casas de lujo y privilegiadas con un bello parque en cuyo centro había un pequeño lago. Finalmente pasé por la Escuela Pública de Scotland Street —un edificio maravilloso con escaleras aireadas que supuse que era un Mackintosh— y poco después me encontré en un distrito más sórdido pero no menos interesante, que finalmente concluí que debía de ser Gorbals. Y luego me perdí.

Podía ver el Clyde de vez en cuando, pero no sabía cómo llegar a él o, lo que es más importante, pasar por encima de él. Deambulé por una serie de callejuelas secundarias y pronto me encontré en uno de esos distritos muertos que consisten en almacenes sin ventanas y puertas de garaje que dicen NO APARCAR - GARAJE EN USO CONSTANTE. Di una serie de giros que parecían alejarme cada vez más de la civilización antes de llegar por fin a una calle corta que tenía un *pub* en la esquina. Con ganas de tomar una copa y sentarme, entré. Era un lugar oscuro y maltrecho, y solo había otros dos clientes, un par de hombres con aspecto de ladrones sentados

uno al lado del otro en la barra bebiendo en silencio. No había nadie detrás de la barra. Tomé una posición al otro extremo del mostrador y esperé un poco, pero nadie vino. Tamborileé con los dedos sobre el mostrador e inflé mis mejillas e hice una variedad de formas con los labios tal y como se hace cuando estás esperando. (¿Y por qué crees que hacemos eso? Ni siquiera es un verdadero entretenimiento privado en la forma extremadamente insulsa en que lo es, digamos, pelarse una ampolla o limpiarse con la uña del pulgar las uñas restantes). Me limpié las uñas con el pulgar e inflé las mejillas un poco más, pero nadie vino. Al final me fijé en que uno de los hombres en el bar me miraba.

—*Hae ya nae hook ma dooky?* —dijo.

—¿Perdón? —respondí.

—*He'll nay be doon a mooning.* —Ladeó la cabeza en dirección a una habitación trasera.

—Oh, ah —dije y asentí sabiamente, como si eso lo explicara todo.

Noté que ambos seguían mirándome.

—*D'ye hae a hoo and a poo?* —me dijo el primer hombre.

—¿Perdón? —respondí.

—*D'ye hae a hoo and a poo?* —repitió. Parecía que estaba un poco intoxicado.

Le ofrecí una pequeña sonrisa de disculpa y le expliqué que venía del mundo de habla inglesa.

—*D'ye nae hae in May?* —prosiguió el hombre—. *If ye dinna dock ma donny*.

—*Doon in Troon they croon in June* —dijo su compañero, y luego agregó—: Con una cuchara.

—Oh, ah —asentí pensativamente de nuevo, empujando mi labio inferior ligeramente, como si todo estuviera casi claro para mí ahora. En ese momento, para mi pequeño alivio, apareció el barman, con aspecto infeliz y limpiándose las manos en un paño de cocina.

—*Fuckin muckle fucket in the fuckin muckle* —les dijo a los dos hombres, y luego a mí con voz cansada—: *Ah hae the noo*.

No sabría decir si era una pregunta o una afirmación.

—Una pinta de Tennent's, por favor —dije esperanzado.

Hizo un ruido de impaciencia, como si estuviera evitando mi pregunta.

—*Hae ya nae hook ma dooky?*

—¿Perdón?

—*Ah hae the noo* —dijo el primer cliente, quien aparentemente se vio a sí mismo como mi intérprete.

Me quedé unos momentos con la boca abierta, tratando de imaginar lo que me estaban diciendo, preguntándome qué loco impulso me había empujado a entrar en un *pub* en un distrito como ese, y dije en voz baja:

—Solo una pinta de Tennent's, creo.

El camarero suspiró profundamente y me sirvió una pinta. Un minuto después, me di cuenta de que lo que me estaban diciendo era que este era el peor *pub* del mundo para pedir cerveza, ya que todo lo que obtendría era un vaso de agua jabonosa tibia, servida de un grifo jadeante y reacio, y que realmente debía huir para salvar la vida mientras pudiera. Bebí dos sorbos de este interesante brebaje y, haciendo como si fuera a ir al baño, me deslicé por una puerta lateral.

Y así regresé a las calles en penumbra a lo largo de la orilla sur del Clyde y traté de encontrar el camino de regreso al mundo conocido. Es casi imposible imaginar cómo debía de ser Gorbal antes de que comenzaran a ponerlo en marcha e invitaran a atrevidos *yuppies* a mudarse a nuevos e inteligentes bloques de pisos alrededor de sus márgenes. Después de la guerra, Glasgow hizo algo extraordinario. Construyó vastas propiedades de bloques de pisos brillantes en el campo y transfirió a decenas de miles de personas de los barrios marginales del centro de la ciudad como Gorbals, pero se olvidó de proporcionar cualquier infraestructura. Cuarenta mil personas fueron trasladadas a los terrenos de Easterhouse y cuando llegaron allí encontraron elegantes pisos nuevos con tuberías interiores, pero sin cines, sin tiendas, sin bancos, sin *pubs*, sin escuelas, sin trabajo, sin centros de salud, sin médicos. Así que cada vez que querían algo —como una bebida, trabajo o atención médica—, tenían que subirse a un autobús y viajar kilómetros de regreso a la ciudad. Como consecuencia de esta y otras consideraciones, como ascensores que siempre se estropeaban (y, dicho sea de paso, ¿por qué Gran Bretaña es la única entre todas las naciones que tiene tantas dificultades con los medios de transporte en movimiento, como las escaleras mecánicas y los ascensores? Creo que algunas cabezas deberían rodar, francamente), se volvieron personas muy irritables y los convirtieron en nuevos barrios marginales. El resultado es que Glasgow tiene algunos de los peores problemas de vivienda del mundo desarrollado. El ayuntamiento de Glasgow es el propietario más grande de Europa. Sus 160 000 casas y pisos representan la

mitad del parque total de viviendas de la ciudad. Según sus propios cálculos, el ayuntamiento necesita gastar algo así como 3500 millones de euros para que las viviendas estén a la altura. Eso no incluye disposiciones para viviendas nuevas, sino simplemente hacer que las viviendas existentes sean habitables. En este momento, todo su presupuesto de vivienda es de alrededor de 116 millones de euros al año.

Finalmente, encontré un puente sobre el río y regresé al reluciente centro. Eché un vistazo a George Square, que en mi opinión es la plaza más hermosa de Gran Bretaña, y luego caminé cuesta arriba hasta Sauchiehall Street, donde recordé mi chiste favorito sobre Glasgow. (También mi única broma sobre Glasgow). No es muy bueno, pero me gusta. Un policía atrapa a un ladrón en la esquina de Sauchiehall y Dalhousie, luego lo arrastra del cabello cien metros hasta Rose Street para detenerlo.

—Oiga, ¿por qué ha hecho eso? —pregunta el culpable agraviado, frotándose la cabeza.

—Porque puedo deletrear Rose Street, cabrón —dice el policía.

Eso es lo que pasa con Glasgow. Tiene toda esta prosperidad y refinamiento recién descubiertos, pero justo en el borde de las cosas siempre hay esa sensación de determinación y amenaza, que encuentro extrañamente estimulante. Puedes deambular por las calles un viernes por la noche, como yo en ese momento, y cuando doblas una esquina nunca sabes si te vas a topar con un grupo de juerguistas en esmoquin o con un montón de jóvenes vándalos ociosos que podrían decidir caer sobre ti y tallar sus iniciales en tu frente con el simple propósito de divertirse. Le da al lugar un cierto sabor.

29

Pasé otro día en Glasgow callejeando, no tanto porque quisiera estar allí, sino porque era domingo y no podía subirme a un tren a casa más allá de Carlisle. (El servicio de Settle a Carlisle no funciona los domingos en invierno porque no hay demanda de sus servicios. Parece que a la British Rail no se le ocurrió que puede que no haya demanda de sus servicios porque no funcionan). Así que deambulé a lo largo y ancho por las calles invernales, y eché un respetuoso vistazo a los museos, los Jardines Botánicos y la Necrópolis, pero en realidad todo lo que quería hacer era irme a casa, lo cual era comprensible, creo, porque extrañaba a mi familia y a mi propia cama y, además, cuando camino por mi casa no tengo que estar pendiente de cagadas de perro y vómitos pegajosos a cada paso que doy.

Y así, a la mañana siguiente, en un estado de excitación vertiginosa, me subí al tren de las 8:10 de Glasgow Central a Carlisle y allí, después de una refrescante taza de café en el *buffet* de la estación, tomé el tren de las 11:40 a Settle.

La línea de Settle a Carlisle es la línea oscura más célebre del mundo. British Rail ha querido cerrarla durante años con el argumento de que no cubre los gastos, que es la línea de argumentación más loca y absurda que se pueda imaginar.

Hemos escuchado ese razonamiento distorsionado durante tanto tiempo sobre tantas cosas que se ha convertido en sabiduría aceptada, pero, cuando lo piensas por un nanosegundo, es perfectamente obvio que la mayoría de las cosas que valen la pena no se pagan por sí mismas. Si se siguiera esta lógica absurda, tendrían que deshacerse de los semáforos, las áreas de descanso, las escuelas, los desagües, los parques nacionales, los museos, las universidades, los ancianos y mucho más. Entonces, ¿por qué demonios algo tan útil como una vía férrea —que generalmente es mucho más agradable que la gente mayor y ciertamente menos

propensa a quejarse y gorjear— tiene que demostrar incluso la más mínima medida de viabilidad económica para garantizar su continuidad? Esta es una línea de pensamiento que debe ser abandonada de inmediato.

Habiendo dicho eso, no se puede negar que la línea de Settle a Carlisle siempre ha tenido un aire de locura. En 1870, cuando a James Allport, director general de Midland Railway, se le ocurrió construir una línea principal hacia el norte, ya existían una línea de la costa este y otra de la costa oeste, por lo que decidió construir una en medio, aunque fuera de ninguna parte a ninguna parte en absoluto. Todo costó cuatro millones de euros, lo que no parece mucho ahora, pero se traduce en una suma fantástica como tipo quinientos mil millones de euros o algo así. De todos modos, fue suficiente para convencer a todos los que sabían algo sobre ferrocarriles de que Allport estaba totalmente ido, ya que de hecho lo estaba. Como la línea atravesaba un tramo terriblemente desolado e imponente de los Pennines, los ingenieros de Allport tuvieron que idear todo tipo de artilugios para que funcionara, incluidos veinte viaductos y doce túneles. No se trataba de una excéntrica línea de vía estrecha; era el tren bala del siglo XIX, algo que permitiría a los pasajeros volar a través de los valles de Yorkshire, si alguien hubiera querido hacerlo; y casi nadie lo quiso.

Así que desde el principio perdió dinero. Pero ¿a quién le importa? Es una línea maravillosa, hermosa en todos los aspectos, y tenía la intención de disfrutar cada segundo de mi viaje de una hora y cuarenta minutos y unos ciento catorce kilómetros. Incluso cuando vives cerca de Settle, no es frecuente que encuentres una razón para utilizar esa línea, así que me senté con la cara cerca de la ventanilla y esperé ansiosamente los famosos puntos de referencia de la línea —Blea Moor Tunnel, de casi dos kilómetros de largo; Dent Station, la más alta del país; el glorioso viaducto Ribblehead, de doscientos cincuenta metros de largo, treinta metros de alto y con veinticuatro gráciles arcos— y mientras tanto disfrutaba del paisaje, que no solo es espectacular e inigualable, sino que me hablaba con una particular voz de sirena. Supongo que todo el mundo tiene un trozo de paisaje en alguna parte que encuentra cautivador más allá de las palabras, y el mío son los valles de Yorkshire. No puedo explicarlo del todo porque puedes encontrar fácilmente paisajes más dramáticos en otros lugares, incluso en Gran Bretaña. Todo lo que puedo decir es que los Dales se apoderaron de mí como un enamoramiento impotente cuando los vi por primera vez, y ya nunca me dejarán ir. En parte, supongo, es

el estimulante contraste entre los altos páramos, con sus interminables vistas, y la relativa exuberancia de los valles, con sus pueblos arracimados y granjas verdes. Conducir por casi en cualquier parte de los Dales es hacer una transición constante entre esas dos zonas hipnóticas. Es una maravilla indescriptible. Y en parte es el aire de recogimiento que dan las colinas, la sensación de que el resto del mundo está lejos y es innecesario, algo que llegas a apreciar mucho cuando vives allí.

Cada valle es un pequeño mundo en sí mismo. Recuerdo una tarde soleada cuando éramos nuevos en nuestro valle, un automóvil volcó en el camino frente a nuestra puerta con un estruendo espantoso y un chirrido de metal.

Resultó que el conductor había esquivado un terraplén de hierba y chocado contra un murete del campo, lo que hizo que el coche volcara sobre el techo. Salí corriendo para encontrar a una mujer local colgada boca abajo de su cinturón de seguridad, sangrando levemente por una herida en el cuero cabelludo y murmurando sentimientos aturdidos como tener que ir al dentista y que aquello no serviría de nada. Mientras yo saltaba y hacía ruidos de hiperventilación, llegaron dos granjeros en un
Land-Rover
y se apearon. Con cuidado sacaron a la señora del coche y la sentaron en una roca. Luego enderezaron el auto y lo apartaron del camino. Mientras uno de ellos se llevaba a la señora a tomar una taza de té y a que su esposa le viera la cabeza, el otro esparció serrín sobre una mancha de aceite, dirigió el tráfico durante un minuto hasta que el camino estuvo despejado, luego me guiñó un ojo, se subió en su
Land-Rover
y se fue. Todo terminó en menos de cinco minutos y nunca involucró a la policía, a los servicios de ambulancia, ni siquiera a un médico. Aproximadamente una hora después, alguien llegó con un tractor, remolcó el coche y fue como si nunca hubiera sucedido.

En los Dales hacen las cosas de manera diferente. Por un lado, las personas que te conocen vienen directamente a tu casa. A veces llaman una vez y gritan «¡Hola!» antes de asomar la cabeza, pero muchas veces ni siquiera hacen eso. Es una experiencia inusual estar de pie frente al fregadero de la cocina hablando contigo mismo animadamente y tirándote pedos lujosos con las piernas levantadas y luego darte la vuelta para encontrar una nueva pila de correo sobre la mesa de la cocina. Y no puedo decirte la cantidad de veces que tuve que lanzarme a la despensa en calzoncillos al

escuchar el sonido de alguien que se acercaba y me encogía sin aliento mientras gritaban: «¡Hola! ¡Hola! ¿Alguien en casa?». Durante un par de minutos puedes escucharlos agruparse en la cocina, examinar los mensajes en la nevera y acercar el correo a la luz. Luego se acercan a la puerta de la despensa y en voz baja dicen: «Solo me llevo media docena de huevos, Bill, ¿de acuerdo?».

Cuando les anunciamos a amigos y colegas en Londres que nos mudaríamos a un pueblo en Yorkshire, un número sorprendente hizo una mueca amarga y dijo: «¿Yorkshire? ¿Con la gente de Yorkshire? Qué… interesante». O algo por el estilo.

Nunca he entendido por qué la gente de Yorkshire tiene esta terrible reputación de ser mezquinos y poco caritativos. Siempre me han parecido amables y abiertos, y, si quieres conocer tus defectos, no encontrarás personas más serviciales en ninguna parte. Es cierto que no te llenan de cariño precisamente, a lo que cuesta un poco acostumbrarse si eres de una parte del mundo más gregaria, como cualquier otro lugar. De donde vengo, en el medio oeste de Estados Unidos, si te mudas a un pueblo pequeño, todos vienen a tu casa para darte la bienvenida como si fuera el día más feliz en la historia de la comunidad y todos te traen un pastel. Recibes tartas de manzana, de cereza y de crema de chocolate. Hay gente en el Medio Oeste que se mudan de casa cada seis meses solo para recibir pasteles.

En Yorkshire, eso nunca sucedería. Pero poco a poco encuentran un rincón para ti en sus corazones y comienzan a saludarte cuando pasan con el coche con lo que yo llamo la ola de Malhamdale. Este es un día emocionante en la vida de cualquier recién llegado. Para hacer la ola de Malhamdale, finge por un momento que estás agarrando un volante. Ahora extiende muy lentamente el dedo índice de tu mano derecha como si tuvieras un pequeño espasmo involuntario. Eso es todo. No parece demasiado, pero dice mucho, créeme, y lo extrañaré.

Me perdí en una pequeña ensoñación y entonces, sobresaltado, me di cuenta de que estaba en Settle y que mi esposa me estaba saludando desde la plataforma. De repente, mi viaje había terminado. Me apresuré a bajar del tren en un estado de confusión, como alguien que se despierta en medio de la noche por una emergencia, y sentí que de alguna manera no era el final correcto. Todo había sido demasiado brusco.

Condujimos a casa sobre las cimas, un recorrido sinuoso de nueve kilómetros de una belleza indescriptible, hasta las extensiones similares a las de *Cumbres borrascosas* alrededor de

Kirkby Fell, con vistas ilimitadas de la gloria del norte, y luego comenzamos el descenso hacia la majestuosidad serena y ahuecada de Malhamdale, el pequeño mundo perdido que había sido mi hogar durante siete años. A mitad de camino, le pedí a mi esposa que detuviera el coche junto a la verja de un campo. Mi vista favorita en el mundo está ahí, y salí a echar un vistazo. Puedes ver casi todo Malhamdale, protegido y cómodo bajo montañas escarpadas e imponentes, con sus muros de piedra seca rectos como flechas que suben por laderas imposiblemente ambiciosas, sus aldeas agrupadas, su maravillosa pequeña escuela de dos aulas, la antigua iglesia con sus sicómoros y sus lápidas que se derrumban, el tejado de mi *pub* local, y en el centro de todo, oscurecida por los árboles, nuestra vieja casa de piedra, que es mucho más antigua que mi tierra natal.

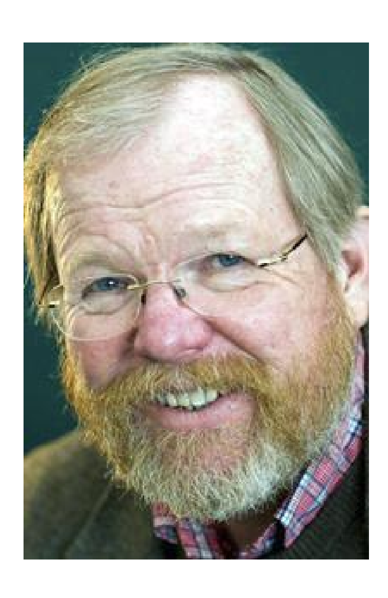
Parecía tan pacífico y maravilloso que casi podría haber llorado y, sin embargo, era solo una pequeña parte de esa pequeña isla encantada. De repente, en el espacio de un momento, me di cuenta de qué era lo que amaba de Gran Bretaña, es decir, todo. Hasta el último detalle, lo bueno y lo malo de Marmite, las fiestas al aire libre de las aldeas, los caminos rurales, la gente que dice «no hay que quejarse» y «lo siento mucho, pero…», la gente que me pide disculpas cuando les doy un codazo descuidado, la leche en botellas, las judías con tostadas, la cosecha de heno en junio, las ortigas, los muelles junto al mar, los mapas de Ordnance Survey, los bollos, las necesarias bolsas de agua caliente, los domingos lluviosos en todo momento.

Qué lugar tan maravilloso. Una verdadera locura, por supuesto, pero adorable hasta el más mínimo detalle. ¿Qué otro país, después de todo, podría haber inventado nombres de lugares como Tooting Bec y Farleigh Wallop, o un juego como el críquet, que dura tres días y parece no empezar nunca? ¿A quién más se le ocurriría hacer que sus jueces usen pequeñas fregonas en la cabeza, obligar al Lord Canciller a sentarse en algo llamado Woolsack, [62] o enorgullecerse de un héroe naval cuyo último deseo fue ser besado por un tipo llamado Hardy? («Por favor, Hardy, en los labios, con solo un poco de lengua»). ¿Qué otra nación en el mundo podría habernos dado a William Shakespeare, los pasteles de cerdo, la revista *Gardeners' Question Time*, a Christopher Wren, el Windsor Great Park, la Universidad Abierta y las galletas digestivas de chocolate? Ninguna, por supuesto.

Con qué facilidad perdemos de vista todo esto. Qué enigma les parecerá Gran Bretaña a los historiadores cuando miren hacia atrás,

hasta la segunda mitad del siglo XX. He aquí un país que peleó y ganó una noble guerra, desmanteló un imperio poderoso de una manera generalmente benigna e ilustrada, creó un estado de bienestar con visión de futuro —en resumen, lo hizo casi todo bien— y luego pasó el resto del siglo viéndose a sí misma como un fracaso crónico. El hecho es que este sigue siendo el mejor lugar del mundo para la mayoría de las cosas: enviar una carta, dar un paseo, ver la televisión, comprar un libro, aventurarse a tomar una copa, ir a un museo, utilizar el banco, perderse, buscar ayuda o detenerse en una ladera y disfrutar de las vistas.

Todo esto vino a mi mente en el espacio de un instante. Lo he dicho antes y lo diré de nuevo. Me gusta esto. Me gusta más de lo que puedo contarte. Y luego abrí la portezuela, entré en el coche y supe sin duda que volvería.



WILLIAM MCGUIRE "*BILL*" BRYSON, nacido el 8 de diciembre de 1951 en Des Moines, Iowa (EE. UU.), es un escritor británico nacido en Estados Unidos, autor de diversos libros sobre viajes, lengua inglesa y de divulgación científica.

Estudió en la Universidad de Drake, abandonando los estudios en 1972 para viajar por Europa. A mediados de los setenta, Bryson comenzó a trabajar en un hospital psiquiátrico en Virginia Water, en Surrey (Inglaterra), donde conoció y se casó con Cynthia, una enfermera inglesa. Juntos volvieron a Estados Unidos para que Bryson pudiera terminar su carrera. En 1977 volvieron a Inglaterra, donde se establecieron hasta 1995. Vivieron esa época en Yorkshire Norte y Bryson trabajó como periodista, faceta en la cual llegó a ser el redactor jefe de la sección de negocios del periódico *The Times*, y luego subdirector de noticias nacionales de la misma sección, pero esta vez perteneciente al periódico *The Independent*. Dejó el periodismo en 1987, tres años después del nacimiento de su tercer hijo, para dedicarse a escribir.

En 2003, en coincidencia con el día mundial del libro, los votantes británicos escogieron su libro *Notes from a Small Island* (1995) como el que mejor resume la identidad y el estado de la nación

británica. En ese mismo año Bryson fue nombrado comisario para el patrimonio inglés (*English Heritage*).

En 2004, Bryson ganó el prestigioso Premio Aventis por el mejor libro de ciencia general por Una breve historia de casi todo. Este conciso y popular libro explora no solo la historia y el estatus actual de la ciencia, sino que también revela sus humildes y en ocasiones divertidos comienzos. Bryson también ha escrito dos trabajos sobre la historia de la lengua inglesa: *The Mother Tongue* (1990) y *Made in America* (1994), y su diccionario *Dictionary of Troublesome Words*
Bryson's
(2002). Estos libros fueron aplaudidos por público y crítica, aunque también recibieron críticas por parte de algunos académicos, que consideraban que dichos libros contenían errores fácticos, mitos urbanos y etimologías populares. Aunque Bryson no tiene cualificaciones lingüísticas, está generalmente considerado un buen escritor en este campo. Desde 2006 es miembro de la Orden del Imperio Británico.

Entre sus obras más conocidas destacan: *En las antípodas* (2000), *Una breve historia de casi todo* (2003), *Aventuras y desventuras del chico centella* (2006), *Shakespeare* (2007) y *En casa: una breve historia de la vida privada* (2010).

Notas

[1] Noël Peirce Coward (1899-1973), actor, dramaturgo y compositor inglés, recibió un Óscar honorífico en 1943 por su trabajo en la película *In Which We Serve*. (*N. del t.*) < <

[2] La traducción más o menos literal sería: San Andrés junto al Armario. (*N. del t.*) <<

[3] La traducción más o menos literal sería: San Gil de la Puerta Inútil. (*N. del t.*) <<

[4] Una suerte de edificios comerciales de estilo *art déco* cuyas plantas albergaban desde restaurantes hasta agencias de entradas de teatro, pasando por charcuterías, peluquerías, pastelerías… (*N. del t.*) < <

[5] Tiza. (*N. del t.*) < <

[6] Fraile negro. (*N. del t.*) < <

[7] Theydon aparece por primera vez como «Thecdene» en 1062; probablemente proviene del inglés antiguo *thæc* + *denu*: valle donde se obtienen los materiales para tejer. (*N. del t.*) < <

[8] Parque holandés. (*N. del t.*) < <

[9] Propiedad de la Nuclear Decommissioning Authority, Sellafield alberga las plantas de reprocesado de combustible nuclear Thorp y Magnox, el reactor nuclear inactivo Magnox Calder Hall, y es la segunda estación de energía nuclear comercial del mundo. (*N. del t.*) < <

[10] *Cockney*, en un sentido muy general, es un habitante de los bajos fondos del East End londinense, es decir, de los distritos de Aldgate, Bethnal Green, Bow, Hackney, Limehouse, Mile End, Old Ford, Poplar, Shoreditch, Stepney, Wapping y Whitechapel. Según una vieja tradición, la designación engloba a aquellos que nacen en la zona en la que se oyen las campanas de St.
Mary-le-Bow.
(*N. del t.*) < <

[11] Waylon Arnold Jennings (1937-2002) fue un cantante de música *country* nacido en Texas. (*N. del t.*) < <

[12] Franquicia de servicio y reparación de automóviles en el Reino Unido, especializada en neumáticos, frenos, escapes, pruebas de ITV, servicio de alquiler de automóviles, recarga de aire acondicionado, cambios de aceite… (*N. del t.*) < <

[13] El Morgan Plus Four es un *roadster* producido por el fabricante de automóviles británico de forma intermitente desde 1950 a 2020. (*N. del t.*) <<

[14] Nell Gwyn (o Gwynn o Gwynne), nacida Eleanor (1650-1687), fue una de las primeras actrices inglesas que obtuvo reconocimiento público, y fue amante durante muchos años del rey Carlos II. Encarnó el espíritu de la Restauración inglesa, y fue considerada una heroína popular, con una historia que recuerda a la de Cenicienta. (*N. del t.*) < <

[15] Porton Down es un campus de ciencia y tecnología de defensa en Wiltshire, Inglaterra. (*N. del t.*) < <

[16] Edwin Landseer Lutyens (1869-1944) fue uno de los más importantes urbanistas británicos del siglo XX. (*N. del t.*) < <

[17] Concurso televisivo británico consistente en una serie de pruebas que se resuelven lanzando dardos. (*N. del t.*) < <

[18] Concurso televisivo británico producido por la BBC en el que cuatro equipos de dos personas de la misma familia, pero de diferentes generaciones, compiten para ganar premios. (*N. del t.*)
<<

[19] Balas de juguete, de un material esponjoso. (*N. del t.*) < <

[20] Canción grabada por Tony Orlando and Dawn, escrita por Irwin Levine y L. Russell Brown y producida por Hank Medress y Dave Appell, con la corista de la Motown Telma Hopkins, Joyce Vincent Wilson y su hermana Pamela Vincent en los coros. Fue un éxito mundial del grupo en 1973. (*N. del t.*) < <

[21] «Entrañas de concha». (*N. t del.*) < <

[22] «Dique del diablo». (*N. t del.*) < <

[23] 1949-2019. Cantautor y músico estadounidense de origen armenio especializado en *jazz*, *blues* y clásicos del Tin Pan Alley, grupo de productores musicales radicados en Nueva York. (*N. del t.*) < <

[24] Cuerpo de seguridad del Ministerio de Defensa Británico. (*N. del t.*) < <

[25] Serie de televisión estadounidense cuya trama se centraba en la vida de una familia de Virginia que intentaba salir adelante durante la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. (*N. del t.*) <<

[26] «Comenzará a enfriarse en cualquier momento, ya lo verás». (*N. del t.*) <<

[27] Gentilicio de Mánchester. (*N. del t.*) <<

[28] El Manchester Central Convention Complex es un centro de exposiciones y conferencias en el interior de la antigua estación de tren Manchester Central. (*N. del t.*) < <

[29] Serie televisiva británica que se emitió por primera vez el 9 de diciembre de 1960 y que el 17 de septiembre de 2010 se convirtió en la telenovela más antigua del mundo y fue incluida en los Guinness World Records. La serie muestra la vida de los habitantes de una calle llamada Coronation, en un suburbio ficticio llamado Weatherfield, que se encuentra en Salford, en el Gran Manchester. (*N. del t.*) < <

[30] Expresión coloquial que significa bromear a expensas de los demás, pero sin ofender. (*N. del t.*) < <

[31] Bobby Dan Davis Blocker fue un actor estadounidense famoso sobre todo por su papel de Hoss Cartwright en la serie *western* de televisión *Bonanza*, y su tamaño y corpulencia eran, dicho con extrema mesura, bastante superiores a los del resto del elenco. (*N. del t.*) < <

[32] Músico británico, líder de la banda *beat* Gerry and the Pacemakers. (*N. del t.*) < <

[33] Marca registrada de fertilizante para plantas. (*N. del t.*) < <

[34] «Hola tú». (*N. del t.*) < <

[35] «En ese momento». (*N. del t.*) < <

[36] Aquí el autor podría referirse a un libro ilustrado de William Murray publicado por Wills & Hepworth en 1966. (*N. del t.*) < <

[37] «Ferrocarriles del valle de Winion y del estuario Mawddach». (*N. del t.*) < <

[38] «La enciclopedia completa de las cajas de señales». (*N. del t.*)
< <

[39] «Trenes en problemas». (*N. del t.*) < <

[40] «El rally de vapor de Hunslet y Hundreds 1993». (*N. del t.*)
<<

[41] Diseñador de moda británico, famoso en las décadas de 1960 y 1970, cuyo bigote a dos aguas y escasamente poblado lo acompañó desde bien temprana edad hasta el día de su muerte. (*N. del t.*) < <

[42] La zona más elevada de Gran Bretaña, en Escocia. (*N. del t.*) <<

[43] Personaje central de la película *The Life and Death of Colonel Blimp*, estrenada en 1943, que relata la vida de un anciano militar británico que aún cree que las guerras pueden ganarse con caballerosidad. (*N. del t.*) < <

[44] Montón de paja. (*N. del t.*) < <

[45] Normalidad, regularidad. (*N. del t.*) < <

[46] Imbécil. (*N. del t.*) < <

[47] Mineros pintores. (*N. del t.*) <<

[48] Todas ellas empresas de venta de productos baratos. (*N. del t.*)
< <

[49] *Department of Health and Social Care*. Departamento de salud y cuidados sociales de Gran Bretaña. (*N. del t.*) <<

[50] Meliflua serie de televisión emitida por la cadena estadounidense CBS entre 1982 y 1988, cuyas protagonistas principales eran dos agentes de policía de Nueva York. (*N. del t.*) < <

[51] Plato escocés muy condimentado y de sabor intenso, elaborado con casquería de cordero u oveja (pulmón, estómago, hígado y corazón) mezclada con cebolla picada, harina de avena, hierbas y especias, todo ello embutido en una bolsa hecha con el estómago del animal y cocido durante varias horas. (*N. del t.*) < <

[52] Sopa tradicional de invierno elaborada con puerros, patatas, arroz, caldo de pollo y mantequilla. (*N. del t.*) < <

[53] Actor, locutor, comediante y guionista escocés célebre por sus programas televisivos en la década de los sesenta. (*N. del t.*) <<

[54] Perro de la raza *Skye terrier* que se hizo famoso en Edimburgo en el siglo XIX por permanecer junto a la tumba de su dueño, John Gray, hasta su muerte el 14 de enero de 1872. (*N. del t.*) < <

[55] Azulejo, tesela. (*N. del t.*) < <

[56] Concurso de exhibición floral y hortícola en el que, desde 1963, se adornan los espacios urbanos y en el que participan ciudades de toda Gran Bretaña. (*N. del t.*) < <

[57] Serie de televisión inglesa de ciencia ficción y aventura para niños, emitida en la década de los sesenta y realizada con marionetas. (*N. del t.*) < <

[58] Tribunal civil y criminal local de Escocia. (*N. del t.*) < <

[59] *Pull over*: hacerse a un lado de la carretera. (*N. del t.*) < <

[60] Político conservador británico, miembro de la Cámara de los Lores, que fue secretario de estado y ministro, además de presidente del Partido Conservador. (*N. del t.*) < <

[61] Revista de fotoperiodismo publicada en el Reino Unido entre 1938 y 1957, considerada como el equivalente británico de la revista *Life*. (*N. del t.*) < <

[62] Saco de lana. (*N. del t.*) < <